

THE

CRUEL
PRINCE

BOOKZINGA

HOLLY BLACK

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.



ÍNDICE

Sinopsis _____	4	18 _____	186
Prólogo _____	7	19 _____	203
1 _____	14	20 _____	214
2 _____	15	21 _____	235
3 _____	22	22 _____	243
4 _____	29	23 _____	255
5 _____	36	24 _____	272
6 _____	48	25 _____	280
7 _____	50	26 _____	290
8 _____	56	27 _____	302
9 _____	69	28 _____	316
10 _____	80	29 _____	322
11 _____	89	30 _____	333
12 _____	105	Epílogo _____	343
13 _____	118	Sobre la autora _____	348
14 _____	126	Siguiente libro _____	349
15 _____	139	Créditos _____	350
16 _____	147		
17 _____	165		



SINOPSIS

Por supuesto que quiero ser como ellos. Son hermosos como cuchillas forjadas en algún fuego divino. Vivirán para siempre.

Y Cardan es aún más hermoso que el resto. Lo odio más que a todos los demás. Lo odio tanto que a veces cuando lo miro, apenas puedo respirar.

Jude tenía siete años cuando sus padres fueron asesinados y ella y sus dos hermanas fueron robadas para vivir en la traicionera Corte Suprema de las Hadas. Diez años después, Jude no quiere nada más que pertenecer allí, a pesar de su mortalidad. Pero muchos de los fey desprecian a los humanos. Especialmente el príncipe Cardan, el hijo más joven y malvado del Rey Supremo.

Para ganar un lugar en la Corte, ella debe desafiarlo... y enfrentar las consecuencias.

Al hacerlo, se ve envuelta en intrigas y engaños palaciegos, descubriendo su propia capacidad para los engaños y el derramamiento de sangre. Pero como la guerra civil amenaza con ahogar las Cortes de las Hadas en violencia, Jude tendrá que arriesgar su vida en una alianza peligrosa para salvar a sus hermanas, y la propia Tierra de las Hadas.

The Folk of the Air #1





Libro Uno

*Aquellos niños nacidos de hadas,
No necesitan ropa o frascadas,
Nunca anhelan comida o fuego,
Tienen de su corazón el ruego:
Llenos de oro ruidosos bolsillos,
Con siete años boda y anillos
Debe tener cada niño de hadas
Potros fuertes, ovejas trasquiladas;
Todos tienen casas, cada uno una,
Hecha de ladrillo o piedra de luna;
Viven de cerezas, corren en manadas
Me encantaría ser un niño de las
hadas*

*-Robert Graves.
"Me encantaría ser un niño de las
hadas"*



PRÓLOGO

*Traducido por Mari NC
Corregido por Flochi*

En una adormecida tarde de domingo, un hombre con un abrigo largo y oscuro vacilaba frente a una casa en una calle arbolada. No había estacionado un automóvil, ni había venido en taxi. Ningún vecino lo había visto pasear por la acera. Simplemente apareció, como si caminara entre una sombra y la siguiente.

El hombre caminó hacia la puerta y levantó el puño para tocar.

Dentro de la casa, Jude estaba sentada en la alfombra de la sala y comía palitos de pescado, empapados por el microondas y arrastrados a través de un pozo de ketchup. Su hermana gemela, Taryn, dormía la siesta en el sofá, acurrucada alrededor de una manta, con el pulgar en la boca manchado de fruta. Y en el otro extremo del sofá, su hermana mayor, Vivienne, miraba la pantalla de la televisión, su mirada misteriosa y pupila dividida fija en el ratón de dibujos animados que huía del gato de dibujos animados. Ella se rio cuando pareció que el ratón estaba a punto de ser comido.

Vivi era diferente de otras hermanas mayores, pero como Jude y Taryn, de siete años de edad, eran idénticas, con el mismo cabello castaño y las mismas caras en forma de corazón, también eran diferentes. Los ojos de Vivi y las puntas ligeramente peludas de sus orejas eran, para Jude, no mucho más extrañas que la versión en espejo de otra persona.

Y si a veces notaba la forma en que los niños del vecindario evitaban a Vivi o la forma en que sus padres hablaban de ella en voz baja y preocupada, a Jude no le parecía que fuera algo importante. Los adultos siempre estaban preocupados, siempre susurrando.

Taryn bostezó y se desperezó, presionando su mejilla contra la rodilla de Vivi.

Afuera, el sol brillaba, quemando el asfalto de las entradas. Los motores de los cortacéspedes zumbaban y los niños salpicaban en las



piscinas del patio trasero. Papá estaba en el edificio anexo, donde tenía una fragua. Mamá estaba en la cocina cocinando hamburguesas. Todo era aburrido. Todo estaba bien.

Cuando llegó el golpe, Jude saltó para contestar. Esperaba que fuera una de las chicas del otro lado de la calle, queriendo jugar videojuegos o invitarla a nadar después de la cena.

El hombre alto estaba de pie en su tapete de bienvenida, mirándola. Llevaba una gabardina de cuero marrón a pesar del calor. Sus zapatos estaban forrados de plata, y sonaban huecamente cuando cruzó el umbral. Jude miró hacia su rostro ensombrecido y se estremeció.

—Mamá —gritó—. Mamaaaaaá. Alguien está aquí.

Su madre vino de la cocina, limpiándose las manos mojadas en sus vaqueros. Cuando vio al hombre, se puso pálida.

—Ve a tu habitación —le dijo a Jude con voz aterradora—. ¡Ahora!

—¿De quién es esa niña? —preguntó el hombre, señalándola. Su voz era extrañamente acentuada—. ¿Tuya? ¿De él?

—De nadie. —Mamá ni siquiera miró en dirección a Jude—. Ella no es hija de nadie.

Eso no era cierto. Jude y Taryn se parecían a su padre. Todos lo decían. Ella dio unos pocos pasos hacia las escaleras pero no quería estar sola en su habitación. *Vivi*, pensó Jude. *Vivi sabrá quién es el hombre alto. Vivi sabrá qué hacer.*

Pero Jude no parecía poder moverse más.

—He visto muchas cosas imposibles —dijo el hombre—. He visto la bellota antes del roble. He visto la chispa antes de la llama. Pero nunca he visto algo como esto: Una mujer muerta viviendo. Un niño nacido de la nada.

Mamá parecía no tener palabras. Su cuerpo vibraba con tensión. Jude quería tomar su mano y apretarla, pero no se atrevió.

—No le creí a Balekin cuando me dijo que te encontraría aquí —dijo el hombre, su voz se suavizó—. Los huesos de una mujer terrenal y su hijo por nacer en los restos quemados de mi propiedad fueron convincentes.



¿Sabes lo que es regresar de la batalla para encontrar a tu esposa muerta, tu único heredero con ella? ¿Encontrar tu vida reducida a cenizas?

Mamá negó con la cabeza, no como si estuviera respondiendo a él, sino como si estuviera tratando de sacudirse las palabras.

Él dio un paso hacia ella, y ella dio un paso hacia atrás. Había algo mal con la pierna del hombre alto. Se movía rígidamente, como si le doliera. La luz era diferente en el vestíbulo de entrada, y Jude podía ver el extraño tono verde de su piel y la forma en que sus dientes inferiores parecían demasiado grandes para su boca.

Ella pudo ver que sus ojos eran como los de Vivi.

—Nunca iba a ser feliz contigo —le dijo mamá—. Tu mundo no es para gente como yo.

El hombre alto la miró por un largo momento.

—Hiciste votos —dijo finalmente.

Ella levantó su barbilla.

—Y luego renuncié a ellos.

Su mirada se dirigió a Jude y su expresión se endureció.

—¿Qué vale la promesa de una esposa mortal? Supongo que tengo mi respuesta.

Mamá se volvió. Ante la mirada de su madre, Jude entró corriendo a la sala de estar.

Taryn todavía estaba durmiendo. La televisión todavía estaba encendida. Vivienne alzó la vista con ojos de gato medio cerrados.

—¿Quién está en la puerta? —preguntó ella—. Escuché discutiendo.

—Un hombre aterrador —le dijo Jude, sin aliento a pesar de que apenas había corrido. Su corazón latía con fuerza—. Se supone que debemos subir las escaleras.

A ella no le importaba que mamá le hubiera dicho solo a *ella* que subiera las escaleras. No iría sola. Con un suspiro, Vivi se despegó del sofá y despertó a Taryn. Somnolienta, la gemela de Jude las siguió al pasillo.



Cuando comenzaron a caminar hacia los peldaños cubiertos con alfombras, Jude vio a su padre entrar desde el jardín trasero. Tenía un hacha en la mano, forjada para ser una réplica cercana de una que él había estudiado en un museo en Islandia. No fue raro ver a papá con un hacha. Él y sus amigos usaban viejas armas y pasaban mucho tiempo hablando de “cultura material” y dibujando ideas para espadas fantásticas. Lo que era extraño era la forma en que sostenía el arma, como si fuera a...

Su padre giró el hacha hacia el hombre alto.

Él nunca había levantado una mano para disciplinar a Jude o sus hermanas, incluso cuando se metían en un gran problema. No lastimaría a nadie. Simplemente no lo haría.

Y, aun así. Aun así.

El hacha pasó junto al hombre alto, mordiendo el borde de madera de la puerta.

Taryn emitió un extraño y agudo ruido y se tapó la boca con las palmas de las manos.

El hombre alto sacó una hoja curva de debajo de su abrigo de cuero. Una *espada*, como de un libro de cuentos. Papá estaba tratando de sacar el hacha del marco de la puerta cuando el hombre hundió la espada en el estómago de papá, empujándola hacia arriba. Hubo un sonido, como el chasquido de un palo, y un grito animal. Papá cayó sobre la alfombra del vestíbulo, aquella sobre la que mamá siempre gritaba cuando la llenaban de barro.

La alfombra que se estaba poniendo roja.

Mamá gritó. Jude gritó. Taryn y Vivi gritaron. Todas parecían estar gritando, excepto el hombre alto.

—Ven aquí —dijo, mirando directamente a Vivi.

—T-tú monstruo —gritó su madre, moviéndose hacia la cocina—. ¡Él está muerto!

—No huyas de mí —le dijo el hombre—. No después de lo que has hecho. Si vuelves a correr, te juro que...



Pero ella huyó. Estaba casi a la vuelta de la esquina cuando su espada la golpeó en la espalda. Ella se desplomó sobre el linóleo, sus brazos desprendiendo imanes de la nevera.

El olor a sangre fresca pesaba en el aire, como metal húmedo y caliente. Como esas almohadillas de fregar que mamá usaba para limpiar la sartén cuando las cosas estaban realmente pegadas.

Jude corrió hacia el hombre, golpeando sus puños contra su pecho, pateando sus piernas. Ella ni siquiera estaba asustada. No estaba segura de sentir nada en absoluto.

El hombre no le hizo caso a Jude. Durante un largo momento, se quedó allí parado, como si no pudiera creer lo que había hecho. Como si quisiera poder recuperar los últimos cinco minutos. Luego se dejó caer sobre una rodilla y agarró a Jude por los hombros. Le inmovilizó los brazos a los costados para que no pudiera golpearlo más, pero ni siquiera la estaba mirando.

Su mirada estaba en Vivienne.

—Fuiste robada de mí —le dijo—. He venido para llevarte a tu verdadero hogar, en Elfhame, bajo la colina. Allí, serás rica sin medida. Ahí, estarás con los tuyos.

—No —le dijo Vivi con su pequeña voz sombría—. Nunca iré a ningún lugar contigo.

—Soy tu padre —le dijo, su voz áspera, elevándose como el chasquido de un látigo—. Eres mi heredera y mi sangre, y me obedecerás en esto como en todas las cosas.

Ella no se movió, pero su mandíbula se tensó.

—No eres su padre —le gritó Jude al hombre. A pesar de que él y Vivi tenían los mismos ojos, ella no se iba a permitir creerlo.

Su agarre se apretó en sus hombros, y ella hizo un pequeño sonido de chillido de asfixia, pero lo miró desafiante. Había ganado muchos concursos de miradas.

Él desvió la mirada primero, volteándose para ver a Taryn, de rodillas, sacudiendo a mamá mientras sollozaba, como si estuviera tratando de



despertarla. Mamá no se movió. Mamá y papá estaban muertos. Nunca más se moverían.

—Te odio —proclamó Vivi al hombre alto con una crueldad de la que Jude estaba contenta—. Siempre te odiaré. Lo juro.

La expresión de piedra del hombre no cambió.

—Sin embargo, vendrás conmigo. Prepara a estas pequeñas humanas. Empaquen ligero. Saldremos antes de que oscurezca.

Vivienne levantó la barbilla.

—Déjalas en paz. Si es necesario, llévame, pero no a ellas.

Él miró a Vivi, y luego bufó.

—Protegerías a tus hermanas de mí, ¿verdad? Dime, entonces, ¿dónde las harías ir?

Vivi no respondió. No tenían abuelos, ninguna familia viva en absoluto. Al menos, ninguna que conocieran.

Él miró a Jude otra vez, le soltó los hombros y se puso en pie.

—Son la prole de mi esposa y, por lo tanto, mi responsabilidad. Puedo ser cruel, un monstruo y un asesino, pero no eludiré mis responsabilidades. Tampoco deberías eludir las tuyas como la mayor.

Años más tarde, cuando Jude se contaba la historia de lo sucedido, no pudo recordar la parte donde empacaron. El shock parecía haber borrado esa hora por completo. De alguna manera, Vivi debe haber encontrado bolsas, debe haber puesto sus libros de cuentos favoritos y sus juguetes más queridos, junto con fotografías, pijamas, abrigos y camisas.

O tal vez Jude había empacado por sí misma. Nunca estuvo segura.

No podía imaginar cómo lo habían hecho, con los cuerpos de sus padres enfriándose abajo. No podía imaginar cómo se había sentido, y con el paso de los años, no pudo hacer que volviera a sentirlo. El horror de los asesinatos se embotó con el tiempo. Sus recuerdos del día se borronearon.

Un caballo negro mordisqueaba la hierba del césped cuando salieron. Sus ojos eran grandes y suaves. Jude quería arrojar sus brazos alrededor de su cuello y presionar su cara húmeda en su melena sedosa. Antes de que



pudiera, el hombre alto la hizo girar y luego a Taryn a través de la silla, tratándolas como equipaje en lugar de niñas. Puso a Vivi detrás de él.

—Sosténganse —dijo.

Jude y sus hermanas lloraron todo el camino a la Tierra de las Hadas.



I

*Traducido por Mari NC
Corregido por Flochi*

En la Tierra de las Hadas, no hay palitos de pescado, ni ketchup, ni televisión.



2

*Traducido por Mari NC
Corregido por Flochi*

Me siento en un cojín mientras una duendecilla trenza mi cabello hacia atrás de mi cara. Los dedos de la duendecilla son largos, sus uñas afiladas. Me estremezco. Sus ojos negros se encuentran con los míos en el espejo con garras de mi tocador.

—El torneo está todavía a cuatro noches —dice la criatura. Su nombre es Tatterfell, y es una sirvienta en la casa de Madoc, atrapada aquí hasta que se libere de su deuda con él. Ella me ha cuidado desde que era una niña. Fue Tatterfell quien me untó una punzante pomada de hadas sobre mis ojos para darme la Visión Verdadera para poder ver a través de la mayoría de los glamures, quien me quitó el barro de las botas y quien ató bayas secas de serbal para que me las pusiera alrededor del cuello para resistir encantamientos. Me limpió la nariz mojada y me recordó que debía usar mis medias al revés, para que nunca me extraviara en el bosque—. Y no importa cuán ansiosa estés por ello, no puedes hacer que la luna se oculte o aparezca más rápido. Trata de darle gloria a la casa del general esta noche apareciendo tan hermosa como podamos ponerte.

Suspiro.

Ella nunca tuvo mucha paciencia con mi malhumor.

—Es un honor bailar con la Corte del Rey Supremo debajo de la colina.

Los sirvientes están muy inclinados a decirme lo afortunada que soy: una hija bastarda de una esposa infiel, una humana sin una gota de sangre de hadas, para ser tratada como una verdadera hija de la Tierra de las Hadas. Le dicen a Taryn más o menos lo mismo.

Sé que es un honor ser criada junto a los hijos de Gentry. Un honor aterrador, del cual nunca seré digna.



Sería difícil olvidarlo, con todos los recordatorios que me han dado.

—Sí —digo en cambio, porque ella está tratando de ser amable—. Es genial.

Las hadas no pueden mentir, por lo que tienden a concentrarse en las palabras e ignorar el tono, especialmente si no han vivido entre los humanos. Tatterfell me saluda con aprobación, sus ojos como dos húmedas perlas de azabache, sin pupila ni iris visibles.

—Quizás alguien pida tu mano y serás un miembro permanente de la Alta Corte.

—Quiero ganar mi lugar —le digo.

La duendecilla hace una pausa, una horquilla entre sus dedos, probablemente considerando pincharme con ella.

—No seas tonta.

No tiene sentido discutir, no tiene sentido recordarle el desastroso matrimonio de mi madre. Hay dos maneras para que los mortales se conviertan en miembros permanentes de la Corte: casándose con alguien que ya pertenezca o perfeccionando alguna gran habilidad: en metalurgia o laúd, o lo que sea. No interesada en la primera, tengo que esperar poder ser lo suficientemente talentosa para la segunda.

Ella termina de trenzar mi cabello en un estilo elaborado que me hace ver como si tuviera cuernos. Me viste de terciopelo de zafiro. Nada de eso disfraza lo que soy: humana.

—Puse tres nudos para la suerte —dice la pequeña hada, no cruelmente.

Suspiro mientras ella se dirige hacia la puerta, levantándome de mi tocador para acomodarme boca abajo sobre mi cama tapizada. Estoy acostumbrada a que los sirvientes me atiendan. Duendecillos y hobs, goblins y grigs. Alas de gasa y uñas verdes, cuernos y colmillos. He estado en la Tierra de las Hadas durante diez años. Ya nada de eso parece tan extraño. Aquí, yo soy la extraña, con mis dedos romos, orejas redondas y vida efímera.

Diez años es mucho tiempo para un ser humano.



Después de que Madoc nos robó del mundo humano, nos trajo a sus propiedades en Insmire, la Isla del Poderío, donde el Rey Supremo de Elfhame mantiene su fortaleza. Allí, Madoc nos crio (a mí, a Vivienne y a Taryn) por obligación de honor. Aunque Taryn y yo somos la evidencia de la traición de mamá, según las costumbres de la Tierra de las Hadas, somos hijas de su esposa, entonces somos su problema.

Como general del Rey Supremo, Madoc estaba ausente a menudo, luchando por la corona. Estábamos bien cuidadas, no obstante. Dormíamos en colchones rellenos con las suaves cabezas de semillas de dientes de león. Madoc personalmente nos instruyó en el arte de luchar con el machete y la daga, la cimitarra y nuestros puños. Jugó el Juego del Molino, Fidchell, y El Zorro y la Gallina con nosotras delante de una fogata. Nos dejó sentarnos sobre sus rodillas y comer de su plato.

Muchas noches me quedé dormida con su voz retumbante leyendo un libro de estrategia de batalla. Y sin poder evitarlo, a pesar de lo que había hecho y lo que era, llegué a amarlo. Lo amaba.

Simplemente no es un tipo de amor cómodo.

—Lindas trenzas —dice Taryn, corriendo a mi habitación. Ella está vestida de terciopelo carmesí. Su cabello es de rizos castaños sueltos que vuelan detrás de ella como una capita, algunos mechones trenzados con hilo de plata reluciente. Ella salta a la cama a mi lado, desordenando mi pequeño montón de peluches raídos: un koala, una serpiente, un gato negro, todo lo amado por mi yo de siete años. No puedo soportar desechar ninguna de mis reliquias.

Me siento para tomar una mirada autoconsciente en el espejo.

—Me gustan.

—Estoy teniendo una premonición —dice Taryn, sorprendiéndome—. Vamos a divertirnos esta noche.

—¿Diversión? —Me había estado imaginando a mí misma frunciendo el ceño a la multitud desde nuestro habitual agujero y preguntándome si me iría bien en el torneo para impresionar a alguien de la familia real para que me concediera el título de caballero. Solo pensar en ello me inquieta, pero lo pienso constantemente. Mi pulgar roza la punta faltante de mi dedo anular, mi tic nervioso.



—Sí —dice ella, dándome un golpe en el costado.

—¡Oye! ¡Ay! —Me escapo fuera del alcance—. ¿Qué implica exactamente este plan? —Principalmente, cuando vamos a la Corte, nos escondemos. Hemos visto algunas cosas muy interesantes, pero desde la distancia.

Ella levanta sus manos.

—¿Qué quieres decir con qué implica la diversión? ¡Es diversión!

Me río un poco nerviosamente.

—No tienes idea, tampoco, ¿verdad? Bien. Vamos a ver si tienes un don para la profecía.

Estamos envejeciendo y las cosas están cambiando. Estamos cambiando. Y tan ansiosa como estoy por ello, también tengo miedo.

Taryn se levanta de mi cama y extiende su brazo, como si fuera mi acompañante para un baile. Me dejo guiar desde la habitación, mi mano va automáticamente para asegurarme de que mi cuchillo todavía está sujeto a mi cadera.

El interior de la casa de Madoc es yeso encalado y vigas de madera maciza y tosca. Los cristales de las ventanas están manchados de gris como humo atrapado, lo que hace que la luz sea extraña. Cuando Taryn y yo bajamos por la escalera de caracol, veo a Vivi escondida en un pequeño balcón, frunciendo el ceño ante una revista de cómics robada del mundo de los humanos.

Vivi me sonríe. Ella está vestida con vaqueros y una camisa ondulante, obviamente sin la intención de ir a la fiesta. Siendo hija legítima de Madoc, no siente presión para complacerlo. Ella hace lo que le gusta. Incluyendo leer revistas que podrían tener grapas de hierro en lugar de pegamento encuadernando sus páginas, sin importarle si sus dedos se chamuscan.

—¿Dirigiéndose a algún lado? —pregunta en voz baja desde las sombras, sorprendiendo a Taryn.

Vivi sabe perfectamente hacia dónde nos dirigimos.



Cuando llegamos por primera vez, Taryn, Vivi y yo nos acurrucamos en la gran cama de Vivi y hablamos de lo que recordábamos de casa. Hablábamos sobre las comidas que mamá quemó y las palomitas de maíz que papá hizo. Los nombres de nuestros vecinos de al lado, la forma en que olía la casa, cómo era la escuela, las vacaciones, el sabor de la guinda de los pasteles de cumpleaños. Hablábamos sobre los programas que habíamos visto, repitiendo las tramas, recordando el diálogo hasta que todos nuestros recuerdos fueron borrosos y falsos.

Ya no hay más acurrucarse en la cama, repitiendo nada. Todos nuestros nuevos recuerdos son de aquí, y Vivi solo tiene un interés pasajero en ellos.

Había jurado odiar a Madoc, y se mantuvo fiel a su voto. Cuando Vivi no estaba recordando nuestro hogar, era un terror. Rompía cosas. Gritaba, se enfurecía y nos pellizcaba cuando estábamos contentas. Eventualmente, detuvo todo, pero creo que hay una parte de ella que nos odia por adaptarnos. Por hacer lo mejor de lo peor. Por hacer de este nuestro hogar.

—Deberías venir —le digo—. Taryn está de un humor extraño.

Vivi la mira con aire especulativo y luego niega con la cabeza.

—Tengo otros planes. —Lo que podría significar que va a escabullirse al mundo de los mortales por la noche o podría significar que se lo va a pasar en el balcón, leyendo.

De cualquier manera, si molesta a Madoc, le place a Vivi.

Él nos espera en el pasillo con su segunda esposa, Oriana. Su piel es del color azulado de la leche desnatada, y su cabello es tan blanco como la nieve recién caída. Es hermosa pero desconcertante de ver, como un fantasma. Esta noche está vestida de verde y dorado, un vestido musgoso con un elaborado collar brillante que resalta el rosa de su boca, sus orejas y sus ojos. Madoc está vestido de verde, también, del color de los bosques profundos. La espada en su cadera no es un adorno.

Fuera, más allá de las puertas dobles abiertas, un hob espera, sosteniendo las bridas de plata de cinco corceles de hadas moteados, sus crines trenzadas en nudos complicados y probablemente mágicos. Pienso en los nudos en mi cabello y me pregunto qué tan similares son.



—Las dos se ven bien —nos dice Madoc a Taryn y a mí, la calidez en su tono hace que las palabras sean un halago raro. Su mirada se dirige a las escaleras—. ¿Su hermana está en camino?

—No sé dónde está Vivi —miento. Mentir es muy fácil aquí. Puedo hacerlo todo el día y nunca ser atrapada—. Debe haberlo olvidado.

La decepción pasa por la cara de Madoc, pero no es sorpresa. Se dirige hacia afuera para decir algo al hob que sostiene las riendas. Cerca de allí, veo a una de sus espías, una criatura arrugada con una nariz como una pastinaca y una espalda encorvada más arriba que su cabeza. Ella desliza una nota en su mano y se lanza con sorprendente ligereza.

Oriana nos mira cuidadosamente, como si esperara encontrar algo extraño.

—Tengan cuidado esta noche —dice Oriana—. Prométanme que no comerán ni beberán ni bailarán.

—Hemos estado en la Corte antes —le recuerdo, una no-respuesta de Hadas si alguna vez hubo una.

—Pueden pensar que la sal es suficiente protección, pero ustedes niñas son olvidadizas. Es mejor ir sin ella. En cuanto a bailar, una vez que comiencen, ustedes mortales bailarán hasta la muerte si no lo evitamos.

Miro mis pies y no digo nada.

Nosotras las niñas no somos olvidadizas.

Madoc se casó con ella hace siete años, y poco después, ella le dio un niño, un niño enfermizo llamado Oak, con pequeños cuernos adorables en su cabeza. Siempre ha sido claro que Oriana nos soporta a mí y a Taryn solo por el bien de Madoc. Parece pensar que somos los perros favoritos de su marido: pobremente entrenados y propensos a volverse contra nuestro amo en cualquier momento.

Oak piensa en nosotras como hermanas, lo cual puedo decir que pone nerviosa a Oriana, a pesar de que nunca haría nada para lastimarlo.

—Están bajo la protección de Madoc, y él tiene el favor del Rey Supremo —dice Oriana—. No veré que Madoc parezca tonto debido a sus errores.



Con ese pequeño discurso completo, ella camina hacia los caballos. Uno resopla y golpea el suelo con un casco.

Taryn y yo compartimos una mirada y luego la seguimos. Madoc ya está sentado en el más grande de los corceles faéricos, una criatura impresionante con una cicatriz debajo de un ojo. Sus fosas nasales se ensanchan con impaciencia. Agita su crin sin descanso.

Me giro hacia un caballo verde pálido con dientes afilados y un olor pantanoso. Taryn elige un caballo normal y pateo los talones contra sus flancos. Ella sale disparada, y yo sigo, zambulléndome en la noche.



3

*Traducido por Mari NC
Corregido por Flochi*

Las hadas son criaturas del crepúsculo, y yo también me he convertido en una. Nos levantamos cuando las sombras se alargan y nos dirigimos a nuestras camas antes de que salga el sol. Es bastante después de la medianoche cuando llegamos a la gran colina en el Palacio de Elfhame. Para entrar, debemos cabalgar entre dos árboles, un roble y un espino, y luego directamente hacia lo que parece ser el muro de piedra de una ruina abandonada. Lo he hecho cientos de veces, pero me estremezco de todos modos. Todo mi cuerpo se tensa, agarro las riendas con fuerza y mis ojos se cierran.

Cuando los abro, estoy dentro de la colina.

Cabalgamos a través de una caverna, entre pilares de raíces, sobre tierra compacta.

Aquí hay docenas de mágicos, amontonados alrededor de la entrada a la gran sala del trono, donde se encuentra la Corte: pixies de nariz larga con alas hechas jirones; señoras elegantes de piel verde en vestidos largos con goblins sosteniendo sus colas; boggans traviesos; foxkin riendo; un niño con una máscara de búho y un tocado dorado; una anciana con cuervos apretando sus hombros; una pandilla de chicas con rosas silvestres en el cabello; un niño de piel de corteza con plumas alrededor de su cuello; un grupo de caballeros con armadura de escarabajo verde. Muchos que he visto antes; algunos con los que he hablado. Demasiados para que mis ojos los abarquen a todos, pero no puedo apartar la mirada.

Nunca me canso de esto: del espectáculo, de la pompa. Tal vez Oriana no está del todo equivocada al preocuparse de que algún día nos veamos atrapadas en ella, nos dejemos llevar y olvidemos de cuidarnos. Puedo ver por qué los humanos sucumben a la bella pesadilla de la Corte, por qué se ahogan voluntariamente en ella.



Sé que no debería amarlo como lo hago, robada como soy del mundo mortal, mis padres asesinados. Pero me encanta de todos modos.

Madoc baja de su caballo. Oriana y Taryn ya han desmontado de los suyos, entregándoselos a los mozos. Es a mí a quien están esperando. Madoc extiende sus dedos como si fuera a ayudarme, pero me bajo de la silla por mi cuenta. Mis zapatillas de cuero caen al suelo como una bofetada.

Espero que parezca un caballero para él.

Oriana da un paso adelante, probablemente para recordarnos a Taryn y a mí todas las cosas que ella no quiere que hagamos. No le doy la oportunidad. En cambio, meto mi brazo a través del de Taryn y corro dentro. La sala está impregnada de romero y hierbas picadas. Detrás de nosotros, puedo escuchar el paso pesado de Madoc, pero sé a dónde voy. Lo primero que debemos hacer cuando lleguemos a la Corte es saludar al rey.

El Rey Supremo Eldred está sentado en su trono con túnicas grises de estado, una pesada corona dorada de hojas de roble sujetando su delgado cabello dorado. Cuando nos inclinamos, él toca nuestras cabezas ligeramente con sus manos nudosas, anilladas, y luego nos levantamos.

Su abuela era la Reina Mab, de la Casa de Zarza Verde. Ella vivió como una de las hadas solitarias antes de comenzar a conquistar la Tierra de las Hadas con su consorte con cuernos y sus jinetes. Debido a él, se dice que cada uno de los seis herederos de Eldred tiene alguna característica animal, algo que no es inusual en esta tierra pero que es inusual entre el grupo de Nobles de las Cortes.

El príncipe mayor, Balekin, y su hermano menor, Dain, están cerca, bebiendo vino de copas de madera con bandas de plata. Dain usa pantalones que se detienen en sus rodillas, mostrando sus pezuñas y sus patas de venado. Balekin usa el abrigo que le favorece, con un collar de piel de oso. Sus dedos tienen una espina en cada nudillo, y espinas en su brazo, subiendo por debajo de las mangas de su camisa, visibles cuando Dain y él instan a Madoc a pasar.

Oriana les hace una reverencia. Aunque Dain y Balekin están juntos, a menudo están en desacuerdo entre ellos y con su hermana Elowyn, tan a menudo que se considera que la Corte está dividida en tres círculos de influencia en conflicto.



El Príncipe Balekin, el primogénito, y su conjunto son conocidos como el Círculo de Estornino, para aquellos que disfrutan de la alegría y que desprecian cualquier cosa que se interponga en su camino. Beben hasta enfermar y se adormecen con polvos venenosos y deliciosos. El suyo es el círculo más salvaje, aunque siempre ha sido perfectamente compuesto y sobrio cuando habla conmigo. Supongo que podría lanzarme al libertinaje y esperar impresionarlos. Prefiero no hacerlo, sin embargo.

La princesa Elowyn, la segunda hija, y sus compañeros tienen el Círculo de Alondras. Valoran el arte sobre todo lo demás. Varios mortales han encontrado favor en su círculo, pero como no tengo ninguna habilidad real con un laúd o declamando, no tengo ninguna posibilidad de ser una de ellos.

El Príncipe Dain, tercer hijo, dirige lo que se conoce como el Círculo de Halcones. Caballeros, guerreros y estrategas están a su favor. Madoc, obviamente, pertenece a este círculo. Hablan de honor, pero lo que realmente les importa es el poder. Soy lo suficientemente buena con una espada, conocedora de estrategia. Todo lo que necesito es una oportunidad de demostrarme a mí misma.

—Vayan a disfrutar —nos dice Madoc. Mirando a los príncipes, Taryn y yo nos dirigimos a la multitud.

El palacio del Rey de Elfhame tiene muchos rincones secretos y pasillos ocultos, perfectos para citas o asesinatos o para mantenerse fuera del camino y ser realmente aburrido en las fiestas. Cuando Taryn y yo éramos pequeñas, nos escondíamos debajo de las largas mesas del banquete. Pero como ella determinó que éramos mujeres elegantes, demasiado grandes para ensuciarnos los vestidos arrastrándonos por el suelo, teníamos que encontrar un lugar mejor. Justo después del segundo rellano de escalones de piedra hay un área donde sobresale una gran masa de roca reluciente, que crea una cornisa. Normalmente, ahí es donde nos instalamos para escuchar la música y ver toda la diversión que se supone que no deberíamos tener.

Esta noche, sin embargo, Taryn tiene una idea diferente. Ella pasa los escalones y toma comida de una bandeja de plata: una manzana verde y un trozo de queso con vetas azules. Sin molestarse con la sal, toma un bocado de cada uno, sosteniendo la manzana para que la muerda. Oriana piensa que no podemos notar la diferencia entre la fruta normal y la fruta de hada,



que florece un oro profundo. Su carne es roja y densa, y el olor empalagoso llena los bosques en el momento de la cosecha.

La manzana está crujiente y fría en mi boca. La pasamos entre nosotras, compartiendo hasta el núcleo, que como en dos bocados.

Cerca de donde estoy de pie, una pequeña niña hada con un reloj de cabello blanco, como el de un diente de león, y un pequeño cuchillo corta la correa del cinturón de un ogro. Es un trabajo astuto. Un momento después, su espada y su bolsa se han ido, se está perdiendo en la multitud, y casi puedo creer que no sucedió. Hasta que la chica me mira.

Ella guiña un ojo.

Un momento después de eso, el ogro se da cuenta que fue robado.

—¡Huelo a un ladrón! —grita, lanzándose a su alrededor, derribando una jarra de cerveza marrón oscuro, su nariz verdosa olfateando el aire.

Cerca de allí, hay una conmoción: una de las velas se enciende en crepitantes llamas azules, chispeando ruidosamente y distrae incluso al ogro. Para cuando vuelve a la normalidad, la ladrona de cabello blanco ya no está.

Con una media sonrisa, me vuelvo hacia Taryn, que mira a los bailarines con anhelo, ajenos a mucho más.

—Podríamos tomar turnos —propone—. Si no puedes parar, te sacaré. Luego harás lo mismo por mí.

El latido de mi corazón se acelera al pensarlo. Miro a la multitud de jueguistas, tratando de desarrollar la audacia de alguien que robaría a un ogro justo debajo de su nariz.

La princesa Elowyn gira en el centro de un círculo de Alondras. Su piel es de un dorado reluciente, su cabello es de color verde intenso de hiedra. A su lado, un niño humano toca el violín. Otros dos mortales lo acompañan con menos habilidad, pero con más alegría, en los ukeleles. La hermana menor de Elowyn, Caelia, gira cerca, con un cabello de seda de maíz como el de su padre y una corona de flores en él.

Comienza una nueva balada, y las palabras vagan hacia mí. *“De todos los hijos que tuvo el Rey William, el Príncipe Jamie fue el peor”, cantan. “Y lo que hizo que el dolor fuera aún mayor, el Príncipe Jamie fue el primero”.*



Nunca me gustó esa canción porque me recuerda a otra persona. Alguien que, junto con la Princesa Rhyia, no parece estar asistiendo esta noche. Pero... oh no. Lo veo.

El Príncipe Cardan, el sexto nacido del Rey Supremo Eldred, y aun así el peor absoluto, avanza a grandes zancadas hacia nosotras.

Valerian, Nicasia y Locke, sus tres amigos más mezquinos, elegantes y leales, lo siguen. La multitud se aparta y guarda silencio, inclinándose mientras pasan. Cardan lleva su ceño fruncido habitual, con kohl bajo los ojos y una diadema de oro en su cabello de medianoche. Lleva puesto un largo abrigo negro con un cuello alto y puntiagudo, todo cosido con un patrón de constelaciones. Valerian lleva color rojo oscuro, rubíes cabujones brillando en sus puños, cada uno como una gota de sangre congelada. El cabello de Nicasia es el azul verdoso del océano, coronado con una diadema de perlas. Una telaraña brillante cubre sus trenzas. Locke aparece en la parte trasera, con aspecto aburrido, su cabello del color preciso de la piel de zorro.

—Son ridículos —le digo a Taryn, quien sigue mi mirada. No puedo negar que también son hermosos. Señores y señoras de hadas, como en las canciones. Si no tuviéramos que tomar lecciones junto con ellos, si no supiera de primera mano qué flagelo eran para aquellos que les desagradaban, probablemente estaría tan enamorada de ellos como todos los demás.

—Vivi dice que Cardan tiene una cola —susurra Taryn—. Ella lo vio cuando estaba nadando en el lago con él y la princesa Rhyia esta pasada noche de luna llena.

No puedo imaginar a Cardan nadando en un lago, saltando en el agua, salpicando a la gente, riéndose de algo que no sea su sufrimiento.

—¿Una cola? —Me hago eco, una sonrisa incrédula comienza en mi rostro y luego se desvanece cuando recuerdo que Vivi no se molestó en contarme la historia, a pesar de que debe haber sucedido hace días. Tres es una configuración extraña de hermanas. Siempre hay una afuera.

—¡Con un penacho al final! Se enrolla debajo de su ropa y se despliega como un látigo. —Ella se ríe, y apenas puedo entender sus siguientes palabras—. Vivi dijo que desearía tener una.



—Me alegra que no lo haga —le digo con firmeza, lo cual es estúpido. No tengo nada en contra de las colas.

Entonces, Cardan y sus compañeros están demasiado cerca para que podamos hablar de ellos con seguridad. Dirijo mi mirada al suelo. Aunque lo odio, me hundo en el suelo sobre una rodilla, doblo la cabeza y aprieto los dientes. A mi lado, Taryn hace algo similar. A nuestro alrededor, la gente hace reverencias.

No nos mires, pienso. No mires.

Cuando Valerian pasa, agarra uno de mis cuernos trenzados. Los otros se mueven entre la multitud mientras Valerian se burla de mí.

—¿Pensabas que no te había visto allí? Tú y tu hermana se destacan en cualquier multitud —dice, inclinándose más cerca. Su aliento es pesado con el olor del vino de miel. Mi mano se cierra con un puño a mi lado, y soy consciente de la cercanía de mi cuchillo. Aun así, no lo miro a los ojos—. Ninguna otra cabeza de cabello tan aburrido, ninguna otra cara tan simple.

—Valerian —llama el Príncipe Cardan. Ya está frunciendo el ceño y cuando me ve, sus ojos se estrechan aún más.

Valerian le da a mi trenza un tirón duro. Me estremezco, la furia inútil se enrosca en mi vientre. Él se ríe y sigue.

Mi furia se convierte en vergüenza. Ojalá hubiera apartado su mano, aunque hubiera empeorado las cosas.

Taryn ve algo en mi cara.

—¿Qué te dijo él?

Niego con la cabeza.

Cardan se ha detenido junto a un niño de cabello largo y cobrizo y un par de pequeñas alas de polilla, un niño que no se inclina. El chico se ríe y Cardan se lanza. Entre un parpadeo y el siguiente, el puño cerrado del príncipe golpea al chico con fuerza en la mandíbula, tumbándolo. Cuando el niño cae, Cardan agarra una de sus alas. Se rompe como el papel. El grito del chico es chillante y agudo. Se acurruca sobre sí mismo en el suelo, con agonía en su rostro. Me pregunto si las alas de hadas vuelven a crecer; sé que las mariposas que pierden un ala nunca vuelven a volar.



Los cortesanos a nuestro alrededor se quedan boquiabiertos, pero solo por un momento. Luego vuelven a sus danzas y sus canciones, y la diversión se desarrolla.

Así es como son. Alguien se pone en el camino de Cardan, y son castigados instantánea y brutalmente. Expulsados de tomar lecciones en el palacio, a veces expulsados de la Corte por completo. Heridos. Rotos.

Cuando Cardan pasa junto al niño, aparentemente terminando con él, estoy agradecida de que Cardan tenga otros cinco hermanos y hermanas dignos; está prácticamente garantizado que nunca se sentará en el trono. No quiero pensar en él con más poder del que ya tiene.

Incluso Nicasia y Valerian comparten una mirada ponderada. Entonces Valerian se encoge de hombros y sigue a Cardan. Pero Locke se detiene junto al niño, inclinándose para ayudarlo a ponerse en pie.

Los amigos del niño vienen a llevarlo, y en ese momento, improbablemente, la mirada de Locke se levanta. Sus lejanos ojos de zorro se encuentran con los míos y se ensanchan sorprendidos. Estoy inmovilizada, mi corazón acelerado. Me preparo para más desprecio, pero luego se levanta una esquina de su boca. Él guiña un ojo, como en reconocimiento de ser atrapado. Como si estuviéramos compartiendo un secreto. Como si él pensara que no soy detestable, como si no encontrara mi mortalidad contagiosa.

—Deja de mirarlo —exige Taryn.

—¿No viste...? —empiezo a explicar, pero ella me interrumpe, agarrándome y arrastrándonos hacia las escaleras, hacia nuestro rellano de piedra reluciente, donde podemos escondernos. Sus uñas se hunden en mi piel.

—¡No les des más razones para molestarte de lo que ya han hecho! — La intensidad de su respuesta me sorprende al tomar mi mano. Las enojadas medias lunas rojas marcan dónde me agarró.

Miro hacia donde estaba Locke, pero la multitud se lo tragó.



4

*Traducido por Clau-Clau y Flochi
Corregido por Bella'*

Cuando el amanecer despunta, abro las ventanas de mi habitación y dejo que lo último del frío aire nocturno entre, mientras me quito mi vestido de la Corte. Me siento acalorada por todas partes. Mi piel se siente muy tensa y el corazón no deja de latirme a toda velocidad.

He estado en la Corte muchas veces con anterioridad. He sido testigo de más atrocidades que alas arrancadas o mi persona siendo insultada. Las hadas compensan su incapacidad para mentir con un despliegue de engaños y crueldades. Palabras retorcidas, bromas, omisiones, acertijos, escándalos, sin mencionar sus venganzas unas sobre otras por antiguos desaires recordados a medias. Las tormentas son menos volubles que ellas, los mares menos caprichosos.

Como, por ejemplo, como un militar, Madoc necesita derramamiento de sangre igual que una sirena necesita el rocío salado del mar. Después de cada batalla, él ritualmente sumerge su capucha en la sangre de sus enemigos. He visto la capucha, mantenida bajo cristal en la armería. La tela está rígida y manchada de un marrón tan profundo que es casi negro, excepto por unas cuantas manchas de verde.

A veces bajo y la miro fijamente, intentando ver a mis padres en las líneas de la marea de sangre seca. Quiero sentir algo, algo además de un malestar. Quiero sentir *más*, pero cada vez que la miro, siento menos.

Pienso en ir a la armería ahora, pero no lo hago. Me paro enfrente de mi ventana y me imagino como un caballero intrépido, me imagino como una bruja que oculta su corazón en su dedo y entonces se arranca el dedo.

—Estoy tan cansada —digo en voz alta—. Tan cansada.

Me quedo allí sentada durante un largo tiempo, observando el sol naciente dorar el cielo, escuchando las olas estrellarse conforme la marea



se eleva, cuando una criatura alza el vuelo para aterrizar en el borde de mi ventana. Al principio parece un búho, pero tiene ojos de fogón.

—¿Cansada de qué, ricura? —me pregunta.

Suspiro y respondo honestamente por una vez.

—De ser impotente.

El ave estudia mi cara, entonces vuela hacia la noche.



Duermo todo el día y despierto desorientada, luchando para salir de las largas cortinas bordadas alrededor de mi cama. La saliva se me ha secado a lo largo de una de mis mejillas.

Encuentro agua de tina esperándome, pero se ha puesto tibia. Los sirvientes deben haber venido y vuelto a marchar. Me meto de todas formas y me salpico la cara. Viviendo en la Tierra de las Hadas, es imposible no notar que todos los demás huelen como verbena o agujas de pino trituradas, sangre seca o algodoncillo. Yo huelo a sudor de sobaco y aliento rancio a menos que me frote hasta quedar limpia.

Cuando Tatterfell viene a encender las lámparas, me encuentra vistiéndome para una lección, que empieza por la tarde y se extiende hasta algunas noches. Visto botas de cuero gris y una túnica con el blasón de Madoc: una daga, una luna creciente girada de lado, así descansa como una copa y una sola gota de sangre cae de una esquina, bordada en hilo de seda.

En el piso inferior, encuentro a Taryn en la mesa de banquetes, sola, acunando una taza de té de ortiga y picoteando un bannock. Hoy, ella no sugiere que algo será divertido.

Madoc insiste (tal vez por culpa o vergüenza) que nos traten como hijas de esta tierra. Que tomemos las mismas lecciones, que nos proporcionen todo lo que ellos tienen. Se han traído Niños Intercambiados antes a la Alta Corte, pero ninguno de ellos ha sido criado como Aristocracia.

Él no entiende lo mucho que eso hace que ellos nos desprecien.

No es que no esté agradecida. Me gustan las canciones. Responder las lecciones astutamente es algo que nadie puede arrebatarme, incluso si los profesores mismos fingen lo contrario. Aceptaré un asentimiento frustrado



en lugar de un halago efusivo. Lo aceptaré y me alegraré porque significa que puedo pertenecer, les guste a ellos o no.

Vivi solía ir con nosotras, pero entonces se aburrió y ya no se molestó. Madoc se enfureció, pero ya que la aprobación de él sobre algo solo hace que ella desprecie ese algo, todo su despotrique solo la hizo más determinada a nunca jamás volver. Ella ha intentado persuadirnos a nosotras que nos quedemos en casa con ella, pero si Taryn y yo no podemos manejar las maquinaciones de los hijos de la Tierra de las Hadas sin renunciar a nuestras lecciones o ir corriendo con Madoc, ¿cómo creará él alguna vez que podamos manejar la Corte, donde esas mismas maquinaciones se ejecutarán en una escala mayor y más mortal?

Taryn y yo nos ponemos en camino, balanceando nuestras canastas. No tenemos que abandonar Insmire para llegar al palacio del Rey Supremo, pero evitamos el borde de otras dos islas diminutas, Insmoor, Isla de Piedra y Insweal, Isla de Aflicción. Las tres están conectadas por senderos rocosos medio sumergidos y piedras lo bastante grandes que es posible avanzar saltando de una a la siguiente. Un rebaño de ciervos está nadando hacia Insmoor, buscando la mejor pastura. Taryn y yo caminamos más allá del Lago de Máscaras y a través de la esquina lejana del Milkwood, elegimos el camino más allá de los troncos pálidos y plateados y hojas desteñidas. Desde allí, distinguimos sirenas y merrows asoleándose cerca de cuevas llenas de cangrejos, sus escamas reflejando el brillo ámbar del sol de avanzada la tarde.

A todos los hijos de la Aristocracia, sin importar la edad, les enseñan profesores de todo el reino en los terrenos del palacio. Algunas tardes nos sentamos en arboledas alfombradas con musgo esmeralda, y otras tardes la pasamos en torres altas o arriba de árboles. Aprendemos sobre los movimientos de constelaciones en el cielo, las propiedades medicinales y mágicas de las hierbas, los lenguajes de las aves, flores y la gente, igual que el lenguaje de los mágicos (aunque ocasionalmente se tuerce en mi boca), la composición de los acertijos, y cómo caminar suavemente sobre hojas y ramas para no dejar rastro ni hacer sonido. Se nos instruye en los puntos más delicados del arpa y laúd, el arco y la espada. Taryn y yo los observamos mientras ellos practican encantamientos. Como descanso, todos jugamos a la guerra en un campo verde con un amplio arco de árboles.

Madoc me entrenó para ser formidable incluso con una espada de madera. Taryn tampoco es mala, aunque ya no se molesta en practicar. En



el Torneo de Verano, en solo unos pocos días, nuestra guerra falsa tomará lugar enfrente de la familia real. Con aprobación de Madoc, uno de los príncipes o princesas podría elegir concederme el título de caballero y tomarme en su guardia personal. Sería una especie de poder, una especie de protección.

Y con ello, también podría proteger a Taryn.

Llegamos a la escuela. El príncipe Cardan, Locke, Valerian y Nicasia ya están extendidos en el césped con unas pocas hadas más. Una chica con cornamenta de ciervo, Poesy, está sonriendo por algo que Cardan ha dicho. Prácticamente ni nos miran mientras extendemos nuestra manta y sacamos nuestras libretas y bolígrafos y frascos de tinta.

Mi alivio es inmenso.

Nuestra lección involucra la historia de la paz delicadamente negociada entre Orlagh, Reina de Bajo el Mar, y los varios reyes y reinas hadas de la tierra. Nicasia es la hija de Orlagh, enviada al cuidado de la Corte del Rey Supremo. Se han compuesto muchas odas a la belleza de la Reina Orlagh, aunque si es parecida remotamente a su hija, no a su personalidad.

Nicasia se muestra presuntuosa a través de la lección, orgullosa de su herencia. Cuando el instructor se mueve a Lord Roiben de la Corte de las Termitas, pierdo interés. Mis pensamientos van a la deriva. En cambio, me encuentro pensando en combinaciones: golpe, empuje, esquivo, bloqueo. Aprieto mi bolígrafo como si se tratase de la empuñadura de una espada y me olvido de tomar notas.

A medida que el sol se va hundiendo en el cielo, Taryn y yo desempacamos nuestras cestas de casa, las que contienen pan, mantequilla, queso y ciruelas. Unto hambrienta, manteca en un pedazo de pan.

Pasando junto a nosotras, Cardan patear tierra en mi comida justo antes de ponerla en mi boca. La otra hada se ríe.

Alzo la mirada para verlo observándome con cruel placer, como un ave rapaz intentando decidir si se molesta en devorar a un ratoncito. Está usando una túnica de cuello alto bordada con espinas, sus dedos pesados con anillos. Su mueca de desprecio es una bien practicada.



Aprieto los dientes. Me digo que si permito que las burlas pasen sin darles importancia, él perderá su interés. Se irá. Puedo soportar un poco más, unos días más.

—¿Sucedo algo? —pregunta Nicasia con dulzura, acercándose y envolviendo su brazo sobre el hombro de Cardan—. Tierra. Es de donde viniste, mortal. Es a lo que regresarás pronto. Dale una probada.

—Obligame —digo antes de poder evitarlo. No es la réplica más espectacular, pero mis palmas comienzan a sudar. Taryn se ve sorprendida.

—Podría, sabes —dice Cardan, sonriendo como si nada lo complaciera más. Mi corazón se acelera. Si yo no estuviera usando una cadena de bayas de serbal, él podría encantarme para que pensara que la tierra era algún tipo de exquisitez. Solo la posición de Madoc le daría una razón para dudar. No me muevo, no toco el collar oculto bajo el corpiño de mi túnica, el que espero detendrá cualquier tipo de glamour funcionando. El que espero no descubra y arranque de mi garganta.

Miro en dirección al profesor del día, pero el anciano púca tiene su nariz enterrada en un libro.

Dado que Cardan es un príncipe, es más que probable que nadie le haya advertido, nadie haya detenido su mano. Nunca sé cuán lejos irá, y nunca sé cuál lejos se lo permitirán nuestros instructores.

—No quieres eso, ¿verdad? —pregunta Valerian con simpatía fingida mientras pateo más tierra en nuestro almuerzo. Ni siquiera lo vi acercarse. Una vez, Valerian robó uno de mis bolígrafos de plata, y Madoc lo reemplazó con uno adornado con rubíes de su propio escritorio. Esto enojó tanto a Valerian que me golpeó en la parte trasera de la cabeza con su espada de práctica de madera—. ¿Y si prometemos ser buenos contigo por toda la tarde si se comen todo lo de sus cestas? —Su sonrisa es amplia y falsa—. ¿No nos quieres de amigos?

Taryn baja la mirada a su regazo. *No, quiero decir. No los queremos de amigos.*

No respondo, pero no bajo la mirada tampoco. Me encuentro con la mirada de Cardan. No hay nada que pueda hacer para que se detengan y lo sé. No tengo poder aquí. Pero hoy parece que no puedo sofocar mi enojo ante mi propia impotencia.



Nicasia saca un prendedor de mi cabello, provocando que una de mis trenzas caiga contra mi cuello. Golpeo su mano, pero sucede demasiado rápido.

—¿Qué es esto? —Está sosteniendo el prendedor dorado, con un pequeño racimo de filigrana de bayas de espino en la parte superior—. ¿Lo robaste? ¿Pensabas que te haría hermosa? ¿Pensabas que te haría semejante a nosotros?

Me muerdo el interior de mi mejilla. Por supuesto que quiero ser como ellos. Son tan hermosos como cuchillas forjadas en algún fuego divino. Vivirán para siempre. El cabello de Valerian brilla como oro pulido. Las extremidades de Nicasia son largas y perfectamente formadas, su boca coral rosado, su cabello del color de la parte más profunda y fría del océano. Los ojos de zorro de Locke, parado silenciosamente detrás de Valerian, su expresión dominada en una de cuidadosa indiferencia, tiene una barbilla tan puntiaguda como las puntas de sus orejas. Y Cardan es todavía más hermoso que el resto, con cabello negro tan iridiscente como el ala de un cuervo y pómulos lo bastante afilados como para cortar el corazón de una chica. Lo odio más que a los otros. Lo odio tanto que a veces cuando lo miro, apenas puedo respirar.

—Nunca serás nuestra igual —dice Nicasia.

Claro que no lo seré.

—Oh, vamos —dice Locke con una risa despreocupada, su mano rodeando la cintura de Nicasia—. Dejémoslas vivir en su propia miseria.

—Jude lo siente —dice Taryn rápidamente—. Ambas lo sentimos profundamente.

—Ella puede mostrarnos cuán arrepentida está —dice Cardan arrastrando las palabras—. Dile que no pertenece al Torneo de Verano.

—¿Temes que ganaré? —pregunto, lo cual no es inteligente.

—No es para mortales —nos informa, su voz gélida—. Retírate, o desearás haberlo hecho.

Abro la boca, pero Taryn habla antes que pueda.

—Hablaré con ella al respecto. No es nada, solo se trata de un juego.



Nicasia le da a mi hermana una magnánima sonrisa. Valerian mira maliciosamente hacia Taryn, sus ojos permaneciendo en las curvas de ella.

—Todo es solamente un juego.

La mirada de Cardan se encuentra con la mía, y sé que no ha terminado conmigo, ni de lejos.

—¿Por qué los desafías de esa manera? —pregunta Taryn cuando han regresado a su propio almuerzo feliz, todo desplegado para ellos—. Responderle así; es estúpido.

Oblígame.

¿Temes que ganaré?

—Lo sé —le digo—. Cerraré la boca. Solo... me enojé.

—Mejor que tengas miedo —aconseja. Y luego, negando con la cabeza, empaca nuestra comida arruinada. Mi estómago gruñe e intento ignorarlo.

Quieren que tenga miedo, sé eso. Durante la guerra simulada de esa misma tarde, Valerian me hace una zancadilla y Cardan susurra cosas desagradables en mi oído. Me dirijo a casa con moretones en la piel por patadas y caídas.

Lo que ellos no se dan cuenta es de esto: sí, me asustan, pero siempre he tenido miedo, desde el día que llegué aquí. Fui criada por el hombre que asesinó a mis padres, criada en una tierra de monstruos. Vivo con ese temor, dejo que se asiente en mis huesos y lo ignoro. Si no fingiera no estar asustada, me ocultaría debajo de mis colchas de búho en la finca de Madoc para siempre. Yacería allí y gritaría hasta que quedara nada de mí. Me niego a hacer eso. No lo haré.

Nicasia está equivocada sobre mí. No deseo hacerlo tan bien en el torneo como una de las hadas. Quiero ganar. No anhele ser su igual.

En mi corazón, anhele superarlos.



5

Traducido por Genevieve, Aria y Magnie
Corregido por Flochi

En nuestro camino a casa, Taryn se detiene y recoge moras junto al Lago de Máscaras. Me siento en una roca a la luz de la luna y deliberadamente no miro al agua. El lago no refleja tu propia cara; te muestra a alguien más que lo ha visto o lo mirará. Cuando era pequeña, solía sentarme en la orilla todo el día, mirando los rostros de las hadas en lugar de los míos, con la esperanza de que algún día pudiera ver a mi madre mirándome.

Eventualmente, duele demasiado intentarlo.

—¿Vas a dejar el torneo? —pregunta Taryn, metiéndose un puñado de bayas en la boca. Somos niñas hambrientas. Ya somos más altas que Vivi, nuestras caderas más anchas y nuestros pechos más pesados.

Abro mi canasta y saco una ciruela sucia, limpiándola en mi camisa. Todavía es más o menos comestible. La como lentamente, pensando.

—¿Te refieres a Cardan y su Corte de Idiotas?

Ella frunce el ceño con una expresión como la que podría hacer si estuviera siendo particularmente terca.

—¿Sabes cómo nos llaman? —exige—. *El Círculo de Gusanos*.

Lanzo la semilla al agua, viendo las ondas destruir la posibilidad de cualquier reflejo. Mi labio se curva.

—Estás tirando basura en un lago mágico —me dice.

—Se pudrirá —le digo—. Y nosotras también lo haremos. Ellos tienen razón. Somos el Círculo de Gusanos. Somos mortales. No tenemos por qué esperar para que nos dejen hacer las cosas que queremos. No me importa



si no les gusta mi participación en el torneo. Una vez que me convierta en un caballero, estaré fuera de su alcance.

—¿Crees que Madoc va a permitir eso? —pregunta Taryn, dejando el arbusto después de que las zarzas hacen que le sangren los dedos—. ¿Responderle a alguien que no sea él?

—¿Para qué más nos ha estado entrenando? —pregunto. Sin decir palabra, caminamos juntas, dirigiéndonos a casa.

—Yo no. —Niega con la cabeza—. Me voy a enamorar.

Me sorprendo riendo.

—Entonces, ¿lo acabas de decidir? No pensé que funcionara así. Pensé que se suponía que el amor sucedería cuando menos lo esperabas, como una zapa a la cabeza.

—Bueno, lo *he* decidido —dice ella. Considero mencionar su última decisión nefasta, la de divertirnos en la fiesta, pero eso solo la molestará. En cambio, trato de imaginar a alguien de quien pueda enamorarse. Tal vez sea un tritón, y él le dará el don de respirar bajo el agua y una corona de perlas y la llevará a su cama bajo el mar.

En realidad, eso suena increíble. Tal vez estoy tomando todas las decisiones equivocadas.

—¿Cuánto te gusta nadar? —pregunto.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Nada —digo.

Ella, sospechando algún tipo de burla, me da un codazo en el costado.

Nos dirigimos al Bosque Torcido, con sus troncos doblados, ya que el Milkwood es peligroso por la noche. Tenemos que detenernos para dejar pasar a algunos hombres raíz, por temor a que nos pisen si no nos mantenemos fuera de su camino. El musgo les cubre los hombros y se arrastra por sus mejillas. El viento silba a través de sus costillas.

Hacen una hermosa y solemne procesión.

—Si estás tan segura que Madoc te va a dar permiso, ¿por qué no le has preguntado todavía? —susurra Taryn—. El torneo está a solo tres días.



Cualquiera puede pelear en el Torneo de Verano, pero si quiero ser un caballero, debo declarar mi candidatura usando una faja verde en mi pecho. Y si Madoc no me permite eso, entonces ninguna cantidad de habilidad me ayudará. No seré candidata y no seré elegida.

Me alegro de que los hombres raíz me den una excusa para no responder, porque, por supuesto, ella tiene razón. No le he preguntado a Madoc porque tengo miedo de lo que dirá.

Cuando llegamos a casa, abriendo de un empujón la enorme puerta de madera con su hierro forjado, alguien grita arriba, como angustiado. Corro hacia el sonido, con el corazón en mi boca, solo para encontrar a Vivi en su habitación, persiguiendo una nube de duendes. Pasan junto a mí por el pasillo en un estallido de gasa y ella golpea el libro que estaba balanceando contra la puerta.

—¡Mira! —grita Vivi, señalando hacia su armario—. Mira lo que hicieron.

Las puertas están abiertas, y veo un montón de cosas robadas del mundo humano, cerillas, periódicos, botellas vacías, novelas y polaroid. Los duendes habían convertido los fósforos en camas y mesas, destrozado todo el papel y arrancado los centros de los libros para anidar en el interior. Era una infestación de sprites completa.

Pero estoy más desconcertada por la cantidad de cosas que Vivi tiene y cuántas de ellas no parecen tener ningún valor. Es solo basura. Basura mortal.

—¿Qué es todo eso? —pregunta Taryn, entrando a la habitación. Se inclina y extrae una tira de imágenes, solo masticada suavemente por los duendes. Las fotos se toman una detrás de la otra, del tipo en el que te tienes que sentar en una cabina. Vivi está en las fotos, con su brazo sobre los hombros de una sonriente chica mortal de cabello rosado.

Quizás Taryn no es la única que ha decidido enamorarse.



En la cena, nos sentamos en una mesa enorme tallada a lo largo de los cuatro lados con imágenes de faunos con flautas y duendecillos bailarines. Velas en pilares gruesos de cera arden en el centro, junto a un



jarrón de piedra tallada lleno de alazán de madera. Los sirvientes nos traen platos de plata llenos de comida. Comemos habas frescas, carne de venado con semillas de granada diseminadas, trucha asada a la parrilla con mantequilla, una ensalada de hierbas amargas y, para después, tortas de pasas cubiertas de jarabe de manzana. Madoc y Oriana beben vino; nosotros los niños mezclamos el nuestro con agua.

Al lado de mi plato y el de Taryn hay un plato de sal.

Vivi pincha su venado y luego lame la sangre de su cuchillo.

Oak sonríe al otro lado de la mesa y comienza a imitar a Vivi, pero Oriana le quita los cubiertos antes de que pueda cortarse la lengua. Oak se ríe y recoge su carne con los dedos, desgarrándola con sus afilados dientes.

—Debes saber que el rey pronto renunciará a su trono a favor de uno de sus hijos —dice Madoc, mirándonos a todas—. Es probable que elija al príncipe Dain.

No importa que Dain sea un tercer hijo. El Gobernante Supremo elige a su sucesor: así es como se asegura la estabilidad de Elfhame. La primera Reina Suprema, Mab, hizo que su herrero forjara una corona. Lore dice que el herrero era una criatura llamada Grimsen, que podía dar forma a cualquier cosa a partir del metal: pájaros que trinan y collares que se arrastran sobre las gargantas, espadas gemelas llamadas Heartseeker y Heartsworn que nunca daban un golpe errado. La corona de la Reina Mab fue mágicamente y maravillosamente forjada para que pasara solo a los de la misma línea de sangre, en una línea ininterrumpida. Con la corona pasan los juramentos de todos los que la han tenido. Aunque sus súbditos se reúnen en cada nueva coronación para renovar su lealtad, la autoridad aún descansa en la corona.

—¿Por qué renuncia? —pregunta Taryn.

La sonrisa de Vivi se ha vuelto desagradable.

—Sus hijos se impacientaron con él por seguir con vida.

Una oleada de ira pasa por el rostro de Madoc. Taryn y yo no nos atrevemos a picarle por miedo a que su paciencia con nosotras llegue a su fin, pero Vivi es experta en ello. Cuando le responde, puedo ver el esfuerzo que está haciendo para morderse la lengua.



—Pocos reyes de la Tierra de las Hadas han reinado tan bien durante tanto tiempo como Eldred. Ahora va en busca de la Tierra Prometida.

Por lo que puedo decir, la Tierra Prometida es su eufemismo para la muerte, aunque no lo admitan. Dicen que es el lugar de donde vinieron los mágicos y a donde finalmente volverán.

—¿Estás diciendo que deja el trono porque es *viejo*? —pregunto, preguntándome si estoy siendo maleducada. Hay hobs nacidos con rostros arrugados como pequeños gatos sin pelo y nixies de extremidades delicadas cuyas verdaderas edades solo se muestra en sus ancianos ojos. No pensaba que el tiempo les fuera a importar.

Oriana no parece feliz, pero no me está callando activamente, tampoco, así que tal vez no sea *tan* maleducado. O tal vez no se espera nada mejor que malos modales de mí.

—Puede que no muramos por la edad, pero nos agotamos con ella —dice Madoc con un pesado suspiro—. He hecho la guerra en nombre de Eldred. He roto Cortes que le han negado lealtad. Incluso he liderado escaramuzas contra la Reina de Bajo el Mar. Pero Eldred ha perdido el gusto por el derramamiento de sangre. Permite que aquellos que están bajo su bandera se subleven en pequeñas y grandes formas incluso mientras otras Cortes se niegan a someterse a nosotros. Es hora de cabalgar a la batalla. Es hora de un nuevo monarca, uno hambriento.

Oriana frunce el ceño con ligera confusión.

—Por preferencia, tu parentesco te tendría a salvo.

—¿Para qué sirve un general sin guerra? —Madoc toma un gran sorbo de vino. Me pregunto lo a menudo que necesita mojar su capucha con sangre—. La coronación del nuevo rey será en el solsticio de otoño. No se preocupen. Tengo un plan para asegurar nuestros futuros. Solo preocúpense por prepararse para una gran cantidad de baile.

Me estoy preguntando cuál podría ser su plan cuando Taryn me da una patada por debajo de la mesa. Cuando me vuelvo para fulminarla con la mirada, levanta ambas cejas.

—Pregúntale —gesticula.

Madoc mira en su dirección.



—¿Sí?

—Jude quiere preguntarte algo —dice Taryn. La peor parte es, que ella cree que está ayudando.

Respiro profundamente. Al menos parece estar de buen humor.

—He estado pensando en el torneo. —Me he imaginado diciendo estas palabras muchos, muchas veces, pero ahora que realmente lo estoy haciendo, no parecen salir de la forma en la que lo he planeado—. No soy mala con una espada.

—Eres demasiado modesta —dice Madoc—. Tu arte con la espada es excelente.

Eso parece alentador. Miro a Taryn, que parece estar conteniendo la respiración. Todo el mundo en la mesa se ha quedado quieto, excepto Oak, que está chocando su vaso contra el plato.

—Voy a luchar en el Torneo de Verano y quiero declararme lista para ser elegida para el cuerpo de caballeros.

Las cejas de Madoc se levantan.

—¿Eso es lo que quieres? Es un trabajo peligroso.

Asiento.

—No tengo miedo.

—Interesante —dice. Mi corazón late lentamente en mi pecho. He pensado cada aspecto de este plan excepto la posibilidad de que él no lo permita.

—Quiero labrarme mi propio camino en la Corte —digo.

—No eres una asesina —me dice. Me encojo, encontrándome con su mirada. Me mira firmemente con sus ojos dorados de gato.

—Podría serlo —insisto—. Llevo entrenando una década.

Desde que me tomaste, no lo digo, aunque debe de estar en mis ojos.

Niega con la cabeza con pena.

—De lo que careces no tiene nada que ver con la experiencia.



—No, pero... —empiezo.

—Suficiente. He tomado mi decisión —dice, levantando la voz para interrumpirme. Después de un momento en el que los dos estamos callados, me da una sonrisa medio conciliadora—. Lucha en el torneo si quieres, por deporte, pero no te pondrás la faja verde. No estás lista para ser caballero. Puedes preguntármelo otra vez después de la coronación, si tu corazón aún está empeñado en ello. Y si es un capricho, ese será tiempo suficiente para que se pase.

—¡Esto no es ningún capricho! —Odio la desesperación en mi voz, pero he estado contando los días que quedan para el torneo. La idea de esperar meses, solo para que pueda rechazarme otra vez, me llena con una desesperación salvaje.

Madoc me da una mirada ilegible.

—Después de la coronación —repite.

Quiero gritarle: ¿Sabes lo duro que es mantener siempre la cabeza baja? ¿Tragarte insultos y soportar amenazas directas? Y aun así eso es lo que he hecho. Pensaba que probaba mi dureza. Pensaba que si tú veías que podía con lo que sea que me lanzaban y aun así sonreír, verías que lo valgo.

No eres una asesina.

No tiene ni idea de lo que soy.

Tal vez yo tampoco lo sepa. Tal vez nunca me he permitido averiguarlo.

—El Príncipe Dain será un buen rey —dice Oriana, cambiando hábilmente la conversación a cosas agradables—. Una coronación significa un mes de bailes. Necesitaremos vestidos nuevos. —Parece incluir a Taryn y a mí en esta declaración—. Magníficos vestidos.

Madoc asiente, sonriendo enseñando los dientes.

—Sí, sí, tantos como quieran. Quiero que se vean lo mejor posible y bailen lo más posible.

Intento respirar lentamente, para concentrarme en solo una cosa. Las semillas de granada en mi plato, brillando como rubíes, mojadas con sangre de venado.



Después de la coronación, ha dicho Madoc. Intento concentrarme en eso. Solo que parece nunca.

Me encantaría tener un vestido de la Corte como los que he visto en el armario de Oriana, patrones opulentos cosidos intrincadamente en faldas doradas y plateadas, cada una tan hermosa como el amanecer. Me concentro en eso también.

Pero entonces voy demasiado lejos y me imagino a mí misma en ese vestido, con la espada en mi cadera, transformada, un verdadero miembro de la Corte, un caballero en el Círculo de Halcones. Y Cardan mirándome al otro lado de la habitación, de pie junto al rey, riéndose de mi pretensión.

Riéndose como si supiera que esto es una fantasía que nunca será real.

Me pellizco la pierna hasta que el dolor se lo lleva todo.

—Tendrán que desgastar la suela de sus zapatos, igual que el resto de nosotros —nos dice Vivi a Taryn y a mí—. Apuesto a que Oriana está enferma de la preocupación porque ya que Madoc las ha alentado a que bailen, no puede detenerlas. Horror de los horrores, puede que se lo pasen bien.

Oriana presiona los labios.

—Eso no es justo, ni es verdad.

Vivi pone los ojos en blanco.

—Si no fuera verdad, no podría decirlo.

—¡Suficiente, todas ustedes! —Madoc golpea su mano sobre la mesa, haciéndonos saltar a todas—. Las coronaciones son un momento en que muchas cosas son posibles. El cambio viene y no es sabio enfadarme.

No puedo decir si está hablando del Príncipe Dain o de las hijas ingratas o de ambos.

—¿Tienes miedo de que alguien intente ir por el trono? —pregunta Taryn. Como yo, ella ha sido criada en estrategia, movimientos y contra movimientos, emboscadas y ventajas. Pero a diferencia de mí, ella tiene el talento de Oriana para hacer la pregunta que dirigirá una conversación hacia costas menos rocosas.



—La línea de la Zarza Verde debería preocuparse, no yo —dice Madoc, pero parece complacido de que le pregunten—. Sin duda, algunos de sus súbditos desean que no haya Corona de Sangre ni ningún Rey Supremo en absoluto. Sus herederos deben ser especialmente cuidadosos de que los ejércitos de la Tierra de las Hadas estén satisfechos. Un estratega bien experimentado espera la oportunidad correcta.

—Solo alguien sin nada que perder atacaría el trono contigo allí para protegerlo —dice Oriana remilgadamente.

—Siempre hay algo que perder —dice Vivi, y luego hace una mueca a Oak. Él se ríe.

Oriana lo alcanza y luego se detiene. Nada malo está sucediendo realmente. Y sin embargo, veo el brillo en los ojos de gato de Vivi, y no estoy segura que Oriana esté equivocada al estar nerviosa.

A Vivi le gustaría castigar a Madoc, pero su único poder es ser una espina en su costado. Lo que significa ocasionalmente atormentar a Oriana a través de Oak. Sé que Vivi adora a Oak, es nuestro hermano, después de todo, pero eso no significa que esté por encima de enseñarle cosas malas.

Madoc nos sonríe a todos, siendo la imagen de satisfacción ahora. Solía pensar que él no notó todas las corrientes de tensión que corrían a través de la familia, pero a medida que crecía, veo que el conflicto apenas reprimido no le molesta en lo más mínimo. Le gusta tan bien como la guerra abierta.

—Quizás ninguno de nuestros enemigos sea un buen estratega.

—Esperemos que no —dice Oriana distraídamente, con los ojos en Oak, levantando su vaso de vino de canario.

—Ciertamente —dice Madoc—. Brindemos. Por la incompetencia de nuestros enemigos.

Recojo mi vaso y lo choco con el de Taryn, luego lo tomo hasta el fondo hasta los mismísimos sedimentos.



Siempre hay algo que perder.



Pienso en eso durante todo el amanecer, dándole vueltas en mi cabeza. Finalmente, cuando ya no puedo dar más vueltas en la cama, me pongo una bata sobre mi camisón y salgo al sol de la mañana. Brillante como el oro martillado, me duelen los ojos cuando me siento en un parche de tréboles cerca de los establos, mirando hacia la casa.

Todo esto era de mi madre antes que fuera de Oriana. Mamá debe haber sido joven y estar enamorada de Madoc en aquel entonces. Me pregunto cómo fue para ella. Me pregunto si pensó que iba a ser feliz aquí.

Me pregunto cuándo se dio cuenta que no lo era.

He escuchado los rumores. No es poca cosa desconcertar al general del Rey Supremo, escabullirse de la Tierra de las Hadas con su bebé en su vientre y esconderse durante casi diez años. Dejó atrás los restos quemados de otra mujer en la cáscara ennegrecida de su propiedad. Nadie puede decir que ella no demostró su dureza. Si hubiera tenido un poco más de suerte, Madoc nunca se hubiera dado cuenta que todavía estaba viva.

Ella tenía mucho que perder, supongo.

También tengo mucho que perder.

¿Y qué?



—Saltemos nuestras lecciones hoy —le digo a Taryn esa tarde. Estoy vestida y listo temprano. Aunque no he dormido, no me siento para nada cansada—. Quédate en casa.

Me mira con profunda preocupación como un duendecillo, en deuda con Madoc, trenza su cabello castaño en una corona. Está sentada primorosamente en su tocador, vestida de marrón y dorado.

—Decirme que no vaya significa que debería. Lo que sea que estés pensando, detente. Sé que estás decepcionada por el torneo...

—No importa —digo, aunque, por supuesto, sí lo hace. Importa tanto que, ahora, sin la esperanza de ser un caballero, siento como si un agujero se hubiera abierto debajo de mí y estoy cayendo en él.



—Madoc podría cambiar de opinión. —Me sigue por las escaleras, agarrando nuestras cestas antes de que pueda—. Y al menos ahora no tendrás que desafiar a Cardan.

Me vuelvo contra ella, a pesar de que nada de esto es su culpa.

—¿Sabes por qué Madoc no me deja probar para el cuerpo de caballeros? Porque piensa que soy débil.

—Jude —advierde.

—Pensé que se suponía que debía ser buena y seguir las reglas —le digo—. Pero he acabado de ser débil. He acabado de ser buena. Creo que voy a ser otra cosa.

—Solo a los idiotas no les asustan las cosas que dan miedo —dice Taryn, lo cual es indudablemente cierto, pero todavía no logra disuadirme.

—Sáltate las lecciones hoy —le digo nuevamente, pero ella no lo hará, así que vamos a la escuela juntas.

Taryn me mira con cautela mientras hablo con el líder de la guerra de simulacro, Fand, una chica duendecillo con la piel azul de pétalos de flores. Ella me recuerda que mañana habrá un acuerdo para prepararse para el torneo.

Asiento, mordiendo el interior de mi mejilla. Nadie necesita saber que mis esperanzas se desvanecieron. Nadie necesita saber que ya no tenía ninguna esperanza.

Más tarde, cuando Cardan, Locke, Nicasia y Valerian se sientan a almorzar, tienen que escupir su comida con terror asfixiante. A su alrededor están los hijos menos horribles de los nobles de las hadas, comiendo su pan y miel, sus pasteles y palomas asadas, su mermelada de flor de saúco con galletas y queso y los gruesos globos de uvas. Pero cada bocado en cada una de las cestas de mis enemigos ha estado completamente salada.

La mirada de Cardan atrapa la mía y no puedo evitar la sonrisa malvada que levanta las comisuras de mi boca. Sus ojos son brillantes como carbones, su odio es algo viviente, brillando en el aire entre nosotros como el aire sobre las rocas negras en un día de verano ardiente.



—¿Has perdido el juicio? —exige Taryn, sacudiendo mi hombro para que tenga que mirarla—. Estás empeorando las cosas. Hay una razón por la que nadie se enfrena a ellos.

—Lo sé —digo en voz baja, incapaz de contener la sonrisa en mis labios—. Muchas razones.

Ella tiene razón en estar preocupada. Acabo de declarar la guerra.



6

Traducido por Clau-Clau
Corregido por Flochi

He contado esta historia erróneamente. Hay cosas que realmente debería haber dicho sobre crecer en la Tierra de las Hadas. Las dejé fuera de la historia, mayormente porque soy una cobarde. Ni siquiera me gusta permitirme a mí misma pensar sobre ellas. Pero tal vez conocer unos pocos detalles relevantes sobre mi pasado hará que cobre más sentido porqué soy como soy. Cómo el miedo se me filtró hasta la médula. Cómo aprendí a fingir para alejarlo.

Así que aquí hay tres cosas que debería haberte contado antes sobre mí misma, pero no lo hice:

1. Cuando tenía nueve años, uno de los guardias de Madoc me arrancó la punta del dedo anular de la mano izquierda. Estábamos afuera, y cuando grité, me empujó lo bastante fuerte para que mi cabeza se estampara en un poste de madera de los establos. Entonces me hizo levantarme y quedarme allí parada mientras él masticaba el trozo que había arrancado. Me dijo exactamente lo mucho que odiaba a los mortales. Sangré mucho; no pensarías que tanta sangre sale de un dedo. Cuando terminó, me explicó que mejor mantenía en secreto lo que había sucedido, porque si no, se comería el resto de mí. Así que, obviamente, no le conté a nadie. Hasta ahora, cuando te lo estoy contando a ti.

2. Cuando tenía once, me encontraron ocultándome bajo la mesa de banquetes en una de las fiestas por un miembro particularmente aburrido de la Aristocracia. Me sacó arrastrando por un pie, pataleando y agitándome. No creo que él supiera quién era yo... al menos, me digo a mí misma que no lo sabía. Pero me obligó a beber, así que bebí: el vino verde pasto de las hadas deslizándose por mi garganta como néctar. Él me hizo bailar alrededor de la colina. Fue divertido al principio, la clase de



diversión aterradora que la mitad del tiempo te hace chillar que te bajen y sentir mareada y enferma el resto. Pero cuando la diversión se desvaneció y seguí sin poder parar, fue solo aterrador. Sin embargo, resultó que mi temor era igualmente divertido para él. La princesa Elowyn me encontró al final de la fiesta, vomitando y llorando. No me preguntó ni una cosa sobre cómo había terminado así, solo me entregó a Oriana como si fuera una chaqueta extraviada. Nunca le contamos a Madoc al respecto. ¿Cuál habría sido el punto? Todos los que me vieron probablemente pensaron que estaba pasando un rato grandioso.

3. Cuando tenía catorce y Oak tenía cuatro, me hizo un encantamiento. No lo hizo intencionalmente... bueno, al menos realmente no comprendía por qué no debería hacerlo. Yo no llevaba puesto ningún talismán protector porque acababa de salir de bañarme. Oak no deseaba ir a la cama. Me dijo que jugara a las muñecas con él, así que jugamos. Me ordenó que lo persiguiera, así que jugamos al corre-que-te-alcanzo por los pasillos. Entonces descubrió que podía hacer que me abofeteara yo misma, lo que era muy divertido. Tatterfell nos encontró horas después, dio un buen vistazo a mis mejillas enrojecidas y las lágrimas en mis ojos y entonces corrió por Oriana. Durante semanas, un Oak risueño intentó encantarme para que le consiguiera dulces o lo levantara por encima de mi cabeza o escupiera en la mesa de la cena. Aunque nunca funcionó, aunque yo llevaba una tira de bayas de serbal a todos lados después de eso, me esforcé mucho durante meses para no derribarlo a golpes. Oriana nunca me ha perdonado por esa contención; ella cree que el no vengarme entonces significa que planeo vengarme en el futuro.

He aquí por qué no me gustan estas historias: recalcan que soy vulnerable. Sin importar lo cuidadosa que soy, eventualmente daré un paso en falso. Soy débil. Soy frágil. Soy mortal.

Odio la mayoría de ellas.

Incluso si, por algún milagro, pudiera ser mejor que ellos, nunca seré una de ellos.



7

*Traducido por Clau-Clau
Corregido por Flochi*

Ellos no esperan mucho para vengarse.

Durante el resto de la tarde y las primeras horas de la noche, recibimos lecciones de historia. Un goblin cabeza de gato llamado Yarrow recita baladas y nos hace preguntas.

Cuanto más correctas son las respuestas que doy, más se enfurece Cardan. No deja en secreto su desagrado, comentando a Locke con un arrastrar de palabras sobre lo aburridas que son estas lecciones y bufando en desprecio al profesor.

Por una vez, terminamos antes de que la oscuridad haya caído por completo. Taryn y yo nos dirigimos a casa, con ella lanzándome miradas preocupadas. La luz del ocaso se filtra a través de los árboles, y respiro hondo, embebiendo la esencia de las agujas de pino. Siento una especie de calma extraña, a pesar de la estupidez de lo que he hecho.

—Así no eres tú —dice Taryn finalmente—. No empiezas peleas con la gente.

—Apaciguarlos no servirá. —Piso una piedra con el pie cubierto por la zapatilla—. Cuanto más se salen con la suya, más creen que tienen derecho a hacerlo.

—Así que vas a, ¿qué... enseñarles modales? —Taryn suspira—. Incluso si alguien debiera hacerlo, ese alguien no tiene que ser tú.

Ella tiene razón. Sé que tiene razón. La furia atolondrada de esta tarde se desvanecerá, y lamentaré lo que he hecho. Probablemente después de un buen y largo sueño, estaré tan horrorizada como Taryn. Todo lo que me he conseguido son problemas peores, sin importar lo bien que se sintió salvar mi orgullo.



No eres una asesina.

De lo que careces no tiene nada que ver con la experiencia.

Y, aun así, no lo lamento ahora. Al haber dado el paso fuera del precipicio, lo que deseo es caer.

Empiezo a hablar cuando una mano se cierra sobre mi boca. Unos dedos se hunden en la piel alrededor de mis labios. Suelto un golpe, agitando el cuerpo y veo a Locke sujetando la cintura de Taryn. Alguien me tiene sujetadas las muñecas. Libero mi boca y grito, pero los gritos en la Tierra de las Hadas son como trinos de pájaros, demasiado comunes para atraer mucha atención.

Nos empujan por el bosque, riendo. Escucho un vítor de uno de los chicos. Creo que escucho a Locke decir algo sobre que las parrandas terminen rápidamente, pero se lo traga el júbilo.

Entonces hay un empujón a mis hombros y el horrible shock de agua fría cerrándose a mi alrededor. Escupo agua, intentando respirar. Saboreo lodo y juncos. Me impulso para salir a la superficie. Taryn y yo estamos a la altura de la cintura en el río, la corriente nos empuja río abajo hacia una parte más profunda y escarpada. Entierro los pies en el lodo del fondo para evitar ser barrida. Taryn está sujetándose a un peñasco, con el cabello húmedo. Debe haberse resbalado.

—Hay nixies en este río —dice Valerian—. Si no salen antes que las encuentren, tirarán de ustedes bajo el agua y las mantendrán allí. Sus dientes afilados se hundirán en su piel. —Imita dar un mordisco.

Todos están a lo largo de la ribera, Cardan el más cercano, Valerian junto a él. Locke pasa la mano sobre la parte superior del tul y la espadaña, pareciendo abstraído. Ya no parece amable. Parece aburrido con sus amigos y también con nosotras.

—Las nixies no pueden evitar lo que son —dice Nicasia, pateando el agua para que me salpique la cara—. Igual que ustedes no serán capaces de evitar ahogarse.

Hundo los pies más en el lodo. El agua que llena mis botas dificulta mover mis piernas, pero el lodo las mantiene en el lugar cuando consigo pararme quieta. No sé cómo voy a llegar a Taryn sin resbalarme.



Valerian está vaciando nuestras mochilas de la escuela en la ribera. Él, Nicasia y Locke toman turnos en arrojar los contenidos al agua. Mis cuadernos forrados de cuero. Rollos de papel que se desintegran conforme se hunden. Los libros de baladas e historias hacen un enorme salpicón, entonces se atorán entre dos piedras y no se mueven. Mi pluma fina y plumillas destellan en el fondo. Mi frasco de tinta se estrella en las rocas, convirtiendo el río en bermellón.

Cardan me observa. Aunque él no levanta un dedo, sé que todo esto es su obra. En sus ojos, veo la vasta extrañeza de la Tierra de las Hadas.

—¿Esto es divertido? —grito hacia la costa. Estoy tan furiosa que no hay espacio para estar asustada—. ¿Lo están disfrutando?

—Enormemente —dice Cardan. Entonces su mirada se desliza de mí a donde las sombras descansan bajo el agua. ¿Son nixies? No puedo determinarlo. Solo sigo moviéndome hacia Taryn.

—Esto solo es un juego —dice Nicasia—. Pero a veces jugamos demasiado duro con nuestros juguetes. Y entonces se rompen.

—No es como si las ahogáramos nosotros mismos —grita Valerian.

Mi pie se desliza en las rocas resbaladizas, y estoy bajo el agua, barrida impotente río abajo, tragando agua lodosa. Entro en pánico, bufando agua dentro de mis pulmones. Lanzo una mano y se cierra sobre la raíz de un árbol. Vuelvo a equilibrarme, jadeando y tosiendo.

Nicasia y Valerian están riendo. La expresión de Locke es ilegible. Cardan se ha puesto sobre los juncos, como para conseguir una mejor vista. Furiosa y farfullando, me empujo de vuelta a Taryn, quien se adelanta para sujetarme la mano y la aprieta con fuerza.

—Creí que ibas a ahogarte —dice, hay un borde de histeria en su voz.

—Estamos bien —le digo. Enterrando los pies en el lodo, alcanzo una roca. Encuentro una grande y la levanto, verde y resbaladiza con algas—. Si los nixies vienen por nosotras, los mantendré a raya.

—Renuncia —dice Cardan. Me está mirando directamente. Ni siquiera lanza un atisbo a Taryn—. Nunca debieron enseñarte con nosotros. Abandona la idea del torneo. Dile a Madoc que no perteneces con nosotros, los superiores a ti. Haz eso y te salvaré.



Lo miro fijamente.

—Todo lo que tienes que hacer es renunciar —dice—. Fácil.

Miro a mi hermana. Es mi culpa que esté mojada y asustada. El río está frío, a pesar del calor del verano, la corriente fuerte.

—¿Y salvarás también a Taryn?

—Oh, entonces ¿harás lo que te diga por su bien? —La mirada de Cardan es hambrienta, devoradora—. ¿Eso se siente noble? —Hace una pausa, y en ese silencio, todo lo que escucho es la respiración laboriosa de Taryn—. Y bien, ¿es así?

Miro a los nixies, los observo en busca de cualquier señal de movimiento.

—¿Por qué no me dices cómo deseas que me sienta?

—Interesante. —Da otro paso más cerca, acucillándose y mirándonos a la altura de los ojos—. Hay tan pocos niños en la Tierra de las Hadas que nunca he visto uno de nosotros con un gemelo. ¿Es como ser doble o más como estar dividido a la mitad?

No respondo.

Detrás de él, veo a Nicasia enredar su brazo con el de Locke y susurrarle algo. Él le dirige una mirada mordaz y ella hace un puchero. Tal vez les molesta que no estemos siendo devoradas ya.

Cardan frunce el ceño.

—Hermana gemela —dice, girándose hacia Taryn. Una sonrisa regresa a su boca, como si una nueva idea terrible haya aparecido para deleitarlo—. ¿Harías un sacrificio similar? Descubrámoslo. Tengo una oferta de lo más generosa para ti. Trepa por la ribera y bésame en ambas mejillas. Una vez que lo hayas hecho, mientras no defiendas a tu hermana por palabra o acción, no te tomaré en cuenta el desafío de ella. Ahora, ¿ese no es un buen trato? Pero lo consigues solo si vienes a nosotros ahora y la dejas allí para ahogarse. Muéstrale que ella siempre estará sola.

Durante un momento, Taryn se queda quieta, como congelada.

—Ve —le digo—. Yo estaré bien.

Aun así, duele cuando ella vadea hacia la ribera. Pero por supuesto debería ir. Estará a salvo y el precio no es nada que importe.

Una de las figuras pálidas se aleja de las otras y nada hacia ella, pero mi sombra en el agua la hace vacilar. Hago la pantomima de arrojar la roca, y ésta se sobresalta un poco. Les gustan las presas fáciles.

Valerian toma la mano de Taryn y la ayuda a salir del agua como si fuera una gran dama. Su vestido está empapado, goteando mientras se mueve, como los vestidos de los espíritus del agua o las ninfas del mar. Ella presiona sus labios azulados en las mejillas de Cardan, una y luego la otra. Mantiene los ojos cerrados, pero los de él están abiertos, observándome.

—Di “Repudio a mi hermana Jude” —le dice Nicasia—. “No la ayudaré. Ni siquiera me agrada”.

Taryn mira en mi dirección, rápida y en disculpa.

—No tengo que decir eso. Eso no era parte del trato. —Los otros ríen.

Las botas de Cardan separan los cardos y espadañas. Locke empieza a hablar, pero Cardan lo interrumpe.

—Tu hermana te abandonó. ¿Ves lo que podemos hacer con unas pocas palabras? Y todo puede empeorar mucho más. Podemos encantarte para que corras en cuatro patas, ladrando como un perro. Podemos maldecirte para que te marchites esperando una canción que nunca volverás a oír o una palabra amable de mis labios. Nosotros no somos mortales. Te romperemos. Eres una cosita frágil; apenas necesitaremos intentarlo. Renuncia.

—Nunca —digo.

Él sonríe, pretencioso.

—¿Nunca? Nunca es como una eternidad... demasiado grande para que los mortales lo comprendan.

La figura en el agua permanece donde está, probablemente porque la presencia de Cardan y los otros hace parecer que tengo amigos que podrían defenderme si me atacan. Espero el siguiente movimiento de Cardan, observándolo cuidadosamente. Espero lucir desafiante. Él me escruta durante un largo y horrible momento.



—Piensa en nosotros —me dice—. Durante tu larga y empapada caminata de vergüenza a casa. Piensa en tu respuesta. Esto es lo menos que podemos hacer. —Con eso, nos da la espalda, y después de un momento, los otros también se giran. Lo observo irse. Los observo a todos irse.

Cuando están fuera de la vista, me impulso a la ribera, tirándome de espaldas en el lodo junto a donde Taryn está parada. Inhalo aire en grandes bocanadas ansiosas. Los nixies empiezan a salir, mirándonos con ojos hambrientos y opalescentes. Nos ven por entre un matojo de jopo. Uno empieza a arrastrarse hacia tierra.

Arrojo mi roca. No se acerca a su blanco, pero la salpicadura los alerta a no acercarse más.

Gruñendo, me fuerzo a empezar a caminar. Y durante toda nuestra caminata a casa, mientras Taryn hace suaves sonidos de sollozo, pienso sobre lo mucho que los odio y lo mucho que me odio a mí misma. Y entonces no pienso más que en levantar mis botas mojadas, un paso tras otro transportándome más allá de los brezos y helechos de águila y álamos, más allá de arbustos de cerezas rojas como labios, berberis y ciruelas, más allá de los espíritus del bosque que anidan en los rosales, hasta casa, a un baño y una cama en un mundo que no es mío y tal vez nunca lo sea.



8

*Traducido por Catleo, Anna y Clau-Clau
Corregido por Flochi*

Mi cabeza está palpitando cuando Vivienne me despierta. Salta sobre mi cama, quitando la colcha y haciendo crujir la estructura. Presiono un cojín sobre mi cara y me acurruco hacia un lado, tratando de ignorarla y seguir durmiendo sin soñar.

—Despierta, dormilona —dice, tirando de las sábanas—. Vamos a ir al centro comercial.

Hago un ruido estrangulado y la desestimo.

—¡Arriba! —ordena, saltando de nuevo.

—No —gimo, metiéndome más en lo que queda de sábanas—. Tengo que practicar para el torneo.

Vivi deja de saltar, y me doy cuenta que ya no es verdad. No tengo que luchar. Excepto que tontamente le dije a Cardan que nunca renunciaría.

Lo que me hace recordar el río, los nixies y Taryn.

Cómo ella tenía razón y yo estaba magnífica y excesivamente equivocada.

—Te compraré café cuando llegemos allí, café con chocolate y nata montada. —Vivi es incansable—. Vamos, Taryn está esperando.

Medio me tambaleo fuera de la cama. En pie, me rasco la cadera y me quedo mirando. Ella me da una de sus más encantadoras sonrisas y veo como mi molestia desaparece sin quererlo. Vivi suele ser egoísta, pero es tan alegre sobre ello y tan alentadora del egoísmo en otros que es fácil pasárselo bien con ella.

Me visto deprisa en las ropas modernas que guardo en el fondo de mi armario: vaqueros y un jersey viejo grisáceo con una estrella negra en él y un par de Converse altos plateado brillante. Pongo mi cabello en un gorro tejido torcido y cuando echo un vistazo a mí misma en el espejo de cuerpo entero (esculpido de tal forma que parezca tener un par de faunos indecentes a cada lado del cristal, mirando lascivamente), una persona diferente me está mirando de vuelta.

Quizá la persona que hubiera sido si hubiera crecido como una humana.

Quienquiera que ella sea.

Cuando éramos pequeñas, hablábamos sobre volver al mundo humano todo el tiempo. Vivi seguía diciendo que si ella aprendía un poco más de magia, seríamos capaces de ir. Encontraríamos una mansión abandonada, y ella encantaría a los pájaros para que cuidaran de nosotras. Nos comprarían pizza y caramelos, e iríamos al colegio solo cuando nos apeteciera.

Para cuando Vivi aprendió cómo viajar allí, sin embargo, la realidad se había inmiscuido en nuestros planes. Resulta que los pájaros no pueden comprar pizza realmente, ni siquiera estando encantados.

Quedo con mis hermanas en frente de los establos de Madoc, donde los caballos de hadas de herraduras plateadas están guardados al lado de sapos enormes preparados para ser ensillados e embridados, y renos con anchas astas donde cuelgan campanas. Vivi lleva vaqueros negros y una camisa blanca, las gafas espejadas escondiendo sus ojos gatunos. Taryn lleva puesto unos jeggings rosas, un cárdigan mullido y un par de botas.

Intentamos imitar a chicas que vemos en el mundo humano, chicas de revista, chicas que vemos en pantallas de cine con aire acondicionado, comiendo caramelos tan dulces que hace que me duelan los dientes. No sé qué piensa la gente cuando nos mira. Estas ropas son como un disfraz para mí. Estoy jugando a disfrazarme con ignorancia. No puedo hacer suposiciones que tengan que ver con zapatillas brillantes más allá de las que una niña disfrazada de dragón puede hacer sobre los dragones a partir del color de sus escamas.



Vivi coge un tallo de hierba cana que crece cerca del abrevadero. Tras encontrar tres que cumplen con sus especificaciones, eleva la primera y la sopla diciendo:

—Corcel, levántate y llévanos donde te ordene.

Con esas palabras, tira los tallos al suelo, y estos se convierten en un poni de color amarillo hueso con ojos esmeralda y una crin que parece follaje de encaje. Éste relincha de manera rara y entusiasta. Ella tira dos tallos más, y momentos después tres ponis de hierba cana resoplan el aire y huelen el suelo. Parecen como pequeños caballitos de mar y nos conducirán por tierra y cielo de acuerdo con las órdenes de Vivi, manteniendo su apariencia durante horas antes de colapsar y transformarse de vuelta en hierbas.

Resulta que pasar entre el mundo de las hadas y el mortal no es para nada difícil. La Tierra de las Hadas existe al lado y debajo de los pueblos mortales, en las sombras de las ciudades mortales, y en los centros erosionados, abandonados y deteriorados. Las hadas viven en las colinas, los valles y en los túmulos, en callejones y edificios mortales abandonados. Vivi no es la única hada de nuestras islas que se escabulle a través del agua dentro del mundo humano con regularidad, aunque la mayoría llevan disfraces de mafiosos mortales para molestar a la gente. Hace menos de un mes, Valerian estaba presumiendo sobre unos campistas a los que él y sus amigos habían engañado haciéndoles creer que iban a tener un banquete con ellos, atiborrándolos con hojas podridas que encantadas lucían como delicatessen.

Subo a mi corcel de hierba cana y rodeo con mis manos su cuello. Siempre hay un momento en que empieza a moverse que hace que no pueda contener mi sonrisa. Hay algo sobre la auténtica imposibilidad de ello, la magnificencia del bosque pasando a toda velocidad y la forma en que la hierba cana camina golpeando gravilla mientras salta hacia el aire, que me da una ráfaga eléctrica de pura adrenalina.

Trago el grito que trepa por mi garganta.

Montamos por los acantilados y luego el mar, viendo a sirenas saltar en las brillantes olas y a los selkies rodando por la superficie. Pasando la niebla que de manera perpetua rodea las islas y las oculta de los mortales. Y luego la orilla, pasando el parque Two Lights State, una pista de golf y un aeropuerto. Aterrizamos en un pequeño camino cubierto por árboles que



cruza la carretera del Maine Mall. La camisa de Vivi ondea con el aire mientras toca tierra. Taryn y yo nos desmontamos. Con unas pocas palabras de Vivi, los corceles de hierba cana se transforman simplemente en tres hierbas medio marchitas como las que las rodean.

—Acuérdense de dónde hemos estacionado —dice Taryn con una sonrisa y comenzamos a dirigirnos hacia el centro comercial.

Vivi ama este sitio. Le encanta beber batidos de mango, probarse sombreros y comprar cualquier cosa que quiera con bellotas que encanta para hacerlas pasar por dinero. A Taryn no le gusta cuando Vivi lo hace, pero es divertido. Cuando estoy aquí, no obstante, me siento como un fantasma.

Caminamos por JCPenney como si fuéramos las cosas más peligrosas del lugar. Pero cuando veo familias humanas todas juntas, especialmente con hermanas pequeñas riéndose con la boca pegajosa, no me gusta la forma en que me siento.

Enfadada.

No me imagino a mí misma de vuelta en una vida como la de ellos; lo que imagino es dirigiéndome allí y asustándolos hasta que les hago llorar.

Nunca lo haría, por supuesto.

Quiero decir, no creo que lo haría.

Taryn parece notar la forma en que mi mirada se detiene en una niña quejándose a su madre. A diferencia de mí, Taryn es adaptable. Sabe qué decir. Ella estaría bien si fuera empujada de vuelta a este mundo. Está bien ahora mismo. Se enamorará, tal y como ella dijo. Hará una metamorfosis convirtiéndose en una esposa o una consorte y criará a niños hadas que la adorarán y vivirán más que ella. La única cosa que le impide hacerlo soy yo.

Estoy *tan agradecida* porque no pueda adivinar mis pensamientos.

—Así que —dice Vivi—, estamos aquí porque ustedes dos necesitan alegrarse un poco. Así que, alégrense.

Miro a Taryn y respiro hondo, preparada para disculparme. No sé si es eso lo que Vivi tienen en mente, pero sé que es lo que tenía que hacer desde que salí de la cama.



—Lo siento —balbuceo.

—Probablemente estás enfadada —dice Taryn al mismo tiempo.

—¿Contigo? —Estoy sorprendida.

Taryn languidece.

—Juré a Cardan que no te ayudaría, a pesar de que fui ese día contigo para ayudar.

Sacudo la cabeza con vehemencia.

—En serio, Taryn, eres quien debería estar enfadada porque conseguí que te lanzaran al agua en primer lugar. Sacarte de ahí fue lo más inteligente. Nunca estaría molesta por eso.

—Oh —dice ella—. Está bien.

—Taryn me dijo de la broma que le jugaste al príncipe —dice Vivi. Me veo reflejada en sus lentes de sol, duplicada, cuadriplicada con Taryn a mi lado—. Muy bueno, pero ahora tendrás que hacer algo mucho peor. Tengo ideas.

—¡No! —dice Taryn con vehemencia—. Jude no necesita hacer *nada*. Ella solo estaba molesta por Madoc y el torneo. Si vuelve a ignorarlos, ellos también la van a ignorar. Quizás no al principio, pero eventualmente.

Muerdo mi labio porque no creo que eso sea verdad.

—Olvídate de Madoc. La caballería hubiera sido aburrida de todos modos —dice Vivi, efectivamente descartando aquello en lo que he trabajado por años. Suspiro. Es molesto, pero también es reconfortante que ella no crea que sea una gran cosa, cuando la pérdida me ha parecido abrumadora.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? —le pregunto evadiendo esta discusión—. ¿Vamos a ver una película? ¿Quieres probarte unos labiales? No olvides que me prometiste un café.

—Quiero que conozcan a mi novia —dice Vivienne, y recuerdo a la chica de cabello rosa en la tira de fotos—. Me pidió que me mude con ella.

—¿Aquí? —le pregunto, como si pudiese haber otro lugar.

—¿El centro comercial? —Se ríe ante nuestras expresiones—. Nos encontraremos con ella aquí hoy pero probablemente encontraremos un



lugar diferente en donde *vivir*. Heather no sabe que las hadas existen, así que no lo menciones, ¿está bien?

Cuando Taryn y yo teníamos diez años, Vivi aprendió a hacer caballos de hierba cana. Huimos de la casa de Madoc unos días después. En una gasolinera, Vivi encantó a una mujer al azar para que nos llevara a casa con ella.

Aún recuerdo la expresión vacía de la mujer mientras conducía. Quería hacerla sonreír, pero sin importar cuántas caras graciosas hiciera, su expresión no cambió. Pasamos la noche en su casa, enfermas luego de cenar helado. Lloré hasta dormirme, aferrándome de una llorosa Taryn.

Luego de eso, Vivi nos consiguió una habitación de motel que tenía una estufa y aprendimos a cocinar macarrones con queso de paquete. Preparábamos café en la cafetera porque recordábamos como solía oler nuestra antigua casa y nos gustaba. Veíamos televisión y nadábamos en la piscina con los otros niños que se quedaban en el motel.

Lo odiaba.

Vivimos de esa forma por dos semanas hasta que Taryn y yo rogamos a Vivi que nos llevara a casa, que nos llevara de vuelta a la Tierra de las Hadas. Extrañábamos nuestras camas, extrañábamos la comida a la que estábamos acostumbradas, extrañábamos la magia.

Creo que volver le rompió el corazón a Vivi, pero lo hizo. Y se quedó. Sin importar lo que pueda decir de Vivi, cuando realmente importaba, se quedó con nosotras.

Supongo que no debo sorprenderme de que ella no planeara quedarse para siempre.

—¿Por qué no nos dijiste? —demanda Taryn.

—Les *estoy* diciendo. Acabo de hacerlo —dice Vivi, guiándonos frente a tiendas con imágenes de juegos de video, exhibiciones de bikinis y grandes vestidos, pretzels inyectados con queso y tiendas con mostradores llenos de brillantes diamantes en forma de corazón prometiendo amor verdadero. Cochecitos pasan rápidamente, grupos de chicos adolescentes en jerséis, parejas mayores caminando de la mano.

—Deberías haber dicho algo antes —dice Taryn, con las manos en sus caderas.



—Este es mi plan para levantarte el ánimo —le responde Vivi—. Todas nos mudamos al mundo humano. Nos mudamos con Heather. Jude no deberá preocuparse por la caballería y Taryn no deberá tirarse sobre ningún chico hada.

—¿Heather sabe de este plan? —pregunta Taryn, escéptica.

Vivi sacude la cabeza, sonriendo.

—Seguro —digo, intentando bromear al respecto—. Excepto que no tengo más habilidades valiosas además de usar una espada e inventarme adivinanzas, y dudo que paguen bien por cualquiera de ellas.

—El mundo mortal es donde crecimos —insiste Vivi, subiéndose a un banco y caminando el largo de este, actuando como si fuera un escenario. Empuja sus gafas de sol sobre su cabeza—. Te acostumbrarás de nuevo.

—Donde *tú* creciste. —Ella tenía nueve años cuando fuimos secuestradas, recuerda más que nosotras lo que es ser humana. Es injusto, dado que ella es la que tiene magia.

—Los mágicos van a seguir tratándote como una mierda —dice Vivi, y salta frente a nosotras, sus ojos de gato brillando. Una señora con un carrito de bebé gira para evitarnos.

—¿A qué te refieres? —Alejo la vista de Vivi, concentrándome en el patrón de las baldosas bajo mis pies.

—Oriana actúa como si ustedes dos siendo mortales fuera una especie de sorpresa horrible que se repite frente a ella todas las mañanas —dice—. Y Madoc mató a nuestros padres, eso apesta. Y luego están los idiotas de la escuela de los que no te gusta hablar.

—Estaba hablando de esos idiotas —le digo, sin darle la satisfacción de quedar sorprendida por lo que dijo sobre nuestros padres. Ella actúa como si no recordáramos, como si hubiera alguna forma en que alguna vez pudiera olvidarme. Actúa como si fuera su tragedia personal y solo suya.

—Y no te gustó. —Se ve inmensamente complacida consigo misma por esa respuesta en particular—. ¿De verdad creías que ser un caballero mejoraría todo?

—No lo sé —le digo.



Vivi se gira hacia Taryn.

—¿Qué dices tú?

—La Tierra de las Hadas es todo lo que conocemos. —Taryn levanta una mano para evitar cualquier otra discusión—. Aquí, no tendríamos nada. No habría bailes ni magia, y no...

—Bueno, creo que a *mí* me gustaría estar aquí —responde Vivi, y se aleja de nosotras, hacia la tienda de Apple.

Hemos hablado de ello antes, por supuesto, de cómo Vivi piensa que somos estúpidas por no ser capaces de resistir la intensidad de la Tierra de las Hadas, por desear permanecer en un lugar tan peligroso. Tal vez al crecer de la manera en que lo hicimos, las cosas malas se sienten bien para nosotras. O tal vez somos estúpidas de la misma manera que todos los demás idiotas mortales que han cedido a otro bocado de fruta goblin. Tal vez no importa.

Una chica está de pie frente a la entrada, jugando con su teléfono. *La* chica, supongo. Heather es pequeña, con cabello rosado desteñido y piel morena. Está usando una camiseta con un diseño dibujado a mano en el frente. Hay manchas de pluma en sus dedos. Me doy cuenta abruptamente de que ella podría ser la artista que dibujó los comics que vi a Vivi estudiar detenidamente.

Comienzo una reverencia antes de recordarme a mí misma y estirar torpemente una mano.

—Soy la hermana de Vivi, Jude —le digo—. Y esta es Taryn.

La chica estrecha mi mano. Su palma es cálida, su agarre casi inexistente.

Es curioso cómo Vivi, que intentó por todos los medios evitar ser como Madoc, terminó enamorándose de una chica humana, como lo hizo Madoc.

—Soy Heather —dice la chica—. Es genial conocerlas. Vee casi nunca habla de su familia.

Taryn y yo nos miramos. ¿*Vee*?

—¿Quieren sentarse o algo así? —dice Heather, señalando el patio de comidas.



—Alguien me debe café —le digo intencionadamente a Vivi.

Ordenamos, nos sentamos y bebemos. Heather nos dice que ella está en la universidad de la comunidad, estudiando arte. Nos cuenta sobre los comics y las bandas que le gustan. Esquivamos preguntas incómodas. Mentimos. Cuando Vivi se levanta para tirar la basura, Heather nos pregunta si es la primera novia que Vivi nos deja conocer.

Taryn asiente.

—Eso debe significar que le gustas mucho a ella.

—Entonces ¿puedo visitar su casa ahora? Mis padres están listos para comprar un cepillo dental para Vee. ¿Por qué yo no puedo conocer a los suyos?

Casi escupo mi mocha por la nariz.

—¿Ella te dijo algo sobre nuestra familia?

Heather suspira.

—No.

—Nuestro papá es realmente conservador —digo.

Un chico con cabello negro en picos y billetera con cadena pasa por nuestro lado, sonriendo en mi dirección. No tengo idea de lo que desea. Tal vez conoce a Heather. Ella no está prestando atención. Yo no le correspondo la sonrisa.

—¿Siquiera sabe que Vee es bi? —pregunta Heather, impactada, pero entonces Vivi regresa a la mesa, así que no tenemos que seguir inventando cosas. Que le gusten tanto chicas como chicos es lo único en este escenario que a Madoc *no* le molestaría sobre Vivi.

Después de eso, las cuatro vagamos por el centro comercial, probándonos labial purpura y comiendo ácidos trozos de manzana acaramelada recubiertos de azúcar que me dejan la lengua verde. Saboreo los químicos que sin duda enfermarían a todos los señores y damas en la corte.

Heather parece agradable. Heather no tiene idea de en lo que se está metiendo.



Nos despedimos educadamente cerca de Newbury Comics. Vivi observa con mirada ávida a tres niños pinchando muñecos cabezones. Me pregunto qué piensa cuando se mueve entre humanos. En momentos como ese, parece como un lobo aprendiendo los patrones de conducta de las ovejas. Pero cuando besa a Heather, es completamente sincera.

—Me alegra que mintieran por mí —dice Vivi mientras desandamos el camino a través del centro comercial.

—Vas a tener que contarle eventualmente —digo—. Si vas en serio. Si realmente te mudarás al mundo mortal para estar con ella.

—Y cuando lo hagas, ella aun así querrá conocer a Madoc —dice Taryn, aunque puedo ver por qué Vivi desea evitar eso el mayor tiempo posible.

Vivi sacude la cabeza.

—El amor es una causa noble. ¿Cómo puede ser erróneo cualquier cosa que se haga en nombre de una causa noble?

Taryn se mordisquee el labio.

Antes de marcharnos, nos detenemos en CVS y cojo tampones. Cada vez que los compro, es un recordatorio de que, aunque los mágicos pueden lucir como nosotras, somos especies diferentes. Incluso Vivi es una especie diferente. Divido el paquete a la mitad y le doy la otra porción a Taryn.

Sé lo que te estás preguntando. No, ellas no sangran una vez al mes; sí, sangran. Anualmente. A veces menos frecuentemente que eso. Sí, tienen soluciones —toallas, mayormente—, y sí, esas soluciones apestan. Sí, todo al respecto es vergonzoso.

Empezamos a atravesar el estacionamiento hacia nuestros tallos de belladona cuando un chico de aproximadamente nuestra edad me toca el brazo, unos dedos cálidos se cierran por encima de mi muñeca.

—Oye, encanto. —Tengo una impresión de una camiseta negra demasiado holgada, vaqueros, una billetera con cadena, cabello en picos. El resplandor de un cuchillo barato en su bota—. Te vi antes, y me estaba preguntando...

Me estoy girando antes de poder pensarlo, mi puño se estrella con su mandíbula. Mi bota le impacta el estómago mientras cae, rodándolo en el



pavimento. Parpadeo y me descubro parada allí, mirando a un niño que está jadeando por aire y empieza a llorar. Mi bota está levantada para patearlo en la garganta, para aplastarle la tráquea. Los mortales parados a su alrededor me están mirando fijamente, horrorizados. Tengo los nervios a flor de piel, pero es un nervio ansioso. Estoy lista por más.

Creo que él estaba coqueteando conmigo.

No recuerdo siquiera decidir golpearlo.

—¡Vamos! —Taryn tira de mi brazo y las tres corremos. Alguien grita.

Miro por encima de mi hombro. Uno de los amigos del chico nos persigue.

—¡Zorra! —grita—. ¡Zorra loca! ¡Milo está sangrando!

Vivi susurra unas pocas palabras y hace un movimiento detrás de nosotras. Mientras lo hace, el pasto empieza a crecer, ampliando las grietas en el asfalto. El chico se detiene de golpe cuando algo se abalanza hacia él, con una mirada de confusión en la cara. “Guiado por los duendes”, lo llaman. Se mete entre una fila de coches como si no tuviera idea de a dónde se dirige. A menos que le dé vuelta a su ropa, que estoy bastante confiada que él no sabe que debe hacer, nunca nos encontrará.

Nos detenemos cerca del borde del estacionamiento y Vivi inmediatamente empieza a soltar risitas.

—Madoc estaría tan orgulloso... su niñita, recordando todo su entrenamiento —dice—. Aplazando la terrorífica posibilidad del romance.

Estoy demasiado impresionada para decir nada. Golpearlo fue lo más honesto que he hecho en mucho tiempo. Me siento estupendamente. No siento *nada*, un glorioso vacío.

—Ves —le digo a Vivi—. No puedo regresar al mundo. Mira lo que le haría.

Ante eso, no tiene respuesta.



Pienso en lo que hice durante todo el camino de vuelta a casa y luego, de nuevo en la escuela. Una profesora de una Corte cerca de la costa explica



cómo las cosas se marchitan y mueren. Cardan me dirige una mirada significativa mientras ella explica la descomposición, putrefacción. Pero lo que yo estoy pensando es la inmovilidad que sentí cuando golpeé a ese chico. Eso y el Torneo de Verano de mañana.

Soñaba con mi triunfo allí. Ninguna de las amenazas de Cardan habría evitado que vistiera la trenza dorada y luchara con toda mi fuerza. Ahora, sin embargo, sus amenazas son la única razón que tengo para luchar... la absoluta gloria perversa de no retroceder.

Cuando tenemos un descanso para comer, Taryn y yo trepamos un árbol para comer queso y torta de avena cubierta de mermelada de cerezo silvestre. Fand me llama, deseando saber por qué no asistí al ensayo para la guerra falsa.

—Lo olvidé —le respondo con un grito, que no es particularmente creíble, pero no me importa.

—Pero, ¿vas a luchar mañana? —pregunta. Si me ausento, Fand tendrá que reacomodar los equipos.

Taryn me lanza una mirada esperanzada, como si tal vez recupere la sensatez.

—Estaré allí —digo. Mi orgullo me obliga.

Las lecciones casi han terminado cuando noto a Taryn, parada junto a Cardan, cerca de un círculo de espinos, sollozando. No debía haber estado prestando atención, debía haberme enfocado demasiado en guardar nuestros libros y cosas. Ni siquiera vi a Cardan llevarse a mi hermana aparte. Aunque, sé que ella habría ido, sin importar la excusa. Ella aún cree que, si hacemos lo que desean, se aburrirán y nos dejarán en paz. Tal vez tiene razón, pero no me importa.

Las lágrimas le corren por las mejillas.

Hay un pozo muy profundo de ira en mi interior.

No eres una asesina.

Dejo mis libros y cruzo el césped hacia ellos. Cardan se gira a medias, y lo empujo con tanta fuerza que su espalda golpea uno de los árboles. Abre mucho los ojos.



—No sé lo que le dijiste, pero nunca vuelvas a acercarte a mi hermana —le digo, mi mano aún en el frente de su jubón de terciopelo—. Le diste tu palabra.

Puedo sentir los ojos de todos los otros estudiantes sobre mí. Todos retienen el aliento.

Durante un momento, Cardan solo me mira fijamente con estúpidos ojos de negro cuervo. Entonces una comisura de su boca se curva.

—Oh —dice—. Vas a arrepentirte de hacer eso.

No creo que se dé cuenta lo enojada que estoy o lo bien que se siente, por una vez, renunciar a los arrepentimientos.



9

*Traducido por Cat J. B, Ximena y Clau-Clau
Corregido por Flochi*

Taryn no quiere contarme lo que el Príncipe Cardan le dijo. Insiste en que no tiene nada que ver conmigo, que él no estaba rompiendo su promesa de no hacerla responsable de mi mal comportamiento, que debería olvidarme de ella y preocuparme por mí misma.

—Jude, déjalo. —Se sienta frente al fuego en su habitación, bebiendo té de ortiga de una taza de arcilla con forma de serpiente, su cola enroscada para formar la asa. Tiene puesta su bata, de un color escarlata que hace juego con las llamas de la chimenea. A veces cuando la miro, parece imposible que su rostro también sea el mío. Ella luce suave, bonita, como la chica de una pintura. Como una chica que se siente cómoda en su propia piel.

—Solo cuéntame lo que dijo —presiono.

—No hay nada que contar —dice Taryn—. Sé lo que estoy haciendo.

—¿Y qué estás haciendo? —le pregunto, alzando las cejas, pero ella solo suspira.

Ya hemos hecho tres rondas como esta. Sigo pensando en el parpadeo perezoso de las pestañas de Cardan sobre sus ojos brillantes como carbón. Él lucía jubiloso, presuntuoso, como si mi puño apretando su camiseta fuera exactamente lo que él había deseado. Como si yo llegara a golpearlo, fuese porque él me había hecho hacerlo.

—Puedo molestarte en las colinas y en los valles —dije, clavándole un dedo en el brazo—. Te perseguiré de peñasco en peñasco por las tres islas hasta que me digas *algo*.



—Creo que ambas podemos soportarlo mejor si nadie más tiene que ver —dice, luego toma un largo sorbo de su té.

—¿Qué? —Me sorprende y no sé qué decir como respuesta—. ¿Qué quieres decir?

—*Quiero decir*, que creo que podría resistir que se burlen de mí y me hagan llorar si tú no lo supieras. —Me da una mirada firme, como evaluando cuánta verdad puedo manejar—. No puedo fingir que mi día estuvo bien si estás tú como testigo de lo que realmente sucedió. A veces eso hace que no me gustes.

—¡Eso no es justo! —exclamo.

Ella se encoge de hombros.

—Lo sé. Por eso te lo estoy diciendo. Pero lo que Cardan me dijo no importa, y quiero fingir que no sucedió, así que necesito que tú finjas conmigo. Nada de recordatorios, ni de preguntas, ni de advertencias.

Dolida, me levanto y camino hacia la repisa de la chimenea, apoyando la cabeza contra la piedra tallada. No puedo contar el número de veces que ella me ha dicho que meterme con Cardan y sus amigos es estúpido. Y aun así, por lo que está diciendo ahora, lo que sea que la hizo llorar esta tarde no tiene nada que ver conmigo. Lo que significa que ella se ha metido en algún tipo de problema por su cuenta.

Puede que Taryn tenga muchos consejos que dar; no estoy segura que los esté siguiendo.

—Así que, ¿qué quieres que haga? —pregunto.

—Quiero que arregles las cosas con él —dice—. El Príncipe Cardan tiene todo el poder. No hay forma de ganar contra él. Sin importar lo valiente o inteligente o cruel que seas, Jude. Acaba con esto, antes de que termines realmente herida.

La miro desconcertada. Evitar la ira de Cardan ahora parece imposible. Ese barco ya zarpó... y se incendió en el puerto.

—No puedo —le digo.

—Escuchaste lo que el Príncipe Cardan dijo junto al río: solo quiere que te *des por vencida*. Es un golpe a su orgullo, y daña su estatus, que tú



actúes como si no tuvieras miedo de él. —Ella agarra mi brazo por la muñeca, acercándose. Puedo oler el fuerte aroma a hierbas en su aliento—. Dile que él gana y tú pierdes. Son solo palabras. No tienes que decirlas en serio.

Sacudo la cabeza.

—No luches contra él mañana —continúa.

—No voy a retirarme del torneo —le digo.

—¿Aunque no te dé nada más que aflicción? —pregunta.

—Sí —digo.

—Haz otra cosa —insiste—. Encuentra otra manera. Arréglalo antes de que sea demasiado tarde.

Pienso en todas las cosas que ella no me dirá, todas las cosas que desearía saber. Pero ya que quiere que finja que todo está bien, lo único que puedo hacer es tragar mis preguntas y dejarla con su fuego.



En mi habitación, encuentro mi traje para el torneo extendido en mi cama, perfumado con verbena y lavanda.

Es una túnica un poco acolchada, cosida con hilo metálico. El estampado es de una media luna girada de costado como una taza, con una gotita de rojo cayendo de una esquina y una daga debajo de todo. El escudo de armas de Madoc.

No puedo ponerme esa túnica mañana y fallar, no sin traer deshonra a mi casa. Y aunque avergonzar a Madoc podría darme un placer opuesto, una pequeña venganza por negarme la caballería, también me avergonzaría a mí misma.

Lo que debería hacer es volver a mantener la cabeza baja. Ser decente, pero no memorable. Dejar que Cardan y sus amigos se regodeen. Guardar mis habilidades de sorprender a la Corte para cuando Madoc me dé permiso para buscar ser parte del cuerpo de caballeros.

Eso es lo que *debería* hacer.



Tiro la túnica al suelo y me meto bajo las sábanas, colocándolas sobre mi cabeza así estoy ligeramente ahogada. Así lo que respiro es mi propio aliento cálido. Me quedo dormida así.

A la tarde, cuando me levanto, el traje está arrugado y la única que tuvo la culpa soy yo.

—Eres una niña tonta —dice Tatterfell, entretejiendo mi cabello en gruesas trenzas de guerrera—. Con la memoria de un gorrión.

En mi camino a las cocinas, me cruzo con Madoc en el pasillo. Él está vestido todo de verde, su boca presionada en una línea adusta.

—Espera un momento —dice.

Lo hago.

Frunce el ceño.

—Sé lo que es ser joven y estar hambriento por la gloria.

Me muerdo el labio y no digo nada. Después de todo, no me ha hecho una pregunta. Nos quedamos de pie ahí, mirándonos uno al otro. Sus ojos de gato se entrecierran. Hay tantas cosas que no son dichas entre nosotros, tantas razones por las que solo podemos ser *como* padre e hija, pero nunca cumplir completamente nuestros roles.

—Algún día entenderás que esto es lo mejor —dice finalmente—. Disfruta tu batalla.

Respiro hondo y me dirijo a la puerta, abandonando mi viaje a las cocinas. Lo único que quiero hacer es alejarme de la casa, del recuerdo de que no hay lugar para mí en la Corte, no hay lugar para mí en la Tierra de las Hadas.

De lo que careces no tiene nada que ver la experiencia.



El Torneo de Verano se celebra en el borde de un acantilado en Insweal, la Isla de Aflicción. Es lo suficientemente lejos como para que yo monte un caballo gris pálido que estaba en el establo junto a un sapo. El sapo me mira con ojos dorados mientras ensillaba a la yegua y me arrojaba sobre su espalda. Llego a los terrenos, un poco tarde, ansiosa y hambrienta.



Una multitud ya se está reuniendo alrededor de las tiendas cuadradas donde se sientan el Rey Supremo Eldred y el resto de la realeza. Largas banderas de color crema vuelan por el aire, ondeando el símbolo de Eldred, un árbol que es mitad flores blancas y mitad espinas, raíces colgando debajo y una corona en la parte superior. La unión de las Cortes Luminosas, las Cortes Oscuras y las hadas salvajes, bajo una corona. El sueño de la línea Zarza Verde.

El decadente hijo mayor, el príncipe Balekin, está tumbado en una silla tallada, con tres asistentes a su alrededor. Su hermana, la princesa Rhyia, la cazadora, se sienta a su lado. Sus ojos están puestos en los potenciales combatientes, preparándose en el terreno.

Una oleada de frustración y de pánico me invade al ver su absorbida expresión. Tenía tantas ganas de que ella me eligiera para ser uno de sus caballeros. Y aunque ahora no puede, me invade un súbito miedo de no poder impresionarla. Tal vez Madoc estaba en lo correcto. Tal vez me falta el instinto para lidiar con la muerte.

Sí no lo intento con mucha fuerza hoy, al menos no necesito saber si hubiera sido lo suficientemente buena.

Mi grupo es el primero porque somos los más jóvenes. Todavía en entrenamiento, utilizando espadas de madera en lugar de puro acero, a diferencia de los que nos siguen. Los combates durarán todo el día, interrumpidos por actuaciones de bardos, algunas hazañas de magia inteligente, exhibiciones de tiro con arco y otras habilidades. Puedo oler el vino especiado en el aire, pero todavía no ese otro perfume de torneos: sangre fresca.

Fand nos está organizando en filas, repartiendo brazaletes de plata y oro. Su piel azul cerúleo es aún más reluciente bajo el brillante cielo. Su armadura también varía en tonos de azul, desde el oceánico hasta la baya, con su banda verde cortando el peto. Ella se destacará no importa cómo le vaya, lo que es un riesgo calculado. Si ella lo hace bien, la audiencia no puede dejar de notarlo. Pero será mejor que lo haga bien.

Cuando me acerco a los otros estudiantes con sus espadas de práctica, escucho mi nombre susurrado. Nerviosa, miro a mi alrededor, solo para darme cuenta que estoy siendo examinada de una nueva manera. Taryn y yo siempre somos notorias, siendo mortales, pero lo que nos hace destacar también es lo que nos hace indignas de mucha consideración. Hoy,



sin embargo, eso no es así. Los hijos de la Tierra de las Hadas parecen estar conteniendo la respiración, esperando ver cuál será mi castigo por ponerle las manos encima a Cardan el día anterior. Esperando para ver qué voy a hacer a continuación.

Miro a través del campo a Cardan y sus amigos, con plata en sus brazos. Cardan también lleva plata en el pecho, un escudo de acero reluciente que se engancha en los hombros y parece más ornamental que protector. Valerian me sonríe.

No le doy la satisfacción de devolverle la sonrisa.

Fand me da una cinta de oro y me dice dónde pararme. Habrá tres rondas en la guerra simulada y en dos bandos. Cada lado tiene un manto de cuero para proteger: uno, el de un ciervo amarillo; el otro, el de piel de zorro plateado.

Bebo un poco de agua de una jarra de peltre para los participantes y comienzo a hacer el calentamiento. Mi estómago está agrio por la falta de comida, pero ya no siento hambre. Me siento enferma, consumida por los nervios. Intento ignorar todo menos los ejercicios que realizo para calentar mis músculos.

Y luego es el momento. Vamos en tropa al campo y saludamos hacia el asiento del Rey Supremo, aunque Eldred aún no ha llegado. La multitud es más escasa de lo que estará más cerca de la puesta de sol. Sin embargo, el Príncipe Dain está allí, con Madoc a su lado. La princesa Elowyn rasguea un laúd pensativamente. Vivi y Taryn han venido a mirar, aunque no veo ni a Oriana ni a Oak. Vivi gesticula con una brocheta de reluciente fruta, haciendo reír a la princesa Rhyia.

Taryn me mira con atención, como tratando de advertirme con su mirada.

Arréglalo.

Durante toda la primera batalla, lucho a la defensiva. Evito a Cardan. Tampoco me acerco a Nicasia, Valerian o Locke, incluso cuando Valerian tira a Fand al suelo. Incluso cuando Valerian arranca nuestra piel de venado.

Aun así, no hago nada.

Entonces somos llamados al campo para la segunda batalla.



Cardan camina detrás de mí.

—Estás sumisa hoy. ¿Te lo aconsejó tu hermana? Ella desea mucho nuestra aprobación. —Uno de sus pies calzados con botas golpea el suelo cubierto de trébol, levantando un terrón—. Me imagino que si le preguntara, ella se revolcaría conmigo aquí mismo hasta que cambiáramos el color su túnica blanca en verde y luego me agradecería por el honor de mi favor. —Sonríe, da el golpe de gracia, se inclina hacia mí como si confiara un secreto—. No es que yo fuera el primero en ponerle el vestido verde¹.

Mis buenas intenciones se evaporan en el viento. Mi sangre está en llamas, hirviendo en mis venas. No tengo mucho poder, pero esto es lo que tengo: puedo obligarlo a mostrar su juego. Cardan podría querer lastimarme, pero puedo hacer que quiera lastimarme en serio. Se supone que nosotros debemos jugar a la guerra. Cuando nos llaman a nuestros lugares, yo juego. Juego tan brutalmente como me sea posible. Mi espada de práctica se estrella contra el ridículo escudo de pecho de Cardan. Mi hombro golpea el hombro de Valerian tan fuerte que él se tambalea hacia atrás. Ataco una y otra vez, derribando a cualquiera que use un brazalete de plata. Cuando termina la guerra simulada, mi ojo está morado y mis dos rodillas están raspadas y el lado dorado ganó la segunda y la tercera batalla.

No eres una asesina —dijo Madoc.

En este momento siento que podría serlo.

La multitud aplaude y es como si de repente me hubiera despertado de un sueño. Me olvidé de ellos. Un duendecillo nos arroja pétalos de flores. Desde las gradas, Vivi me saluda con una copa de algo, mientras la princesa Rhyia aplaude cortésmente. Madoc ya no está en la tienda real. Balekin también se fue. Sin embargo, el Rey Supremo Eldred está allí, sentado en una plataforma ligeramente elevada, hablando con Dain, con una expresión remota.

Empiezo a temblar, la adrenalina agotándose. Cortesanos, esperando mejores batallas, estudian mis moretones y evalúan mi destreza. Nadie parece particularmente impresionado. Hice lo mejor que pude, luché con todas mis fuerzas y no fue suficiente. Madoc ni siquiera se quedó a mirar.

¹ **Vestido verde** en referencia a un vestido manchado de verde al rodar por el pasto. Generalmente, en alusión a la actividad sexual, especialmente la pérdida de la virginidad de una mujer.



Mis hombros caen.

Peor aún, Cardan me está esperando cuando salgo del campo. Me sorprende de repente su altura, la arrogante burla que usa como una corona. Parecería un príncipe, incluso vestido con harapos. Cardan agarra mi cara, dedos extendidos contra mi cuello. Su aliento está contra mí mejilla. Su otra mano agarra mi cabello, enrollándolo en una cuerda.

—¿Sabes el significado de la palabra mortal? Significa *nacido para morir*. Significa *merecer la muerte*. Eso es lo que eres, lo que te define, morir. Y sin embargo, estás aquí, decidida a oponérteme incluso mientras te pudres por dentro, tú, criatura mortal corrompida y corrosiva. Dime cómo es eso. ¿De verdad crees que puedes ganar contra mí? ¿Contra un príncipe de la Tierra de las Hadas?

Trago saliva.

—No —digo.

Sus ojos negros bullen de ira.

—Así que no careces completamente de una pequeña cantidad de astucia animal. Bien. Ahora, ruega por mi perdón.

Retrocedo un paso y doy un tirón, intentando liberarme de su agarre. Él se aferra a mi trenza, mirándome a la cara con ojos hambrientos y una sonrisita terrible. Entonces abre la mano, permitiéndome liberarme trastabillando. Mechones individuales de cabello flotan en el aire.

En la periferia de mi visión, veo a Taryn parada con Locke, cerca de donde otros caballeros están colocándose su armadura. Ella me mira suplicante, como si fuera ella la que necesita ser salvada.

—Ponte de rodillas —dice Cardan, pareciendo insufriblemente complacido consigo mismo. Su furia ha transmutado en regodeo—. Ruega. Hazlo bonito. Florido. Digno de mí.

Los otros niños de la Aristocracia están parados alrededor con sus túnicas acolchadas, con sus espadas de práctica, esperando que mi caída sea divertida. Este es el espectáculo que han estado esperando desde que lo enfrenté. Esto no es una guerra falsa; esto es lo real.

—¿Rogar? —repito.



Durante un momento, luce sorprendido, pero rápidamente se ve reemplazado por una malicia aún mayor.

—Me *desafiaste*. Más de una vez. Tú única esperanza es ponerte a mi merced enfrente de todos. Hazlo, o continuaré lastimándote hasta que no quede nada más por lastimar.

Pienso en las formas oscuras de los nixies en el agua y el chico en la fiesta, aullando por su ala desgarrada. Pienso en la cara manchada de lágrimas de Taryn. Pienso en cómo Rhya nunca me habría escogido, de cómo Madoc ni siquiera esperó a ver la conclusión de la batalla.

No hay vergüenza en rendirse. Como dijo Taryn, solo son palabras. No tengo que sentirlas. Puedo mentir.

Empiezo a agacharme al suelo. Esto terminará rápidamente, cada palabra sabrá a bilis y entonces terminará.

Cuando abro la boca, sin embargo, no sale nada.

No puedo hacerlo.

En su lugar, sacudo la cabeza ante la emoción que me recorre por la absoluta demencia de lo que estoy a punto de hacer. Es la emoción de saltar sin ser capaz de ver el suelo debajo de ti, justo antes de que te percales que eso se llama *caer*.

—Crees que porque puedes humillarme, ¿puedes controlarme? —digo, mirando en esos ojos negros—. Bueno, creo que eres un idiota. Desde que empezamos a tener clases juntos, te has esforzado para hacerme sentir que soy menos que tú. Y para mimar tu ego, me he hecho menos. Me he hecho pequeña. He mantenido agachada la cabeza. Pero no fue suficiente para hacer que nos dejaras en paz a Taryn y a mí, así que ya no voy a hacerlo.

»Voy a continuar desafiándote. Voy a avergonzarte con mi desafío. Tú me recuerdas que soy una mera mortal y tú eres el príncipe de la Tierra de las Hadas. Bueno, permíteme recordarte que eso significa que tú tienes mucho que perder y yo no tengo nada. Tal vez ganes al final, tal vez me subyugues a tu voluntad, me lastimes y me humilles, pero me aseguraré de hacerte perder todo lo que pueda arrebatarte en mi caída. Te prometo esto... —Le arrojo de vuelta sus propias palabras—, *eso es lo menos que puedo hacer*.



Cardan me mira como si nunca me hubiera visto. Me mira como si nadie nunca le hubiera hablado así. Tal vez así es.

Le doy la espalda y empiezo a caminar, esperando a medias que Cardan me sujete el hombro y me arroje al suelo, esperando a medias que encuentre el collar de bayas de serbal en mi garganta, lo rompa y diga las palabras que me hagan regresar arrastrándome hasta él, rogando a pesar de todo mi gran discurso. Pero él no dice nada. Siento su mirada en mi espalda, erizándome los vellos de la nuca. Hago todo lo posible por no correr.

No me atrevo a mirar hacia Taryn y Locke, pero alcanzo a vislumbrar un destello de Nicasia mirándome fijamente, con la boca abierta. Valerian luce furioso, las manos en puños a los costados en ira silenciosa.

Trastabillo más allá de las tiendas del torneo hasta una fuente de piedra, donde me salpico la cara con agua. Me doblo por la mitad, empiezo a limpiarme la gravilla de las rodillas. Las piernas se sienten rígidas y me tiembla todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —pregunta Locke, mirándome con sus ojos ámbar oscuro de zorro. Ni siquiera lo escuché detrás de mí.

No lo estoy.

No estoy bien, pero él no puede saber eso y no debería estarlo preguntando.

—¿Qué te importa? —digo, escupiendo las palabras. Por la forma en que me mira me hace sentir más patética que nunca.

Se inclina contra la fuente, dejando salir una sonrisa lenta y perezosa.

—Es gracioso, eso es todo.

—¿Gracioso? —repito, furiosa—. ¿Crees que eso fue divertido?

Él sacude la cabeza, aun sonriendo.

—No. Es gracioso cómo te le metes bajo la piel.

Al principio, no estoy segura de haberlo escuchado bien. Casi pregunto de quién está hablando, porque no puedo creer que esté admitiendo que el grande y poderoso Cardan esté afectado por algo.

—¿Como una astilla? —digo.



—De hierro. Nadie más lo molesta igual que tú. —Recoge una toalla y la humedece, entonces se arrodilla junto a mí y cuidadosamente me limpia la cara. Inhalo bruscamente cuando el trapo frío me toca la parte sensible del ojo, pero es mucho más gentil de lo que yo misma habría sido. Su cara es solemne y está enfocada en lo que hace. Él no parece notar que lo estudio, su rostro alargado y barbilla afilada, su rizado cabello castaño rojizo, la forma en que sus pestañas captan la luz.

Entonces sí lo nota. Me está mirando, y yo lo estoy mirando, y es lo más extraño, porque creí que Locke nunca notaría a nadie como yo. Sin embargo, me está notando. Está sonriendo como hizo esa noche en la Corte, como si compartiéramos un secreto. Está sonriendo como si estuviéramos compartiendo otro.

—Continúa haciéndolo —dice.

Me maravillo ante esas palabras. ¿Realmente puede decirlas en serio?

Mientras voy de regreso al torneo y a mis hermanas, no puedo dejar de pensar en la cara conmocionada de Cardan, ni puedo dejar de considerar la sonrisa de Locke. No estoy absolutamente segura de cuál es más emocionante y cuál es más peligrosa.



10

Traducido por Brisamar58 y Gigi D
Corregido por Flochi

El resto del Torneo de Verano pasa volando. Los espadachines se enfrentan cara a cara en combate singular, luchando por el honor de impresionar al Rey Supremo y su Corte. Ogros y zorros, duendes y gwyllions, todos involucrados en la danza mortal de la batalla.

Después de algunas rondas, Vivi quiere que avancemos entre la multitud y compramos más pinchos de fruta. Sigo intentando captar la atención de Taryn, pero ella no lo permitirá. Quiero saber si está enojada. Quiero preguntar qué le dijo Locke cuando estaban juntos, aunque ese podría ser el tipo exacto de pregunta que ella prohibiría.

Pero la conversación con Locke no podría haber sido del tipo humillante, del tipo que ella trataría de fingir, ¿o sí? No cuando él prácticamente me dijo que se deleitaba con que Cardan cayera. Lo que me hace pensar en la otra pregunta que no puedo formularle a Taryn.

No es que yo fuera el primero en ponerle el vestido verde. Las hadas no pueden mentir. Cardan no podría haberlo dicho si no creyera que fuera cierto, pero ¿por qué iba a pensar eso?

Vivi golpea su pincho contra el mío, sacándome de mi ensoñación.

—Por nuestra inteligente Jude, quien hizo que los mágicos recordaran por qué permanecen en sus túmulos y colinas, por temor a la ferocidad mortal.

Un hombre alto con las orejas flexibles de un conejo y una melena de cabello castaño se da la vuelta para darle a Vivi una mirada de muerte. Ella le sonríe. Niego con la cabeza, complacida por su brindis, incluso si es una salvaje exageración. Incluso si no impresioné a nadie más que a ella.



—Ojalá que Jude fuera un poco menos inteligente —dice Taryn en voz baja.

Me vuelvo hacia ella, pero se ha alejado.

Cuando regresemos a la arena, la Princesa Rhyia se está preparando para su pelea. Sostiene una espada delgada, muy parecida a un alfiler largo y apuñala al aire vacío en preparación para un oponente. Sus dos amantes gritan palabras de aliento.

Cardan reaparece en el palco real, vistiendo lino blanco suelto y una corona de flores de rosas. Ignora al Rey Supremo y al Príncipe Dain y se deja caer en una silla al lado del Príncipe Balekin, con quien intercambia unas pocas palabras duras que desearía estar lo suficientemente cerca para escuchar. La princesa Caelia ha llegado para la pelea de su hermana y aplaude frenéticamente cuando Rhyia sale al trébol.

Madoc nunca regresa.



Viajo a casa sola. Vivi se va con Rhyia después de que ella gane su combate: van a cazar en los bosques cercanos. Taryn accede a acompañarlas, pero estoy demasiado cansada y demasiado adolorida y nerviosa.

En las cocinas de la casa de Madoc, tuesto queso sobre un fuego y lo unto sobre pan. Sentada en la entrada con eso y una taza de té, observo cómo se pone el sol mientras como mi almuerzo.

El cocinero, un trow llamado Wattle, me ignora y sigue haciendo magia con las chirivías para cortarlas.

Cuando termino, limpio las migas de mis mejillas y me dirijo a mi habitación.

Gnarbone, un sirviente de largas orejas y una cola que se arrastra por el suelo, se detiene en el pasillo cuando me ve. Lleva una bandeja de tazas de bellota del tamaño de un dedal y una jarra plateada de lo que huele a vino de zarzamora en sus grandes manos con garras. Su librea está apretada sobre su pecho y pedazos de piel sobresalen de los huecos.



—Oh, estás en casa —dice, un gruñido en su voz que lo hace parecer amenazante sin importar cuán benignas sean las palabras que diga. A mi pesar, no puedo evitar pensar en el guardia que mordió la punta de mi dedo. Los dientes de Gnarbone podrían romperme toda la mano.

Asiento con la cabeza.

—El príncipe está preguntando por ti abajo.

¿Cardan, aquí? Mi ritmo cardíaco acelera. No puedo pensar.

—¿Dónde?

Gnarbone parece sorprendido por mi reacción.

—En el estudio de Madoc. Solo le iba a llevar esto...

Le quito la bandeja de las manos y me dirijo hacia la escalera, con la intención de deshacerme de Cardan lo más rápido que pueda, de cualquier forma que pueda. Lo último que necesito es que Madoc escuche mi falta de respeto y decida que nunca perteneceré a la Corte. Es un servidor de la línea Zarza Verde, declarado tan seguro como cualquiera. No le gustaría que yo esté en desacuerdo ni siquiera con el último de los príncipes.

Vuelo por las escaleras y pateo la puerta del estudio de Madoc. El pomo se estrella contra una estantería mientras camino hacia la habitación, lanzando la bandeja con la fuerza suficiente para hacer bailar las copas.

El príncipe Dain tiene varios libros abiertos sobre la mesa de la biblioteca frente a él. Rizos dorados caen sobre sus ojos, y el cuello de su jubón azul claro está abierto, mostrando un fuerte torque plateado en su garganta. Me detengo, consciente del error colosal que he cometido.

Él levanta ambas cejas.

—Jude. No esperaba que tengas tanta prisa.

Me hundo en una reverencia y espero que él me considere torpe. El miedo me carcome, agudo y repentino. ¿Podría Cardan haberlo enviado? ¿Está aquí para castigarme por mi insolencia? No puedo pensar en ninguna otra razón por la que el honorable y honrado Príncipe Dain, que pronto será el gobernante de la Tierra de las Hadas, pregunte por mí.

—Eh —digo, el pánico haciendo tropezar mi lengua. Con alivio, recuerdo la bandeja e indico la jarra—. Tome. Esto es para usted, mi señor.



Levanta una bellota y vierte un poco del espeso líquido negro en la taza.

—¿Vas a beber conmigo?

Niego con la cabeza, sintiéndome completamente inútil.

—Va a ir directamente a mi cabeza.

Eso lo hace reír.

—Bien, hazme compañía una vez.

—Por supuesto. —Eso, no puedo negarme. Sentándome en un brazo de una de las sillas de cuero verde, siento que mi corazón suena sordamente—. ¿Puedo traerle algo más? —pregunto, no estoy segura de cómo proceder.

Levanta su taza de bellota, como saludando.

—Tengo suficiente refresco. Lo que requiero es conversación. Quizás puedas decirme qué te hizo irrumpir aquí. ¿Quién creíste que era?

—Nadie —digo rápidamente. Mi pulgar frota sobre mi dedo anular, sobre la suave piel de la punta que falta.

Se sienta derecho, como si de pronto fuera mucho más interesante.

—Pensé que tal vez uno de mis hermanos te estaba molestando.

Niego con la cabeza.

—Nada de eso.

—Es sorprendente —dice, como si me estuviera haciendo un gran cumplido—. Sé que los humanos pueden mentir, pero ver que lo haces es increíble. Hazlo otra vez.

Siento mi cara caliente.

—Yo no estaba... yo...

—Hazlo de nuevo —repite suavemente—. No tengas miedo.

Solo un tonto no lo tendría, a pesar de sus palabras. El Príncipe Dain vino aquí cuando Madoc no estaba en casa. Preguntó por mí específicamente. Dio a entender que conocía a Cardan; tal vez nos viera



después de la guerra fingida, Cardan jalando mi cabeza por la trenza. Pero, ¿qué quiere Dain?

Estoy respirando muy superficialmente, demasiado rápido.

Dain, a punto de ser coronado como el Rey Supremo, tiene el poder de concederme un lugar en la Corte, el poder de negar a Madoc y convertirme en un caballero. Si pudiera impresionarlo, podría darme todo lo que quisiera. Todo lo que pensé que perdí mi oportunidad.

Me levanto y miro dentro del gris plateado de sus ojos.

—Mi nombre es Jude Duarte. Nací el 13 de noviembre de 2001. Mi color favorito es el verde. Me gusta la niebla, las baladas tristes y las pasas cubiertas de chocolate. No puedo nadar. Ahora dime, ¿qué parte fue mentira? ¿Mentí en algo? Porque lo mejor de mentir es no saber.

Me doy cuenta abruptamente de que podría tomar ningún voto mío particularmente en serio después de esa pequeña actuación. Sin embargo, se ve satisfecho, sonriéndome como si hubiera encontrado un rubí tosco tirado en el suelo.

—Ahora —dice—, dime cómo tu padre usa ese pequeño talento tuyo.

Parpadeo, confundida.

—¿De verdad? Él no lo hace. Qué lástima. —El príncipe inclina la cabeza para estudiarme—. Dime con qué sueñas, Jude Duarte, si ese es tu verdadero nombre. Dime qué deseas.

Mi corazón está por salirse de mi pecho, y siento unas leves náuseas, un poco de mareo. Seguramente no puede ser tan fácil. El Príncipe Dain, próximo a ser el Rey Supremo de todas las Hadas, me preguntaba qué quería. Apenas me atrevo a responder, pero debo hacerlo.

—Yo... yo quiero ser tu caballero —tartamudeo.

Alza las cejas.

—Inesperado —dice—. Y me complace. ¿Qué más?

—No comprendo. —Retuerzo mis manos para que no vea el temblor.

—El deseo es algo raro. En cuanto está satisfecho, cambia a algo más. Si recibimos hilado de oro, deseamos la aguja de oro. Y entonces, Jude



Duarte, te estoy preguntando qué querría luego si te hiciera parte de mi dotación.

—Servirte —digo, todavía confundida—. Prometer mi espada a la corona.

Descarta mi respuesta con un gesto de su mano.

—No, dime qué *quieres*. Pídemelo algo. Algo que nunca le hayas pedido a alguien.

Que me hagas inmortal, pienso, y después me horrorizo de haberlo pensado. No quiero querer eso, en especial porque no hay forma de que pueda conseguirlo. Nunca seré parte de los mágicos.

Respiro hondo. Si pudiera pedirle cualquier cosa, ¿qué sería? Entiendo los peligros, claro. Una vez que se lo diga, va a intentar sacar provecho y los tratos con hadas nunca favorecen a los mortales. Pero el poder potencial yace frente a mis ojos.

Mis pensamientos van al collar en mi cuello, el ardor de mi propia mano contra mi mejilla, el sonido de la risa de Oak.

Pienso en Cardan: *¿Ves lo que podemos hacer con unas pocas palabras? Podemos encantarte para que corras en cuatro patas, ladrando como un perro. Podemos maldecirte para que te marchites esperando una canción que nunca volverás a oír o una palabra amable de mis labios.*

—Poder resistir los encantamientos —digo, intentando obligarme a no moverme. Intentando no retorcerme. Quiero parecer una persona seria quien hace tratos en serio.

Me mira de arriba abajo.

—Tú ya tienes la Visión Verdadera, que recibiste de niña. Seguramente comprendes nuestras costumbres. Conoces los encantamientos. Sala nuestra comida y destruyes cualquier encantamiento que contenga. Ponte tus medias del revés y nunca te vas a perder. Mantén tus bolsillos llenos de frutos de serbal secos y tu mente no será influenciada.

Los últimos días me han demostrado lo tremendamente inadecuadas que son esas protecciones.



—¿Y qué sucede cuando vacían mis bolsillos? ¿Cuando me arrancan las medias? ¿Qué pasa cuando echan al suelo toda mi sal?

Me mira con cuidado.

—Acércate, niña —dice.

Dudo. Por todo lo que he observado del Príncipe Dain, siempre me pareció una criatura de honor. Pero lo que he observado es dolorosamente poco.

—Vamos, si vas a servirme, debes confiar en mí. —Se está inclinando en la silla. Noto los pequeños cuernos justo por encima de su ceño, separando su cabello a ambos lados de su rostro regio. Noto la fuerza de sus brazos y el anillo grabado que brilla en una mano de dedos largos, grabado con el símbolo del linaje Zarza Verde.

Me deslizo del brazo de la silla y camino hacia donde él se encuentra. Me obligo a hablar.

—No quería faltarle el respeto.

Toca un moretón en mi mejilla, uno que no había notado que tenía. Hago una mueca, pero no me alejo de él.

—Cardan es un niño malcriado. Es sabido en la Corte que despilfarra su linaje en bebidas y riñas menores. No, no te molestes en objetar.

No lo hago. Me pregunto cómo era que Gnarbone me dijo solamente que un príncipe me esperaba abajo, pero no cuál de ellos. Me pregunto si Dain le pidió que me pasara ese mensaje en específico. *Un estratega experimentado espera la oportunidad adecuada.*

—Aunque somos hermanos, somos muy distintos. Nunca seré cruel contigo sólo para entretenerme con ello. Si te juras a mi servicio, hallarás recompensas. Pero lo que quiero de ti no es que seas caballero.

Mi corazón se hunde. Era demasiado creer que un príncipe de la Tierra de las Hadas había pasado a visitarme para volver mis sueños realidad, pero fue bueno mientras duró.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que no hayas ofrecido antes. Querías darme tu juramento y tu espada. Lo acepto. Necesito a alguien que pueda mentir, alguien con



ambición. Espía para mí. Únete a mi Corte de Sombras. Puedo hacerte poderosa más allá de lo que podrías imaginar. No es fácil para los humanos estar aquí con nosotros. Pero yo podría facilitártelo.

Me permito hundirme en una silla. Se siente un poco como que esperaba una propuesta de matrimonio, pero se me ofreció ser la amante.

Una espía. Una soplona. Una mentirosa y ladrona. Claro que así es como él me ve. A todos los mortales. Claro que piensa que es lo único para lo que sirvo.

Pienso en los espías que he visto, como la figura de nariz respingada y con joroba que Madoc consulta a veces, o una figura en sombras, de vestimenta gris, cuyo rostro nunca he logrado ver. Todos los reales deben tenerlos, pero sin dudas parte de su habilidad reside en lo bien ocultos que se encuentren.

Y yo me encontraría bien oculta, de hecho, oculta a plena vista.

—Tal vez no sea el futuro que te imaginaste para ti misma —dice el Príncipe Dain—. Nada de armadura brillante ni montar en batalla, pero te prometo que cuando yo sea el Rey Supremo, si me sirves bien, serás capaz de hacer lo que te plazca, ¿porque quién puede contradecir al Rey Supremo? Y pondré un geas en ti, un geas de protección contra encantamientos.

Me quedo muy quieta. Normalmente dados a los mortales a cambio de su servicio, los geases otorgan poder, con una excepción dolorosa que te afecta cuando menos lo esperas. Como, eres invencible, excepto a una flecha hecha de la fibra del corazón de un espino, que casualmente es el tipo de flecha que tu peor enemigo usa. O ganarás cada batalla en la que estés, pero no se te permite rechazar invitaciones a cenar, por lo que si alguien te invita a cenar justo antes de una batalla, no podrás ir a pelear. Básicamente, como todo lo relacionado con las Hadas, los geases son increíbles, y también apestan. Sí, parece que eso es lo que me ofrece.

—Un geas —repito.

Su sonrisa se ensancha, y después de un momento, entiendo por qué. No he dicho que no. Lo que significa que estoy considerando decir sí.

—Ningún geas puede salvarte de los efectos de nuestros frutos y venenos. Piensa con cuidado. En cambio, podría darte el poder para fascinar a todos los que te miren. Podría darte un poder justo ahí. —Señala mi



frente—. Y cualquiera que lo mirara se enamoraría perdidamente. Podría darte una espada que corta las estrellas.

—No quiero ser controlada —digo, mi voz un susurro. No puedo creer que lo estoy diciendo en voz alta, y ante él. No puedo creer que estoy haciendo esto—. Mágicamente, quiero decir. Deme eso y yo me ocuparé del resto.

Asiente una vez.

—Entonces aceptas.

Es aterrador tener una oportunidad como esta frente a mí, una elección que cambia todas mis elecciones futuras.

Quiero poder, lo quiero tanto. Y esta es mi oportunidad de tenerlo, una oportunidad aterradora y levemente insultante. Pero también una que intriga. ¿Habría sido buena como caballero? No tengo forma de saberlo.

Tal vez lo habría odiado. Tal vez habría significado andar por ahí con mi armadura yendo a misiones aburridas. Quizás habría implicado pelear con gente que me agradaba.

Asiento y espero poder ser una buena espía.

El Príncipe Dain se alza y toca mi hombro. Siento la descarga del contacto, como un estallido de estática.

—Jude Duarte, hija de arcilla, de este día en adelante ningún encanto de Hadas podrá confundir tu mente. Ningún encanto hará a tu cuerpo moverse contra tu voluntad. Ninguno excepto los del creador de este geas.

»Nadie podrá controlarte —dice, y hace una pausa—. Excepto yo.

Respiro hondo. Claro que hay una trampa en este acuerdo. No puedo siquiera enojarme con él; debería haberlo adivinado.

Aun así, es emocionante tener protección. El Príncipe Dain es sólo un hada, y ha visto algo en mí, algo que Madoc no vería, algo que ansiaba que se reconociera.

Allí y en ese momento, me dejo caer sobre una rodilla en la antigua alfombra en el estudio de Madoc y me juro al servicio del Príncipe Dain.



II

Traducido por Flochi, Genevieve, Aria y Magnie
Corregido por Indiehope

Durante toda la noche, mientras estoy sentada cenando, soy consciente del secreto que guardo. Me hace sentir, por primera vez, como si tuviera un poder propio, un poder que Madoc no puede quitarme. Incluso pensar en ello por mucho tiempo, *¡Soy una espía! ¡Soy la espía del príncipe Dain!*, me da escalofríos.

Comemos aves rellenas de cebada y puerros salvajes, sus pieles crujen de grasa y miel. Oriana escoge delicadamente los suyos. Oak mastica la piel. Madoc no se molesta en separar la carne, comiendo incluso los huesos. Toco los nabos guisados. Aunque Taryn está en la mesa, Vivi no ha regresado. Sospecho que cazar con Rhyia fue una treta y que se ha ido al reino mortal tras un breve paseo por el bosque. Me pregunto si comió con la familia de Heather.

—Lo hiciste bien en el torneo —dice Madoc entre bocados.

No señalo que él abandonó los terrenos. No pudo haber estado impresionado. Ni siquiera estoy segura de cuánto vio realmente.

—¿Eso significa que cambiaste de idea?

Algo en mi voz lo hace dejar de masticar y mirarme con los ojos entrecerrados.

—¿Sobre la caballería? —pregunta—. No. Una vez que haya un Rey Supremo en el lugar, discutiremos tu futuro.

Mi boca se curva en una sonrisa discreta.

—Como deseas.

Debajo de la mesa, Taryn observa a Oriana e intenta copiar sus movimientos con la pequeña ave. Ella no mira en mi dirección, incluso cuando me pide que le pase una jarra de agua.

No obstante, no puede evitar que la siga a su habitación cuando terminamos.

—Mira —digo en las escaleras—. Intenté hacer lo que querías, pero no pude y no quiero que me odies por ello. Es mi vida.

Se da la vuelta.

—¿Tu vida para desperdiciar?

—Sí —digo cuando llegamos al rellano. No puedo contarle sobre el príncipe Dain, pero aunque pudiera, no estoy segura de si eso ayudaría. Tampoco estoy del todo segura que ella aprobaría eso—. Nuestras vidas son lo único real que tenemos, nuestra única moneda. Podemos comprar lo que queramos con ellas.

Taryn pone sus ojos en blanco. Su voz es ácida.

—¿No es eso divino? ¿Lo inventaste tú misma?

—¿Cuál es tu problema? —exijo.

Niega con la cabeza.

—Nada. Nada. Tal vez sería mejor si yo pensara de la misma manera que tú. No importa, Jude. Fuiste realmente buena allí.

—Gracias —digo, frunciendo el ceño, confundida. Me pregunto nuevamente por las palabras de Cardan sobre ella, pero no quiero repetirlas y hacerla sentir mal—. Entonces, ¿ya te has enamorado? —pregunto.

Todo lo que consigo con mi pregunta es una mirada extraña.

—Voy a quedarme en casa después de la clase de mañana —dice Taryn—. Supongo que es tu vida para desperdiciar, pero no tengo que observar.



Mis pies se sienten como plomo mientras me dirijo al palacio, sobre el suelo sembrado de manzanas caídas, su aroma dorado flotando en el aire.



Estoy usando un largo vestido negro con puños dorados y una trenza de lazos verdes, un comfortable favorito.

Los cantos de las aves de la tarde trinan sobre mí, haciéndome sonreír. Me permito tener una breve fantasía de la coronación del príncipe Dain, de mí bailando con un sonriente Locke mientras Cardan es llevado a las rastras y arrojado en una oscura mazmorra.

Un destello blanco me sobresalta de mis pensamientos. Es un ciervo; un ciervo blanco, parado a menos de tres metros de donde estoy. Sus astas tienen unas cuantas telarañas delgadas entrelazadas, y su pelaje es de un blanco tan brillante que parece plata a la luz de la tarde. Nos contemplamos por un largo momento, antes de que salga corriendo en dirección al palacio, llevándose mi aliento con él.

Decido creer que es un buen augurio.

Y, al menos al principio, parece serlo. Las clases no son malas. Noggle, nuestra instructora, es una amable pero extraña Fir Darrig del norte, con enormes cejas, una larga barba en la que de vez en cuando mete bolígrafos o trozos de papel, y una tendencia a divagar sobre tormentas de meteoritos y sus significados. A medida que la tarde se hace noche, nos tiene contando las estrellas fugaces, lo que es una tarea aburrida pero relajante. Me recuesto sobre mi manta y miró fijamente el cielo nocturno.

El único problema es que es difícil para mí anotar los números en la oscuridad. Por lo general, orbes brillantes cuelgan de los árboles o largas concentraciones de luciérnagas iluminan nuestras lecciones. Llevo cabos extra de velas para cuando eso es demasiado tenue, dado que la vista humana no es tan aguda como la suya, pero no tengo permitido encenderlas cuando estudiamos las estrellas. Intento escribir con letra legible y no mancharme los dedos con tinta.

—Recuerden —dice Noggle—, los eventos inusuales celestiales a menudo presagian importantes cambios políticos, por lo que con un nuevo rey en el horizonte, es importante para nosotros observar las señales con cuidado.

Algunas risitas se alzan en la oscuridad.

—Nicasia —dice nuestra instructora—. ¿Hay alguna dificultad?

Su arrogante voz no suena arrepentida.



—Ninguna en absoluto.

—Ahora, ¿qué pueden decirme de las estrellas fugaces? ¿Cuál sería el significado de una lluvia de ellas en la última hora de la noche?

—Una docena de nacimientos —dice Nicasia, lo que es lo bastante incorrecto como para que yo haga una mueca.

—*Muertes* —digo en voz baja.

Noggle me escucha, desafortunadamente.

—Muy bien, Jude. Me alegra que alguien haya prestado atención. Ahora, ¿a quién le gustaría decirme cuándo es más probable que esas muertes ocurran?

No tiene sentido que me contenga, no cuando hice una declaración de que iba a avergonzar a Cardan con mi genialidad. Mejor empezar a ser genial.

—Depende de a cuáles constelaciones pasaron y en qué dirección cayeron las estrellas —digo. A mitad de la respuesta, siento que mi garganta va a cerrarse. De pronto estoy contenta de la oscuridad, así no tengo que ver la expresión de Cardan. O la de Nicasia.

—Excelente —dice Noggle—. Por eso nuestras notas deben estar completas. ¡Continúen!

—Esto es aburrido —escucho a Valerian decir arrastrando las palabras—. La profecía es para las brujas y mágicos inferiores. Deberíamos estar aprendiendo cosas de aspecto más noble. Si voy a pasar la noche acostado sobre mi espalda, entonces desearía ser enseñado en el *amor*.

Alguno de los demás ríe.

—Muy bien —dice Noggle—. Dime, ¿qué evento podría presagiar éxito en el amor?

—Una chica quitándose su vestido —dice, obteniendo más risas.

—¿Elga? —Noggle llama a una chica con cabello plateado y una risa que suena como cristales rotos—. ¿Puedes responder por él? Tal vez ha tenido tan poco éxito en el amor que de verdad no sabe.



Ella comienza a tartamudear. Sospecho que conoce la respuesta pero no quiere buscar la ira de Valerian.

—¿Deberíamos preguntarle a Jude otra vez? —pregunta Noggle con brusquedad—. O tal vez a Cardan. ¿Por qué no nos dices?

—No —dice él.

—¿Qué fue eso? —pregunta Noggle.

Cuando Cardan habla, su voz resuena con una autoridad siniestra.

—Es como dice Valerian. Esta lección es aburrida. Encenderás las lámparas y comenzarás otra, una más efectiva.

Noggle hace una pausa por un largo momento.

—Sí, mi príncipe —dice finalmente y todos los globos que nos rodean cobran vida. Parpadeo varias veces mientras mis ojos intentan adaptarse. Me pregunto si Cardan alguna vez tuvo que hacer algo que no quería. Supongo que no es sorprendente que se duerma durante las clases. No es de extrañar que una vez, borracho, montara a caballo sobre la hierba mientras estábamos teniendo clases, pisoteando mantas y libros haciendo que todos lucharan por apartarse de su camino. Él puede cambiar nuestro plan de estudios por capricho. ¿Cómo puede algo importarle a alguien así?

—Su vista es muy pobre —dice Nicasia y me doy cuenta que está de pie frente a mí. Tiene mi libreta y la agita para que todos puedan ver mis garabatos—. Pobre, pobre, Jude. Es muy difícil superar tantas desventajas.

Hay tinta en mis dedos y en los dorados puños de mi vestido.

Al otro lado de la arboleda, Cardan está hablando con Valerian. Solo Locke nos está mirando, su expresión luce preocupada. Noggle está hojeando una pila de libros gruesos y polvorientos, probablemente tratando de encontrar una lección que le guste a Cardan.

—Siento si no puedes leer mi letra —le digo, agarrando el cuaderno. La página se rasga, dejando destrozada la mayor parte de mi trabajo—. Pero esa no es exactamente *mi* desventaja.

Nicasia me da una bofetada en la cara. Tropiezo, sorprendida, de repente estoy sobre una rodilla, apenas sosteniéndome antes de caer. Mi mejilla está caliente, punzante. Mi cabeza resuena.



—No puedes hacer eso —le digo absurdamente.

Creí entender cómo funcionaba este juego. Pensé mal.

—Puedo hacer lo que quiera —me informa, aún arrogante.

Nuestros compañeros nos miran fijamente. Elga tiene una delicada mano sobre su boca. Cardan echa un vistazo y puedo ver por su expresión que ella no ha podido complacerlo. La vergüenza comienza a arrastrarse sobre la cara de Nicasia.

Todo este tiempo que estuve entre ellos, hubo líneas que no cruzaron. Cuando nos empujaron al río, nadie lo presencié. Para bien o para mal, soy parte del hogar del general y estoy bajo la protección de Madoc. Cardan podría atreverse a cruzarlo, pero pensé que los otros al menos atacarían en secreto.

Parece que he enojado demasiado a Nicasia para que se preocupe por eso.

Me sacudo.

—¿Me estás retando? Porque entonces es mi derecho elegir la hora y el arma. —Cómo me encantaría derribarla.

Se da cuenta que mi pregunta en realidad exige una respuesta. Yo podría estar incluso más bajo que el suelo, pero eso no la absuelve de obligaciones hacia su propio honor.

Por el rabillo del ojo, veo a Cardan acercarse a nosotros. La anticipación nerviosa se mezcla con terror. A mi otro lado, Valerian choca mi hombro. Me alejo un paso de él, pero no lo suficientemente rápido como para evitar ser asaltada con el olor a fruta demasiado madura.

Por encima de nosotros, en la cúpula negra de la noche, siete estrellas caen, surcando gloriosamente el cielo antes de desvanecerse. Miro hacia arriba automáticamente, demasiado tarde para haber visto su camino preciso.

—¿Alguien anotó eso? —comienza a gritar Noggle, buscando en su barba un bolígrafo—. ¡Este es el evento celestial que hemos estado esperando! Alguien debe haber visto el punto de origen exacto. ¡Rápido! Anoten todo lo que puedan recordar.



Justo en ese momento, mientras estoy viendo las estrellas, Valerian empuja algo suave contra mi boca. Una manzana, dulce y podrida al mismo tiempo, jugos melosos recorren mi lengua, sabe a luz del sol y a excitación pura, a estúpida alegría. Fruta de las hadas, que confunde la mente, lo que hace que los humanos anhelan lo suficiente como para morir de hambre por otra probada, lo que nos hace dóciles, sugestionables y ridículos.

Los geas de Dain me protegían de encantamientos, del control de cualquier persona, pero la fruta de las hadas te saca incluso de tu propio control.

Oh no. Oh no no no no no.

La escupo. La manzana rueda en la tierra, pero ya puedo sentir su efecto en mí.

Sal, pienso, buscando a tientas en mi canasta. Sal es lo que necesito. La sal es el antídoto. Despejará la niebla en mi cabeza.

Nicasia ve lo que estoy buscando y toma mi cesta, alejándose, mientras Valerian me empuja al suelo. Intento alejarme de él, pero me inmoviliza, empujando la sucia manzana en mi cara.

—Déjame endulzar esa agria lengua tuya —dice, presionándola. La pulpa está en mi boca y en mi nariz.

No puedo respirar. No puedo respirar.

Mis ojos están abiertos, mirando la cara de Valerian. Me ahogo. Me está mirando con una expresión de leve curiosidad, como si esperara ver lo que sucede a continuación.

La oscuridad se está infiltrando en los bordes de mi visión. Me estoy ahogando.

La peor parte es la alegría que florece dentro de mí por la fruta, borrando el terror. Todo es hermoso. Mi visión se desvanece. Alzo la mano para arañar la cara de Valerian, pero estoy demasiado mareada como para alcanzarlo. Un momento después, no importa. No quiero lastimarlo, no cuando estoy tan feliz.

—¡Haz algo! —dice alguien, pero en mi delirio, no puedo decir quién está hablando.



De repente, Valerian se aparta. Ruedo sobre mi costado, tosiendo. Cardan se avecina. Las lágrimas y los mocos corren por mi cara, pero todo lo que puedo hacer es tenderme en la tierra y escupir trozos de pulpa dulce y carnosa. No tengo idea de por qué estoy llorando.

—Ya es suficiente —dice Cardan. Tiene una extraña y salvaje expresión en su rostro y un músculo sobresale de su mandíbula.

Empiezo a reír.

Valerian parece amotinado.

—Arruinas mi diversión, ¿quieres?

Por un momento, creo que van a pelear, aunque no puedo pensar por qué. Entonces veo lo que Cardan tiene en su mano. La sal de mi canasta. El antídoto. (¿Por qué quería eso? Me pregunto). La lanza al aire con una sonrisa, y la veo esparcirse por el viento. Luego mira a Valerian, su boca se tuerce.

—¿Qué pasa contigo, Valerian? Si ella muere, tu pequeña broma termina antes de que comience.

—No voy a morir —le digo, porque no quiero que se preocupen. Me siento bien. Me siento mejor de lo que me he sentido en toda mi vida. Me alegra que el antídoto haya desaparecido.

—¿Príncipe Cardan? —dice Noggle—. Deberían llevarla a su casa.

—Todo es tan aburrido hoy —dice Cardan, pero no parece aburrido. Suena como si apenas estuviera controlando su temperamento.

—Oh, Noggle, ella no quiere ir. —Nicasia se acerca y acaricia mi mejilla—. ¿O sí, bonita?

El sabor empalagoso de la miel está en mi boca. Me siento ligera. Me estoy relajando. Me despliego como una pancarta.

—Me gustaría quedarme —digo, porque aquí es maravilloso. Porque ella es deslumbrante.

No estoy segura de sentirme bien, pero sé que me siento genial.



Todo es maravilloso, incluso Cardan. Antes no me gustaba, pero eso parece estúpido. Le doy una amplia y feliz sonrisa, aunque él no me la devuelve.

No me lo tomo como algo personal.

Noggle se aleja de nosotros murmurando algo sobre el general y estupideces y príncipes quedándose sin cabeza. Cardan le observa irse, con las manos en puños a los lados.

Un grupo de chicas se sientan en el musgo junto a mí. Se están riendo, lo cual me hace reír otra vez también.

—Nunca había visto a una mortal comer las frutas de Elfhame —una de ellas, Flossflower, le dice a otra—. ¿Recordará esto?

—Sí, a menos que alguien la hechice para que no lo haga —dice Locke desde alguna parte detrás de mí, pero no suena enfadado como Cardan. Suena amable. Me vuelvo hacia él y me toca el hombro. Me apoyo en la calidez de su piel.

Nicasia se ríe.

—Ella no quiere eso. Lo que quiere es otro mordisco de la manzana.

Mi boca se hace agua ante el recuerdo. Los recuerdos por el sendero, doradas y brillantes, de camino a la escuela y maldigo mi estupidez por no detenerme a comerlas.

—Así que ¿podemos preguntarle cosas? —Otra chica, Moragna, quiere saber—. Cosas vergonzosas. ¿Y responderá?

—¿Por qué debería encontrar algo vergonzoso cuando está entre amigos? —dice Nicasia, con los ojos entrecerrados. Se parece a un gato que se ha comido toda la crema y está lista para echarse una siesta al sol.

—¿A quién de nosotros te gustaría besar más? —pregunta Flossflower, acercándose. Apenas me ha hablado antes de esto. Me alegro de que quiera que seamos amigas.

—Me gustaría besarlos a todos —digo, lo cual los hace reír a carcajadas. Le sonrío a las estrellas.

—Llevas demasiada ropa —dice Nicasia, frunciéndole el ceño a mis faldas—. Y están sucias. Deberías quitártelas.



Mi vestido parece abruptamente pesado. Me imagino desnuda a la luz de la luna, mi piel tan plateada como las hojas encima de nosotros.

Me levanto. Todo se siente como si estuviera un poco inclinado. Empiezo a quitarme la ropa.

—Tienes razón —digo, encantada. Mi vestido cae en un charco de tela de la que puedo salir fácilmente. Llevo ropa interior de mortales, un sujetador turquesa y negro a lunares y bragas.

Todos me miran de forma extraña, como preguntándose dónde he conseguido mi ropa interior. Todos ellos tan resplandecientes que me es difícil mirarlos demasiado sin que me duela la cabeza.

Soy consciente de la suavidad de mi cuerpo, de los callos de mis manos y el balanceo de mis pechos. Soy consciente del suave cosquilleo de la hierba bajo mis pies y el calor de la tierra.

—¿Soy igual de hermosa que tú? —le pregunto a Nicasia, verdaderamente curiosa.

—No —dice, lanzando una mirada a Valerian. Recoge algo del suelo—. No eres como nosotros. —Siento escucharlo pero no me sorprende. Junto a ellos, cualquiera podría ser una sombra, un reflejo borroso de otro reflejo.

Valerian señala al collar de serbal que cuelga de mi cuello, rojas frutas del bosque secas enhebradas a una larga cadena de plata.

—También deberías quitarte eso.

Asiento con complicidad.

—Tienes razón —digo—. Ya no lo necesito.

Nicasia sonríe, levantando algo dorado que tiene en la mano. Las sucias y aplastadas sobras de la manzana.

—Ven a chupar mis manos hasta que estén limpias. No te importa, ¿no? Pero tienes que hacerlo de rodillas.

Jadeos y risitas se oyen entre nuestros compañeros de clase, como una brisa. Quieren que lo haga. Quiero hacerlos felices. Quiero que todos estén tan felices como yo. Y quiero probar otra vez la fruta. Empiezo a gatear hacia Nicasia.



—No —dice Cardan, poniéndose delante de mí, su voz resonante y un poco inestable. Los otros se echan hacia atrás, dándole espacio. Se quita su zapato de suave cuero y pone un pie pálido directamente delante de mí—. Jude vendrá aquí y besará mi pie. Ha dicho que quería besarnos. Yo soy su príncipe, después de todo.

Me rio otra vez. Sinceramente, no sé por qué antes me reía tan poco. Todo es maravilloso y ridículo.

Levantando la vista hacia Cardan, sin embargo, algo está mal. Sus ojos brillan con furia y deseo y tal vez incluso vergüenza. Un momento después, parpadea, y solo queda su habitual arrogancia fría.

—¿Bien? Sé rápida —dice impacientemente—. Besa mi pie y dime lo genial que soy. Dime lo mucho que me admiras.

—Suficiente —le dice Locke duramente a Cardan. Tiene sus manos en mis hombros y me levanta bruscamente—. Voy a llevarla a casa.

—¿Lo vas a hacer? —le pregunta Cardan, con las cejas levantadas—. Interesante elección del momento. Te gusta el sabor de un poco de humillación, ¿solo que no demasiado?

—Odio cuando te pones así —dice Locke en voz baja.

Cardan saca un alfiler de su abrigo, una cosa brillante con forma de bellota con una hoja de roble detrás. Por un momento de delirio, pienso que se lo va a dar a Locke a cambio de dejarme aquí. Eso parece imposible, incluso para mi mente salvaje.

Entonces Cardan agarra mi mano, lo cual parece todavía más imposible. Sus dedos están demasiado calientes contra mi piel. Apuñala mi pulgar con la punta de su alfiler.

—Aw —digo, alejándome de él y metiéndome el dedo herido en la boca. Mi propia sangre es metálica contra mi lengua.

—Que tengas un agradable paseo de vuelta a casa —me dice.

Locke me guía, deteniéndose para tomar la manta de alguien, la cual envuelve alrededor de mis hombros. Las hadas nos miran mientras salimos de la arboleda, yo tambaleándome, él sosteniéndome. Los pocos profesores que veo no me devuelven la mirada.



Chupo mi pulgar herido, sintiéndome rara. Mi cabeza todavía da vueltas, pero no como antes. Algo está mal. Un momento después, me doy cuenta de qué. Hay sal en mi sangre humana.

Mi estómago da un vuelco.

Miro a Cardan, quien se está riendo con Valerian y Nicasia. Moragna está en su brazo. Otro de nuestros profesores, una fuerte mujer elfa de una isla al este, está intentando empezar su clase.

Los odio. Los odio tanto. Por un momento, solo está eso, el calor de mi furia convirtiendo todos mis pensamientos en cenizas. Con manos temblorosas, agarro la manta con más fuerza alrededor de mis hombros y dejo que Locke me guíe hacia el bosque.

—Estoy en deuda contigo —suelto después de caminar durante un rato—. Por sacarme de ahí.

Me da una mirada evaluadora. Me impresiona de nuevo lo guapo que es, lo suave que son los rizos que caen alrededor de su rostro. Es horrible estar a solas con él, sabiendo que me ha visto en ropa interior y gateando por el suelo, pero estoy demasiado enojada como para sentir vergüenza.

Niega con la cabeza.

—No le debes nada a nadie, Jude. Especialmente no hoy.

—¿Cómo puedes soportarlos? —pregunto, la furia me hace volverme contra Locke, a pesar que es el único con el que no estoy enojada—. Son horribles. Son monstruos.

No me responde. Caminamos juntos, y cuando llego a un inesperado huerto de manzanas, pateo una tan fuerte que rebota en el tronco de un olmo.

—Hay cierto placer en estar con ellos —dice—. Tomando lo que deseamos, complaciendo cada pensamiento terrible. Hay seguridad en ser horrible.

—¿Porque al menos no son terribles contigo? —pregunto.

Nuevamente, él no responde.

Cuando nos acercamos a la propiedad de Madoc, me detengo.



—Debería ir sola desde aquí. —Le doy una sonrisa que probablemente tiembla un poco. Es difícil mantenerla en mi cara.

—Espera —dice, dando un paso hacia mí—. Quiero verte otra vez.

Gruño, demasiado exasperada por la sorpresa. Estoy parada aquí con una manta prestada, botas y ropa interior comprada en un centro comercial. Estoy manchada de tierra y acabo de hacer el ridículo.

—¿Por qué?

Me mira como si viera algo completamente diferente. Hay una intensidad en su mirada que me hace pararme un poco más recta, a pesar de la suciedad.

—Porque eres como una historia que no ha sucedido todavía. Porque quiero ver lo que harás. Quiero ser parte del desarrollo de la historia.

No estoy segura si eso es un cumplido o no, pero creo que lo aceptaré.

Levanta mi mano, la misma que Cardan apuñaló con el alfiler y besa las puntas de mis dedos.

—Hasta mañana —dice, haciendo una reverencia.

Y así, en esa manta prestada, botas y ropa interior comprada en un centro comercial, camino sola, en dirección a casa.



—Dime quién hizo esto —insiste Madoc, una y otra vez, pero no lo haré. Él pisa fuerte, explicando en detalle cómo encontrará a las hadas responsables y las destruirá. Arrancará sus corazones. Les cortará la cabeza y las pondrá en el techo de nuestra casa como advertencia para los demás.

Sé que no soy a quien está amenazando, pero es a mí a quien grita.

Cuando tengo miedo, no puedo olvidar que no importa lo bien que juegue el papel de padre, también será siempre y para siempre el asesino de mi padre.

No digo nada. Pienso en cómo Oriana tenía miedo de que Taryn o yo nos comportáramos mal en la Corte y causáramos vergüenza a Madoc. Ahora me pregunto si ella estaba más preocupada acerca de cómo



reaccionaría si algo sucediera. Cortar las cabezas de Valerian y Nicasia es una mala política. Lastimar a Cardan equivale a traición.

—Lo hice yo misma —digo finalmente, para que esto termine—. Vi la fruta y se veía bien, así que me la comí.

—¿Cómo pudiste ser tan tonta? —dice Oriana, dando vueltas. No parece sorprendida; parece que estoy confirmando sus peores sospechas—. Jude, deberías saber lo que debe hacerse.

—Quería divertirme. Se supone que es divertido —le digo, interpretando a la hija desobediente lo mejor que puedo—. Y eso *fue*. Fue como un hermoso sueño...

—¡Cállense! —grita Madoc sorprendiéndonos, logrando que ambas nos quedemos en silencio—. ¡Ambas, *cállense*!

Me estremezco involuntariamente.

—Jude, deja de tratar de molestar a Oriana —dice, lanzándome una mirada exasperada que no estoy segura me haya dado antes, pero que Vivi ha recibido muchas veces.

Él sabe que estoy mintiendo.

—Y, Oriana, no seas tan crédula. —Cuando ella se da cuenta de lo que quiere decir, una pequeña y delicada mano se acerca para cubrir su boca.

—Cuando descubra a quién proteges —me dice—, lamentarán haber respirado.

—Esto no está ayudando —le digo, recostándome en mi silla.

Se arrodilla frente a mí y toma mi mano entre sus ásperos dedos verdes. Debe ser capaz de sentir cómo estoy temblando. Deja escapar un largo suspiro, probablemente descartando más amenazas.

—Entonces dime qué va a ayudar, Jude. Dímelo, y lo haré.

Me pregunto qué pasaría si dijera las palabras: *Nicasia me humilló. Valerian intentó asesinarme. Lo hicieron para impresionar al Príncipe Cardan, que me odia. Tengo miedo de ellos. Estoy más asustada de ellos que de ti y me aterra. Hazlos parar. Haz que me dejen en paz.*



Pero no lo haré. La ira de Madoc es insondable. La he visto en la sangre de mi madre en el piso de la cocina. Una vez invocada, no se puede devolver.

¿Qué pasa si él asesina a Cardan? ¿Qué pasa si los mata a todos? Su respuesta a tantos problemas es el derramamiento de sangre. Si están muertos, sus padres exigirían satisfacción. La ira del Rey Supremo caería sobre él. Estaría peor de lo que estoy ahora y Madoc probablemente estaría muerto.

—Enséñame más —digo en cambio—. Más sobre estrategia. Más entrenamiento con la espada. Enséñame todo lo que sabes. —El Príncipe Dain puede quererme como espía, pero eso no significa dejar mi espada.

Madoc se ve impresionado y Oriana, molesta. Puedo decir que ella piensa que lo estoy manipulando y que lo estoy haciendo bien.

—Muy bien —dice con un suspiro—. Tatterfell te traerá la cena, a menos que te apetezca unirme a nosotros en la mesa del comedor. Comenzaremos un entrenamiento más intensivo mañana.

—Comeré arriba —le digo, y me dirijo a mi habitación, todavía envuelta en la manta de otra persona. En el camino, paso por la puerta cerrada de Taryn. Una parte de mí quiere entrar, arrojarle sobre su cama y llorar. Quiero que me sostenga y me diga que no había nada que podría haber hecho de manera diferente. Quiero que me diga que soy valiente y que me ama.

Pero como estoy segura que eso no es lo que ella haría, sigo de largo cuando paso por su puerta.

Han arreglado mi habitación mientras no estaba, mi cama está hecha y mis ventanas fueron abiertas para dejar entrar el aire de la noche. Y allí, a los pies de mi cama, hay un vestido doblado con la cresta real que usan los sirvientes de los príncipes y princesas. Sentado en el balcón está el hob con cara de búho.

Se pavonea un poco, revolviendo sus plumas.

—Tú —digo. —Eres uno de sus...

—Ve a Hollow Hall mañana, cariño —chilla, interrumpiéndome—. Encuéntranos un secreto que al rey no le gustará. Encuentra la traición.

Hollow Hall. Ese es el hogar de Balekin, el príncipe mayor.



Tengo mi primera asignación de la Corte de las Sombras.



12

Traducido por Ale, Brisamar58 y Anna
Corregido por Flochi

Me voy a dormir temprano, y cuando me despierto, está completamente oscuro. Me duele la cabeza, tal vez por dormir demasiado, y me duele el cuerpo. Debo haber dormido con todos mis músculos tensos.

Las lecciones de ese día ya han comenzado. No importa. No voy a ir.

Tatterfell me ha dejado una bandeja con café, condimentado con canela, clavos y un poco de pimienta. Vierto una taza. Está tibio, lo que significa que ha estado allí por un tiempo. También hay pan tostado, el cual se ablanda cuando lo sumerjo varias veces.

Luego me lavo la cara, que todavía está pegajosa con la pulpa, y luego el resto de mí. Me cepillo el cabello bruscamente y luego lo sujeto en un moño anudándolo alrededor de una ramita.

Me niego a pensar en lo que sucedió el día anterior. Me niego a pensar en nada más que hoy y mi misión para el Príncipe Dain.

Ve a Hollow Hall. Encuéntranos un secreto que al rey no le gustará. Encuentra la traición.

Entonces Dain quiere que le ayude a asegurarse que Balekin no sea elegido para ser el próximo Rey Supremo. Eldred puede elegir a cualquiera de sus hijos para el trono, pero favorece a los tres mayores: Balekin, Dain y Elowyn; y a Dain por encima de los demás. Me pregunto si los espías ayudan a mantenerlo de esa manera.

Si puedo ser buena en esto, entonces Dain me dará poder cuando suba al trono. Y después de ayer, lo anhele. Lo anhele como si ansiaba el sabor de la fruta de las hadas.



Me pongo el vestido de sirviente sin ninguna de mis ropas interiores compradas en el centro comercial para asegurarme que soy lo más auténtica posible. Para los zapatos, saco un par de zapatillas de cuero viejas del fondo de mi armario. Tienen un agujero en el dedo del pie que intenté arreglar hace casi un año, pero mis habilidades de costura son pobres, y terminé simplemente haciéndolos feos. Sin embargo, encajan, y todos mis otros zapatos están hechos a la perfección.

No tenemos sirvientes humanos en la finca de Madoc, pero los he visto en otras partes de la Tierra de las Hadas. Parteras humanas para dar a luz bebés de los consortes humanos. Artesanos humanos malditos o bendecidos con una habilidad tentadora. Nodrizas humanas para amamantar niños de la Tierra de las Hadas. Pequeños humanos intercambiados, criados en la Tierra de las Hadas, pero no educados con la Aristocracia como nosotros. Alegres buscadores de magia a los que no les importa un poco la monotonía a cambio de algún deseo de su corazón. Cuando nuestros caminos se cruzan, trato de hablar con ellos. A veces quieren, y otras no. La mayoría de los no artistas han sido levemente encantados para suavizar sus recuerdos. Creen que están en un hospital o en la casa de una persona adinerada. Y cuando vuelven a casa, y Madoc me ha asegurado que lo harán, les pagan bien e incluso les dan regalos, como buena suerte o cabello brillante, o una habilidad especial para adivinar los números de la lotería.

Pero sé que también hay humanos que hacen malos negocios u ofenden a las hadas equivocadas y que no son tratados tan bien. Taryn y yo escuchamos cosas, incluso si nadie significa algo para nosotras, historias de humanos que duermen en suelos de piedra y comen basura, creyendo que descansan en camas de plumas y se alimentan de exquisiteces. Humanos drogados con frutas de hadas. Se rumorea que los sirvientes de Balekin son los peores, de mal aspecto y peor tratados.

Me estremezco solo de pensarlo. Y sin embargo, puedo ver por qué un mortal sería un espía útil, más allá de la capacidad de mentir. Un mortal puede pasar a lugares bajos y altos sin que se lo note. Sosteniendo un arpa, somos bardos. En casa, somos sirvientes. En vestidos, somos esposas con hijos duendes chillones.

Creo que pasar sin que se me note tiene ventajas.

A continuación, empaco una bolsa de cuero con una muda y un cuchillo, arrojo una gruesa capa de terciopelo sobre mi vestido y bajo las



escaleras. El café se agita en mis entrañas. Casi llego a la puerta cuando veo a Vivi sentada en el asiento del alfeizar tapizado de la ventana.

—Estás levantada —dice ella, levantándose—. Bien. ¿Quieres dispararle a cosas? Tengo flechas.

—Tal vez más tarde. —Mantengo la capa apretada a mí alrededor e intento pasar junto a ella, manteniendo una expresión dulcemente feliz en mi rostro.

No funciona. Su brazo se dispara para bloquearme.

—Taryn me dijo lo que le dijiste al príncipe en el torneo —dice—. Y Oriana me contó cómo llegaste a casa anoche. Puedo adivinar el resto.

—No necesito otra lección —digo. Esta misión de Dain es lo único que impide atormentarme por lo que sucedió el día anterior. No quiero perder el enfoque. Temo que si lo hago, también perderé la compostura.

—Taryn se siente horrible —dice Vivi.

—Sí —digo—. A veces es una mierda estar en lo cierto.

—Basta. —Agarra mi brazo, mirándome con sus pupilas abiertas—. Puedes hablar conmigo. Puedes confiar en mí. ¿Qué está pasando?

—Nada —digo—. Cometí un error. Me enojé. Quería probar algo. Fue estúpido.

—¿Fue por lo que dije? —Sus dedos están agarrando mi brazo con fuerza.

Los mágicos van a seguir tratándote como una mierda.

—Vivi, no hay forma de que la decisión de arruinar mi vida sea tu culpa —digo—. Pero haré que se arrepientan de cruzarme.

—Espera, ¿qué quieres decir? —pregunta Vivi.

—No lo sé —digo, liberándome. Me dirijo hacia la puerta y esta vez no me detiene. Una vez que salgo, corro por el césped hacia los establos.

Sé que no estoy siendo justa con Vivi, que no ha hecho nada. Solo quería ayudar.

Quizás ya no sé cómo ser una buena hermana.



En los establos, tengo que detenerme y apoyarme contra una pared mientras respiro profundamente. Durante más de la mitad de mi vida, he estado luchando contra el pánico. Tal vez no sea lo mejor para aparentar ser normal vivir con nervios constantes, incluso necesario. Pero en este punto, no sabría cómo vivir sin eso.

Lo más importante es impresionar al Príncipe Dain. No puedo dejar que Cardan y sus amigos me quiten eso.

Para llegar a Hollow Hall, decido tomar uno de los sapos, ya que solo la Aristocracia monta caballos de plata. Aunque un sirviente probablemente no tenga ningún tipo de montura, al menos el sapo es menos llamativo.

Solo en la Tierra de las Hadas un sapo gigante es la elección *menos* llamativa.

Ensillo y embrido a uno manchado y lo conduzco al césped. Su larga lengua azota uno de sus ojos dorados, haciéndome retroceder involuntariamente.

Engancho mi pie en el estribo y doy la vuelta al asiento. Con una mano, levanto las riendas, y con la otra, acaricio la piel suave y fría de su espalda. El sapo moteado nos lanza al aire y me sostengo.

Hollow Hall es una mansión de piedra con una torre alta y torcida, todo cubierto de viñas y hiedra. Hay un balcón en el segundo piso que parece tener una barandilla de raíces gruesas en lugar de hierro. Una cortina de zarcillos más delgados cuelga de ella, como una barba desaliñada y obstruida con suciedad. Hay algo deforme en la propiedad que debería hacer que sea encantador, pero en cambio la hace amenazante. Ato el sapo, meto mi capa en su mochila, y avanzo hacia el lateral de la mansión, donde creo que encontraré una puerta de servicio. En el camino, me detengo a recoger champiñones, por lo que parecerá que tengo una razón para estar en el bosque.

A medida que me acerco, mi corazón se acelera de nuevo. Balekin no me hará daño, me digo. Incluso si me atrapan, él simplemente me entregará a Madoc. Nada malo va a suceder.

No estoy del todo segura que sea cierto, pero logro persuadirme lo suficiente como para acercarme a la entrada de los sirvientes y entrar.



Un pasillo va a las cocinas, donde deposito los champiñones en una mesa junto a un par de conejos ensangrentados, un pastel de paloma, un ramo de ajo y romero, algunas ciruelas de piel gris y docenas de botellas de vino. Un troll revuelve una olla grande junto a una pixie con alas. Y cortando verduras están dos humanos con las mejillas hundidas, un niño y una niña, ambos con pequeñas y estúpidas sonrisas en sus rostros y miradas vidriosas en sus ojos. Ni siquiera miran hacia abajo cuando cortan y me sorprende que no se corten los dedos por accidente. Peor aún, si lo hicieran, no estoy segura que lo noten.

Pienso en cómo me sentí ayer y el eco de la fruta de las hadas viene espontáneamente a mi boca. Siento que mi ira se eleva y me apresuro a cruzar el pasillo.

Me detiene un guardia hada de ojos pálidos, que me agarra del brazo. Levanto la mirada hacia él, esperando poder manejar mi expresión tan vacía, agradable y soñadora como la de los mortales en las cocinas.

—No te había visto antes —me dice, convirtiéndolo en una acusación.

—Eres encantador —digo, tratando de parecer sorprendida y un poco confundida—. Bonitos ojos de espejos.

Hace un sonido de disgusto, lo que supongo significa que estoy haciendo un buen trabajo al fingir ser una sirvienta humana hechizada, aunque siento que fui un poco rara y exagerada por mi nerviosismo. No soy tan buena improvisando como esperaba.

—¿Eres nueva? —pregunta, pronunciando las palabras lentamente.

—¿Nueva? —repito, tratando de pensar en lo que alguien traído aquí podría pensar sobre la experiencia. No puedo dejar de recordar el sabor dulce y enfermizo de la fruta de las hadas en mi lengua, pero en lugar de meterme más profundamente en el personaje, solo quiero vomitar—. Antes de estar en otro lado —dejo escapar—, pero ahora tengo que limpiar el gran salón con pulidor hasta que brille cada centímetro.

—Bueno, supongo que es lo mejor, entonces —dice, dejándome ir.

Intento controlar el estremecimiento que se acumula debajo de mi piel. No me siento halagada de que mi actuación lo haya convencido; se convenció porque soy humana y espera que los humanos sean sirvientes. De nuevo, puedo ver por qué el Príncipe Dain pensó que sería útil. Después



del guardia, es bastante fácil moverse por Hollow Hall. Hay docenas de humanos a la deriva en sus quehaceres, perdidos en sueños enfermizos. Cantan pequeñas canciones y susurran palabras en voz alta, pero obviamente son solo fragmentos de una conversación que sucede en sus sueños. Sus ojos están sombríos. Sus bocas, agrietadas.

No me extraña que el guardia pensara que era nueva.

Además de los sirvientes, sin embargo, están las hadas. Invitados de alguna fiesta que parece haber decaído en lugar de terminado. Duermen en varios estados de desnudez, envueltos en sofás y entrelazados en el suelo de los salones por los que paso, sus bocas manchadas de dorado con *nunca más*, un polvo dorado brillante tan concentrado que atonta a las hadas y les da a los mortales la capacidad de encantarse mutuamente. Las copas yacen de costado, el hidromiel se junta para correr por el suelo desigual como afluentes de grandes lagos de vino de miel. Algunos de los mágicos están tan inmóviles que me preocupa que se hayan corrompido hasta la muerte.

—Disculpe —le digo a una chica de mi edad que lleva una cubeta de lata. Pasa a mi lado sin siquiera parecer darse cuenta que he hablado.

Sin tener idea de qué más hacer, decido seguir. Subimos una amplia escalera de piedra sin baranda. Tres más mágicos yacen en un estupor disipado junto a una botella de licor del tamaño de un dedal. Arriba, desde el otro extremo del pasillo, escucho un grito extraño, como alguien con dolor. Algo pesado golpea el suelo. Agitada, trato de devolver mi mirada a la indiferencia soñadora, pero no es fácil. Mi corazón late como un pájaro atrapado.

La chica abre la puerta de un dormitorio y me pongo detrás de ella.

Las paredes son de piedra y cuelgan sin pinturas ni tapices. Una gran cama de dos columnas ocupa la mayor parte del espacio en la primera habitación, el panel de la cabecera está tallado con varios animales con cabezas de mujeres y pechos desnudos, búhos, serpientes y zorros, haciendo algún tipo de baile extraño.

Supongo que no debería sorprenderme, ya que Balekin dirige el derrochador Círculo de Estornino.

Los libros amontonados en el escritorio de madera son unos que reconozco, los mismos libros que Taryn y yo estudiamos para nuestras clases. Estos están regados, con algunos pedazos de papel esparcidos sobre



la madera entre ellos, al lado de un tintero abierto. Uno de los libros tiene anotaciones cuidadosas a lo largo de un lado, mientras que el otro está cubierto de borrones. Una pluma rota, partida por la mitad deliberadamente, o al menos no puedo pensar en una forma en que podría haber sucedido que no sea deliberada, está en la bisagra del libro manchado de tinta.

Nada que parezca traicionero.

El príncipe Dain me regaló el uniforme, sabiendo que podía entrar como lo había hecho. Estaba contando con mi habilidad para mentir para el resto. Pero ahora que estoy adentro, espero encontrar algo en Hollow Hall.

Lo que significa que no importa cuán asustada estoy, debo prestar atención.

A lo largo de la pared hay más libros, algunos de ellos familiares de la biblioteca de Madoc. Me detengo frente a un estante, frunciendo el ceño y me arrodillo. Escondido en una esquina hay una copia de un libro que conozco pero que no esperaba ver aquí en este lugar: *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo*, unidos en un solo volumen. Mamá nos leyó de un ejemplar muy similar en el mundo de los mortales.

Al abrir el libro, veo las ilustraciones familiares y luego las palabras:

—*Pero no quiero estar entre los locos* —comentó Alice.

—*Oh, no puedes evitar eso* —dijo el Gato—: *estamos todos locos aquí. Estoy loco. Tú estás loca.*

—*¿Cómo sabes que estoy loca?* —dijo Alicia.

—*Debes estarlo* —dijo el Gato—, *o no hubieras venido aquí.*

Una carcajada nerviosa amenaza con elevarse por mi garganta y tengo que morderme la mejilla para evitar que llegue.

La chica humana está arrodillada frente a una enorme chimenea, levantando cenizas de la chimenea. Los atizadores, en forma de enormes serpientes que se encrespan, la flanquean, sus ojos de cristal listos para brillar con llamas encendidas.



Aunque es ridículo, no puedo soportar devolver el libro. No es uno que empacó Vivi y no lo he visto desde que mi madre lo leyó a la hora de acostarse. Lo meto en el frente de mi vestido.

Luego voy al armario y lo abro, buscando alguna pista, alguna pieza de información valiosa. Pero tan pronto como miro adentro, un pánico salvaje comienza en mi pecho. Estoy instantáneamente segura de la habitación de quién me encuentro. Son los extravagantes jubones y dobleces del príncipe Cardan, las llamativas capas de piel del Príncipe Cardan y las camisas de seda de araña.

Luego de terminar con las cenizas de la chimenea, la sirvienta amontona madera nueva en una pirámide con pino aromático para que la leña repose sobre la chimenea.

Quiero pasar por su lado y huir de Hollow Hall. Supuse que Cardan vivía en el palacio con su padre, el Rey Supremo. No se me ocurrió que podría vivir con uno de sus hermanos. Recuerdo que Dain y Balekin bebieron juntos en la última fiesta de la Corte. Espero desesperadamente que esto no esté arreglado para humillarme más, para darle a Cardan otra excusa, o peor aún, la oportunidad, de castigarme más.

No lo voy a creer. El príncipe Dain, a punto de ser coronado como el Rey Supremo, no tiene tiempo para disfrutar del pequeño deporte de pretender llevarme a su servicio solo porque un inexperto hermano menor lo desea. Él no pondría un geas en mí ni negociaría conmigo solo por eso. Debo seguir creyéndolo, porque la alternativa es demasiado horrible.

Todo esto significa que, además del Príncipe Balekin, debo evitar al Príncipe Cardan en mi camino por la casa. Cualquiera de ellos podría reconocermme si vieran mi cara. Debo asegurarme de que no lo vislumbren.

Probablemente no mirarán muy de cerca. Nadie mira demasiado de cerca a los sirvientes humanos.

Al darme cuenta que no soy tan diferente, me obligo a notar el patrón de lunares en la piel de la chica humana y las puntas abiertas de su cabello rubio y la aspereza de sus rodillas. Observo cómo ella se balancea un poco cuando se pone de pie; su cuerpo está claramente agotado, incluso si su cerebro no lo sabe.

Si la vuelvo a ver, quiero saber que la reconocería.



Pero eso no sirve de nada, no deshace ningún hechizo. Continúa sus tareas, sonriendo con la misma sonrisa horrible y satisfecha. Cuando sale de la habitación, me dirijo en la dirección opuesta. Debo encontrar las habitaciones privadas de Balekin, encontrar sus secretos y luego salir.

Abro puertas cuidadosamente, mirando dentro. Descubro dos dormitorios, ambos bajo una gruesa capa de polvo, uno con una figura bajo un sudario de telaraña en la cama. Me detengo por un momento, tratando de decidir si es una estatua o un cadáver o incluso algún tipo de cosa viviente, luego me doy cuenta que esto no tiene nada que ver con mi misión y me retiro rápidamente. Abro otra puerta para encontrar varias hadas entrelazadas en una cama, dormidas. Uno de ellos parpadea soñoliento y contengo el aliento, pero él simplemente vuelve a desplomarse.

La séptima habitación entra en un pasillo con escaleras que ascienden en espiral hacia lo que debe ser la torre. Las tomo rápidamente, mi corazón acelerado, mis zapatos de cuero suaves sobre la piedra.

La habitación circular a la que llego está revestida con paneles de estanterías llenas de manuscritos, pergaminos, dagas doradas, frascos de cristal delgados con líquidos del color de las joyas en el interior y el cráneo de una criatura parecida a un ciervo con cornamentas macizas que sostienen velas delgadas. Dos sillas grandes descansan cerca de la única ventana. Hay una enorme mesa que domina el centro de la sala, y en ella hay mapas sujetos en las esquinas por trozos de vidrio y objetos metálicos. Debajo de ellos está la correspondencia. Revuelvo los papeles hasta que llego a esta carta:

*Sé la procedencia del hongo lepiota por el que preguntabas,
pero lo que hagas con eso no debe quedar relacionado conmigo.
Después de esto, considero mi deuda pagada. Deja que mi
nombre sea borrado de tus labios.*

Aunque la carta no está firmada, la escritura es elegante y femenina. Parece importante ¿Podría ser la prueba que Dain está buscando? ¿Podría ser lo suficientemente útil como para complacerlo? Y sin embargo, no puedo tomarla. Si desapareciera, entonces Balekin sabría con certeza que alguien había estado allí. Encuentro una hoja de papel en blanco y la presiono sobre la nota. Tan pronto como puedo, trazo la letra, tratando de capturar la mano precisa con la que fue escrita.



Casi he terminado cuando escucho un sonido. Gente subiendo las escaleras.

Entro en pánico. No hay ningún lugar para esconderse. Prácticamente no hay nada en la habitación; es mayormente un espacio abierto, excepto por los estantes. Doblo la nota, sabiendo que está sin terminar, sabiendo que la tinta fresca se correrá.

Tan rápido como puedo, me escabullo por debajo de una de las grandes sillas de cuero, doblándome en una bola. Ojalá hubiera dejado el estúpido libro donde lo había encontrado porque una esquina afilada de la cubierta se está clavando en mi axila. Me pregunto en qué estaba pensando, creyéndome lo suficientemente inteligente como para ser una espía en la Tierra de las Hadas.

Aprieto los ojos con fuerza, como si de alguna manera no ver a quienquiera que entrara a la habitación les impidiera verme.

—Espero que hayas estado practicando —dice Balekin.

Mis ojos se abren en ranuras. Cardan está parado al lado de las estanterías, un sirviente de rostro anodino sostiene una espada con un grabado de oro a lo largo de la empuñadura y alas de metal que hacen la forma de la guardia. Tengo que morderme la lengua para evitar hacer sonido alguno.

—¿Deberíamos?—pregunta Cardan. Se ve aburrido.

—Muéstrame lo que has aprendido. —Balekin levanta un simple bastón de un jarrón junto a su escritorio que tiene una variedad de bastones—. Todo lo que tienes que hacer es lograr un solo golpe. Solo uno, hermanito.

Cardan solo se queda parado allí.

—*Levanta la espada.* —La paciencia de Balekin ya se ha agotado.

Con un suspiro de sufrimiento, Cardan la alza. Su postura es terrible. Puedo ver por qué Balekin está molesto. Seguramente a Cardan se le deben haber asignado tutores desde que tenía la edad suficiente para sostener un palo en sus manos. Me enseñaron desde el momento en que llegué a la Tierra de las Hadas, por lo que él debería estar mucho más avanzado, y lo primero que aprendí fue cómo posicionar los pies.



Balekin levanta su bastón.

—Ahora, ataca.

Durante un largo momento, se quedan quietos, contemplándose. Cardan balancea su espada de una manera desgana, y Balekin baja su bastón duramente, golpeándolo a un lado de la cabeza. Me estremezco ante el sonido de la madera contra su cráneo. Cardan se tambalea hacia adelante, enseñando sus dientes. Su mejilla y una de sus orejas están rojas.

—Esto es ridículo —dice Cardan, escupiendo en el suelo—. ¿Por qué debemos jugar este juego tonto? ¿O te gusta esta parte? ¿Es esto lo que lo hace divertido para ti?

—El manejo de espadas no es un juego. —Balekin se balancea de nuevo. Cardan intenta saltar hacia atrás, pero el bastón le alcanza el borde del muslo.

Cardan hace una mueca, sacando su espada a la defensiva.

—Entonces, ¿por qué llamarlo manejo de espadas?

La cara de Balekin se oscurece y su agarre en el bastón se tensa. Esta vez golpea a Cardan en el estómago con fuerza suficiente para que este se desparrame sobre el suelo de piedra.

—He intentado mejorarte, pero insistes en desperdiciar tus talentos en fiestas, en estar borracho bajo la luz de la luna, en tus rivalidades irreflexivas y en tus patéticos romances...

Cardan se pone de pie y se precipita hacia su hermano, balanceando su espada salvajemente. El puro frenesí del ataque hace que Balekin retroceda un paso.

La técnica de Cardan finalmente se muestra. Se vuelve más deliberado, ataca desde nuevos ángulos. Nunca ha mostrado mucho interés en el manejo de la espada en la escuela y, aunque sabe lo básico, no estoy segura que practique. Balekin lo desarma despiadada y eficientemente. La espada de Cardan vuela de su mano, cruzando ruidosamente el piso hacia mí.

Me hundo más profundamente en las sombras de la silla. Por un momento, creo que me atraparán, pero el sirviente es quien levanta la espada y su mirada no vacila.



Balekin rompe su bastón contra la parte posterior de las piernas de Cardan, enviándolo al suelo.

Estoy encantada. Hay una parte de mí que desea que yo sea quien maneje ese bastón.

—No te molestes en levantarte. —Balekin se desabrocha el cinturón y se lo entrega al sirviente. El hombre humano lo envuelve dos veces alrededor de su palma—. Has fallado la prueba. De nuevo.

Cardan no habla. Sus ojos brillan con una furia familiar, pero por una vez no está dirigida a mí. Está de rodillas, pero no parece acobardado.

—Dime. —La voz de Balekin se ha vuelto sedosa y camina alrededor de su hermano menor—. ¿Cuándo dejarás de ser una decepción?"

—Tal vez cuando dejes de fingir que no haces esto por tu propio placer —responde Cardan—. Si quieres lastimarme, nos ahorraría mucho tiempo si lo hicieras directamente...

—Padre era viejo y su semilla era débil cuando te engendró. Es por eso que eres débil. —Balekin pone una mano en el cuello de su hermano. Se ve cariñoso, hasta que veo la vacilación de Cardan, el cambio de su equilibrio. Entonces me doy cuenta que Balekin está presionando con fuerza, inmovilizando a Cardan en el suelo—. Ahora quítate la camisa y recibe tu castigo.

Cardan comienza a quitarse la camisa, mostrando una extensión de piel pálida como la luna y una espalda con un delicado trazo de cicatrices desteñidas.

Mi estómago da un vuelco. Ellos van a golpearlo.

Debería estar regodeándome de ver a Cardan así. Debería alegrarme que su vida apestase, tal vez más que la mía, a pesar de que es un príncipe de las Hadas, un horrible imbécil y probablemente va a vivir para siempre. Si alguien me hubiera dicho que tendría la oportunidad de ver esto, habría pensado que lo único que tendría que sofocar sería un aplauso.

Pero al mirarlo, no puedo evitar observar que debajo de su desafío está el miedo. Sé lo que es decir lo inteligente porque no quieres que nadie sepa lo asustado que estás. No me agrada más, pero por primera vez, parece real. No bueno, sino real.



Balekin asiente. El sirviente golpea dos veces, la bofetada del cuero hace eco en el aire silencioso de la habitación.

—No ordeno esto porque estoy enojado contigo, hermano —le dice Balekin a Cardan y me causa escalofríos—. Lo hago porque te amo. Lo hago porque amo a nuestra familia.

Cuando el sirviente levanta su brazo para golpear por tercera vez, Cardan se lanza hacia su espada, que descansa sobre el escritorio de Balekin donde lo puso el sirviente. Por un momento, creo que Cardan va a ejecutar al hombre humano directamente.

El sirviente no grita ni levanta las manos para protegerse. Tal vez él está demasiado embrujado. Tal vez Cardan podría apuñalarlo directamente en el corazón y no haría nada para defenderse. Estoy débil por el horror.

—Adelante —dice Balekin, aburrido. Hace un gesto vago hacia el sirviente—. Mátaalo. Muéstrame que no te importa hacer un desastre. Demuéstrame que al menos sabes cómo asestar un golpe mortal a un objetivo tan patético como este.

—No soy un asesino —dice Cardan, sorprendiéndome. No hubiera pensado que era algo de lo que estar orgulloso.

En dos pasos, Balekin está frente a su hermano. Se ven tan parecidos, de pie cerca. Mismo cabello negro, haciendo muecas burlonas, ojos devoradores. Pero Balekin muestra sus décadas de experiencia, arrancando la espada de las manos de Cardan y tirándola al suelo.

—Entonces recibe tu castigo como la criatura patética que eres. — Balekin asiente con la cabeza al sirviente, que despierta de la somnolencia.

Veo cada golpe, cada parpadeo. Tengo poca elección. Puedo cerrar los ojos, pero los sonidos son igual de terribles. Y lo peor de todo es la cara vacía de Cardan, sus ojos tan opacos como el plomo.

Verdaderamente, él ha obtenido su crueldad al cuidado de Balekin. Ha sido criado en esto, instruido en sus matices, perfeccionado a través de su aplicación. Por muy horrible que sea Cardan, ahora veo en lo que podría convertirse y realmente tengo miedo.



13

*Traducido por Clau-Clau y Cat J. B
Corregido por Flochi*

Perturbadoramente, es incluso más fácil conseguir entrar al Palacio de Elfhame en mi atuendo de sirvienta de lo que fue entrar en la finca de Balekin. Todos, desde los duendes hasta la Aristocracia hasta el mortal Poeta de la Corte y Senescal del Rey Supremo, apenas me lanzan una mirada fugaz mientras me abro paso torpemente por los pasillos laberínticos. No soy nada, nadie, una mensajera no más digna de atención que una mujer rama animada o un búho. Mi expresión complacida y plácida, combinada con mi avance impulsivo, me lleva hasta los aposentos del príncipe Dain prácticamente sin que me miren dos veces, aunque pierdo el camino dos veces y tengo que retroceder sobre mis pasos.

Golpeteo en su puerta y me siento aliviada cuando el príncipe en persona la abre.

Eleva ambas cejas, contemplando la visión de mí en el vestido casero. Hago una reverencia formal, como podría hacerlo cualquier sirviente. No altero mi expresión, por miedo a que no esté solo.

—¿Sí? —pregunta.

—Estoy aquí con un mensaje para usted, Su Alteza —digo, esperando que suene correcto—. Le ruego un momento de su tiempo.

—Te sale natural —me dice, sonriendo—. Entra.

Es un alivio relajar la cara. Dejo caer la sonrisa sonsa y lo sigo a su saloncito.

Amueblado en elaborados terciopelos, sedas y brocados, es un derroche de escarlata, azules y verdes oscuros, todo rico y oscuro, como fruta sobre madurada. Los patrones del material son de la clase de cosas que he llegado a acostumbrarme: intrincadas trenzas de zarzas, hojas que



también podrían ser arañas cuando las miras desde otro ángulo y una representación de una cacería donde no está claro cuál de las criaturas está cazando a la otra.

Suspiro y me siento en la silla que me está señalando, rebuscando en mi bolsillo.

—Tome —digo, sacando la nota doblada y alisándola contra la parte superior de una preciosa mesita con piernas talladas como patas de pájaro—. Él entró mientras yo lo estaba copiando, así que es un desastre. —Había dejado el libro robado con el sapo; lo último que deseo es que el príncipe Dain sepa que tomé algo para mí.

Dain fuerza los ojos para ver las formas de las letras más allá de mis manchones.

—¿Y no te vio?

—Estaba distraído —digo honestamente—. Me oculté.

Asiente y suena una campanita, probablemente para convocar a un sirviente. Me alegraría con cualquiera que no esté subyugado.

—Bien. ¿Y lo disfrutaste?

No estoy segura qué pensar de esa pregunta. Estuve bastante asustada todo el tiempo (¿cómo es eso agradable?) Pero cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta que sí lo disfruté más o menos. La mayoría de mi vida es anticipación temerosa, una espera a que el otro zapato caiga: en casa, en clases, con la Corte. Temer a ser descubierta espionando fue una sensación completamente nueva, una donde sentí, al menos, como si supiera exactamente a qué temerle. Sabía lo que se requeriría para ganar. Escabullirme por la casa de Balekin había sido menos atemorizante que algunas fiestas.

Al menos hasta que había presenciado a Cardan siendo golpeado. Entonces había sentido algo que no deseo examinar con demasiado detenimiento.

—Me gustó hacer un buen trabajo —digo, encontrando finalmente una respuesta honesta.

Eso hace que Dain asiente. Está a punto de decirme algo más cuando otra hada entra a la habitación. Un duende varón, con cicatrices, su piel del



color verde de los estanques. Su nariz es larga y se retuerce un giro completo, antes de doblarse de vuelta a su cara como una guadaña. Su cabello es una mata negra en la coronilla de su cabeza. Sus ojos son inescrutables. Parpadea varias veces, como intentando enfocarse en mí.

—Me llaman la Cucaracha —dice, su voz es melodiosa, completamente en desacuerdo con su cara. Se inclina y entonces inclina el lado de la cabeza hacia Dain—. A su servicio. Supongo que ambos lo estamos. Tú eres la nueva chica, ¿cierto?

Asiento.

—¿Debo decirte mi nombre o debe ocurrírseme algo astuto?

La Cucaracha sonríe, lo que tuerce su cara completa aún más odiosamente.

—Debo llevarte a conocer a la compañía. Y no te preocupes por cómo vamos a llamarte. Nosotros mismos lo decidimos. ¿Crees que alguien en su sano juicio querría ser llamado la Cucaracha?

—Grandioso —digo y suspiro.

Él me lanza una larga mirada.

—Sí, puedo ver cómo eso es un talento real. No tener que decir lo que piensas en realidad.

Está vestido en una imitación de un jubón de la corte, excepto que su jubón está hecho de retazos de cuero. Me pregunto qué diría Madoc si supiera dónde estoy y con quién. No creo que estaría complacido.

No creo que estaría complacido por nada de lo que hice hoy. Los soldados tienen una especie peculiar de honor, incluso aquellos que sumergen sus capuchas en la sangre de sus enemigos. Escabullirse en las casas y robar papeles no está en absoluto en línea con eso. Aunque Madoc tiene espías propios, no creo que le gustaría que yo sea uno.

—Así que, está chantajeando a la reina Orlagh —dice Dain y la Cucaracha y yo lo miramos.

El príncipe Dain está frunciendo el ceño sobre la carta, y repentinamente entiendo; él reconoce mi copia de la escritura. La madre de Nicasia, la Reina Orlagh, debe ser la mujer que obtuvo veneno para Balekin.



Ella escribió que estaba pagando una deuda, aunque conociendo a Nicasia, supondré que un poco de maldad no haría que su madre vacilara mucho. Pero la Reina del reino Bajo el Mar es vasta y poderosa. Es difícil imaginar qué podría tener Balekin para usar en su contra.

Dain le tiende mi carta a la Cucaracha.

—Así que, ¿aún crees que él lo utilizará antes de la coronación?

La nariz del duende tiembla.

—Eso es lo astuto. Una vez que la corona esté en tu cabeza, nada va a quitarla de allí.

Hasta ese momento, no había estado segura de para quién era el veneno. Abro la boca y entonces me muerdo el costado de la mejilla para evitarme decir algo tonto. Por supuesto que debe ser para el príncipe Dain. ¿Para quién más necesitaría Balekin un veneno especial para matar? Si fuera a liquidar a una persona regular, probablemente utilizaría alguna clase de veneno barato, para personas regulares.

Dain parece notar mi sorpresa.

—Nosotros nunca nos hemos llevado bien, mi hermano y yo. Siempre ha sido demasiado ambicioso para eso. Y aun así había esperado... —Agita la mano, desdeñando lo que sea que estaba a punto de decir—. El veneno puede ser el arma de un cobarde, pero es una efectiva.

—¿Qué hay sobre la Princesa Elowyn? —pregunto, y entonces deseo poder retirar la pregunta. Veneno para ella también, probablemente. La Reina Orlagh debe tener una carretada de él.

Esta vez, Dain no me responde.

—Tal vez Balekin planea casarse con ella —dice la Cucaracha, sorprendiéndonos a ambos. Ante nuestras expresiones, se encoge de hombros—. ¿Qué? Si hace las cosas demasiado obvias, será el siguiente en recibir un cuchillo en la espalda. Y no sería el primer miembro de la Aristocracia en casarse con una hermana.

—Si se casa con ella —dice Dain, riendo por primera vez en esta conversación—, conseguirá un cuchillo en el pecho.



Siempre había pensado que Elowyn era la hermana gentil. En serio, soy consciente de lo poco que realmente sé acerca del mundo en el que intento navegar.

—Ven —dice la Cucaracha, haciéndome un gesto para que me ponga de pie—. Es hora de que conozcas al resto.

Le lanzo una mirada lastimera a Dain. No quiero ir con la Cucaracha, a quien acabo de conocer y en quien no estoy segura de confiar por completo. Incluso yo, que he crecido en una casa militar, le temo a los duendes.

—Antes de que vayas. —Dain camina hasta estar de pie directamente frente a mí—. Prometí que nadie podría obligarte a hacer nada, excepto yo. Me temo que voy a tener que usar ese poder. Jude Duarte, te prohíbo hablar en voz alta acerca de tu servicio hacia mí. Te prohíbo ponerlo por escrito o en una canción. Nunca le dirás a nadie sobre la Cucaracha. Nunca le dirás a nadie sobre mis espías. Nunca revelarás sus secretos, sus lugares de reunión, sus casas seguras. Mientras yo viva, tú obedecerás esto.

Estoy usando mi collar de serbas, pero no me protege en lo absoluto contra la magia del geas. Este no era un encantamiento común, no era simple brujería.

El paso del geas cae sobre mí, y sé que si tratara de hablar, mi boca no sería capaz de formar esas palabras prohibidas. Lo odio. Es un sentimiento horrible y fuera de control. Me hace darle vueltas en mi cabeza a formas de evita su orden, pero no puedo.

Pienso en mi primer viaje al mundo de las hadas y el sonido del llanto de Taryn y Vivi. Pienso en la expresión adusta de Madoc, apretando la mandíbula, sin duda poco acostumbrado a los niños, menos niños humanos. Sus oídos debían de estar resonando. Debería haber querido que nos calláramos. Es difícil pensar en algo bueno acerca de Madoc en este momento, con la sangre de nuestros padres en sus manos. Pero diré esto de él: nunca alejó con encantamientos nuestra pena ni nos quitó nuestras voces. Nunca hizo ninguna de las cosas que podrían haberle facilitado el camino.

Trato de convencerme de que el Príncipe Dain solo está haciendo lo que es inteligente y necesario, al obligarme a permanecer callada. Pero hace que se me erice la piel.

Por un momento, estoy insegura de mi decisión de servirlo.



—Oh —dice Dain cuando estoy a punto de irme—. Una cosa más. ¿Sabes lo que es un mitridatismo?

Sacudo la cabeza, no estoy segura que me interese escuchar algo de lo que tiene que decir ahora mismo.

—Averígualo. —Sonríe—. No es una orden, solo una sugerencia.

Sigo a la Cucaracha a través del palacio, manteniéndome unos pasos detrás de él así no parece que estamos juntos. Pasamos a un general que Madoc conoce y me aseguro de mantener la cabeza baja. No creo que vaya a mirarme tan de cerca como para reconocermme, pero no puedo estar segura.

—¿A dónde estamos yendo? —susurro después de varios minutos de caminar por los pasillos.

—Solo un poco más lejos —dice bruscamente, abriendo un armario y metiéndose dentro. Sus ojos son naranja, como los de un oso—. Bueno, vamos, entra y cierra la puerta.

—No puedo ver en la oscuridad —le recuerdo, porque esa es una de las muchas cosas que los mágicos nunca recuerdan acerca de nosotros.

Gruñe.

Entro, doblándome para que ninguna parte de mí lo toque y luego cierro la puerta del gabinete detrás de mí. Escucho la madera deslizarse y siento una ráfaga de aire frío y húmedo. El aroma de piedra mojada llena el espacio.

Su mano en mi brazo es cuidadosa, pero puedo sentir sus garras. Lo dejo empujarme hacia delante, le permito presionar mi cabeza así sé dónde agacharme. Cuando me enderezo, estoy en una estrecha plataforma sobre lo que parece ser la bodega del palacio.

Mis ojos aún están ajustándose, pero por lo puedo ver, es una red de pasadizos serpenteando bajo el palacio. Me pregunto cuánta gente los conoce. Sonríó ante la idea de tener un secreto sobre este lugar. Yo, de toda la gente.

Me pregunto si Madoc sabe.

Apuesto que Cardan no.

Intensifico mi sonrisa.



—¿Has terminado de mirar boquiabierta? —pregunta la Cucaracha—. Puedo esperar.

—¿Estás listo para decirme algo? —le pregunto—. Como a dónde vamos o qué va a pasar cuando lleguemos.

—Averígualo —dice, el gruñido en su voz—. Vamos.

—Dijiste que íbamos a encontrarnos con los otros —le digo, comenzando con lo que sé, tratando de mantener el ritmo y evitar tambalearme en el suelo desnivelado—. Y el Príncipe Dain me hizo prometer que no revelaría locaciones secretas, así que obviamente estamos yendo a su guarida. Pero eso no me dice qué vamos a hacer cuando lleguemos allí.

—Quizás vamos a mostrarte saludos secretos —dice la Cucaracha. Está haciendo algo que no puedo ver, pero un momento después, escucho un clic, como si se desbloqueara una puerta o se desactivara una trampa. Un empujoncito en la parte baja de mi espalda y estoy dirigiéndome por un nuevo túnel, incluso peor iluminado que el anterior.

Sé cuando llegamos a una puerta porque me choco directo con ella, para entretenimiento de la Cucaracha.

—De verdad no puedes ver —dice él.

Me froto la frente.

—¡Te dije que no puedo!

—Sí, pero tú eres la mentirosa —me recuerda—. Se supone que no puedo creer nada de lo que digas.

—¿Por qué mentiría en algo como eso? —demando, aún molesta.

Deja mi pregunta colgando en el aire. La respuesta es obvia: así podría rememorar mis pasos. Así él podría mostrarme accidentalmente algo que nunca le mostraría a alguien más. Así él sería incauto.

De verdad necesito dejar de hacer preguntas estúpidas.

Y tal vez él debería dejar de ser tan paranoico, ya que Dain me puso un geas así no puedo decírselo a nadie de todos modos.

La Cucaracha abre la puerta, y el pasillo se llena de luz, causando que me cubra el rostro con un brazo. Parpadeando, miro la guarida secreta de



los espías del Príncipe Dain. Es piedra compacta en los cuatro costados, con paredes que se curvan hacia adentro y un techo redondeado. Una gran mesa domina la estancia, y sentadas allí se encuentran dos hadas que nunca he conocido, ambos mirándome disconformes.

—Bienvenida —dice la Cucaracha—, a la Corte de las Sombras.



I4

*Traducido por Ximena, Brisamar58 y Flochi
Corregido por Indiehope*

Los otros dos miembros de la compañía de espías de Dain también tienen alias. Está el hada delgado y guapo que parece al menos parte humano, quien me guiña un ojo y me dice que lo llame el Fantasma. Tiene el cabello color arena, lo que es normal para un mortal, pero inusual para un hada y orejas que llegan a unas muy sutiles puntas.

La otra es una pequeña y delicada chica, su piel es de color marrón moteado como una cierva, su cabello es una nube blanca alrededor de su cabeza y tiene un par de diminutas alas gris azuladas de mariposa en su espalda. Tiene al menos algo de duendecillo en ella, sino es mejor decir algo de diablillo.

La reconozco ahora del baile de la luna llena del Rey Supremo. Ella es quien robó el cinturón al ogro, junto con sus armas y bolsa.

—Soy la Bomba —dice ella—. Me gusta explotar cosas.

Asiento con la cabeza. Es el tipo de cosas contundentes que no espero que digan las hadas, pero estoy acostumbrada a estar cerca de las hadas de la Corte con su etiqueta barroca. No estoy acostumbrada a las hadas solitarias. No sé cómo hablar con ellos.

—Entonces, ¿solo son ustedes tres?

—Cuatro ahora —dice la Cucaracha—. Nos aseguramos de que el Príncipe Dain se mantenga vivo y bien informado sobre las actividades de la Corte. Robamos, nos escabullimos y engañamos para asegurar su coronación. Y cuando él sea rey, robaremos, nos escabulliremos y engañaremos para asegurarnos de que se quede en el trono.



Asiento. Después de ver cómo es Balekin, yo también quiero a Dain en el trono más que nunca. Madoc estará a su lado, y si puedo ser lo suficientemente útil, tal vez ellos me quiten de encima el resto de la Nobleza.

—Puedes hacer dos cosas que el resto de nosotros no podemos —dice la Cucaracha—. Uno, puedes mezclarte entre los sirvientes humanos. Dos, puedes moverte entre la Aristocracia. Vamos a enseñarte algunos otros trucos. Entonces, hasta que obtengas otra misión directamente del príncipe, tu trabajo es el que yo te indique.

Asiento. Esperaba algo así.

—No siempre puedo escaparme. Hoy me salté las clases, pero no puedo hacerlo todo el tiempo o alguien se dará cuenta y preguntará dónde estuve. Y Madoc espera que cene con él, con Oriana y el resto de la familia alrededor de la medianoche.

La Cucaracha mira al Fantasma y se encoge de hombros.

—Este es siempre el problema de infiltrarse en la Corte. Un montón de etiqueta haciéndonos perder el tiempo. ¿Cuándo *puedes* escaparte?

—Podría escabullirme después de la hora en la que se supone debo estar en la cama —les digo.

—Bastante bien —dice la Cucaracha—. Uno de nosotros te encontrará cerca de la casa y te entrenará o te asignará tareas. No siempre tienes que venir aquí, al nido. —El Fantasma asiente, como si mis problemas fueran razonablemente parte del trabajo, pero me siento infantil. Son problemas de niño.

—Entonces iniciémosla —dice la Bomba, acercándose a mí.

Tomo aliento. Pase lo que pase después, puedo soportarlo. He soportado más de lo que pueden adivinar.

Pero la Bomba solo comienza a reír y la Cucaracha le da un empujón juguetón.

El Fantasma me mira con simpatía y niega con la cabeza. Sus ojos, me doy cuenta, son de un cambiante avellana.



—Si el Príncipe Dain dice que eres parte de la Corte de las Sombras, entonces lo eres. Trata de no ser una gran desilusión y nosotros te cuidaremos la espalda.

Dejo escapar el aliento. No estoy segura que no hubiera preferido alguna prueba, alguna forma de probarme a mí misma.

La Bomba hace una mueca.

—Sabrás que eres realmente uno de nosotros cuando obtengas tu alias. No lo esperes pronto.

El fantasma se acerca a un armario y saca una botella medio vacía de un líquido verdoso pálido y una pila de tazas de bellotas pulidas. Vierte cuatro tragos.

—Toma una bebida. Y no te preocupes —me dice—. No te confundirá más que cualquier otra bebida.

Niego con la cabeza, pensando en la forma en que me sentía después de tener la manzana dorada aplastada contra mi cara. No quiero sentirme fuera de control de esa manera otra vez.

—Pasaré.

La Cucaracha le devuelve la bebida y hace una mueca, como si el licor le estuviera quemando la garganta.

—Ponte cómoda —se las arregla para dejar salir antes de empezar a toser.

El Fantasma apenas hace una mueca ante el contenido de su bellota. La bomba está tomando pequeños sorbos de ella. Por su expresión, estoy muy contenta de haberlo rechazado.

—Balekin va a ser un problema —dice la Cucaracha, explicando lo que encontré.

La Bomba baja su bellota.

—Me desagrada todo sobre esto. Si fuera a ir a Eldred, ya lo habría hecho.

No había considerado que podría envenenar a su padre.

El Fantasma estira su cuerpo larguirucho mientras se levanta.



—Se está haciendo tarde. Debería llevar a la niña a casa.

—Jude —le recuerdo.

Sonríe.

—Conozco un atajo.

Volvemos a los túneles, y seguirlo es un desafío porque, como su nombre lo indica, se mueve casi en silencio. Varias veces, creo que me ha dejado sola en los túneles, pero justo cuando estoy a punto de dejar de caminar, escucho la más leve exhalación de aliento o movimiento de tierra y me convengo de seguir.

Después de lo que parece ser un tiempo agónicamente largo, se abre una puerta. El Fantasma está parado ahí y más allá está la bodega del Rey Supremo. Él hace una pequeña reverencia.

—¿Este es tu atajo? —pregunto.

Guiña un ojo.

—Si unas pocas botellas caen en mi bolso al pasar, no es mi culpa, ¿verdad?

Fuerzo una risa, que suena chirriante y falsa en mis oídos. No estoy acostumbrada a que los mágicos me incluyan en sus bromas, al menos no fuera de mi familia. Me gusta creer que lo estoy haciendo bien aquí en la Tierra de las Hadas. Me gusta creer que, aunque ayer fui drogada y casi asesinada en la escuela, hoy puedo olvidarlo. Estoy bien.

Pero si no puedo reír, tal vez no estoy tan bien después de todo.



Me cambio al atuendo azul que empaqué en el bosque fuera de los terrenos de Madoc, a pesar de estar tan cansada que me duelen las articulaciones. Me pregunto si los mágicos alguna vez están tan cansados, si alguna vez están adoloridos después de una larga noche. El sapo parece agotado, también, aunque quizás solo está llena. Hasta dónde yo sé, todo lo que hizo hoy fue chasquear la lengua al ver pasar mariposas y un ratón o dos.



Está completamente oscuro cuando regreso a la propiedad. Los árboles están iluminados con diminutos duendes, y veo a un Oak sonriente corriendo a través de ellos, perseguido por Vivi, Taryn y —*oh, infierno*— Locke. Es desorientador verlo aquí, imposiblemente fuera de contexto. ¿Ha venido por mi culpa?

Con un chillido, Oak se precipita gritando sobre las alforjas, hacía mi regazo.

—¡Persígueme! —grita, sin aliento, lleno del éxtasis retorcido de la infancia.

Incluso las hadas son jóvenes una vez.

Impulsivamente, lo abrazo contra mi pecho. Él es cálido y huele a hierba y bosques profundos. Me deja hacerlo por un momento, sus pequeños brazos se enroscan alrededor de mi cuello, su pequeña cabeza cornuda choca con mi pecho. Luego, riendo, se desliza hacia abajo y se aleja, lanzando una mirada traviesa hacia atrás para ver si lo voy a seguir.

Al crecer aquí, en la Tierra de las Hadas, ¿aprenderá a despreciar a los mortales? Cuando sea vieja y él todavía sea joven, ¿también me despreciará? ¿Se volverá cruel como Cardan? ¿Se volverá brutal como Madoc?

No tengo forma de saberlo.

Me bajo del sapo, con el pie en el estribo mientras balanceo mi cuerpo hacia abajo. Le doy unas palmaditas justo por encima de su nariz y sus ojos dorados se cierran. De hecho, parece un poco como si estuviera dormida hasta que tiro de las riendas, guiándola hacia los establos.

—Hola —dice Locke, corriendo hacia mí—. Ahora, ¿a dónde podrías haber ido?

—No es asunto tuyo —le digo, pero suavizo las palabras con una sonrisa. No puedo evitarlo.

—¡Oh! Una dama misteriosa. Mi tipo favorito. —Está usando un jubón verde, con aberturas para mostrar su camisa de seda debajo. Sus ojos de zorro están encendidos. Luce como un amante de las hadas salido de una balada, del tipo en el que a la chica que se escapa con él no le va bien—. Espero que consideres regresar a clases mañana —dice.



Vivi continúa persiguiendo a Oak, pero Taryn se ha detenido cerca de un gran olmo. Me mira con la misma expresión que tenía en el campo de torneos, como que, si se concentra lo suficiente, me puede obligar a no ofender a Locke.

—¿Quieres decir así tus amigos saben que no me han espantado? —le digo—. ¿Importa?

Él me mira de manera peculiar.

—Estás jugando al gran juego de reyes y príncipes, de reinas y coronas, ¿verdad? Por supuesto que importa. Todo importa.

No estoy segura de cómo interpretar sus palabras. No pensé que estaba jugando ese tipo de juego en absoluto. Pensé que estaba jugando el juego de enojar a las personas que ya me odiaban y soportar las consecuencias.

—Vuelve. Tú y Taryn deberían regresar. Ya se lo dije. —Giro la cabeza, buscando a mi gemela en el jardín, pero ella ya no está junto al olmo. Vivi y Oak están desapareciendo por una colina. Quizás se haya ido con ellos.

Llegamos a los establos y devuelvo el sapo a su corral. Lleno su estación de agua de un barril en el centro de la estancia y aparece una fina neblina que cae sobre su suave piel. Los caballos chasquean y pisotean cuando nos vamos. Locke mira todo esto en silencio.

—¿Puedo preguntarte algo más? —dice Locke, mirando hacia la mansión.

Asiento.

—¿Por qué no le has contado a tu padre lo que ha estado sucediendo? —Los establos de Madoc son muy impresionantes. Tal vez de pie en ellos, Locke recordó cuánto poder e influencia tiene el general. Pero eso no significa que yo sea la heredera de ese poder. Tal vez Locke también debería recordar que no soy más que uno de los hijos secundarios de la esposa humana de Madoc. Sin Madoc y su honor, nadie se preocuparía por mí.

—¿Quieres decir así él puede irrumpir en nuestras clases con una espada, matando a todos a plena vista? —pregunto, en lugar de corregir a Locke sobre mi posición en la vida.



Los ojos de Locke se ensanchan. Supongo que no era eso lo que quería decir.

—Pensé que tu padre te sacaría, y que, si no se lo dijiste, era porque querías quedarte.

Le ofrezco una breve risa.

—Eso no es lo que haría en absoluto. Madoc no es un fan de la rendición.

En la fría oscuridad de los establos, con el bufido de los caballos de hadas a nuestro alrededor, toma mis manos.

—Nada allí sería lo mismo sin ti.

Como nunca tuve la intención de dejar la escuela, es bueno tener a alguien haciendo todo este esfuerzo para hacer que haga algo que hubiera hecho de todos modos. Y la forma en que me está mirando, la intensidad de la misma, es tan agradable que me avergüenza. Nadie me ha mirado de esta manera.

Puedo sentir el calor de mis mejillas y preguntarme si las sombras ayudan a cubrirlo. En ese momento, siento como si él lo viera todo: cada esperanza de mi corazón, cada pensamiento perdido que tuve antes de caer en un agotado sueño cada amanecer.

Se lleva una de mis manos a su boca y presiona sus labios contra mi palma. Todo mi cuerpo se tensa. De repente estoy demasiado caliente, demasiado todo. Su aliento es un suave susurro contra mi piel.

Con un suave tirón, me acerca más. Su brazo está a mi alrededor. Se inclina para besarme y mis pensamientos se alejan.

Esto no puede estar sucediendo.

—¿Jude? —Escucho a Taryn llamar insegura desde algún lugar cercano, y me alejo tambaleante de Locke—. Jude? ¿Sigues en el establo?

—Aquí —digo, mi cara caliente. Salimos a la noche para encontrar a Oriana en los escalones de la casa, arrastrando a Oak dentro. Vivi lo saluda mientras él intenta liberarse del agarre de su madre. Taryn tiene sus manos en sus caderas.



—Oriana llamó a todos a cenar —nos informa majestuosamente a los dos—. Quiere que Locke se quede y coma con nosotros.

Él hace una reverencia.

—Puedes informarle a tu señora madre que, aunque me siento honrado de que me inviten a su mesa, no me impondré tanto. Solo quería hablar con ustedes dos. Sin embargo, volveré a llamar. Puedes estar segura de eso.

—¿Hablaste con Jude sobre la escuela? —Hay una inquietud en la voz de Taryn. Me pregunto de qué hablaron antes de mi regreso. Me pregunto si él la persuadió para que asistiera a las clases de nuevo, y si es así, cómo lo hizo.

—Hasta mañana —nos dice con un guiño.

Lo veo alejarse, todavía abrumada. No me atrevo a mirar a Taryn, por miedo a que vea todo en mi cara, todos los eventos del día, el casi beso. No estoy lista para hablar, así que soy yo quien la evita por una vez. Saltando los escalones con tanta despreocupación como puedo reunir, me dirijo a mi habitación a cambiarme para cenar.



Olvidé que le pedí a Madoc que me enseñara sobre el manejo de la espada y estrategia, pero después de la cena me dio una pila de libros de historia militar de su biblioteca personal.

—Cuando hayas terminado de leer esto, hablaremos —me informa—. Te plantearé una serie de desafíos y me dirás cómo puedes superarlos con los recursos que te doy.

Creo que espera que me oponga e insista en más juegos de espadas, pero estoy demasiado cansada como para pensar en ello.

Tumbada en mi cama una hora más tarde, decido que ni siquiera me quitaré el vestido de seda azul que llevo puesto. Mi cabello todavía está desarreglado, aunque traté de mejorarlo con unas bonitas horquillas. Debería sacarlas, al menos, me digo a mí misma, pero parece que no puedo hacer ningún movimiento para hacerlo.

Mi puerta se abre y Taryn entra, subiéndose a mi cama.



—De acuerdo —dice, pegándome en el costado—. ¿Qué quería Locke? Dijo que tenía que hablar contigo.

—Es agradable —le digo, dando la vuelta y doblando mis brazos detrás de mi cabeza, mirando los pliegues de tela reunidos sobre mí—. No es totalmente una marioneta de Cardan como el resto de ellos.

Taryn tiene una expresión extraña en la cara, como si quisiera contradecirme, pero se estuviera conteniendo.

—Como sea. Escupe.

—¿Sobre Locke? —pregunto.

Pone los ojos en blanco.

—Sobre lo que pasó con él y sus amigos.

—Nunca van a respetarme si no me defiendo —le digo.

Suspira.

—Nunca van a respetarte, punto.

Pienso en arrastrarme sobre el césped, mis rodillas sucias, el sabor de la fruta en mi boca. Incluso ahora puedo saborear el eco de la misma, el vacío que llenaría, la dicha vertiginosa y delirante que promete.

Taryn continúa.

—Viniste a casa prácticamente desnuda ayer, manchada con fruta de hadas. ¿No es bastante malo eso? ¿No te importa? —Taryn ha llevado su cuerpo contra uno de los postes de mi cama.

—Estoy cansada de que me importe —digo—. ¿Por qué debería?

—¡Porque podrían matarte!

—Mejor —le digo—. Porque nada menos que eso va a funcionar.

—¿Tienes un plan para detenerlos? —pregunta—. Dijiste que ibas a desafiar a Cardan con tu genialidad y si intentaba derrotarte, lo llevarías contigo. ¿Cómo vas a conseguir eso?

—No lo sé exactamente —admito.

Alza las manos con frustración.



—No, mira —digo—. Cada día que no le ruego a Cardan perdón por una disputa que él comenzó es un día que gano. Puede humillarme, pero cada vez que lo hace y me mantengo firme, él se hace menos poderoso. Después de todo, está arrojando todo lo que tiene a alguien tan débil como yo y no está funcionando. Va a derrotarse a sí mismo.

Suspira y se acerca a mí, apoyando su cabeza contra mi pecho, rodeándome con sus brazos. Contra mi hombro, susurra:

—Él es pedernal, tú eres leña.

La abrazo y no le hago promesas.

Nos quedamos de esa manera por un largo rato.

—¿Locke te amenazó? —pregunta con suavidad—. Fue tan raro que viniera aquí buscándote y luego tenías una expresión rara cuando entré a los establos.

—No, nada malo —le digo—. No sé exactamente a qué vino, pero besó mi mano. Fue agradable, como sacado de un libro de cuentos.

—Cosas agradables no suceden en los cuentos —dice Taryn—. O cuando suceden, algo malo sucede luego. Porque de lo contrario, la historia sería aburrida y nadie la leería.

Es mi turno de suspirar.

—Sé que es estúpido, pensar bien de uno de los amigos de Cardan, pero me ayudó de verdad. Me defendió de Cardan. Pero preferiría hablar de ti. Hay alguien, ¿no? Cuando dijiste que ibas a enamorarte, estabas hablando de alguien en particular.

No es que yo fuera el primero en ponerle el vestido verde.

—Hay un chico —dice lentamente—. Va a declararse en la coronación del príncipe Dain. Va a pedirle mi mano a Madoc y entonces todo va a cambiar para mí.

Pienso en ella llorando, parada junto a Cardan. Pienso en lo enojada que ha estado de que esté enemistada con él. Pienso en eso y un terrible y frío temor se apodera de mí.

—¿Quién? —exijo.



Por favor, que no sea Cardan. Cualquiera menos Cardan.

—Prometí no decirle a nadie —dice—. Ni siquiera a ti.

—Nuestras promesas no importan —digo, pensando en el geas del príncipe Dain todavía congelando mi lengua, de lo poco que cualquiera de ellos confía en nosotros—. Nadie espera que tengamos honor. Todos saben que mentimos.

Me da una mirada severa y desaprobadora.

—Es una prohibición de hadas. Si la rompo, lo sabrá. Tengo que mostrarle que puedo vivir como uno de los suyos.

—De acuerdo —digo lentamente.

—Sé feliz por mí —dice y siento dolor en lo más profundo. Ella ha encontrado un lugar en la Tierra de las Hadas y supongo que he encontrado el mío. Pero no puedo evitar preocuparme.

—Solo cuéntame sobre él. Dime que es amable. Dime que lo amas y que ha prometido ser bueno contigo. Dime.

—Es un hada —dice—. No aman de la manera que nosotros amamos. Y creo que te gustaría él... listo, eso es algo.

Eso no suena como Cardan, a quien desprecio. Pero no estoy segura de encontrar tranquilizadora su respuesta tampoco.

¿Qué quiere decir, me gustaría? ¿Eso significa que nunca nos conocimos? ¿Qué significa que no ama de la manera que nosotras lo hacemos?

—*Estoy* feliz por ti. En verdad —digo, aunque estoy más preocupada que otra cosa—. Esto es emocionante. Cuando venga la modista de Oriana, vas a tener que asegurarte que te hagan un vestido super-extra bonito.

Taryn se relaja.

—Solo quiero que todo sea mejor. Para ambas.

Alargo la mano a mi mesita para recuperar el libro que robé de Hollow Hall.



—¿Recuerdas esto? —pregunto, alzando el libro de *Las Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas*. Cuando lo hago, un pedazo de papel doblado se desliza y cae revoloteando al suelo.

—Solíamos leerlo cuando éramos pequeñas —dice ella, agarrando el libro—. ¿En dónde lo conseguiste?

—Lo encontré —digo, sin poder explicarle de qué estantería provenía o por qué había estado en Hollow Hall en primer lugar. Para probar el geas, intento decir las palabras: *Espiando para el príncipe Dain*. Mi boca no se mueve. Mi lengua permanece quieta. Una oleada de pánico me atraviesa, pero la contengo. Este es un pequeño precio por lo que me ha dado.

Taryn no presiona por más información. Está demasiado ocupada hojeando las páginas y leyendo algunas partes en voz alta. Aunque no puedo recordar la cadencia de la voz de mi madre, creo que escucho un eco de la misma en la de Taryn.

—Ahora, aquí, ves, hace falta correr todo cuanto una pueda para permanecer en el mismo sitio —lee—. Si se quiere llegar a otra parte, ¡hay que correr por lo menos dos veces más rápido!

Alargo mi mano hacia abajo, a escondidas y meto el papel caído bajo mi almohada. Planeo desdoblarlo una vez que ella regrese a su cuarto, pero en cambio me quedo dormida, mucho antes de que acabe la historia.



Despierto a primera hora de la mañana, necesitando orinar. Camino lentamente hasta mi baño, alzo mis faldas y hago mi asunto en el cuenco de cobre dejado allí para ese propósito, vergüenza calentándome el rostro, aunque estoy sola. Es uno de los aspectos más degradantes del ser humano. Sé que las hadas no son dioses, tal vez sepa eso mejor que cualquier otro mortal con vida, pero tampoco he visto a alguno encorvado sobre un orinal.

De regreso en mi cama, aparto la cortina y dejo que la luz del sol se derrame dentro, más brillante que cualquier lámpara. Tomo el papel doblado de debajo de mi almohada.

Alisándolo, veo la caligrafía furiosa y arrogante de Cardan garabateada sobre la página, ocupando todo el espacio disponible. En algunos lugares presionó con tanta furia la punta que el papel se rasgó.



[illegible]

15

*Traducido por Genevieve y Gigi D
Corregido por Flochi*

La modista llega temprano a la tarde siguiente, una hada de dedos largos llamada Brambleweft. Sus pies están hacia atrás, dándole un andar extraño. Sus ojos son como los de una cabra, marrón con una línea horizontal de negro justo en el centro. Ella viste un ejemplo de su trabajo, un vestido tejido con líneas de espinas bordadas que hacen un patrón a rayas a lo largo de él.

Trajo sus rollos de tela, algunas de dorado rígido, una que cambia de color como alas de escarabajo iridiscente. Además de eso, nos cuenta, hay una seda de araña tan fina que podría haber entrado por el ojo de una aguja tres veces y lo suficientemente fuerte como para ser cortada con unas tijeras de plata mágicas que nunca pierden su filo. La tela violeta atravesada con oro y plata es tan brillante que parece como si la luz de la luna se amontonara sobre los cojines.

Todas las telas están envueltas en el sofá del salón de Oriana para que las inspeccionemos. Incluso a Vivi le atrae pasar sus dedos sobre la tela, con una sonrisa ausente en su rostro. No hay nada como esto en el mundo mortal y ella lo sabe.

La criada actual de Oriana, una criatura velluda y peluda llamada Toadfloss, trae té y pasteles, carne y mermelada, todo amontonado en una enorme bandeja de plata. Me sirvo té y lo bebo sin crema, con la esperanza de que asiente mi estómago. El terror de los últimos días está pisándome los talones, haciéndome estremecer sin previo aviso. El recuerdo de la fruta de las hadas sigue apareciendo espontáneamente en mi lengua, junto con los labios agrietados de los sirvientes en el palacio de Balekin y el sonido del cuero al golpear la espalda desnuda del príncipe Cardan.

Y mi propio nombre, escrito una y otra y otra vez. Pensé que sabía cuánto Cardan me odiaba, pero al mirar ese papel, me di cuenta que no



tenía ni idea. Y me odiaría aún más si supiera que lo había visto arrodillado, golpeado por un sirviente humano. Un mortal, por un poco más de humillación, una dosis extra de ira.

—Jude —dice Oriana, y me doy cuenta que he estado mirando hacia la ventana y la luz que se desvanece.

—¿Sí? —Muestro una sonrisa brillante y falsa.

Taryn y Vivienne comienzan a reír.

—¿Y en qué estás pensando con una expresión soñadora como esa en tu cara? —pregunta Oriana, lo que hace que Vivi se ría de nuevo. Taryn no, probablemente porque piensa que soy idiota.

Niego con la cabeza, esperando no haberme quedado con la cara roja.

—No, no fue nada de eso. Yo solo... no sé. No importa. ¿De qué estábamos hablando?

—La costurera desea medirte primero —dice Oriana—. Ya que eres la más joven.

Miro a Brambleweft, que sostiene una cuerda entre sus manos. Subo a la caja que ha puesto delante de ella, extendiendo los brazos. Soy una buena hija hoy. Voy a conseguir un bonito vestido. Bailaré en la coronación del Príncipe Dain hasta que mis pies sangren.

—No frunzas el ceño —dice la costurera. Antes de que pueda balbucear mis disculpas, ella continúa con la voz baja—. Me dijeron que cosiera este vestido con bolsillos que puedan ocultar armas, venenos y otras necesidades menores. Nos aseguraremos de que se haga mientras sigues mostrando tus grandes atributos.

Casi me tropiezo con la caja, estoy tan sorprendida.

—Eso es maravilloso —susurro, sabiendo que no debía darle las gracias. Las hadas no creen en rechazar la gratitud con unas pocas palabras. Creen en las deudas y los negocios, y la persona con la que se supone que debo estar más endeudada no está aquí. El Príncipe Dain es el que espera ser pagado.



Ella sonríe, con alfileres en la boca y le devuelvo la sonrisa. Le pagaré, aunque parece que tendré mucho que pagarle. Lo haré sentirse orgulloso de mí. Todos los demás, lo lamentarán mucho.

Cuando miro hacia arriba, Vivi me está mirando sospechosamente. Taryn es la siguiente en medirse. Mientras sube a la caja, bebo más té. Luego como tres pasteles azucarados y una tira de jamón.

—¿A dónde fuiste el otro día? —pregunta Vivi mientras trago la carne como una ave rapaz. Me he despertado hambrienta.

Pienso en cómo hui de nuestra conversación de camino a Hollow Hall. No puedo negarlo exactamente, no sin explicar más sobre a dónde iba de lo que mi lengua hechizada por el geas permitirá. Me encojo un hombro.

—Hice que uno de los otros chicos de la Aristocracia describa lo que te sucedió en esa clase —dice Vivi—. Podrías haber muerto. La única razón por la que estás viva es porque no querían que su juego terminara.

—Así son ellos —le recuerdo—. Así son las cosas. ¿Quieres que el mundo sea diferente de lo que es? Porque este es el mundo que tenemos, Vivi.

—No es el único mundo —dice en voz baja.

—Es *mi* mundo —le digo, mi corazón martilleando en mi pecho. Me paro antes de que ella pueda decirme lo contrario. Sin embargo, mis manos tiemblan y mis palmas están sudorosas cuando voy a tocar las telas con los dedos.

Desde que volví a casa a través del bosque en ropa interior, he estado tratando de no sentir nada sobre lo que sucedió. Temo que si empiezo a sentir, no seré capaz de soportarlo. Me temo que la emoción será como una ola que me succiona.

No es la primera cosa horrible que he soportado y empujado al fondo de mi cerebro. Así es como he estado lidiando con ello, y si hay alguna otra manera mejor, no lo sé.

Enfoco mi atención en la tela hasta que pueda respirar de manera uniforme nuevamente, hasta que el pánico se disipa. Hay un terciopelo azul verdoso que me recuerda el lago al anochecer. Encuentro un tejido increíble y fantástico bordado con polillas, mariposas, helechos y flores. Lo levanto y



debajo hay una hermosa tela gris bruma que se ondula como el humo. Son muy lindas. El tipo de telas que usan las princesas en los cuentos de hadas.

Por supuesto, Taryn tiene razón sobre las historias. Cosas malas les pasan a esas princesas. Son pinchadas con espinas, envenenadas por manzanas, casadas con sus propios padres. Se les cortan las manos y sus hermanos las convierten en cisnes, sus amantes cortados en pedazos y plantados en macetas de albahaca. Vomitan diamantes. Cuando caminan, se siente como si estuvieran caminando sobre cuchillos.

Todavía logran verse bien.

—Quiero esa —dice Taryn, señalando el rollo de tela que estoy sosteniendo, la del bordado. Ella ha terminado de ser medida. Vivi está allí arriba, extendiendo sus brazos, mirándome de esa manera desconcertante que tiene, como si conociera mis propios pensamientos.

—Tu hermana lo encontró primero —dice Oriana.

—Por favoooooor —me dice Taryn, inclinando su cabeza y mirando a través de sus pestañas. Está bromeando, pero no es así. Necesita lucir bien para este chico que se supone que debe declararse en la coronación. No entiende de qué serviría mi aspecto agradable, yo con mis rencores y enemistades.

Con una media sonrisa, dejo el rollo.

—Por supuesto. Toda tuya.

Taryn me besa en la mejilla. Supongo que volvemos a la normalidad. Si solo todo en mi vida fuera tan fácil de resolver.

Elijo una tela diferente, terciopelo azul oscuro. Vivienne elige una violeta que parece ser de un gris plateado cuando se la pone sobre la mano. Oriana elige un rosa rubor para ella y un verde de grillo para Oak. Brambleweft comienza a dibujar bocetos: faldas ondulantes y astutas capas pequeñas, corsés cosidos con extravagantes criaturas. Mariposas que se posan a lo largo de los brazos y en elaborados tocados. Estoy encantada con la visión extraña de mí misma: mi corsé tendrá dos escarabajos dorados cosidos en lo que parece una pechera, con el escudo de la luna de Madoc y elaborados remolinos de hilo brillante continuando por el frente y diminutas mangas abullonadas de más dorado.

Ciertamente estará claro a qué hogar pertenezco.



Todavía estamos haciendo pequeños cambios cuando Oak entra corriendo, siendo perseguido por Gnarbonne. Oak me ve primero y se revuelve en mi regazo, tirando sus brazos alrededor de mi cuello y dándome un pequeño mordisco justo debajo de mi hombro.

—¡Auch! —digo por la sorpresa, pero él sólo ríe. Me hace reír también. Es un chico raro, tal vez porque es un hada, o tal vez porque todos los niños, humanos o no, son igualmente raros—. ¿Quieres que te cuente una historia sobre un pequeñito que mordió una piedra y perdió todos sus dientes blancos perlados? —le pregunto en lo que espero sea un tono amenazador, mientras intento hacerle cosquillas en las costillas.

—Sí —dice inmediatamente entre risas y gritos.

Oriana camina hacia nosotros, preocupada.

—Eres muy amable, pero deberíamos irnos a cambiarlo para la cena. —Ella lo quita de mi falda y lo carga en sus brazos. Él comienza a gritar y patallar. Una de las patadas me golpea en el estómago lo suficientemente fuerte para dejar un moretón, pero no digo nada.

—¡Historia! —grita—. ¡Quiero la historia!

—Jude está ocupada ahora —dice ella, llevando su cuerpo revoltoso a la puerta, donde Gnarbonne espera para llevarlo a su cuarto de nuevo.

—¿Por qué nunca me confían al niño? —grito, y Oriana se gira sobre sus talones, sorprendida de que dijera algo que no se dice. Yo también estoy sorprendida, pero no puedo contenerme—. ¡No soy un monstruo! Nunca les he hecho nada a ninguno de ustedes.

—Quiero la historia —lloriquea Oak, confundido.

—Suficiente —dice Oriana firmemente, como si estuviéramos peleando—. Hablaremos de esto con tu padre más tarde.

Con eso, ella sale del cuarto.

—No sé de qué padre estarás hablando, porque seguro que del mío no es —le digo.

Los ojos de Taryn se abren como platos. Vivienne tiene una sonrisa en el rostro. Bebe un pequeño sorbo de té y luego alza su taza hacia mí a forma



de saludo. La modista baja la mirada, dejándonos nuestro privado momento familiar.

No parezco capaz de volver a convertirme en una niña obediente.

Estoy hecha una salvaje. Me estoy arruinando.



Al día siguiente después de clases, Taryn camina a mi lado, moviendo su lonchera mientras camina. Mantengo la cabeza alta y mi mandíbula apretada. Tengo mi pequeño cuchillo, de hierro frío, en unos de los bolsillos de mi falda y más sal de la que podría necesitar. Incluso tengo un nuevo collar de frutos de serbal, hecho por Tatterfell y gastado, porque de ninguna manera ella podría saber que no lo necesitaba.

Me meto en el jardín del palacio para buscar algunas cosas más.

—¿Tienes permitido tomar eso? —pregunta Taryn, pero no le respondo.

En la tarde, tenemos una clase en una alta torre, donde nos enseñan sobre cantos de pájaros. Cada vez que siento que mi coraje me va a fallar, dejo que mis dedos rocen el frío metal de mi arma.

Locke me mira, y cuando atrapa mi mirada, guiña el ojo.

Del otro lado del curto, Cardan le frunce el ceño al profesor pero no habla. Cuando se mueve para sacar un frasco de tinta de un bolso, lo veo hacer una mueca. Pienso en lo adolorida que debe estar su espalda, cómo le debe doler moverse. Pero si se mantiene un poco más tenso mientras bufa, eso parece ser lo único diferente en su actuar.

Parece tener experiencia en ocultar dolor.

Pienso en la nota que hallé, la presión de su bolígrafo lo suficiente para salpicar gotas de tinta al escribir mi nombre. Lo suficientemente fuerte para atravesar la página, tal vez marcar el escritorio.

Si eso es lo que le hizo al papel, tiemblo al pensar lo que quiere hacerme.



Después de clases, practico con Madoc. Me muestra un bloqueo particularmente ingenioso, que hago una y otra vez, mejor y más rápido, sorprendiéndolo incluso a él. Cuando entro, cubierta en sudor, paso junto a Oak, quien está corriendo hacia algún lado, arrastrando mi serpiente de peluche con una sucia correa. Claramente la robó de mi cuarto.

—¡Oak! —llamo, pero ya subió las escaleras y se alejó.

Me meto en mi baño y entonces, a solas en mi cuarto, desempaco mi bolso. Escondido en el fondo, envuelto en un trozo de papel, hay una única fruta de hadas, comida por un gusano que recogí camino a casa. La pongo en una bandeja y me pongo guantes de cuero. Entonces saco mi cuchillo y la corto en trozos. Pequeños trozos de fruta dorada jugosa.

He investigado los venenos de hadas de antiguos libros escritos a mano de la biblioteca de Madoc. Leí sobre el champiñón colorado, un pálido hongo que florece con gotas de un líquido rojo que se parece demasiado a la sangre. Pequeñas dosis causan parálisis, mientras dosis mayores son letales, incluso para los mágicos. Después está la dulce muerte, que te hace dormir por cien años. Y la fresa fantasma, que te acelera el pulso hasta que tu corazón se detiene. Y la fruta de hadas, por supuesto, que un libro llamó manzana eterna.

Saco una botella de licor de pino, robada de las cocinas, espeso como savia. Meto en el líquido la fruta para que se mantenga fresca.

Me tiemblan las manos.

El último trozo, lo apoyo en mi lengua. El efecto me golpea con fuerza, y aprieto los dientes. Entonces, cuando me estoy sintiendo estúpida, saco las otras cosas. Una hoja de fresa fantasma, tomada del jardín del palacio. Un pétalo de la flor de muerte dulce. Una gota pequeñísima de jugo del champiñón colorado. De cada uno, saco una porción más pequeña y me la como.

Mitridatismo, es como se llama. ¿A que no es un nombre chistoso? El proceso de consumir veneno para construir una inmunidad. Mientras no muera por esto, seré más difícil de matar.



No logro bajar para la cena. Estoy demasiado ocupada sintiendo náuseas, demasiado ocupada sudando y temblando.



Me quedo dormida en el baño de mi cuarto, tirada en el piso. Ahí me encuentra el Fantasma. Me despierto porque me está pinchando el estómago con su bota. Es sólo mi estado de dormida que me impide gritarle.

—Arriba, Jude —dice el Fantasma—. La Cucaracha quiere que entrenes esta noche.

Me obligo a levantarme, demasiado agotada para desobedecer. Afuera, en el césped, con los primeros rayos de sol cubriendo la isla, el Fantasma me enseña a trepar árboles en silencio. Cómo apoyar un pie sin romper una rama ni aplastar una hoja seca. Creí que lo había aprendido en mis lecciones en el palacio, pero me muestra errores que los profesores no se molestaron en corregir. Intento, una y otra vez. Fracaso en su mayoría.

—Bien —dice, una vez mis músculos están temblando. Ha hablado tan poco que su voz me sorprende. Podría pasar por un humano con mayor facilidad que Vivi, con la punta más sutil de sus orejas, cabello castaño claro y ojos avellana. Aun así parece un extraño para mí, más tranquilo y frío que ella. El sol ya casi salió. Las hojas se están convirtiendo en oro—. Sigue practicando. Intenta asustar a tus hermanas. —Cuando sonrío, con el cabello cubriéndole el rostro, parece más joven que yo, aunque sé que no lo es.

Y cuando se va, lo hace de forma tal que parece desvanecerse. Vuelvo a casa y uso lo que he aprendido para escabullirme entre los sirvientes en las escaleras. Llego a mi cuarto y esta vez al colapsar, logro hacerlo en mi cama.

Al día siguiente me levanto y repito todo el proceso.



16

*Traducido por Ale, Magnie, Brisamar58 y Anna
Corregido por Flochi*

Asistir a las clases es más difícil que nunca. Por un lado, estoy enferma, mi cuerpo lucha contra los efectos de la fruta y los venenos que estoy tragando a la fuerza. Por otro, estoy cansada de entrenar con Madoc y con La Corte de las Sombras de Dain. Madoc me da rompecabezas: doce caballeros duendes para asaltar una fortaleza, nueve de la Aristocracia sin entrenamiento para defender a una, y luego pregunta por mis respuestas cada noche después de la cena. La Cucaracha me ordena que practique moverme entre la multitud de cortesanos sin que lo noten, escuchar a hurtadillas sin parecer interesada. La Bomba me enseña a encontrar el punto débil en un edificio, el punto de presión en un cuerpo. El Fantasma me enseña cómo colgar de las vigas y no ser vista, a alinear un tiro con una ballesta, a estabilizar mis manos temblorosas.

Me envían a dos misiones más para obtener información. Primero, robo una carta dirigida a Elowyn del escritorio de un caballero en el palacio. La siguiente vez, uso la ropa de una novia hada y camino a través de una fiesta a las recámaras privadas de la encantadora Taracand, una de las consortes del príncipe Balekin, donde tomo un anillo de un escritorio. En ninguno de los casos, se me permite saber la importancia de lo que robé.

Asisto a las clases junto a Cardan, Nicasia, Valerian y todos los niños de la Aristocracia que se rieron de mi humillación. No les doy la satisfacción de retirarme, pero desde el incidente con la fruta de las hadas, ya no hay más peleas. Espero mi tiempo. Solo puedo suponer que están haciendo lo mismo. No soy tan tonta como para pensar que hemos terminado el uno con el otro.

Locke continúa su coqueteo. Se sienta con Taryn y conmigo cuando tomamos nuestro almuerzo, extendidos sobre una manta, mirando la puesta de sol. De vez en cuando me acompaña a casa a través del bosque,



deteniéndose para besarme cerca de un bosquecillo de abetos justo antes de la finca de Madoc. Solo espero que no pruebe la amargura del veneno en mis labios.

No entiendo por qué me quiere, pero es emocionante ser querida.

Taryn tampoco parece entenderlo. Mira a Locke con sospecha. Tal vez ya que estoy preocupada por su misterioso amante, es apropiado que ella parezca igualmente preocupada por el mío.

—¿Te estás divirtiendo? —Escucho a Nicasia preguntarle a Locke una vez, mientras él se une a ellos para una clase—. Cardan no te perdonará por lo que estás haciendo con ella.

Me detengo, incapaz de pasar sin escuchar su respuesta.

Pero Locke solo se ríe.

—¿Está más enojado porque me elegiste por encima de él o porque elegí un mortal por encima de ti?

Me asusto, no estoy segura de haberlo escuchado bien.

Ella está a punto de responder cuando me ve. Su boca se curva.

—Pequeña ratoncita —dice—. No creas en su lengua azucarada.

La Cucaracha perdería las esperanzas en mí si viese lo mal que usé mis nuevas habilidades. No hice nada de lo que él me enseñó, ni me oculté ni me mezclé con los demás para evitar ser notada. Al menos nadie sospecharía que sabía mucho sobre ser espía.

—Así que, ¿Cardan te ha perdonado? —le pregunto, complacida por su mirada afligida—. Que mal. Escuché que la preferencia de un príncipe es realmente importante.

—¿Qué necesito de los príncipes? —exige—. ¡Mi madre es una reina!

Hay mucho que puedo decir sobre su madre, la Reina Orlagh, la cual está planeando un envenenamiento, pero me muerdo la lengua. De hecho, la muerdo tan fuerte que no digo nada en absoluto. Me dirijo hacia donde Taryn está sentada, con una sonrisa pequeña y satisfecha en mi rostro.



Pasan más semanas, hasta que la coronación está solo a unos días de distancia. Estoy tan cansada que me duermo cada vez que agacho la cabeza.

Incluso me quedo dormida en la torre durante una demostración de reunión de polillas. El susurro de sus alas me adormece, supongo. No requiere de mucho.

Me despierto en el piso de piedra. Mi cabeza está sonando y estoy buscando a tientas por mi cuchillo. No sé dónde estoy. Por un momento, creo que debo haberme caído. Por un momento, creo que estoy paranoica. Entonces veo a Valerian, sonriéndome. Me ha empujado fuera de mi silla. Lo sé por la expresión de su rostro.

Todavía no me he vuelto lo suficientemente paranoica.

Las voces suenan desde afuera, el resto de nuestros compañeros de clase almuerzan en el pasto mientras avanza la noche. Escucho los gritos de los niños más pequeños, probablemente persiguiéndose unos a otros sobre las mantas.

—¿Dónde está Taryn? —pregunto, porque no era como ella no despertarme.

—Prometió no ayudarte, ¿recuerdas? —El cabello dorado de Valerian cuelga sobre un ojo. Como siempre, está completamente vestido de rojo, un tono tan profundo que puede parecer negro a primera vista—. Ni de palabra o de hecho.

Por supuesto. Que estúpida al olvidar que estaba sola.

Me levanto, notando un hematoma en mi pantorrilla mientras lo hago. No estoy segura de cuánto tiempo estuve durmiendo. Sacudo mi túnica y los pantalones.

—¿Qué deseas?

—Estoy decepcionado —dice con picardía—. Te jactaste de que ibas a superar a Cardan, y sin embargo, no has hecho nada, enfurruñada después de una pequeña broma.

Mi mano se desliza automáticamente hasta la empuñadura de mi cuchillo.



Valerian saca mi collar de bayas de serbal de su bolsillo y me sonríe. Debe haberlo cortado de mi garganta mientras dormía. Me estremezco al pensar que estuvo tan cerca de mí que, en vez de cortar el collar, podría haber cortado piel.

—Ahora harás lo que digo. —Prácticamente puedo oler el encantamiento en el aire. Está tejiendo magia con sus palabras—. Llama a Cardan. Dile que ha ganado. Entonces salta de la torre. Después de todo, nacer mortal es como nacer muerto.

La violencia de la misma, la horrible finalidad de su orden, es impactante. Hace unos meses, lo hubiera hecho. Hubiera dicho las palabras, habría saltado. Si no hubiera hecho ese trato con Dain, estaría muerta.

Valerian puede haber estado planeando mi asesinato desde el día en que me ahogó. Recuerdo la luz en sus ojos entonces, la ansiedad con la que me miraba jadear. Taryn me había advertido que iba a hacer que me mataran, y alardeé de estar preparada para eso, pero no lo estoy.

—Creo que tomaré las escaleras —le digo a Valerian, esperando no verme ni la mitad de alterada de lo que estoy. Luego, actuando como si todo fuera normal, me muevo para pasarlo.

Por un momento, parece confundido, pero su confusión rápidamente se transforma en furia. Bloquea mi escape, moviéndose frente a los escalones.

—Te lo ordené. ¿Por qué no me obedeces?

Mirándolo a los ojos, me obligo a sonreír.

—Tuviste la ventaja sobre mí dos veces y dos veces la regalaste. Buena suerte obteniéndola de nuevo.

Está farfullando, furioso.

—Tú no eres nada. La especie humana pretende que es tan resistente. Las vidas mortales son un largo juego de fantasía. Si no pudieran mentirse, cortarían sus propias gargantas para terminar con su miseria.

Me sorprende la palabra *especie*, por la idea de que él piensa que soy algo completamente distinto, como una hormiga, un perro o un ciervo. No estoy segura que esté equivocado, pero no me gusta la idea.



—No me siento particularmente miserable en este momento. —No puedo mostrarle que tengo miedo.

Su boca se curva.

—¿Qué felicidad tienes? Aparearte y criar. Te volverías loca si aceptaras la verdad de lo que eres. No eres nadie. Apenas existes en lo absoluto. Tu único propósito es crear más de tu especie antes de que mueras una inútil y agonizante muerte.

Lo miro a los ojos.

—¿Y?

Él parece desconcertado, aunque la burla no abandona su rostro.

—Sí, sí, claro. Voy a morir. Y soy una gran mentirosa. ¿Y qué?

Él me empuja contra la pared, duro.

—Entonces *pierdes*. Admite que has perdido.

Intento encogerme de hombros, pero agarra mi garganta, sus dedos presionan lo suficiente como para cortar mi flujo de aire.

—Podría matarte ahora mismo —dice—. Y serías olvidada. Sería como si nunca hubieras nacido.

No tengo dudas de que él lo dice en serio, sin duda alguna. Jadeando, saco el cuchillo de mi pequeño bolsillo y lo apuñalo en el costado. Justo entre sus costillas. Si mi cuchillo hubiera sido más largo, habría perforado su pulmón.

Sus ojos se abren con sorpresa. Su agarre sobre mí se afloja. Sé lo que diría Madoc: empujar la hoja más alto. Ve por una arteria. Ve por su corazón. Pero si lo logro, habré asesinado a uno de los hijos predilectos de la Tierra de las Hadas. Ni siquiera puedo adivinar mi castigo.

No era una asesina.

Me resisto y libero el cuchillo, saliendo corriendo de la habitación. Me meto el cuchillo ensangrentado en mi bolsillo. Mis botas traquetean sobre la piedra mientras me dirijo hacia las escaleras.

Mirando hacia atrás, lo veo de rodillas, presionando una mano a su costado para detener la sangre. Deja escapar un silbido de dolor que me



hace recordar que mi cuchillo es de hierro frío. El hierro frío lastima mucho a las hadas.

No podría estar más contenta de llevarlo.

Doblo la esquina y casi atropello a Taryn.

—¡Jude! —exclama—. ¿Qué pasó?

—Vamos —le digo, arrastrándola hacia los otros estudiantes. Hay sangre en mis nudillos, sangre en mis dedos, pero no mucho. Lo froto en mi túnica.

—¿Qué te hizo? —Taryn llora mientras la llevo.

Me digo a mí mismo que no me importa que ella me haya dejado. No era su trabajo jugarse el pellejo, especialmente cuando dejó muy en claro que no quería participar en esta pelea. ¿Hay una parte traicionera de mí que está enojada y triste de que no me haya despertado y al diablo las consecuencias? Por supuesto. Pero incluso yo no adiviné hasta dónde llegaría Valerian o qué tan rápido llegaría allí.

Estamos cruzando el césped cuando Cardan vira en nuestra dirección. Viste ropa suelta y lleva una espada de práctica.

Sus ojos se entrecierran en la sangre y me señala con el palo de madera.

—Parece que te has cortado a ti misma. —Me pregunto si le sorprende que esté viva. Me pregunto si miró la torre todo el tiempo durante su almuerzo, esperando el entretenido espectáculo de mí saltando hacia mi muerte.

Saco el cuchillo de debajo de mi túnica y se lo enseño, manchado de rojo. Yo sonrío.

—Podría cortarte, también.

—¡Jude! —dice Taryn. Ella está claramente sorprendida por mi comportamiento. Debería estarlo. Mi comportamiento es impactante.

—Oh, *vete* ya —le dice Cardan, haciéndole señales con una mano—. Deja de aburrirnos a los dos.



Taryn retrocede un paso. Estoy sorprendida, también. ¿Esto es parte del juego?

—¿Se supone que tu espada sucia e incluso tus hábitos más sucios significan algo? —Sus palabras son ligeras, arrastrándolas. Me está mirando como si fuera *grosera* al apuntarle con un arma, a pesar de que es el que está con el súbdito que me agredió. Dos veces. Me está mirando como si fuéramos a compartir algún tipo de respuesta ingeniosa, pero no estoy segura de qué decir.

¿Realmente no está preocupado por lo que podría haberle hecho a Valerian?

¿Podría posiblemente no saber que Valerian me atacó?

Taryn ve a Locke y se dirige hacia él, corriendo por el campo. Conversan por un momento, luego Taryn se va. Cardan nota que me doy cuenta. Huele, como si el olor de mí lo ofendiera.

Locke se acerca hacia nosotros, de andar relajado y ojos brillantes. Me saluda con la mano. Por un momento, me siento casi segura. Estoy inmensamente agradecida con Taryn por haberlo enviado. Estoy inmensamente agradecida a Locke, por venir.

—Crees que no lo merezco —le digo a Cardan.

Sonríe lentamente, como la luna deslizándose bajo las olas del lago.

—Oh no, creo que son perfectos el uno para el otro.

Unos momentos más tarde, Locke tiene un brazo sobre mis hombros.

—Vamos —dice—. Vamos a salir de aquí.

Y así, sin mirar atrás a ninguno de ellos, lo hacemos.



Caminamos a través del Bosque Torcido, donde todos los árboles se inclinan en la misma dirección como si hubieran sido sopladados por un fuerte viento desde que eran retoños. Me detengo a recoger algunas moras de tallos espinosos que crecen entre ellas. Tengo que soplar pequeñas hormigas de azúcar de cada una antes de ponerlas en mi boca.



Le ofrezco una baya a Locke, pero él la rechaza.

—Entonces, en resumen, Valerian intentó matarme —digo, terminando mi historia—. Y lo apuñalé.

Sus ojos de zorro son firmes sobre mí.

—Has *apuñalado* a Valerian.

—Así que podría estar en problemas. —Respiro hondo.

Él sacude la cabeza.

—Valerian no le dirá a nadie que fue vencido por una chica mortal.

—¿Qué hay de Cardan? ¿No se decepcionará si su plan no funcionó? —Miro hacia el mar, visible entre los troncos de los árboles. Parece extenderse por siempre.

—Dudo que siquiera lo supiera —dice Locke y sonríe ante mi sorpresa—. Oh, le gustaría hacerte creer que es nuestro líder, pero es más que a Nicasia le gusta el poder, a mí los dramatismos y a Valerian le gusta la violencia. Cardan puede proporcionarnos los tres, o al menos excusas para los tres.

—¿Dramatismo? —repito.

—Me gusta que las cosas sucedan, que las historias se desarrollen. Y si no puedo encontrar una historia lo suficientemente buena, hago una. —Se ve como todo un embaucador en ese momento—. Sé que oíste a Nicasia hablar sobre lo que había entre nosotros. Ella tenía a Cardan, pero solo al dejarlo por mí ganó poder sobre él.

Pienso en eso por un momento, y mientras lo hago, me doy cuenta que no estamos tomando nuestro camino habitual hacia los terrenos de Madoc. Locke me ha estado guiando de otra manera.

—¿A dónde vamos?

—Mi heredad —dice con una sonrisa, feliz de ser atrapado—. No está lejos. Creo que te gustará el laberinto de setos.

Nunca he estado en una de sus propiedades, a excepción de Hollow Hall. En el mundo humano, los niños siempre estábamos en los patios de los vecinos, balanceándonos, nadando y saltando, pero las reglas aquí no



son las mismas. La mayoría de los niños en el Tribunal del Rey Supremo son miembros de la realeza, enviados de Cortes más pequeñas para ganar influencia con los príncipes y princesas, y no tienen tiempo para mucho más.

Por supuesto, en el mundo de los mortales, existen cosas como los patios traseros. Aquí, hay bosque y mar, rocas y laberintos, y flores que son rojas solo cuando obtienen sangre fresca. No me gusta mucho la idea de perderme deliberadamente en un laberinto de setos, pero sonrío como si nada pudiera deleitarme más. No quiero decepcionarlo.

—Habrá un encuentro más tarde —continúa Locke—. Deberías quedarte. Prometo que te divertirás.

Ante eso, mi estómago se tensa. Dudo que vaya a tener una fiesta sin sus amigos.

—Eso parece una tontería —le digo, para evitar rechazar la invitación abiertamente.

—¿A tu padre no le gusta que te quedes afuera hasta tarde? —Locke me mira con lástima.

Sé que solo está tratando de hacerme sentir infantil cuando sabe perfectamente bien por qué no debería estar allí, pero a pesar de que soy consciente de lo que está haciendo, funciona.

La propiedad de Locke es más modesta que la de Madoc y menos fortificada. Agujas altas cubiertas de tejas de corteza se elevan entre los árboles. Las enredaderas en espiral de hiedra y madreselva que se enroscan a los lados hacen que todo sea verde y frondoso.

—Vaya —digo. He viajado hasta aquí y he visto esas agujas en la distancia, pero nunca supe a qué casa pertenecían—. Hermosa.

Él me da una sonrisa rápida.

—Vamos adentro.

Aunque hay un par de grandes puertas en el frente, me lleva a una pequeña puerta en el lateral que conduce directamente a las cocinas. Una barra de pan fresca descansa sobre el mostrador, junto con manzanas, grosellas y un queso blando, pero no veo ningún sirviente que pueda haber preparado esto.



Pienso, involuntariamente, en la chica de Hollow Hall limpiando la chimenea de Cardan. Me pregunto dónde cree su familia que está y qué trato hizo. Me pregunto con qué facilidad pude haber sido ella.

—¿Está tu familia en casa? —pregunto, alejando ese pensamiento.

—No tengo a nadie —me dice—. Mi padre era demasiado salvaje para la Corte. Le gustaban los bosques profundos y salvajes mucho más que las intrigas de mi madre. Se fue y luego ella murió. Ahora solo estoy yo.

—Eso es terrible —le digo—. Y solitario.

Le resta importancia a mis palabras.

—He escuchado la historia de tus padres. Una tragedia adecuada para una balada.

—Fue hace mucho tiempo. —De lo último de lo que quiero hablar es de Madoc y el asesinato—. ¿Qué le pasó a tu madre?

Hace un gesto desdeñoso en el aire.

—Se involucró con el Rey Supremo. En esta Corte, eso es suficiente. Hubo un niño, *su* hijo, supongo, y alguien no quería que naciera. Hongo lepiota. —Aunque comenzó su discurso alegremente, no termina de esa manera.

Hongo lepiota. Pienso en la carta que encontré en la casa de Balekin de la Reina Orlagh. Intento convencerme de que la nota no podría haberse referido al envenenamiento de la madre de Locke, que Balekin no tenía ningún motivo cuando Dain ya era el heredero elegido del Rey Supremo. Pero no importa cuánto trate de convencerme, no puedo dejar de pensar en la posibilidad, del horror, de que la madre de Nicasia haya tenido algo que ver en la muerte de la madre de Locke.

—No debería haber preguntado, fue grosero de mi parte.

—Somos hijos de la tragedia. —Niega con la cabeza y luego sonríe—. Esta no es la forma en que quise comenzar. Quería darte vino, fruta y queso. Quería decirte que tu cabello es tan hermoso como el humo de leña que se encrespa, tus ojos del color exacto de las nueces. Pensé que podría escribir una oda al respecto, pero no soy muy bueno en las odas.

Me rio y él cubre su corazón como si estuviera herido por la crueldad.



—Antes de mostrarte el laberinto, déjame mostrarte otra cosa.

—¿Qué es? —pregunto, curiosa.

Toma mi mano.

—Ven —dice, travieso, guiándome por la casa. Llegamos a las escaleras en espiral. Subimos, arriba, arriba y más arriba.

Me siento mareada. No hay puertas ni descansillos. Solo piedra y gradas y mi corazón latiendo fuerte en mi pecho. Solo sus sonrisas torcidas y sus ojos ambarinos. Intento no tropezar ni resbalar mientras trepo. Intento no disminuir la velocidad, no importa cuán mareada me siento.

Pienso en Valerian. *Salta de la torre.*

Sigo subiendo, tomando respiraciones superficiales.

No eres nadie. Apenas existes en absoluto.

Cuando llegamos a la cima, hay una puerta pequeña, de la mitad de nuestra altura. Me apoyo contra la pared, esperando que regrese mi equilibrio y veo a Locke girar la elaborada perilla plateada. Se agacha cuando entra. Me recompongo, me aparto de la pared y lo sigo.

Y jadeo. Estamos en un balcón en la parte superior de la torre más alta, una más alta que la línea de árboles. Desde aquí, iluminada por la luz de las estrellas, puedo ver el laberinto debajo y la locura en el centro. Puedo ver las partes aéreas del Palacio de Elfhame, la finca de Madoc y Hollow Hall de Balekin. Puedo ver el mar que rodea la isla y más allá de ella, las luces brillantes de ciudades y pueblos humanos a través de la bruma omnipresente. Nunca he mirado directamente desde nuestro mundo al de ellos.

Locke pone su mano en mi espalda, entre mis omóplatos.

—Por la noche, el mundo humano parece estar lleno de estrellas caídas.

Me apoyo en su toque, alejando lo horrible de la subida, tratando de no estar demasiado cerca del borde.

—¿Alguna vez has estado allí?

Asiente.

—Mi madre me llevó cuando era un niño. Ella dijo que nuestro mundo se estancaría sin el tuyo.

Quiero decirle que no es mío, que apenas lo entiendo, pero entiendo lo que intenta decir, y la corrección dicta que haga parecer que no lo hice. El sentimiento de su madre es amable, sin duda más amable que la mayoría de las visiones del mundo mortal. Debió haber sido amable.

Me gira hacia él y luego lentamente acerca sus labios a los míos. Son suaves, y su aliento es cálido. Me siento tan distante de mi cuerpo como las luces de la lejana ciudad. Mi mano alcanza la barandilla. La sujeto con fuerza mientras su brazo rodea mi cintura, para conectarme con lo que está pasando, para convencerme de que estoy aquí y que este momento, muy por encima de todo, es real.

Retrocede.

—Eres realmente hermosa —dice.

Nunca estoy tan contenta de saber que no pueden mentir.

—Esto es increíble —le digo, mirando hacia abajo—. Todo parece tan pequeño, como en un tablero de estrategia.

Se ríe, como si no pudiera hablar en serio.

—Supongo que pasas mucho tiempo en el estudio de tu padre.

—Lo suficiente —digo—. Lo suficiente para saber cuáles son mis probabilidades contra Cardan. Contra Valerian y Nicasia. Contra ti.

Toma mi mano.

—Cardan es un tonto. El resto de nosotros no importa. —Su sonrisa se inclina—. Pero tal vez esto sea parte de tu plan: persuadirme a llevarte al corazón de mi fortaleza. Tal vez estés a punto de revelar tu plan malvado y doblegarme a tu voluntad. Para que lo sepas, no creo que sea muy difícil inclinarme a tu voluntad.

Me río sin poder evitarlo.

—No eres como ellos.

—¿No? —pregunta.

Le echo una larga mirada.



—No lo sé. ¿Vas a ordenarme que salte de este balcón?

Sus cejas se elevan.

—Por supuesto que no.

—Bueno, entonces, no eres como ellos —le digo, golpeándolo con fuerza en el centro de su pecho. Mi mano se aplana, casi inconscientemente, dejando que el calor de él se filtre a través de mi palma. No me había dado cuenta de lo fría que me había puesto, parada en el viento.

—No eres de la forma en que dijeron que serías —dice, inclinándose hacia mí. Me besa de nuevo.

No quiero pensar en las cosas que deben haber dicho, no ahora. Quiero su boca en la mía, borrando todo lo demás.

Nos lleva mucho tiempo bajar las escaleras. Mis manos están en su cabello. Su boca está en mi cuello. Mi espalda está contra el antiguo muro de piedra. Todo es lento, perfecto y no tiene ningún sentido. Esta no puede ser mi vida. Esto no se siente como mi vida.

Nos sentamos en la mesa larga y vacía del banquete y comemos queso y pan. Bebemos un vino verde pálido que sabe a hierbas de enormes copas que Locke encuentra en el fondo de un armario. Están tan llenas de polvo que tiene que lavarlos dos veces antes de que podamos usarlos.

Cuando terminamos, me empuja hacia atrás contra la mesa, levantándose para que quede sentada sobre esta, de modo que nuestros cuerpos se presionen. Es estimulante y aterrador, como gran parte de la Tierra de las Hadas.

No estoy segura de ser muy buena besando. Mi boca es torpe. Soy tímida. Quiero acercarlo más y alejarlo al mismo tiempo. Las hadas no tienen muchos tabúes acerca de la modestia, pero yo sí. Temo que mi cuerpo mortal huela a sudor, a descomposición, a miedo. No estoy segura de dónde poner las manos, con cuánta fuerza debo agarrar, qué tan profundo debo hundir mis uñas en sus hombros. Y aunque sé lo que sucede después de besar, aunque sé lo que significa tener sus manos sobre mi pantorrilla magullada hasta el muslo, no tengo idea de cómo ocultar mi inexperiencia.

Se retira para mirarme y trato de mantener el pánico fuera de mis ojos.



—Quédate esta noche —murmura.

Por un momento, creo que quiere decir con él, como *con él*, y mi corazón se acelera con una combinación de deseo y temor. Entonces, abruptamente, recuerdo que habrá una fiesta, por eso me pide que me quede. Esos sirvientes invisibles, donde sea que estén, deben estar preparando la propiedad. Pronto Valerian, mi probable asesino, podría estar bailando en el jardín.

Bueno, tal vez no *bailar*. Probablemente estará apoyado contra la pared con rigidez, con una bebida en la mano, vendas alrededor de las costillas y un nuevo plan para asesinarme en su corazón. Si no nuevas *órdenes* de Cardan para asesinarme.

—A tus amigos no les gustará —le digo, deslizándome de la mesa.

—Pronto estarán demasiado ebrios para darse cuenta. No puedes pasarte la vida encerrada en las barracas glorificadas de Madoc. —Me dedica una sonrisa que está claramente destinada a seducirme. De cierta forma funciona. Pienso en la propuesta de Dain de otorgarme una marca de amor en la ceja y me pregunto si Locke tendrá una, porque, a pesar de todo, estoy tentada.

—No tengo la ropa adecuada —le digo, señalando la túnica que tengo, manchada con la sangre de Valerian.

Me mira de arriba abajo más de lo que requiere una inspección de prendas.

—Puedo buscarte un vestido. Puedo encontrar lo que quieras. Me preguntaste por Cardan, Valerian y Nicasia, ven a verlos fuera de la escuela, ven a verlos ser tontos, borrachos y degradados. Ve sus vulnerabilidades, las grietas en sus armaduras. Tienes que conocerlos para vencerlos, ¿verdad? No digo que vayan a agradarte más, pero eso no es necesario.

—Me agradas —le digo—. Me gusta jugar a fingir contigo.

—¿Fingir? —se hace eco, como si no estuviera seguro si lo estoy insultando.

—Por supuesto —digo, yendo a las ventanas del pasillo y mirando hacia afuera. La luz de la luna fluye hacia la frondosa entrada al laberinto. Las antorchas se están quemando cerca, las llamas parpadean y se



balancean en el viento—. ¡Por supuesto que estamos fingiendo! No pertenecemos juntos, pero de todos modos es divertido.

Él me da una mirada de evaluación y conspiración.

—Entonces sigamos haciéndolo.

—Está bien —digo con impotencia—. Me quedaré. Iré a tu fiesta. —Hasta ahora, me he divertido poco en mi vida. La promesa de más es difícil de resistir.

Me guía a través de varias habitaciones hasta que llegamos a unas puertas dobles. Por un momento, vacila, mirándome. Luego las abre y estamos en una habitación enorme. Una capa gruesa y opresiva de polvo cubre todo. Hay huellas, dos pares. Ha venido aquí antes, pero no muchas veces.

—Los vestidos en el armario eran de mi madre. Puedes tomar prestado lo que quieras —dice, tomando mi mano.

Mirando alrededor de esta habitación intacta en el corazón de la casa, entiendo la pena que lo hizo cerrarla por tanto tiempo. Me alegro de que me deje entrar. Si tuviera una habitación llena de cosas de mi madre, no sé si dejaría entrar a alguien. Ni siquiera sé si me atrevería.

Él abre uno de los armarios. Mucha de la ropa esta apolillada, pero puedo ver lo que alguna vez fueron. Una falda con un patrón de cuentas de granadas, otra que se levanta, como una cortina, para mostrar un escenario con marionetas mecánicas enjoradas debajo. Incluso hay una cosida con la silueta de faunos bailarines tan altos como la falda misma. Admiro los vestidos de Oriana por su elegancia y opulencia, pero estos despiertan en mí el hambre por un vestido así de licencioso. Me hacen desear haber visto a la madre de Locke en uno de sus vestidos. Me hacen pensar que le gustaba reír.

—No creo que haya visto un vestido como ninguno de estos —le digo—. ¿De verdad quieres que me ponga uno?

Él pasa una mano por una manga.

—Creo que están un poco podridos.

—No —digo—. Me gustan.



El que tiene los faunos es el menos dañado. Lo desempolvo y lo tiro detrás de una pantalla vieja. Lucho, porque es el tipo de vestido que es difícil de poner sin la ayuda de Tatterfell. No tengo idea de cómo arreglar mi cabello de manera diferente, así que lo dejo como está: trenzado en una corona alrededor de mi cabeza. Cuando limpio un espejo plateado con mi mano y me veo vestida con la ropa de un hada muerta, un escalofrío me recorre.

De repente, no sé por qué estoy en este lugar. No estoy segura de las intenciones de Locke. Cuando trata de ponerme las joyas de su madre, las rechazo.

—Salgamos al jardín —digo. Ya no quiero estar en esta habitación vacía y llena de ecos.

Él guarda la larga cadena de esmeraldas que sostenía. Cuando nos vamos, miro hacia atrás al armario de ropa pudriéndose. A pesar de mis sentimientos de inquietud, hay una parte de mí que no puede evitar imaginar cómo sería ser la dueña de este lugar. Imagino al príncipe Dain con la corona. Imagino el entretenimiento en la mesa larga contra la que nos besamos, mis compañeros de clase todos bebiendo el vino verde pálido y pretendiendo que nunca habían tratado de asesinarme. Locke, con su mano en la mía.

Y yo, espiando a todos para el rey.



El laberinto es más alto que un ogro y está formado por hojas densas y brillantes de un color verde intenso. Aparentemente, el círculo de Cardan se reúne aquí a menudo. Puedo escucharlos reírse en el centro del laberinto cuando salgo con Locke, tarde a su propia reunión. El olor a licor de pino está vivo en el aire. La luz del fuego de las antorchas crea largas sombras y baña todo en escarlata. Mis pasos son lentos.

Al alcanzar el bolsillo del vestido prestado, toco mi cuchillo, todavía manchado con la sangre de Valerian. Cuando lo hago, mis dedos descubren otra cosa, algo que la madre de Locke debe haber dejado años atrás. Saco su chuchería, una bellota dorada. No parece joyería, no hay cadena, y no puedo imaginar qué propósito podría haber tenido sino ser bonita. La vuelvo a poner en mi bolsillo.



Locke sostiene mi mano mientras avanzamos por las curvas del laberinto de setos. No parece que haya muchas. Trato de mapearlo en mi mente mientras camino, en caso de que tenga que encontrar la salida sola. La simplicidad del laberinto me pone nerviosa en lugar de confiada. No creo que haya muchas cosas simples en la tierra de las hadas. En casa, la cena llegará a su fin sin mí. Taryn le susurrará a Vivi que fui a algún lado con Locke. Madoc fruncirá el ceño y apuñalará su carne, molesto conmigo por haberme perdido sus lecciones.

He desafiado cosas peores.

En el centro del laberinto, un gaitero toca una canción salvaje y caprichosa. pétalos de rosas blancas vuelan en el aire. Los mágicos están reunidos, comen y beben de una larga mesa de banquete que parece apilada en su mayoría con diferentes destilaciones: refrescos en los que flotan las raíces de la mandrágora, vino de ciruela agria, un licor transparente infundido con puñados de trébol rojo. Y al lado de estos, viales de oro *nunca jamás*.

Cardan está acostado sobre una manta, con la cabeza echada hacia atrás y la camisa blanca desabotonada. Aunque todavía es temprano en la noche, parece estar muy borracho. Su boca está cubierta de oro. Una chica con cuernos que no conozco le está besando la garganta, y otra, con cabello de narciso, presiona su boca contra la pantorrilla de su pierna, justo encima de la bota.

Para mi alivio, no veo a Valerian. Espero que esté en casa, cuidando la herida que le hice.

Locke me trae licor y tomo un pequeño sorbo por ser cortés. Comienzo a toser inmediatamente. En ese momento, la mirada de Cardan se dirige hacia mí. Sus ojos apenas están abiertos, pero puedo ver el brillo de ellos, húmedos como alquitrán. Él me mira mientras la chica besa su boca, me mira mientras ella desliza su mano bajo el dobladillo de su ridícula camisa.

Mis mejillas arden. Miro hacia otro lado y luego estoy enojada conmigo misma por darle la satisfacción de parecer incómoda. Él es el que está haciendo un espectáculo de sí mismo.

—Veo que un miembro del *Círculo de Gusanos* ha elegido agraciarnos con su presencia esta noche —dice Nicasia, envuelta en un vestido con todos los colores de la puesta de sol. Ella me mira a la cara—. Pero, ¿cuál es?



—La que no te gusta —le digo, ignorando su burla.

Eso la hace emitir una risa alta y falsa.

—Oh, puede que te sorprenda lo que algunos de nosotros sentimos por ustedes dos.

—Te prometí mejores entretenimientos que esto —dice Locke con rigidez, tomando mi codo. Estoy agradecida cuando me empuja hacia una mesa baja con almohadas esparcidas al azar alrededor de ella, pero no puedo evitar darle a Nicasia un saludo pequeño y antagónico mientras voy. Derramo mi dedal de licor sobre la hierba cuando Locke no está mirando. El flautista termina, y un niño desnudo, brillando con pintura dorada, saca una lira y canta una canción inmunda sobre corazones rotos: *¡Oh, bella dama! ¡Oh señora cruel! Cómo extraño tu dulce desgobierno. Extraño tu cabello. Extraño tus ojos. Pero, sobre todo, extraño tus muslos.*

Locke me besa de nuevo, frente al fuego. Todos pueden verlo, pero no sé si lo están haciendo, porque cierro los ojos lo más que puedo.



17

Traducido por Cat, Ximena, Brisamar, Naomi y Flopy
Corregido por Flochi

Me despierto en casa de Locke en una habitación llena de tapices. Mi boca sabe a ciruelas rancias y está hinchada por los besos. Locke está a mi lado en la cama, con los ojos cerrados y la ropa que usó en la fiesta. Comienzo a levantarme, pero me detengo para estudiarlo, sus orejas puntiagudas y el cabello como pelaje de zorro, la suavidad de su boca, sus largas extremidades extendidas en la cama. Su cabeza descansa sobre su mano cubierta de volantes.

La noche regresa en una avalancha de recuerdos. Hubo un baile y una persecución por el laberinto. Me acuerdo de caerme al barro y reír, algo nada propio de mí. En efecto, cuando miro el vestido de baile prestado en el que dormí, tiene pedazos de gramilla pegados.

No es que fuera el primero en ponerle el vestido verde.

El Príncipe Cardan me observó toda la noche, rondándome sin descanso, esperando el mejor momento para morder. Incluso ahora puedo recordar el negro azabache de sus ojos. Y si reía más fuerte solo para hacerlo enojar, si sonría más, y besaba más a Locke, ese es un tipo de engaño que ni siquiera los mágicos pueden condenar.

Ahora, sin embargo, la noche se siente como un sueño largo e imposible.

La habitación de Locke está desordenada, con libros y ropa dispersos en divanes y sofás bajos. Atravieso la puerta y camino lentamente por los pasillos vacíos de la casa. Encontrando la habitación polvorienta de su madre, me saco su vestido y me pongo la ropa de ayer. Saco mi cuchillo de su bolsillo, y cuando lo hago, la bellota dorada sale también.

Impulsivamente, me meto el cuchillo y la bellota en la túnica. Quiero algún suvenir de esta noche, algo para recordarla, por si no vuelve a suceder



algo así. Locke me dijo que podía sacar cualquier cosa de esta habitación y me voy a quedar con esto.

En mi camino hacia la salida, paso junto a la larga mesa del comedor. Nicasia está allí, rebanando una manzana con un cuchillo pequeño.

—Tu cabello parece un matorral —dice, metiéndose un pedazo de fruta en la boca.

Miro hacia un plato plateado en la pared, que muestra solo una imagen borrosa y distorsionada de mí misma. Incluso allí, puedo ver que ella está en lo cierto, una halo marrón rodea mi cabeza. Alzando una mano, comienzo a deshacer mi trenza, peinándome con los dedos.

—Locke está dormido —digo, asumiendo que ella está esperando para verlo. Espero sentirme como si tuviera algo que ella no, al ser la que sale de su habitación, pero lo que de verdad siento es un poco de pánico.

No sé cómo hacer esto. No sé cómo despertarme en la casa de un chico y hablar con la chica que solía tener una relación con él. Curiosamente, que también sea una chica que probablemente quiere verme muerta es la única parte que se siente normal.

—Mi madre y su hermano pensaban que debíamos casarnos —dice, como si estuviera hablándole al aire y no a mí—. Iba a ser una alianza útil.

—¿Con Locke? —pregunto, confundida.

Me da una mirada molesta, parece que mi pregunta la saca brevemente de su historia.

—Cardan y yo. Él arruina las cosas. Eso es lo que le gusta. Arruinar cosas.

Por supuesto que a Cardan le gusta arruinar las cosas. Me pregunto cómo puede ser que acabe de darse cuenta de eso. Diría que eso es algo que tendrían en común.

La dejo con su manzana y sus recuerdos y me dirijo hacia el palacio. Una brisa fría corre entre los árboles, alzando mi cabello suelto y trayéndome el aroma a pino. En el cielo, escucho la llamada de las gaviotas. Agradezco tener la clase hoy, me alegra tener una excusa para no ir a casa a escuchar lo que sea que Oriana tenga para decirme.



Hoy la clase es en la torre, mi lugar menos favorito. Subo los escalones y me arreglo un poco. Estoy llegando tarde, pero encuentro un lugar en una banca cerca del fondo. Taryn está sentada al otro lado. Me mira una vez, alzando las cejas. Cardan está a su lado, vestido de terciopelo verde, con puntadas doradas que forman espinas puntiagudas de hilo azul. Se estira en su asiento, inquieto, tamborileando sus largos dedos en el banco de madera a su lado.

Mirarlo me hace sentir igual de inquieta.

Al menos no ha aparecido Valerian. Es demasiado esperar que nunca vuelva, pero al menos tengo el día de hoy.

Un nuevo instructor, una jinete llamada Dulcamara, está hablando de las reglas de la sucesión, probablemente como anticipo de la pronta coronación.

La coronación, que también marcará mi ascenso al poder. Una vez que el Príncipe Dain sea el Rey Supremo, sus espías pueden perseguir las sombras de Elfhame con solo Dain que nos controle.

—En algunas de las Cortes menores, un asesino de reyes puede tomar el trono —dice Dulcamara. A continuación nos cuenta que ella es parte de la Corte de las Termitas, que aún no se ha unido al estandarte de Eldred.

Aunque no está usando una armadura, se mueve como si estuviera acostumbrada al peso de la misma.

—Y es por eso que la Reina Mab negoció con las hadas salvajes para hacer la corona que usa el Rey Eldred, que solo puede ser pasada a sus descendientes. Sería complicado conseguirla por la fuerza. —Sonríe maliciosamente.

Si Cardan interrumpiera su clase, ella parece dispuesta a comerlo vivo y romper sus huesos hasta la médula.

Los chicos de la Aristocracia miran incómodos a Dulcamara. Corren rumores de que Lord Roiben, su rey, está planeando jurarle lealtad al nuevo Rey Supremo, trayendo con él su gran Corte, una que ha estado reteniendo a las fuerzas de Madoc durante años. Que Roiben se una a la Alta Corte de Elfhame se considera un golpe maestro de diplomacia, negociado por el Príncipe Dain en contra de los deseos de Madoc. Supongo que ella ha venido para la coronación.



Larkspur, uno de los más jóvenes de nosotros, pregunta:

—¿Qué pasará cuando no haya más niños en la línea de la Zarza Verde?

La sonrisa de Dulcamara se hace más gentil.

—Una vez que haya menos de dos descendientes, uno que use la corona y otro que la coloque en la cabeza del gobernante, el poder de la Corona Suprema se desmorona. Todo Elfhame quedará libre de su juramento.

»Entonces, ¿quién sabe? Tal vez un nuevo gobernante hará una nueva corona. Quizás volverán a enfrentarse con Cortes más pequeñas Oscuras y Luminosas. Quizás unirán sus estandartes en el Sureste. —Su sonrisa deja claro cuál de esas opciones preferiría ella.

Alzo una mano. Dulcamara asiente en mi dirección.

—¿Qué pasa si alguien *intenta* tomar la corona?

Cardan me lanza una mirada. Quiero mirarlo, pero no puedo evitar pensar en él tumbado en el piso con esas chicas. Mis mejillas vuelven a calentarse. Bajo la mirada.

—Es una pregunta interesante —dice Dulcamara—. La leyenda dice que la corona no permitirá que la coloquen en la cabeza de alguien que no sea heredero de Mab, pero la línea de Mab ha sido muy fructífera. Mientras que un par de descendientes intenten tomar la corona, habrá una secesión. Pero la parte más peligrosa de un golpe de Estado sería esta: La corona está maldita, por lo que si el asesino la usase causará la muerte de la persona responsable.

Pienso en la nota que encontré en la casa de Balekin, acerca de hongos lepiotas, acerca de vulnerabilidad.

Después de la clase, bajo con cuidado los escalones, recordando bajarlos corriendo después de apuñalar a Valerian. Mi visión se vuelve borrosa, y por un momento me siento mareada, pero el momento pasa. Taryn, que viene detrás de mí, prácticamente me empuja al bosque una vez que estamos afuera.

—Primero que todo —dice, tirando de mí entre los helechos retorcidos—, nadie sabe que no estabas en casa anoche excepto Tatterfell, y



le di uno de tus mejores anillos para asegurarme de que no dijera nada. Pero tienes que contarme dónde estuviste.

—En una fiesta en casa de Locke —digo—. Me quedé... pero no fue, quiero decir, no pasó mucho. Nos besamos. Eso es todo.

Sus trenzas castañas vuelan al tiempo que sacude la cabeza.

—No sé si te creo.

Dejo salir un suspiro, quizás con un poco de dramatismo.

—¿Por qué mentiría? No soy la que esconde la identidad de la persona que me corteja.

Taryn frunce el ceño.

—Simplemente creo que dormir en la habitación de alguien, en la cama de alguien, es más que un beso.

Mis mejillas se calientan, pensando en la forma que se sintió despertar con su cuerpo extendido al lado del mío. Para quitar la atención sobre mí, empiezo a especular sobre ella.

—Ooooh, tal vez sea el Prince Balekin. ¿Te vas a casar con el Príncipe Balekin? O tal vez es Noggle y puedan contar las estrellas juntos.

Me golpea en el brazo, tal vez demasiado fuerte.

—Deja de adivinar —dice—. Sabes que no lo puedo decir.

—Ow. —Escojo una flor blanca y la coloco detrás de mi oreja.

—Entonces, ¿te gusta? —pregunta ella—. ¿Realmente te gusta?

—¿Locke? —pregunto—. Por supuesto que sí.

Me mira y me pregunto cuánto la preocupé por no volver a casa la noche anterior.

—Balekin es el que menos me gusta —le digo y pone los ojos en blanco.

Cuando regresamos a la fortaleza, me entero que Madoc ha dejado dicho que estará fuera hasta tarde. Con poco más que hacer por una vez, busco a Taryn, pero aunque la vi subir unos pocos minutos antes, no está



en su habitación. En cambio, su vestido está sobre la cama y su armario abierto, algunos vestidos colgando bruscamente, como si los hubiera sacado antes de encontrar el que le agradaba.

¿Ha ido a encontrarse con su pretendiente? Doy una vuelta por la habitación, tratando de observarlo como lo haría un espía, alerta por señales de secretos. No noto nada inusual, pero algunos pétalos de rosa se marchitan en su tocador.

Voy a mi habitación y me acuesto en mi cama, repasando mis recuerdos de la noche anterior. Al buscar en mi bolsillo, saco mi cuchillo para finalmente limpiarlo. Cuando lo saco, también estoy sosteniendo la bellota dorada. Le doy vuelta a la chuchería sobre mi mano.

Es un sólido trozo de metal, un bello objeto. Al principio lo tomo solo por eso, antes de notar las pequeñas líneas que lo cruzan, pequeñas líneas que parecen indicar partes desmontables. Como si fuera un rompecabezas.

No puedo sacar la parte superior, aunque lo intento. No puedo hacer nada con el resto, tampoco. Estoy a punto de darme por vencida y arrojarlo sobre mi tocador cuando veo un pequeño agujero, tan pequeño que es casi invisible, justo en la parte inferior. Saltando de mi cama, revuelvo sobre mi escritorio, buscando un alfiler. El que encuentro tiene una perla en un extremo. Intento encajar el punto en la bellota. Toma un momento, pero lo logro, presionando con fuerza hasta que siento un clic y se abre.

Las piezas mecanizadas oscilan desde un centro brillante, donde descansa un pequeño pájaro dorado. Su pico se mueve y habla con una pequeña voz crujiente.

—Mi querida amiga, estas son las últimas palabras de Liriope. Tengo tres pájaros dorados para repartir. Tres intentos para conseguir que uno llegue a tu mano. He pasado el punto para cualquier antídoto, así que si escuchas esto, te dejo con la carga de mis secretos y el último deseo de mi corazón. Protégelo. Llévalo lejos de los peligros de esta Corte. Mantenlo a salvo, y nunca, jamás, le digas la verdad de lo que me sucedió.

Tatterfell entra a la habitación, trayendo con ella una bandeja con elementos de té. Ella trata de mirar lo que estoy haciendo, pero cubro con mi mano la bellota.

Cuando sale, bajo la chuchería y me sirvo una taza de té, sosteniéndola para calentar mis manos. Liriope es la madre de Locke. Esto



parece un mensaje que le pide a alguien, su mejor amiga, enviarlo, a Locke, lejos. Llama al mensaje sus “últimas palabras”, por lo que debe haber sabido que estaba a punto de morir. Tal vez las bellotas iban a ser enviadas al padre de Locke, con la esperanza de que este pudiera pasar el resto de su vida explorando lugares salvajes con él en lugar de verse atrapado en intrigas.

Pero como Locke todavía está aquí, parece que ninguna de las tres bellotas fue encontrada. Quizás ninguna de ellas siquiera dejó su tocador.

Debería dársela, dejar que él decida qué hacer con la misma. Pero todo lo que sigo pensando es en la nota sobre el escritorio de Balekin, la nota que parecía implicar a Balekin en el asesinato de Liriope. ¿Debería decirle todo a Locke?

Sé la procedencia del hongo lepiota por el que preguntabas, pero lo que hagas con eso no debe quedar relacionado conmigo.

Paso las palabras por mi mente de la misma forma en que le di la vuelta a la bellota en la mano y me pasa lo mismo.

Hay algo extraño en esa oración.

Lo vuelvo a copiar en una hoja de papel para asegurarme de recordarlo correctamente. Cuando lo leí por primera vez, la nota parecía implicar que la Reina Orlagh había localizado un veneno mortal para Balekin. Pero los lepiotas, aunque raros, crecen salvajes, incluso en esta isla. Recogí lepiotas en Milkwood, al lado de las abejas de espinas negras, que construyen sus colmenas en lo alto de los árboles (un antídoto se puede hacer con su miel, aprendí recientemente de todas mis lecturas). Los lepiotas no son peligrosos si no tomas el líquido rojo.

¿Y si la nota de la Reina Orlagh no se refería a que ella había encontrado lepiotas y se los iba a dar a Balekin? ¿Y si por “sé la procedencia”, Orlagh literalmente se refería a que *sabía* de dónde habían venido unos lepiotas en *particular*? Después de todo, ella dice “lo que hagas con eso” y no “lo que hagas con ellos”. Le está advirtiéndole sobre lo que va a hacer con ese conocimiento, no con los hongos reales.

Lo que significa que no va a envenenar a Dain.

También significa que Balekin pudo haber descubierto quién había causado la muerte de la madre de Locke, si descubrió quién tenía los hongos



lepiotas que la mataron. La respuesta podría haber estado allí, entre los otros documentos que, en mi afán, había pasado por alto.

Tengo que volver. Tengo que volver a la torre. Hoy, antes de que se acerque más la coronación. Porque tal vez Balekin no vaya a intentar matar a Dain en absoluto y la Corte de las Sombras tiene la idea equivocada. O, si tienen la idea correcta, él no va a hacerlo con hongos lepiotas.

Tomando mi té, encuentro el atuendo de sirvienta en el fondo de mi armario. Me suelto el cabello y lo arreglo en una aproximación de la áspera trenza que llevaban las chicas en la casa de Balekin. Me meto el cuchillo en el muslo y saco un poco de sal de plata de mi caja y la guardo en mi bolsillo. Luego tomo mi capa, me pongo mis zapatos de cuero y salgo por la puerta con las palmas de las manos empezando a sudar.

He aprendido mucho más desde mi primera incursión en Hollow Hall, lo suficiente como para hacerme comprender mejor los riesgos que estaba tomando. Eso no hace nada por mis nervios. Dado lo que vi que él le hizo a Cardan, no estoy segura de poder soportar lo que Balekin me haría si me atrapa.

Respirando hondo, me recuerdo a mí misma no ser atrapada.

Eso es lo que Cucaracha dice que es el verdadero trabajo de un espía. La información es secundaria. El trabajo es no ser atrapado.

En el pasillo, paso a Oriana. Ella me mira de arriba abajo. Tengo que resistir el impulso de tirar de la capa más tirante a mí alrededor. Ella está usando un vestido del color de las moras verdes y su cabello está ligeramente recogido. Las puntas de sus orejas puntiagudas están cubiertas de resplandecientes zarcillos de cristal. Estoy un poco envidiosa de ellos. Si los usara, disfrazarían la redondez humana de mis propias orejas.

—Llegaste a casa muy tarde anoche —dice, molestia tensando su boca—. Te perdiste la cena y tu padre esperaba que practicaras con él.

—Lo haré mejor —digo, y luego lamento la declaración porque probablemente tampoco volveré a cenar esta noche—. Mañana. Comenzaré a hacerlo mejor mañana.

—Criatura infiel —dice Oriana, mirándome como si por la intensidad de su mirada pudiera descubrir mis secretos—. Estás intriguando.

Estoy tan cansada de su sospecha, muy cansada.



—Siempre crees eso —digo—. Es solo que por una vez tienes razón. —Dejándola preocupada por lo que eso podría significar, bajo las escaleras y salgo al césped. Esta vez, no hay nadie en mi camino, nadie que me haga reconsiderar lo que estoy a punto de hacer.

No traigo el sapo esta vez; soy más cuidadosa. Mientras camino por el bosque, veo un búho volando en círculos sobre mi cabeza. Halo la capucha de mi capa para taparme la cara.

En Hollow Hall, guardo mi capa afuera entre los troncos de una pila de leña y entro por las cocinas, donde se está preparando la cena. Los pichones están lacados con gelatina de rosa, el olor de su crujiente piel es suficiente para hacerme agua la boca y se me apriete el estómago.

Abro un armario y me recibe una docena de velas, todas del color del cuero pulido y acentuadas con un sello dorado del emblema personal de Balekin: tres pájaros negros y risueños. Saco nueve velas y, tratando de moverlas lo más mecánicamente posible, las llevo más allá de los guardias. Un guardia me mira con extrañeza. Estoy segura que hay algo raro sobre mí, pero él ha visto mi cara antes, y estoy más segura que la última vez.

Al menos, hasta que veo a Balekin bajando las escaleras.

Mira en mi dirección y todo lo que puedo hacer es mantener mi cabeza baja, mi paso uniforme. Llevo las velas a la habitación frente a mí, que resulta ser la biblioteca.

Para mi inmenso alivio, no parece verme realmente. Sin embargo, mi corazón está acelerado, mi respiración es demasiado rápida.

La sirvienta que estaba limpiando la rejilla en la habitación de Cardan está volviendo a poner los libros en los estantes. Está tal como la recuerdo: labios partidos, delgada y con los ojos amoratados. Sus movimientos son lentos, como si el aire fuera tan espeso como el agua. En su sueño drogado, no soy más interesante que los muebles y de menor importancia.

Reviso las estanterías con impaciencia, pero no veo nada útil. Necesito subir a la torre, revisar toda la correspondencia del Príncipe Balekin y esperar encontrar algo que tenga que ver con la madre de Locke o Dain o la coronación, algo que pasé por alto.

Pero no puedo hacer nada con Balekin entre las escaleras y yo.



Miro a la chica de nuevo. Me pregunto cómo es su vida aquí, con qué sueña. Si alguna vez, por un momento, tuvo la oportunidad de escapar. Al menos, gracias al geas, si Balekin me atrapara, este no podría ser mi destino.

Espero, contando hasta mil, mientras apilo las velas en una silla. Entonces miro hacia afuera. Afortunadamente, Balekin se fue. Rápidamente, me dirijo hacia las escaleras de la torre. Contengo la respiración cuando paso frente a la puerta de Cardan, pero la suerte está conmigo. Está firmemente cerrada.

Luego subo las escaleras y entro en el estudio de Balekin. Noto las hierbas en los frascos de la habitación, hierbas que veo con ojos nuevos. Algunas son venenosas, pero la mayoría son narcóticos. En ninguna parte veo hongos colorete. Me acerco a su escritorio y me limpio las manos con la tela áspera de mi vestido, tratando de no dejar ningún rastro de sudor, tratando de memorizar el patrón de papeles.

Hay dos cartas de Madoc, pero parecen ser sobre qué caballeros estarán en la coronación y en qué patrón alrededor del estrado central. Hay otras que parecen ser sobre asignaciones, sobre festejos, fiestas y libertinajes. Nada sobre los hongos lepiotas, nada en absoluto sobre los venenos. Nada sobre Liriope o asesinato. Lo único que parece siquiera un poco sorprendente son un pequeño aleluya, un poema de amor de la mano del Príncipe Dain, sobre una mujer que permanece sin identificar, excepto por su “cabello del amanecer” y “ojos iluminados por las estrellas”.

Peor aún, nada de lo que puedo encontrar me dice algo sobre un plan para avanzar contra el Príncipe Dain. Si Balekin va a asesinar a su hermano, es lo suficientemente inteligente como para no dejar pruebas por ahí. Incluso la carta sobre el hongo lepiota ha desaparecido.

Me arriesgué a venir a Hollow Hall por nada.

Por un momento, simplemente me quedo allí, tratando de ordenar mis pensamientos. Necesito irme sin llamar la atención.

Un mensajero. Me disfrazaré como un mensajero. Los mensajes entran y salen de las propiedades todo el tiempo. Tomo una hoja de papel en blanco y garabateo *Madoc* en un lado, luego sello el otro con cera. El azufre del fósforo cuelga en el aire por un momento. A medida que se disipa, bajo los escalones con el mensaje falso en la mano.



Cuando paso por la biblioteca, dudo. La chica todavía está adentro, levanta mecánicamente libros de una pila y los coloca en estantes. Seguirá haciéndolo hasta que le digan que haga otra cosa, hasta que se desmorne, hasta que se desvanezca, sin que la recuerden. Como si no fuera nada.

No puedo dejarla aquí.

No tengo nada a lo que regresar en el mundo de los mortales, pero ella puede que sí. Y sí, es una traición a la fe del Príncipe Dain en mí, una traición a la propia Tierra de las Hadas. Sé eso. Pero de todos modos, no puedo dejarla.

Hay una especie de alivio en notarlo.

Entro en la biblioteca, dejando la nota sobre una mesa. No se da vuelta, no reacciona en absoluto. Busco en mi bolsillo y pongo un poco de sal en el centro de mi palma. Se lo ofrezco, como lo haría si persuadiera a un caballo con azúcar.

—Come esto —le digo en voz baja.

Se vuelve hacia mí, aunque su mirada no enfoca.

—No tengo permiso —dice, con voz áspera por falta de uso—. Nada de sal. Se supone que no debes...

Pongo mi mano sobre su boca, algo de sal cayendo al suelo, el resto presionándose contra sus labios.

Soy una idiota. Una idiota impulsiva.

Cerrando mi brazo alrededor de ella, la arrastro más adentro de la biblioteca. Está alternando entre tratar de gritar e intentar morderme. Sigue arañando mis brazos, sus uñas clavándose en mi piel. La sostengo allí, contra la pared, hasta que se hunde, hasta que la lucha desaparece.

—Lo siento —le susurro mientras la sostengo—. Estoy improvisando. No quiero hacerte daño. Quiero salvarte. Por favor, déjame hacer esto. Déjame salvarte.

Finalmente, ha estado quieta suficiente tiempo como para correr el riesgo y retirar mi mano. Está jadeando, respirando rápido. No grita, lo cual parece una buena señal.

—Vamos a salir de aquí —le digo—. Puedes confiar en mí.



Me da una mirada de incomprensión sin expresión alguna.

—Simplemente actúa como si todo fuera normal. —La pongo de pie y me doy cuenta de la imposibilidad de lo que estoy pidiendo. Sus ojos están poniéndose en blanco como un pony loco. No sé cuánto tiempo tendremos hasta que se vuelva por completo loca.

Aun así, no hay nada más que hacer que sacarla de Hollow Hall tan rápido como pueda. Meto mi cabeza en la cámara principal. Todavía está vacía, así que la saco de la biblioteca. Está mirando a su alrededor como si estuviera viendo la pesada escalera de madera y la galería de arriba por primera vez. Entonces recuerdo que dejé mi nota falsa en la mesa de la biblioteca.

—Espera —digo—. Tengo que volver y...

Hace un sonido lastimero y tira de mi agarre. La arrastro conmigo de todos modos y tomo el mensaje. Lo arrugo y lo meto en el bolsillo. Es inútil ahora, cuando los guardias pueden que lo recuerden y conecten la desaparición de una criada a la casa de la persona que la robó.

—¿Cuál es tu nombre?

La chica sacude la cabeza.

—Debes recordarlo —insisto. Es terrible que, en lugar de simpatizar, me moleste. *Concéntrate, pienso. Deja de sentir tus sentimientos. Vámonos.*

—Sophie —dice en una especie de sollozo. Las lágrimas están apareciendo en sus ojos. Me siento cada vez peor por lo cruel que estoy a punto de ser.

—No puedes llorar —le digo con la mayor severidad que puedo, esperando que mi tono la asuste y me obedezca. Hago mi mayor esfuerzo para sonar como Madoc, para sonar como si estuviera acostumbrada a que obedezcan mis órdenes—. No *debes* llorar. Te abofetearé si es necesario.

Se encoge, pero se queda en silencio. Limpio sus ojos con el dorso de mi mano.

—¿De acuerdo? —le pregunto.

Cuando no responde, me imagino que no hay más objeto en conversar. La conduzco hacia las cocinas. Tendremos que pasar por los guardias; no



hay otra salida. Ha puesto un rictus horrible como una sonrisa, pero al menos tiene suficiente autocontrol para eso. Más preocupante es la forma en que no puede dejar de mirar las cosas. Mientras caminamos hacia los guardias, la intensidad de su mirada es imposible de ocultar.

Improviso, tratando de sonar como si estuviera recitando un mensaje memorizado, sin inflexión en las palabras.

—El Príncipe Cardan dice que debemos atenderlo.

Uno de los guardias se vuelve hacia el otro.

—A Balekin no le gustará eso.

Intento no reaccionar, pero es difícil. Solo me quedo ahí parada y espero. Si se abalanzan sobre nosotros, voy a tener que matarlos.

—Muy bien —dice el primer guardia—. Vayan. Pero informen a Cardan que su hermano exige que las traiga a las dos esta vez.

No me gusta el sonido de eso.

El segundo guardia mira a Sophie y a sus ojos salvajes.

—¿Que ves?

Puedo sentirla temblar a mi lado, todo su cuerpo sacudiéndose. Necesito decir algo rápido, antes de que ella lo haga.

—Lord Cardan nos dijo que fuéramos más observadoras —le digo, esperando que la confusión plausible de una orden ambigua le ayudara a explicar la forma en la que ella está actuando.

Luego camino con Sophie a través de las cocinas, más allá de los sirvientes humanos que no estoy salvando, consciente de la inutilidad de mis acciones. Mirándolo bien, ¿ayudar a una persona realmente importa?

Una vez que tenga poder, encontraré una manera de ayudarlos a todos, me digo. Y una vez que Dain esté en el poder, tendré poder.

Me aseguro de mantener mis movimientos lentos. Me permito respirar solo cuando finalmente salimos.

Y resulta que, incluso aquello es demasiado pronto. Cardan está cabalgando hacia nosotras en un caballo gris alto y moteado. Detrás de él, hay una niña en un palafrén: Nicasia. Tan pronto como entre, los guardias



le preguntarán por nosotras. Tan pronto como entre, sabrá que algo está mal.

Si no me ve antes y se entera antes que eso.

¿Cuál sería el castigo por robar al sirviente de un príncipe? No lo sé. Una maldición tal vez, como ser convertida en un cuervo y obligada a volar al norte y vivir siete veces siete años en un palacio de hielo o, peor aún, sin maldición alguna. Una ejecución.

Se necesita todo lo que tengo para no quebrarme y correr. No es que piense que podría llegar al bosque, especialmente no si llevo a una chica conmigo. Nos alcanzaría a las dos.

—Deja de mirar —le susurro a Sophie, más ásperamente de lo que pretendo—. Mira tus pies.

—Deja de regañarme —dice, pero al menos no llora. Mantengo mi cabeza baja y, cruzando su brazo con el mío, me dirijo hacia el bosque.

Por el rabillo del ojo, veo a Cardan bajándose de su silla de montar, su cabello negro revuelto por el viento. Mira en mi dirección y hace una pausa por un momento. Contengo la respiración y no corro.

No puedo correr.

No hay estruendo de cascos, no hay carreras para atraparnos y castigarnos. Para mi inmenso alivio, parece que solo ve a dos sirvientas que se dirigen hacia el bosque, tal vez para recoger leña, bayas o algo así.

Cuanto más nos acercamos al límite del bosque, cada paso se siente más tenso.

Entonces Sophie se arrodilla, girándose para mirar hacia la mansión de Balekin. Un profundo sonido viene de lo profundo de su garganta.

—No —dice, sacudiendo la cabeza—. No no no no no. No. Esto no es real. Esto no sucedió.

Le doy una sacudida, clavando mis dedos en su axila.

—Muévete —digo—. Muévete o te dejaré aquí. ¿Me entiendes? Te dejaré y el Príncipe Cardan te encontrará y te arrastrará adentro.



Echando un vistazo hacia atrás, lo veo. Se baja de su caballo y lo conduce a los establos. Nicasia todavía está sentada encima del suyo, su cabeza echada hacia atrás, riéndose de algo que dijo. Él también sonríe, pero no con su habitual sorna. No se parece al malvado villano de una historia. Se ve como un chico inhumano que sale a pasear con su amiga a la luz de la luna.

Sophie se tambalea hacia adelante. No pueden atraparnos ahora, no cuando estamos tan cerca.

Cuando cruzo el bosque cubierto de agujas de pino, dejo escapar un enorme suspiro. Sigo haciendo que se mueva hasta que llegamos a la corriente. La obligo a caminar a través de ella, aunque el agua fría y el barro pegajoso nos ralentizan. Cualquier forma de ocultar nuestras pistas vale la pena hacerlo.

Finalmente, se hunde en la orilla y se entrega al llanto. La miro, deseando saber qué hacer. Deseando ser una persona mejor y más comprensiva, en lugar de molestarme y preocuparme de que cualquier demora haga que nos atrapen. Me siento en los restos de un tronco devorado por termitas en la orilla del arroyo y la dejo llorar, pero cuando los minutos pasan y sus lágrimas no han cesado, voy y me arrodillo en la hierba fangosa.

—No está lejos mi casa —le digo, tratando de sonar persuasiva—. Solo un poco más caminando.

—¡Cállate! —grita, levantando su mano para alejarme.

La frustración aparece. Quiero gritarle. Quiero sacudirla. Me muerdo la lengua y aprieto las manos para hacerme detener.

—Está bien —digo, respirando hondo—. Esto está sucediendo rápido, lo sé. Pero realmente quiero ayudarte. Puedo sacarte de la Tierra de las Hadas. Esta noche.

La chica niega con la cabeza otra vez.

—No lo sé —dice—. No lo sé. Estaba en el festival Burning Man, y había un tipo que dijo que tenía este trabajo repartiendo bocadillos para un bicho raro rico en una de las tiendas con aire acondicionado. *Simplemente no tomes nada*, me dijo. *Si lo haces, tendrás que servirme durante mil años...*

Su voz se apaga, pero ahora veo cómo estaba atrapada. Debió haber sonado como si estuviera haciendo una broma. Debió haber reído y él debió



haber sonreído. Y luego, ya sea que se comiera un solo pedazo de camarones o se embolsase algunos de los cubiertos, todo hubiera dado lo mismo.

—Está bien —digo absurdamente—. Va a estar bien.

Me mira y parece que me ve por primera vez, comprende que estoy vestida como ella, como una sirvienta, pero que hay algo extraño sobre mí.

—¿Quién eres tú? ¿Qué es este lugar? ¿Qué nos pasó?

Le pregunté su nombre, así que supongo que debería darle el mío.

—Soy Jude. Crecí aquí. Una de mis hermanas, puede llevarte por el mar a la ciudad humana cerca de aquí. Desde allí, puedes llamar a alguien para que te lleve o puedes ir a la policía y ellos encontrarán a tu familia. Esto casi ha terminado.

Sophie contesta.

—¿Esto es una especie de...? ¿Qué sucedió? Recuerdo cosas, cosas imposibles. Y quería. No, no podría haber querido...

Su voz se apaga y no sé qué decir. No puedo adivinar el final de su frase.

—Por favor, solo dime que esto no es real. No creo que pueda vivir con nada de esto siendo real. —Está mirando alrededor del bosque, como si pudiera demostrar que, si no es mágico, entonces nada más lo es. Lo que es estúpido. Todos los bosques son mágicos.

—Vamos —le digo, porque si bien no me gusta cómo está hablando, no tiene sentido mentir por hacerla sentir mejor. Tendrá que aceptar que ha estado atrapada en la Tierra de las Hadas. No es como si tuviera un bote para llevarla al otro lado del agua; todo lo que tengo son los corceles de hierba cana de Vivi—. ¿Puedes caminar un poco más lejos ahora? —Mientras más rápido esté de regreso en el mundo de los humanos, mejor.

A medida que me acerco a la casa de Madoc, recuerdo mi capa, todavía apilada y escondida en una pila de leña fuera de Hollow Hall y me maldigo una vez más. Guiando a Sophie a los establos, la siento en una caseta vacía. Se desploma en el heno. Creo que la visión del sapo gigante deshizo el último gramo de su confianza en mí.



—Aquí estamos —digo con alegría forzada—. Voy a buscar a mi hermana y quiero que esperes aquí. Prométemelo.

Me da una mirada terrible.

—No puedo hacer esto. No puedo enfrentar esto.

—Tienes que hacerlo. —Mi voz sale más dura de lo que esperaba. Entro en la casa y subo los escalones tan rápido como puedo, esperando contra toda esperanza que no me encuentre con nadie más en el camino. Abro la puerta de la habitación de Vivienne sin molestarme en llamar.

Vivi, gracias a Dios, está tumbada en su cama, escribiendo una carta en tinta verde con garabatos de corazones, estrellas y rostros en el margen. Ella mira hacia arriba cuando entro, deslizando su cabello hacia atrás.

—Ese es un atuendo interesante el que tienes puesto.

—Hice algo realmente estúpido —digo, sin aliento.

Eso la hace levantarse, saliendo de la cama y poniéndose de pie.

—¿Qué pasó?

—Robé una chica humana, una sirvienta humana, del príncipe Balekin, y necesito que me ayudes a llevarla de regreso al mundo mortal antes que alguien se entere. —Mientras digo esto, me doy cuenta lo ridícula que fui por hacer eso, qué arriesgada, qué tonta. Él solo encontrará otro humano dispuesto a hacer un mal trato.

Pero Vivi no me reprende.

—Está bien, deja que me ponga los zapatos. Creí que ibas a decirme que habías matado a alguien.

—¿Por qué pensarías eso? —pregunto.

Resopla mientras busca sus botas. Su mirada encuentra la mía mientras ata sus cordones.

—Jude, sigues mostrando una sonrisa agradable en frente de Madoc, pero todo lo que puedo ver son tus dientes descubiertos.

No estoy segura de qué decir a eso.

Ella se pone un largo abrigo de piel verde con broches de rana.



—¿Dónde está la chica?

—En los establos —digo—. Te llevaré...

Vivi niega con la cabeza.

—Absolutamente no. Debes quitarte esas ropas. Ponte un vestido y baja a cenar y asegúrate de comportarte como si todo fuera normal. Si alguien te interroga, diles que has estado en tu habitación todo este tiempo.

—¡Nadie me vio! —digo.

Vivi me da su mejor mirada de sospecha.

—¿Nadie? ¿Estás segura?

Pienso en Cardan, cabalgando mientras escapábamos, y en los guardias, a los que he mentido.

—Probablemente nadie —corrijo—. Nadie que haya notado algo. —Si Cardan lo hubiese hecho, nunca me hubiera dejado ir. Él nunca renunciaría a tener todo ese poder sobre mí.

—Sí, eso es lo que pensé —dice ella, sosteniendo en alto una severa mano de dedos largos—. Jude, no es seguro.

—Voy a ir —insisto—. La chica se llama Sophie, y está realmente aterrorizada...

Vivi resopla.

—Seguro.

—No creo que ella quiera ir contigo. Luces como uno de ellos. —Tal vez estoy más preocupada de que mi valentía se agote. Me preocupa que la adrenalina abandone mi cuerpo, dejándome para enfrentar la locura que he hecho. Pero dada la sospecha de Sophie sobre mí, definitivamente pienso que los ojos de gato de Vivi serán suficiente para volverla loca—. Porque tú eres una de ellos.

—¿Me lo estás diciendo en caso de que lo haya olvidado? —pregunta Vivi.

—Debemos irnos —digo—. Y voy a ir. No tenemos tiempo para debatir esto.



—Vamos, entonces —dice. Juntas, bajamos las escaleras, pero cuando estamos a punto de llegar a la puerta, ella agarra mi hombro—. No puedes salvar a nuestra madre, sabes. Ella ya está muerta.

Siento como si me hubiese golpeado.

—Eso no...

—¿No lo es? —demanda—. ¿No es eso lo que estás haciendo? Dime que esta chica no es una reemplazante para mamá. Una sustituta.

—Quiero ayudar a Sophie —digo, soltándome de su agarre—. Solo Sophie.

Fuera, la luna está en lo alto del cielo, convirtiendo las hojas en plateadas. Vivi va a recoger un ramo de hierbas.

—Bien, entonces ve a buscar a esa Sophie.

Ella está donde la dejé, acurrucada en el heno, meciéndose hacia adelante y hacia atrás y hablando suavemente consigo misma. Estoy aliviada de verla, aliviada de que no haya huido y no tuviéramos que buscarla a través del bosque, aliviada de que nadie de la casa de Balekin hubiese descubierto su ubicación y se la haya llevado.

—Bueno —digo con falso entusiasmo—. Estamos listas.

—Sí —dice ella, poniéndose de pie. Su rostro está manchado de lágrimas, pero ya no está llorando. Luce como si estuviera en estado de shock.

—Todo va a estar bien —le digo nuevamente, pero no responde. Ella me sigue en silencio hacia fuera detrás de los establos, donde Vivi está esperando, junto con dos huesudos ponis de ojos verdes y sedosas melenas.

Sophie los mira a ellos y luego a Vivi. Ella comienza a retroceder, negando con la cabeza. Cuando me acerco a ella, se aparta de mí también.

—No, no, no —dice—. Por favor, no. Ya no más. No.

—Solo es un poco de magia —dice Vivi razonablemente, pero aun así, viene de alguien con pequeñas puntas peludas en sus orejas y ojos que brillan dorados en la oscuridad—. Solo un poquito, y luego no tendrás que ver otra cosa mágica nunca más. Estarás de nuevo en el mundo mortal, el



mundo de día, el mundo normal. Pero esta es la única manera de llevarte allí. Vamos a volar.

—No —dice Sophie, su voz quebrándose.

—Caminemos hacia el acantilado que está cerca —digo—. Podrás ver las luces, tal vez incluso algunos botes. Te sentirás mejor cuando puedas ver un destino.

—No tenemos mucho tiempo. —Me recuerda Vivi con una mirada significativa.

—No es lejos —discuto. No sé qué más hacer. Las únicas otras opciones que se me ocurren son dejarla inconsciente de un golpe o pedirle a Vivi que le ponga un encantamiento; ambas opciones son terribles.

Y caminamos por el bosque, nuestros caballos siguiéndonos. Sophie no se opone. La caminata parece calmarla. Ella recoge rocas mientras vamos, piedras lisas a las que les quita el polvillo y luego guarda en sus bolsillos.

—¿Recuerdas tu vida de antes? —le pregunto.

Ella asiente y no habla por un momento, pero luego se da vuelta hacia mí. Me dedica una extraña risa.

—Siempre quise que existiera la magia —dice ella—. ¿No es gracioso? Siempre quise que hubiera un Conejo de Pascuas y Papá Noel. Y Campanita, recuerdo a Campanita. Pero no quiero. Ya no quiero nada de eso.

—Lo sé —digo. Y lo sé. He deseado muchas cosas con el correr de los años, pero el primer deseo de mi corazón fue que nada de esto fuera real.

En los bordes del agua, Vivi monta uno de los caballos y pone a Sophie delante de ella. Subo al otro. Sophie observa el bosque temblorosamente y luego mira hacia mí. No parece asustada. Luce como si estuviera empezando a creer que lo peor ha quedado atrás.

—Sujétate fuerte —dice Vivi, y su caballo salta del acantilado hacia el aire. El mío sigue. La euforia desenfrenada de volar me golpea y sonrío con satisfacción. Debajo nuestro están las olas y delante las relucientes luces de ciudades mortales, como una misteriosa tierra sembrada con estrellas. Miro hacia Sophie, esperando darle una sonrisa alentadora.



Pero Sophie no está mirándome. Sus ojos están cerrados. Y luego, mientras estoy observando, ella se inclina hacia un lado, suelta la rienda y se deja caer. Vivi intenta agarrarla, pero es demasiado tarde. Ella está hundiéndose a través del cielo nocturno, hacia la oscuridad del mar.

Cuando golpea la superficie, apenas hay un chapoteo.

No puedo hablar. Todo a mi alrededor parece detenerse. Pienso en los labios agrietados de Sophie, pienso en ella diciendo, *Por favor, solo dime que esto no es real. No creo que pueda vivir con nada de esto siendo real.*

Pienso en las rocas con las que llenó sus bolsillos.

No había estado escuchando. No había querido escucharla; solo quería salvarla.

Y ahora, por mi culpa, está muerta.



18

*Traducido por Flochi, Knife, Aria y Ale
 Corregido por Bella'*

Me despierto atontada. Lloré hasta dormir y ahora mis ojos están hinchados y rojos, mi cabeza palpitando. La noche anterior se siente como una febril y terrible pesadilla. No parece posible que entrara a hurtadillas en la casa de Balekin y robara a una de sus sirvientas. Parece incluso menos posible que ella prefiriera ahogarse que vivir con los recuerdos de la Tierra de las Hadas. Mientras bebo té de hinojo y me pongo una camisola, Gnarbone viene a mi puerta.

—Disculpe —dice con una corta reverencia—. Jude debe venir de inmediato...

Tatterfell lo despide con un ademán.

—No está lista para ver a nadie en este momento. La enviaré abajo cuando esté vestida.

—El Príncipe Dain la espera abajo en el salón del General Madoc. Me ordenó que la buscara y que no me importara el estado de desnudez en que se encontrara. Dijo que la cargara si tuviera que hacerlo. —Gnarbone parece contrito por tener que decir eso, pero está claro que ninguno de nosotros puede negarse al Príncipe Heredero.

Un pavor helado se enrolla en mi estómago. ¿Cómo no pensé que él de toda la gente, con sus espías, descubriría lo que había hecho? Me limpio las manos contra mi camiseta de terciopelo. A pesar de su orden, me pongo unos pantalones y botas antes de ir. Nadie me detiene. Ya estoy lo bastante vulnerable; conservaré la dignidad que pueda.

El Príncipe Dain está de pie cerca de la ventana, detrás del escritorio de Madoc. Su espalda está hacia mí y mi mirada va automáticamente a la espada colgando de su cinturón, visible debajo de su pesado manto de lana. No se gira cuando entro.



—Me he equivocado —digo. Me alegra que permanezca donde está. Es más fácil hablar cuando no me está mirando—. Y me arrepentiré de todas las formas...

Se da la vuelta, su rostro lleno de una ira salvaje que de pronto me hace ver su semejanza con Cardan. Su mano baja con fuerza sobre el escritorio de Madoc, meciendo todo lo que hay encima.

—¿No te he puesto a mi servicio y dado una gran bendición? ¿No te prometí un lugar en mi Corte? Y sin embargo... *y sin embargo*, usas lo que te enseñé para poner en peligro mis planes.

Mi mirada baja al suelo. Él tiene el poder para hacerme lo que sea. Cualquier cosa. Ni siquiera Madoc podría detenerlo, ni creo que lo intentaría. Y no solamente lo he desobedecido, he declarado mi lealtad a algo completamente separado de él. He ayudado a una joven mortal. He actuado como una mortal.

Me muerdo el labio inferior para evitar rogar por su perdón. No puedo permitirme hablar.

—El chico no estaba tan herido como podría haberlo estado, pero con el cuchillo correcto, uno más largo, el golpe habría sido fatal. No creas que no sé que estabas buscando ese peor golpe.

Alzo la mirada, repentinamente, demasiado sorprendida para ocultarlo. Nos miramos mutuamente por varios segundos incómodos. Miro fijamente al gris plateado de sus ojos, tomando nota en la manera que su ceño se frunce, formando profundas líneas de descontento. Noto todo esto para evitar pensar en cómo casi delaté un crimen mayor del que descubrió.

—¿Bien? —exige—. ¿No planeabas ser descubierta?

—Intentó encantarme para saltar de la torre —digo.

—Y ahora sabe que no puedes ser encantada. Cada vez peor. —Rodea el escritorio hacia mí—. Eres mi criatura, Jude Duarte. Atacarás solo cuando te diga que ataques. De lo contrario, guarda tus cartas. ¿Entiendes?

—No —digo automáticamente. Lo que está pidiendo es ridículo—. ¿Se suponía que lo dejara herirme?

Si supiera todas las cosas que había hecho realmente, estaría todavía más enojado de lo que está.



Golpea una daga contra el escritorio de Madoc.

—Recógelo —dice, y siento la compulsión de un encanto. Mis dedos se cierran sobre el mango. Una especie de confusión apoderándose de mí. Sé y a la vez no sé lo que estoy haciendo.

»En un momento, voy a pedirte que atraveses tu mano con la daga. Cuando te pida hacer eso, quiero que recuerdes dónde están tus huesos, dónde están tus venas. Quiero que te apuñales tu mano haciendo el menor daño posible. —Su voz es calmada e hipnótica, pero mi corazón se acelera de todas maneras.

En contra de mi voluntad, apunto la punta afilada del cuchillo. Lo presiono levemente contra mi piel. Estoy lista.

Lo odio, pero estoy lista. Lo odio y me odio a mí misma.

—Ahora —dice y el encanto me libera. Retrocedo un paso. Estoy en control nuevamente, todavía sosteniendo el cuchillo. Estaba a punto de hacerme...

—No me decepciones —dice el Príncipe Dain.

Me doy cuenta de inmediato que no he recibido una prórroga. No me ha liberado porque quiere perdonarme. Podría encantarme de nuevo, pero no lo hará porque quiere que me apuñale voluntariamente. Quiere que pruebe mi devoción, sangre y hueso. Vacilo, claro que vacilo. Esto es absurdo. Es horrible. No es cómo la gente muestra lealtad. Esta es una épica, épica tontería.

—¿Jude? —pregunta. No puedo decir si esto es una prueba que espera que pase o quiere que falle. Pienso en Sophie en el fondo del mar, sus bolsillos llenos de piedras. Pienso en la satisfacción en el rostro de Valerian cuando me dijo que saltara de la torre. Pienso en los ojos de Cardan, retándome a desafiarlo.

He intentado ser mejor que ellos y he fallado.

¿En qué podría convertirme si dejara de preocuparme por la muerte, el dolor, por cualquier cosa? ¿Si dejara de intentar pertenecer?

En lugar de tener miedo, podría convertirme en algo que temer.



Con mis ojos en él, golpeo el cuchillo en mano. El dolor es una ola que se eleva más y más alto pero nunca choca. Hago un sonido bajo en mi garganta. Puede que no merezca castigo por esto, pero merezco castigo.

La expresión de Dain es extraña, no delata nada. Retrocede un paso, como si hubiese sido la que hizo algo impactante en vez de simplemente hacer lo que ordenó. Entonces se aclara la garganta.

—No reveles tu habilidad con la espada —dice—. No reveles tu dominio sobre los encantos. No reveles todo lo que puedes hacer. Muestra tu poder al parecer sin poder. Eso es lo que necesito de ti.

—Sí —jadeo y saco la cuchilla. Sangre cae sobre el escritorio de Madoc, más de la que esperaba. De pronto me siento mareada.

—Límpialo —dice. Tiene la mandíbula apretada. La sorpresa que sintió parece desaparecida, reemplazada por algo más.

No hay nada con que limpiar el escritorio salvo el dobladillo de mi camisola.

—Ahora dame tu mano. —Reacia, la extiendo, pero todo lo que hace es tomarla suavemente y envolverla en una tela verde de su bolsillo. Intento flexionar los dedos y casi me desmayo del dolor. La tela de la venda improvisada ya se está tornando oscura—. Una vez que me vaya, ve a la cocina y ponle musgo.

Vuelvo a asentir. No estoy segura que pueda traducir mis pensamientos en palabras. Tengo miedo de no ser capaz de soportar mucho más, pero aprieto las rodillas y miro fijamente el agujero de maderas astillada en el escritorio de Madoc donde la punta de la hoja golpeó, manchado de un brillante rojo aunque desvaneciéndose.

La puerta del estudio se abre, asustándonos. El Príncipe Dain deja caer mi mano, y la meto en mi bolsillo, el dolor casi haciéndome tambalear. Oriana está allí, una bandeja de madera en sus manos con una tetera humeante y tres tazas de arcilla sobre ésta. Tiene puesto un vestido de día de la vívida tonalidad de los caquis verdes.

—Príncipe Dain —dice, haciendo una bonita reverencia—. Los sirvientes dijeron que estaba encerrado con Jude y les dije que debía tratarse de un error. Seguramente, con su coronación tan cercana, su tiempo es demasiado invaluable para que una chica tonta tome tanto de



éste. Le da demasiado crédito y sin duda el peso de su consideración es abrumador.

—Sin duda —dice él, mostrándole una sonrisa con los dientes apretados—. Me he demorado demasiado.

—Tome algo de té antes de dejarnos —dice, bajando la bandeja en el escritorio de Madoc—. Todos podríamos tomar una taza y hablar. Si Jude ha hecho algo para ofenderle...

—Disculpa —dice, no particularmente amable—. Pero tu recordatorio de mis deberes me impulsa a la acción inmediata.

Pasa junto a Oriana rozándola, mirando hacia atrás en mi dirección una vez antes de marcharse. No tengo idea de si pasé la prueba o no. Pero de cualquier manera, no confía en mí como lo hizo una vez. He tirado todo a la basura.

Tampoco confío en él.

—Gracias —le digo a Oriana. Estoy temblando.

No me regaña, por una vez. No dice nada. Sus manos caen ligeramente sobre mis hombros y me recargo en ella. El aroma de la verbena aplastada está en mi nariz. Cierro los ojos y absorbo el olor familiar. Estoy desesperada. Tomaré cualquier tipo de consuelo que exista, cualquiera.



No pienso en las clases o lecciones. Temblando por todos lados, me dirijo a mi habitación y me subo a la cama. Tatterfell acaricia mi cabello brevemente, como si fuera un gato somnoliento y luego regresa a la tarea de clasificar mis vestidos. Mi vestido nuevo está programado para llegar hoy más tarde y la coronación empezará al día siguiente. Dain siendo nombrado el Rey Supremo dará inicio a un mes de jolgorio, mientras que la luna mengüe y luego se llene de nuevo.

Mi mano duele tanto que no puedo soportar ponerle musgo. Solo la sostengo contra mi pecho.

Palpita, el dolor viene en pulsaciones abrumadoras, como un segundo e irregular latido del corazón. No puedo obligarme a hacer más que yacer



allí y esperar a que disminuya. Mis pensamientos se desvanecen vertiginosamente.

En algún lugar, todos los señores, señoras y señores feudales que gobiernan las lejanas Cortes están llegando a presentar sus respetos al nuevo Rey Supremo. Las Cortes Oscuras y las Cortes Luminosas, las Cortes Libres y las Cortes Salvajes. Los súbditos del Rey Supremo y las Cortes con las que hay treguas, aunque tambaleantes. Hasta la Corte de Bajo el Mar de Orlagh estará presente. Muchos se comprometerán a aceptar fielmente el juicio del nuevo Rey Supremo a cambio de su sabiduría y protección. Prometiendo el defenderlo y vengarlo, si es necesario. Entonces todos mostrarán su respeto festejando aún más.

Se espera que participe junto con ellos. Un mes de baile y banquetes, borracheras, misterio y duelos.

Para eso, cada uno de mis mejores vestidos debe desempolvarse, alisarse y refrescarse. Tatterfell cose puños hechos de escamas de piñas alrededor de los bordes de las mangas deshilachadas. Pequeñas lágrimas en las faldas están cosidas con bordados en forma de hojas y granadas y, en uno, un zorro deslumbrante. Ha cosido docenas de zapatillas de cuero para mí. Se espera que baile tan ferozmente que me ponga un par todas las noches.

Al menos Locke estará allí para bailar conmigo. Intento concentrarme en el recuerdo de sus ojos ámbar en lugar del dolor en mi mano.

Cuando Tatterfell se mueve por la habitación, mis ojos se cierran y caigo en un sueño extraño e inquieto. Cuando me despierto, es completamente de noche y estoy toda sudada. Sin embargo, me siento extrañamente tranquila, las lágrimas, el pánico y el dolor de algún modo se suavizaron. La agonía de mi mano se ha convertido en un latido sordo.

Tatterfell se fue. Vivi está sentada al final de mi cama, sus ojos de gato atrapando la luz de la luna y brillante verde amarillento.

—Vine para ver si estabas bien —dice—. Excepto que por supuesto que no lo estás.

Me obligo a sentarme de nuevo, usando solo una de mis manos.

—Lo siento, por lo que te pedí que hicieras. No debería haberlo hecho. Te puse en peligro.



—Soy tu hermana mayor —dice—. No necesitas protegerme de mis propias decisiones.

Después que Sophie se sumergió en el agua, Vivi y yo pasamos las horas hasta el amanecer zambulléndonos en el mar helado, llamando a Sophie, tratando de encontrar algún rastro de ella. Nadamos bajo las aguas negras y gritamos su nombre hasta que nuestras gargantas se pusieron roncadas.

—Aun así —digo.

—Aun así —repite ferozmente—. Quería ayudar. Quería ayudar a esa chica.

—Lástima que no lo hicimos. —Las palabras se atragantan en mi garganta.

Vivienne se encoge de hombros, y recuerdo cómo, a pesar de ser mi hermana, diferimos en formas que son difíciles de comprender.

—Hiciste algo valiente. Alégrate de eso. No todos pueden ser valientes. No siempre lo soy.

—¿Qué quieres decir? ¿Todo eso de “No hay que decirle a Heather qué está pasando realmente”?

Me hace una mueca pero sonrío, claramente agradecida de que estoy hablando de algo menos terrible, y sin embargo, nuestros pensamientos fueron de ser una chica mortal muerta a su amada, también mortal.

—Hace unos días estábamos acostadas —dice Vivi—. Y ella empezó a recorrer la forma de mi oreja. Pensé que iba a preguntarme algo que me diera una oportunidad, pero simplemente me dijo que la forma de mi oreja era realmente buena. ¿Sabías que hay mortales que cortan oídos humanos y los cosen para que cicatricen?

No estoy sorprendida. Entiendo el anhelo por orejas como las de ella. Siento que he pasado la mitad de mi vida deseándolas, con sus puntas delicadas y peludas.

Lo que no digo es esto: Nadie podría tocar esas orejas y creer que fueron hechos por nada más que la naturaleza. Heather le miente a Vivi o se miente a sí misma.



—No quiero que me tenga miedo —dice Vivi.

Pienso en Sophie, y estoy segura que Vivi está pensando en ella, también, bolsillos llenos de piedras. Sophie en el fondo del mar. Quizás no está tan inafectada por lo que pasó como quiere parecer.

Desde abajo, escucho la voz de Taryn.

—¡Están aquí! ¡Nuestros vestidos! ¡Ven a mirar!

Deslizándose de la cama, Vivi me sonríe.

—Al menos, tuvimos una aventura. Y ahora, vamos a tener otra.

La dejo seguir adelante, ya que necesito cubrir mi mano vendada con un guante antes de seguirla abajo. Presiono un botón arrancado de un abrigo sobre la herida para desviar la presión directa. Ahora tengo que esperar que el bulto en mi palma no sea demasiado obvio.

Nuestros vestidos se han distribuido en tres sillas y un sofá en el salón de Oriana. Madoc está escuchando pacientemente su emoción sobre la perfección de sus prendas. Su vestido de baile es del mismo color rosa que sus ojos, profundizando el rojo, y parece estar hecho de pétalos enormes que se extienden en un tren. La tela del de Taryn es preciosa, el corte de su mantua y pechera es perfecto. Junto a ellos está la pequeña y dulce ropa de roble de Oak, y hay un jubón y una capa para Madoc en su tono favorito de color rojo sangre. Vivi sostiene su vestido gris plateado, con sus bordes desgarrados, conservando una sonrisa para mí.

Al otro lado de la habitación, veo mi vestido. Taryn jadea cuando lo levanto.

—Eso no es lo que pediste —dice, acusadora. Como si de alguna manera la hubiera engañado deliberadamente.

Es cierto que el vestido que estoy sosteniendo no es el que Brambleweft me dibujó. Es algo completamente diferente, algo que me recuerda a las locas e increíbles prendas de las que el armario de la madre de Locke estaba lleno. Un vestido tipo ombré, su color se profundiza desde el blanco cerca de mi garganta, pasando por el azul pálido hasta el índigo azul más profundo a mis pies. Sobre él están cosidos los contornos de los árboles, tal como los veo desde mi ventana al caer la noche. La costurera incluso ha cosido cuentas de cristal para representar a las estrellas.



Este es un vestido que nunca podría haber imaginado, uno tan perfecto que por un momento, mirándolo, no puedo pensar en nada más que en su belleza.

—Yo... yo no creo que esto sea mío —le digo—. Taryn tiene razón. No se parece en nada a los bocetos.

—Todavía es encantador —dice Oriana con complicidad, como si yo estuviera disgustada—. Y tenía tu nombre puesto en él.

Me alegro de que nadie me haga devolverlo. No sé por qué me dieron tal vestido, pero si hay alguna manera que pueda usarlo, lo haré.

Madoc levanta sus cejas.

—Todos nos veremos magníficos. —Cuando pasa, saliendo del salón, me revuelve el cabello. En momentos como estos, es casi posible pensar que no hay un río de sangre derramado entre todos nosotros.

Oriana aplaude.

—Chicas, vengan aquí por un momento. Vengan a mí.

Las tres nos acomodamos en el sofá junto a ella, esperando, sorprendidas.

—Mañana, estarán entre la Aristocracia de muchas Cortes diferentes. Han estado bajo la protección de Madoc, pero esa protección será desconocida para la mayoría de los mágicos que asistan. No deben permitir ser tentadas a hacer tratos o promesas que puedan ser usados contra ustedes. Y, por encima de todo, no cometan ningún insulto que pueda excusar la trasgresión de la hospitalidad. No sean tontas, y no se pongan a merced de nadie.

—Nunca somos tontas —dice Taryn, una mentira flagrante si alguna vez hubo una.

Oriana hace una expresión de dolor.

—Las mantendría alejadas de las fiestas, pero Madoc ha indicado específicamente que participen en ellas. Así que hagan caso a mi consejo. Tengan cuidado, y tal vez encontrarán formas de ser agradables.

Debería haber esperado esto, más advertencias, otro sermón. Si no confía en nosotras para que nos portemos adecuadamente en una fiesta,



ciertamente no confiará en nosotras en una coronación. Nos levantamos, retirándonos, y nos toma a cada una en turnos, presionando su boca fría contra nuestras mejillas. Mi beso llega el último.

—No aspire por encima de tu posición —me dice en voz baja.

Por un momento, no entiendo por qué iba a decir eso. Entonces, horrorizada, entiendo el significado. Después de esta tarde, cree que soy la amante del Príncipe Dain.

—No lo hago —suelto. Por supuesto, Cardan diría que *todo* lo que tengo está por encima de mi posición.

Toma mi mano, su expresión de pena.

—Solo estoy pensando en tu futuro —dice Oriana, aun en voz baja—. Aquellos cercanos al trono raramente son cercanos a alguien más. Una chica mortal tendría todavía menos aliados.

Asiento como si me rindiera ante su sabio consejo. Si no me cree, entonces lo más fácil es seguirle la corriente. Supongo que tiene más sentido que la verdad: que Dain me ha seleccionado para que sea parte de su nido de ladrones y espías.

Algo sobre mi expresión le causa tomar mis dos manos. Hago una mueca ante la presión en mi herida.

—Antes de ser la esposa de Madoc, era una de las consortes del Rey de Elfhame. Escúchame, Jude. No es algo fácil ser la amante de un Rey Supremo. Es siempre estar en peligro. Es siempre ser un peón.

Debo de estar con la boca abierta, de tan sorprendida que estoy. Nunca me he preguntado sobre su vida antes de que viniese a nosotros. De repente, los miedos de Oriana por nosotras tienen un sentido distinto; estaba acostumbrada a jugar con unas reglas diferentes. Parece que el suelo se ha inclinado bajo mis pies. No conozco a la mujer que tengo delante, no sé lo que sufrió antes de venir a esta casa, ni siquiera sé cómo terminó siendo esposa de Madoc. ¿Lo amaba, o estaba haciendo un matrimonio inteligente, para ganarse su protección?

—No lo sabía —digo estúpidamente.

—Nunca le di un hijo a Eldred —me dice—. Pero otra de sus amantes casi lo hizo. Cuando murió, los rumores apuntaron a que uno de los



príncipes la había envenenado, solo para prevenir la competición al trono. —Oriana observa mi rostro con sus ojos rosa pálidos. Sé que está hablando de Liriope—. No tienes que creerme. Hay una docena de rumores más igual de horribles. Cuando hay mucho poder concentrado en un lugar, hay trozos por los que luchar. Si la Corte no está ocupada bebiendo veneno, entonces es bebiendo bilis. No serías adecuada para eso.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunto, sus palabras moleestamente parecidas a las de Madoc cuando me quitó mi oportunidad de ser caballero—. Tal vez sería perfectamente adecuada.

Sus dedos rozan mi rostro otra vez, apartándome el cabello. Debería ser un gesto tierno, pero es calculador en su lugar.

—Debió haber amado mucho a su madre —dice—. Está enamorado de ustedes, chicas. Si fuese por mí, las habría enviado lejos hace mucho.

No dudo eso.

—Si vas con el Príncipe Dain a pesar de mis advertencias, si consigue poner su heredero en ti, no se lo cuentes a nadie antes de contármelo a mí. Júralo por la tumba de tu madre. —Siento sus uñas cuando su mano descansa sobre mi nuca y hago una mueca—. A nadie. ¿Me entiendes?

—Lo prometo. —No debería tener problemas en mantener esta promesa. Intento darle peso a las palabras, para que crea que lo digo de verdad—. En serio. Lo prometo.

Me suelta.

—Puedes irte. Descansa bien, Jude. Cuando te levantes, la coronación estará sobre nosotros y habrá poco tiempo para descansar.

Hago una reverencia y me voy.

En el pasillo, Taryn me está esperando. Está sentada en un banco tallado con serpientes enroscadas y balancea los pies. Cuando la puerta se cierra, levanta la vista.

—¿Qué está pasando con ella?

Sacudo la cabeza, intentando liberarme de la maraña de sentimientos.

—¿Sabías que solía ser consorte del Rey Supremo?



Las cejas de Taryn se levantan, y bufa, encantada.

—No. ¿Eso es lo que te ha dicho?

—Más o menos. —Pienso en la madre de Locke y el pájaro cantando en la bellota, en Eldred en su trono, la cabeza agachada por su propia corona. Me es difícil imaginármelo tomando amantes, mucho menos la cantidad que debía haber tomado para tener tantos hijos, un número antinatural para un hada. Y aun así, puede que eso solo sea un fallo de mi imaginación.

—Huh. —Taryn parece que está teniendo el mismo fallo de imaginación. Frunce el ceño, sorprendida por un momento, luego parece recordar lo que esperaba preguntarme—: ¿Sabes por qué ha estado aquí el Príncipe Balekin?

—¿Ha estado aquí? —No estoy segura que pueda soportar más sorpresas—. ¿Aquí, en la casa?

Asiente.

—Ha llegado con Madoc y han estado encerrados en su oficina durante horas.

Me pregunto cuánto más tarde han llegado después de la partida del Príncipe Dain. Con suerte, lo suficientemente después para que el Príncipe Dain no oyese nada sobre una sirvienta perdida. Mi mano me duele cada vez que la muevo, pero simplemente estoy agradecida de siquiera poder moverla. No estoy ansiosa por enfrentarme a más castigos.

Y aun así, Madoc no ha parecido enfadado conmigo justo ahora cuando me ha visto con mi vestido. Parecía normal, satisfecho incluso. Tal vez hablaban de otras cosas.

—Extraño —le digo a Taryn, porque estoy obligada a no contarle sobre lo de ser una espía y no encuentro la fuerza para contarle lo de Sophie.

Me alegro que la coronación ya casi llegue. Quiero que venga y se lleve todo lo demás.



Esa noche, dormito en mi cama, completamente vestida, esperando al Fantasma. Me he escaqueado de lecciones dos noches seguidas, la noche de



la fiesta de Locke y anoche, buscando a Sophie en el agua. Estará molesto cuando venga.

Pongo eso tan lejos en mi mente como puedo y me concentro en descansar. Inspirando e espirando.

Cuando vine a la Tierra de las Hadas por primera vez, tuve problemas para dormir. Pensarías que tenía pesadillas, pero no recuerdo muchas. Mis sueños luchaban por rivalizar el horror de mi vida real. En su lugar, no podía calmarme lo suficiente para descansar. Daba vueltas toda la noche y toda la mañana, mi corazón acelerado, finalmente cayendo en un sueño con dolor de cabeza por la tarde, cuando el resto de la Tierra de las Hadas se estaba despertando. Merodeaba por los pasillos de la casa como un espíritu inquieto, hojeando los antiguos libros, moviendo las piezas del tablero de Zorro y Ganso, tostando queso en las cocinas, y mirando la capucha mojada de sangre de Madoc, como si tuviera las respuestas del universo en sus apretadas líneas. Uno de los hobs que solía trabajar aquí, Nell Uther, me encontraba y me volvía a llevar a mi habitación, diciéndome que si no podía dormir, entonces tenía que cerrar los ojos y tumbarme sin moverme. Que al menos mi cuerpo podría descansar aunque mi mente no pudiera.

Estoy recostada así cuando escucho un crujido en el balcón. Me giro, esperando ver al Fantasma. Estoy a punto de molestarlo por hacer un sonido cuando me doy cuenta que la persona que hace tintinear las puertas no es el Fantasma en absoluto. Es Valerian, y tiene un cuchillo largo y curvado en una mano y una sonrisa igual de afilada tirando de su boca.

—¿Qué...? —Me apresuro a sentarme—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me doy cuenta que estoy susurrando, como si temiera que lo descubrieran.

Eres mi criatura, Jude Duarte. Atacarás solo cuando te diga que ataques. De lo contrario, guarda tus cartas.

Al menos, el Príncipe Dain no me encantó para obedecer esas órdenes.

—¿Por qué no debería estar aquí? —me pregunta Valerian, acercándose. Huele a pino y cabello quemado y hay una ligera capa de polvo dorado sobre una mejilla. No estoy segura de dónde ha estado antes de esto, pero no creo que esté sobrio.



—Esta es mi casa. —Estoy preparada para entrenar con el Fantasma. Tengo un cuchillo en la bota y otro en la cadera, pero estoy pensando en la orden de Dain, pensando en cómo no decepcionarlo más, no encuentro cómo. Estoy sorprendida de que Valerian esté aquí, en mi habitación.

Camina hacia mi cama. Está sosteniendo el cuchillo bastante bien, pero puedo notar que no está especialmente entrenado en eso. Él no es el hijo de un general.

—*Nada de esto es tu casa* —me dice, con la voz temblando de ira.

—Si Cardan te puso en esto, realmente deberías reconsiderar tu relación —digo, finalmente, ahora, con miedo. Por algún milagro, mi voz se mantiene estable—. Porque si grito, hay guardias en el pasillo. Vendrán. Tienen espadas grandes y puntiagudas. Enormes. Tu amigo va a hacerte matar.

Muestra tu poder al parecer sin poder.

No parece estar absorbiendo mis palabras. Sus ojos están salvajes, con los bordes enrojecidos y no completamente enfocados en mí.

—¿Sabes lo que dijo cuándo le conté que me habías apuñalado? Me dijo que no era más de lo que merecía.

Eso es imposible; Valerian debe haber entendido mal. Cardan debe haberse burlado de él por dejar que me metiera bajo su guardia.

—¿Qué esperabas? —pregunto, tratando de ocultar mi sorpresa—. No sé si lo notaste, pero el tipo es un verdadero imbécil.

Si Valerian no estaba seguro de querer apuñalarme antes, ahora lo está. Con un salto, golpea el cuchillo contra el colchón mientras me aparto del camino y me pongo de pie. Las plumas de ganso vuelan cuando retira el cuchillo, flotando en el aire como nieve. Se pone de pie mientras saco mi propia daga.

No reveles tu habilidad con la espada. No reveles tu dominio sobre los encantos. No reveles todo lo que puedes hacer.

Poco hizo el Príncipe Dain para saber que mi verdadera habilidad es molestar a la gente.



Valerian avanza de nuevo. Está intoxicado, furioso y no tan bien entrenado, pero es uno de los mágicos, nació con reflejos de gato y bendecido con altura, lo que le da un mejor alcance. Mi corazón está martilleando en mi pecho. Debería gritar por ayuda. Debería gritar.

Abro mi boca y se lanza hacia mí. El grito sale como un respiro mientras pierdo el equilibrio. Mi hombro golpea el suelo con fuerza mientras vuelvo a rodar. Tengo tanta práctica que, a pesar de mi sorpresa, pateo su cuchillo cuando se acerca a mí. Éste se desliza por el piso.

—Está bien —digo, como si tratara de calmarnos a los dos—. Está bien.

No se detiene. A pesar de que estoy sosteniendo un cuchillo, a pesar de que he evitado sus ataques dos veces y lo desarmé, a pesar de que lo he apuñalado una vez antes, agarra mi garganta de nuevo. Sus dedos se hunden en la carne de mi cuello, y recuerdo cómo se sintió tener fruta metida en mi boca, carne suave que se separaba contra mis dientes. Recuerdo ahogarme con el néctar y la pulpa mientras la horrible dicha de la manzana eterna se apoderó de mí, robándome que me importe incluso que estuviera muriendo. Él había querido verme morir, había querido verme luchar por respirar de la manera en que ahora estoy luchando por ello. Lo miro a los ojos y encuentro la misma expresión allí.

No eres nadie. Apenas existes en lo absoluto. Tu único propósito es crear más de tu especie antes de morir.

Está equivocado acerca de mí. Voy a hacer que mi efímera vida cuente para algo.

No le tendré miedo ni a él ni a la censura del Príncipe Dain. Si no puedo ser mejor que ellos, seré mucho peor.

A pesar de sus dedos contra mi tráquea, a pesar de la forma en que mi visión ha empezado a oscurecerse por los bordes, aseguro mi ataque antes de clavar mi cuchillo en su pecho. En su corazón.

Valerian rueda fuera de mí, haciendo un sonido de gorgoteo. Inhalo bocanadas de aire. Intenta pararse, se balancea y cae de rodillas. Mirando hacia él mareada, veo que la empuñadura de mi cuchillo sobresale de su pecho. El terciopelo rojo de su camisola se está volviendo de un rojo más profundo y húmedo.



Alcanza la hoja como para sacarla.

—No —digo automáticamente, porque eso solo empeorará la herida. Agarro algo que esté cerca, hay una enagua descartada en el suelo que puedo usar para detener el flujo de sangre. Se desliza hacia abajo sobre su costado, lejos de mí, y me mira con desdén, aunque apenas puede abrir los ojos.

—Tienes que dejarme... —empiezo.

—Te maldigo —susurra Valerian—. Te maldigo. Tres veces, te maldigo. Así como me has asesinado, que tus manos siempre estén manchadas de sangre. Que la muerte sea tu única compañera. Qué tú... —Se queda callado bruscamente, tosiendo. Cuando se detiene, no se mueve. Sus ojos permanecen como están, medio cerrados, pero el brillo se ha apagado.

Mi mano herida vuela para cubrir mi boca horrorizada por la maldición, como para detener un grito, pero no grito. No he gritado todo este tiempo, y no voy a comenzar ahora, cuando no hay nada más por lo que gritar.

A medida que pasan los minutos, simplemente me quedo sentada al lado de Valerian, observando cómo la piel de su rostro se vuelve más pálida a medida que la sangre ya no bombea, observando cómo sus labios se vuelven de un azul verdoso. No muere de manera diferente a los mortales, aunque estoy segura que le molestaría saber eso. Podría haber vivido durante mil años, si no fuera por mí.

Mi mano duele peor que nunca. Debo haberla golpeado en la pelea.

Miro alrededor y veo mi propio reflejo en el espejo al otro lado de la habitación: una chica humana, con el cabello alborotado, los ojos febriles, un charco de sangre formándose a sus pies.

El Fantasma ya viene. Sabrá qué hacer con un cadáver. Él ciertamente ha matado gente antes. Pero el Príncipe Dain ya está enfadado conmigo solo por apuñalar al niño de un miembro bien favorecido de su corte. Matar a ese mismo niño la noche antes de la coronación de Dain no va a resultar bien. Las últimas personas que necesito que sepan sobre esto son la Corte de las Sombras.

No, necesito esconder el cuerpo.



Escaneo la habitación, esperando inspiración, pero el único lugar en el que puedo pensar que siquiera lo ocultará temporalmente es debajo de mi cama. Extiendo la enagua junto al cuerpo de Valerian y luego lo ruedo sobre ella. Me siento un poco mareada. Su cuerpo todavía está caliente. Ignorando eso, lo arrastro hasta la cama y lo empujo con todas las faldas debajo, primero con las manos y luego con mis pies.

Solo queda una mancha de sangre. Levanto la jarra de agua cerca de la bacinilla y salpico un poco sobre los tablones de madera del piso y luego algo en mi cara. Mi mano buena está temblando mientras termino de limpiar, y me hundo en el piso, ambas manos en mi cabello.

No estoy bien.

No estoy bien.

No estoy bien.

Pero cuando el Fantasma llegue a mi balcón, no puede saberlo, y eso es lo importante.



19

*Traducido por Gigi D, Lyla y AnnaTheBrave
Corregido por Flochi*

Esa noche, el Fantasma me enseña a trepar alturas mucho mayores que el descanso donde Taryn y yo nos quedamos la última vez. Escalamos todo el camino hasta el techo arriba del gran salón y nos apoyamos en las grandes columnas de madera. Están envueltas con raíces de árbol, que a veces se enredan en forma de jaula, a veces en balcones, y a veces en lo que parecen cuerdas flojas. Debajo de nosotros, las preparaciones para la coronación siguen. Terciopelo azul y manteles de tela dorada con adornos en plata son estirados, cada uno decorado con la cresta de la Casa de Zarza verde, un árbol de flores, espinas, y raíces.

—¿Crees que las cosas mejorarán después de que el Príncipe Dain se convierta Rey Supremo? —pregunto.

El Fantasma me da una vaga sonrisa y sacude la cabeza tristemente.

—Las cosas serán como siempre son —me dice—. Sólo que más.

No entiendo lo que quiere decir, pero es una respuesta bastante extensa por lo que sé que no sacaré mucho más de él. Pienso en el cuerpo de Valerian debajo de mi cama. Los mágicos no se descomponen de la misma forma que los mortales. A veces los cuerpos se cubren de musgo, o florecen hongos en ellos. He oído historias de cómo los campos de batalla se convierten en colinas verdes. Desearía poder volver para descubrir que se ha vuelto abono, pero dudo que tenga esa suerte.

No debería estar pensando en su cuerpo; debería estar pensando en él. Debería preocuparme por más que por ser atrapada.

Caminamos entre vigas y raíces, sin que nos vean, saltando alta y silenciosamente sobre las multitudes de sirvientes atareados. Me vuelvo hacia el Fantasma, viendo su rostro calmado y la forma experta con la que



apoya cada pie. Intento hacer lo mismo. Intento no usar mi mano dolorida más que para equilibrarme. Parece notarlo, pero no pregunta. Tal vez ya sepa lo que ocurrió.

—Ahora esperamos —dice, mientras nos acomodamos en una viga pesada.

—¿Por algo en particular? —pregunto.

—He recibido información de que un mensajero está viniendo desde la propiedad de Balekin, disfrazado de sirviente del Rey Supremo —dice—. Vamos a matarlo antes de que entre en la vivienda real.

El Fantasma lo dice sin ninguna emoción. Me pregunto por cuánto tiempo ha trabajado para Dain. Me pregunto si Dain le ha pedido alguna vez que atravesara un cuchillo por su mano, si los prueba a todos de esa forma, o si eso fue algo especial, sólo para mortales.

—¿Este mensajero viene a asesinar al Príncipe Dain? —pregunto.

—Mejor no descubrirlo —responde.

Debajo de mí, creaciones de azúcar están siendo decoradas con altos espirales de cristal. Manzanas cubiertas de caramelo se apilan en las mesas de banquete en cantidades suficientes para hacer soñar a la mitad de la Corte.

Pienso en la boca de Cardan, manchada de oro.

—¿Estás seguro que están viniendo?

—Lo estoy —dice, y nada más.

Entonces esperamos, e intento no moverme mientras los minutos se vuelven horas, moviéndome lo suficiente para evitar que mis músculos se acalambren. Esto es parte de mi entrenamiento, probablemente la parte que Fantasma considera más importante, después de la caminata silenciosa. Me ha dicho una y otra vez que gran parte de ser un asesino y ladrón es esperar. Lo más difícil según él, es no dejar que tu mente vague a otras cosas. Parece tener razón. Aquí arriba, viendo el andar de los sirvientes, mis pensamientos vuelven a la coronación, a la chica ahogada, a Cardan montando su caballo mientras yo huía de Hollow Hall, a la congelada sonrisa moribunda de Valerian.



Vuelvo mis pensamientos al presente. Debajo de mí, una criatura con una cola larga sin pelo que se arrastra en la tierra, se desliza por el suelo. Por un momento, pienso que es un trabajador de la cocina. Pero el bolso que lleva está demasiado sucio, y hay algo sutilmente incorrecto en su andar. Además no está vestido como un sirviente de Balekin, y tampoco su uniforme coincide con el de los demás trabajadores.

Miro al Fantasma.

—Bien —dice—. Ahora dispara.

Mis manos sudan mientras saco el pequeño arco, buscando estabilizarlo contra mi brazo. He crecido en una casa llena de matanza. Me he entrenado para esto. Mi recuerdo más temprano de la infancia es del baño de sangre. Ya he matado hoy. Y aun así, por un momento, no estoy segura de poder hacerlo.

No eres una asesina.

Respiro hondo y suelto la flecha. Mi brazo tiembla por el impacto. La criatura cae, agitando los brazos en el proceso y enviando una pirámide de manzanas rodando al suelo. Me presiono contra unas raíces gruesas, escondiéndome como me enseñaron. Los sirvientes gritan, buscando al perpetrador por todos lados.

A mi lado, el Fantasma tiene una sonrisa en su boca.

—¿Fue esta tu primera? —me pregunta. Y cuando lo miro me aclara—: ¿Alguna vez habías matado antes?

Y que la muerte sea tu única compañera.

Sacudo la cabeza, sin confiar en ser capaz de decir la mentira de manera convincente.

—A veces los mortales se enferman. O lloran —dice, claramente satisfecho de que no esté haciendo ninguna de esas cosas—. No debería avergonzarte.

—Me siento bien —digo, respirando hondo y poniendo una nueva flecha en el arco.

Me siento en cierta manera nerviosa, lista y llena de adrenalina. Parece que he pasado alguna especie de umbral. Antes, nunca sabía cuán



lejos llegaría. Ahora, creo tener la respuesta. Llegaré tan lejos como haya que llegar. Iré demasiado lejos.

Alza ambas cejas.

—Eres buena en esto. Buena habilidad y un estómago para la violencia.

Estoy sorprendida. El Fantasma no es uno que suela dar cumplidos.

He prometido volverme peor que mis rivales. Dos asesinatos en una noche marcan un descenso del que debería sentirme orgullosa. Madoc no podría haberse equivocado más respecto a mí.

—La mayoría de los niños de la Aristocracia no tienen la paciencia —dice—. Y no están acostumbrados a ensuciarse las manos.

No sé qué responderle, con la maldición de Valerian fresca en mi mente. Tal vez algo en mí se rompió cuando vi asesinados a mis padres. Tal vez mi vida tan retorcida me volvió alguien capaz de hacer cosas retorcidas. Pero otra parte de mí se pregunta si fue criada por Madoc en este negocio del derramamiento de sangre. ¿Soy así debido a lo que le hizo a mis padres o debido a que fue mi padre?

Y que tus manos siempre estén manchadas de sangre.

El Fantasma se estira para agarrar mi muñeca, y antes de que pueda retirarla, señala las medias lunas pálidas en la base de mis uñas.

—Hablando de manos, puedo ver lo que has estado haciendo en la decoloración de tus dedos. El tono azul. Puedo olerlo en tu sudor, también. Te has estado envenenando a ti misma.

Trago saliva, y luego, porque no hay razón para negarlo, asiento.

—¿Por qué? —Lo que me gusta del Fantasma es que puedo decir que no me está tendiendo una trampa para regañarme. Solo parece curioso.

No estoy segura de cómo explicarlo.

—Ser mortal significa que tengo que esforzarme más.

El Fantasma estudia mi cara.

—Alguien realmente te vendió una sarta de mentiras. Muchos mortales son mejores en muchas cosas que los mágicos. ¿Por qué crees que nos los robamos?

Me toma un momento darme cuenta que habla en serio.

—Así que, ¿podría ser...? —No puedo terminar la frase.

Resopla.

—¿Mejor que yo? No presiones tu suerte.

—Eso no es lo que iba a decir —protesto, pero él solo sonríe. Miro hacia abajo. El cuerpo todavía está acostado allí. Algunos caballeros se han reunido a su alrededor. Tan pronto como muevan el cuerpo, nos moveremos también—. Solo necesito poder vencer a mis enemigos. Eso es todo.

Se ve sorprendido.

—¿Tienes muchos enemigos, entonces? —Estoy segura que me imagina entre los niños de la Aristocracia, con sus manos suaves y faldas de terciopelo. Piensa en pequeñas crueldades, pequeños desprecios, desaires menores.

—No muchos —digo, pensando en la mirada perezosa y odiosa que Cardan me dio a la luz de las antorchas en el laberinto de setos—. Pero son de calidad.

Cuando los caballeros finalmente llevan el cuerpo lejos y nadie nos está buscando más, el Fantasma me lleva de nuevo a través de las raíces. Nos deslizamos a través de los corredores hasta que él puede acercarse lo suficiente a la bolsa de mensajería para robar los papeles del interior. De cerca, sin embargo, me doy cuenta de algo que me enfría la sangre. El mensajero estaba disfrazado. La criatura es femenina, y aunque su cola es falsa, su nariz larga de chirivía es completamente real. Es una de las espías de Madoc.

El Fantasma mete la nota en su chaqueta y no la desenrolla hasta que estamos afuera en el bosque, con solo luz de luna para ver. Sin embargo, cuando mira, su expresión se vuelve pétrea. Agarra el papel con tanta fuerza que se arruga entre sus dedos.

—¿Qué dice? —pregunto.



Da vuelta la página hacia mí. Allí, seis palabras están garabateadas: MATAR AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE.

—¿Qué significa eso? —pregunto, sintiéndome mal.

El Fantasma niega con la cabeza.

—Significa que Balekin nos tendió una trampa. Vamos. Tenemos que irnos.

Me arrastra hacia las sombras y juntos nos escabullimos. No le digo al Fantasma que pensé que ella trabajaba para Madoc. En cambio, trato de resolver las cosas por mi cuenta. Pero tengo muy pocas piezas.

¿Qué tiene que ver el asesinato de Liriope con la coronación? ¿Qué tiene Madoc que ver con esto? ¿Podría su espía haber sido agente doble, trabajando para Balekin y para Madoc? Si es así, ¿significa eso que estaba robando información de mi hogar?

—Alguien está tratando de distraernos —dice el Fantasma—. Mientras ellos establecen su trampa. Estate alerta mañana.

El Fantasma no me da órdenes más específicas, ni siquiera me dice que deje de tomar mis pequeñas dosis de veneno. No me ordena hacer algo diferente; me lleva a casa para dormir algo justo después del amanecer. Cuando estamos a punto de separarnos, quiero detenerme y ponerme en su misericordia. *He hecho algo terrible, quiero decir. Ayúdame con el cuerpo. Ayúdame.*

Pero todos queremos cosas estúpidas. Eso no significa que deberíamos tenerlas.



Entierro a Valerian cerca de los establos, pero fuera del potrero, de modo que incluso los caballos de dientes afilados más carnívoros de Madoc probablemente no lo desenterrarán y le roerán los huesos.

No es fácil enterrar un cuerpo. Especialmente no es fácil enterrar un cuerpo sin que toda la familia lo descubra. Debo hacer rodar a Valerian en mi balcón y arrojarlo a la maleza debajo. Luego, con una sola mano, debo arrastrarlo lejos de la casa. Estoy esforzándome y sudando para cuando



llego a una posible parcela de hierba cubierta de rocío. Los pájaros recién despertados se llaman unos a otros bajo el brillante cielo.

Por un momento, todo lo que quiero hacer es acostarme.

Pero todavía tengo que cavar.



La tarde siguiente es un borrón desprovisto de sueño, de ser pintada y trenzada, encorsetada y ceñida. Tres aretes de oro gordos suben por el costado de una de las orejas verdes de Madoc y lleva largas garras de oro sobre sus dedos. Oriana se ve como una rosa en flor a su lado, con un enorme collar de esmeraldas verdes en su garganta, lo suficientemente grande para casi contar como una armadura.

En mi habitación, desenvuelvo mi mano. Se ve peor de lo que esperaba: húmeda y pegajosa en lugar de costra. Hinchada. Finalmente acepto el consejo de Dain y saco un poco de musgo de las cocinas, lavo la herida y la vuelvo a envolver con mi botón de tirante improvisado. No planeaba usar guantes para la coronación, pero no tengo muchas opciones. Buscando en mis cajones, encuentro un conjunto de seda azul oscuro y me los pongo.

Me imagino a Locke tomándome de las manos esta noche, imagino que me está arrastrando por la colina. Espero poder evitar estremecerme si presiona mi palma. Nunca puedo dejar que adivine qué le pasó a Valerian. No importa cuánto le guste, no le gustaría besar a la persona que mató a su amigo.

Mis hermanas y yo nos pasamos la una a la otra en el pasillo cuando damos la vuelta, agarrando cosas extraviadas que necesitamos. Vivienne revisa mi gabinete de joyas, y no encuentra nada que coincida adecuadamente con su vestido fantasmal.

—En verdad vendrás con nosotros —digo—. Madoc quedará atónito.

Estoy usando una gargantilla para cubrir los moretones floreciendo en mi garganta donde los dedos de Valerian se hundieron en mi piel. Cuando Vivi se pone de rodillas para ordenar una maraña de pendientes, me aterroriza que mire debajo de mi cama y vea un poco de sangre que me he olvidado de limpiar. Estoy tan preocupada que apenas registro su sonrisa.



—Me gusta mantener a todos alerta —dice ella—. Además, quiero cotillear con la princesa Rhyia y ver el espectáculo que son tantos gobernantes de las Cortes en un solo lugar. Pero sobre todo, quiero conocer al pretendiente misterioso de Taryn y ver qué hace Madoc de su propuesta.

—¿Tienes idea de quién es? —le pregunto. Con todo lo que había ocurrido, casi me había olvidado de él.

—Ni idea. ¿Y tú? —Encuentra lo que está buscando, gotas iridiscentes de labradorita gris que me regaló Taryn para mi decimosexto cumpleaños, forjado por un calderero duende con quien intercambié tres besos.

En momentos de ocio, me he preguntado quién pediría su mano. Pienso en la manera en la que Cardan la hizo llorar. Pienso en la mirada lasciva de Valerian. En cómo me empujó demasiado fuerte cuando bromeé sobre Balekin, aunque estoy casi segura que no es él. Mi cabeza nada, y quiero recostarme de nuevo en la cama y cerrar los ojos. Por favor, por favor que no sea ninguno de ellos. Que sea alguien agradable que no conocemos.

Recuerdo lo que ella me dijo: *Creo que te gustaría.*

Girándome hacia Vivi, estoy por comenzar a hacer una lista de posibilidades seguras cuando Madoc entra a mi habitación. Sostiene una delgada hoja con funda plateada en una mano.

—Vivienne —dice con una pequeña inclinación de su cabeza—. ¿Podrías darme un momento con Jude?

—Por supuesto, *papi* —dice ella con un pequeño y ponzoñoso énfasis mientras se desliza fuera con mis aretes.

Aclara su garganta con un poco de incomodidad y sostiene la espada hacia mí. El protector y el pomo no están adornados, pero tienen una forma elegante. La hoja está grabada a lo largo del centro con un patrón de vides apenas visible.

—Tengo algo que me gustaría que llevaras esta noche. Es un regalo.

Creo que suelto un jadeo. Es una espada en serio, en serio, en serio linda.

—Has estado entrenando tan diligentemente que supe que debía ser tuya. Su creador la llamó Nightfell, pero por supuesto que eres bienvenida a llamarla como quieras o de ninguna manera. Se dice que le trae suerte al



portador, pero todos dicen eso sobre las espadas, ¿verdad? Es algo como una herencia familiar.

Las palabras de Oriana vuelven a mí: *Está enamorado de ustedes. Debíó haber amado mucho a su madre.*

—Pero, ¿qué hay sobre Oak? —suelto—. ¿Y si él la quiere?

Madoc me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Tú la quieres?

—Sí —digo, incapaz de contenerme a mí misma. Cuando la saco de su funda, está como hecha para mi mano. El equilibrio es perfecto—. Sí, por supuesto que lo hago.

—Eso es bueno, porque es tuya por derecho, forjada para mí por tu padre, Justin Duarte. Él fue quien la fabricó, quién la nombró. Es *tu* herencia familiar.

Momentáneamente me quedo sin aliento. Nunca antes he oído el nombre de mi padre dicho en voz alta por Madoc. No mencionamos el hecho que él asesinó a mis padres; lo evitamos.

Ciertamente no hablamos de cuando ellos estaban vivos.

—Mi padre hizo esto —digo con cuidado, para estar segura—. ¿Él estuvo aquí, en la Tierra de las Hadas?

—Sí, por muchos años. Solo tengo unas pocas piezas suyas. Encontré dos, una para ti y una para Taryn. —Él hace una mueca—. Tu madre lo conoció aquí. Huyeron juntos, de vuelta al mundo mortal.

Tomo una respiración temblorosa, encontrando el valor para hacer una pregunta que a menudo me he preguntado, pero que nunca me había atrevido a expresar en voz alta.

—¿Cómo eran? —Me estremezco cuando las palabras salen de mi boca. Ni siquiera sé si quiero que me lo diga. A veces solo quiero odiarla; si puedo odiarla, entonces no será tan malo que lo ame.

Pero, por supuesto, aun es mi madre. La única cosa por la que puedo enfadarme con ella es por haberse ido y eso no es su culpa.



Madoc se sienta en el taburete de pata de cabra frente a mi tocador y estira su pierna mala, mirando el mundo como si fuera a contarme una historia antes de dormir.

—Ella era inteligente, tu madre. Y joven. Luego de que la traje a la Tierra de las Hadas, bebió y bailó por semanas. Estaba en el centro de cada deleite.

»No siempre podía acompañarla. Había una guerra en el Este, un rey Oscuro con mucho territorio y ningún deseo de arrodillarse ante el Rey Supremo. Pero bebí por su alegría cuando estuve aquí. Ella tenía una manera de hacer que todos a su alrededor sintieran que todo lo imposible era posible. Supongo que lo atribuí a su mortalidad, pero no creo que estuviera siendo justo. Era algo más. Su atrevimiento, tal vez. Ella nunca pareció intimidada, ni por la magia, ni por nada.

Pensé que estaría enojado, pero obviamente no lo está. De hecho, su voz contiene un inesperado cariño. Me siento en el banco frente a mi cama, sosteniendo mi nueva espada.

—Tu padre era interesante. Me imagino que pensaste que no lo conocí, pero él fue a mi casa, mi antigua casa, la que quemaron, muchas veces. Bebíamos vino de miel en los jardines, los tres. Decía que había amado las espadas desde que era niño. Cuando tenía tu edad, convenció a sus padres de que lo dejaran armar su primera forja en el jardín trasero.

»En vez de ir a la universidad, encontró un maestro de espadas que lo tomó como su aprendiz. A partir de entonces, consiguió que le presentaran al asistente de un curador del museo. Ella lo dejaba entrar luego de la hora de cierre, lo que le permitió ver antiguas espadas de cerca y perfeccionar su oficio. Pero luego escuchó acerca de las clases de cuchillas que solo podían ser fabricadas por las hadas, así que vino a buscarnos.

»Era un maestro herrero cuando vino aquí y aún mejor cuando se fue. Pero no pudo resistirse a jactarse de robar nuestros secretos junto con una novia. Finalmente, la historia llegó a Balekin, quien me la contó.

Si mi padre realmente había hablado con Madoc, debería haber sabido que no debía presumir de haberle robado. Pero me he parado en las calles del mundo mortal y he podido ver lo lejano que parece de Elfhome. Con el pasar de los años, su tiempo en la Tierra de las Hadas ha de haberle parecido un sueño distante.



—Hay poco bien en mí —dice Madoc—. Pero estoy en deuda contigo, and he jurado hacer lo que sepa que es lo mejor para ti.

Me levanto, cruzando la habitación para poner una mano enguantada sobre la piel pálida y verde de su cara. Él cierra sus ojos de gato. No puedo perdonarlo, pero tampoco puedo odiarlo. Nos quedamos así un momento, luego levanta la vista, toma mi mano sin vendajes, y besa el dorso de esta, boca contra tela.

—Después de hoy, las cosas serán diferentes —me dice—. Te esperaré en el carruaje.

Me deja. Sostengo mi cabeza. Mis pensamientos no se enfocan. Cuando me levanto, sin embargo, ato mi nueva espada. Es fría y sólida en mis manos, pesada como una promesa.



20

*Traducido por Brisamar58, Ximena, Naomi y Flopy
Corregido por Flochi*

Oak está de verde grillo, bailando frente al carruaje. Cuando me ve, corre, queriendo que lo cargue, luego se escapa para acariciar a los caballos antes de que pueda hacerlo. Es un niño hada, con los caprichos de un niño hada.

Taryn está hermosa en su vestido densamente bordado y Vivi radiante en un suave gris violeta con polillas artísticamente cosidas que parecen volar desde su hombro cruzando su pecho para juntarse en otro grupo a un lado de su cintura. Me doy cuenta que rara vez la he visto con ropas realmente espléndidas. Tiene el cabello recogido y mis pendientes brillan en sus orejas ligeramente peludas. Sus ojos de gato brillan en la media luz, iguales a los de Madoc. Por una vez, eso me hace sonreír. Tomo la mano de Taryn con la que no está dañada y ella la aprieta con fuerza. Nos sonreímos la una a la otra, conspiradoras por primera vez.

En el carruaje, hay una gran cantidad de cosas para comer, que fue inteligente de parte de alguien, porque ninguno de nosotros se ha acordado de comer lo suficiente en todo el día. Me quito un guante y como dos panecillos de pan tan livianos y llenos de aire que parecen disolverse en mi lengua. En el centro de cada uno hay una masa de pasas y nueces con miel, su dulzura lo suficiente como para traer lágrimas a mis ojos. Madoc me pasa una tajada de queso amarillo pálido y una porción todavía sangrienta de venado con costra de enebro y pimienta. Hacemos un trabajo rápido de la comida.

Veo la capucha roja de Madoc, medio dentro y medio fuera del bolsillo delantero. Su versión de una medalla, supongo, para ser usada en ocasiones de estado.

Ninguno de nosotros habla realmente. No sé en qué piensan los demás, pero de repente, me doy cuenta que voy a tener que bailar. Soy



terrible en el baile, ya que no he tenido otra práctica que no sean humillantes lecciones en la escuela, en asociación con Taryn.

Pienso en Fantasma, la Cucaracha y Bomba, tratando de salvar a Dain de lo que sea que Balekin haya planeado. Desearía saber qué hacer, cómo ayudarlos.

MATAR AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE.

Miro a Madoc, bebiendo vino con especias. Parece completamente cómodo, totalmente ajeno, o no le preocupa, la pérdida de uno de sus espías.

Mi corazón late más rápido. Sigo recordando no limpiar mi mano en mis faldas por temor a mancharlas con comida. Finalmente, Oriana saca unos pañuelos empapados en agua de menta y rosa para que nos limpiemos. Esto desencadena una persecución, con Oak tratando de evitar ser lavado. No hay mucho por donde corra en el carruaje, pero sigue más tiempo del que pensarías, pisándonos a todos en el proceso.

Estoy tan distraída que ni siquiera respiro hondo automáticamente cuando atravesamos la roca y entramos en el palacio. Estamos dando tumbos al detenernos hasta que me doy cuenta que hemos llegado. Un lacayo abre la puerta y veo todo el patio lleno de música, voces y alegría. Y velas, bosques de ellas, la cera derritiéndose para crear un efecto como la madera comida por las termitas. Las velas descansan sobre las ramas de los árboles, las llamas parpadean con el zumbido de los vestidos que pasan por debajo. Se alinean en las paredes como centinelas y se agrupan en apretados arreglos sobre piedras, iluminando la colina.

—¿Lista? —me susurra Taryn.

—Sí —digo un poco sin aliento.

Salimos del carruaje. Oriana tiene una pequeña correa de plata que sujeta a la muñeca de Oak, lo que no me parece la peor idea, aunque él gime y se sienta en la tierra en señal de protesta, como un gato.

Vivienne mira alrededor del patio. Hay algo salvaje en su mirada. Sus fosas nasales se abren.

—¿Se supone que debemos presentarnos al Rey Supremo una última vez? —le pregunta a Madoc.

Él le da media sacudida de la cabeza.



—No. Seremos llamados cuando llegue el momento de tomar nuestros juramentos. Hasta entonces, debo estar junto al Príncipe Dain. El resto de ustedes debería ir a disfrutar hasta que suenen las campanas y Val Moren comience la ceremonia. Luego, vengan a la sala del trono para presenciar la coronación. Deben estar cerca del estrado, donde mis caballeros puedan cuidarles.

Me vuelvo hacia Oriana, esperando otro discurso sobre no meterme en problemas o incluso un nuevo discurso sobre cómo mantener las piernas cerradas cerca de la realeza, pero está demasiado ocupada rogándole a Oak que salga del camino.

—Vamos de fiesta —dice Vivi, mientras nos lleva a Taryn y a mí. Nos escapamos hacia la multitud, y momentos después, nos estamos sumergiendo en ella.

El Palacio de Elfhame está lleno de cuerpos. Las hadas salvajes, cortesanos y monarcas socializando juntos. Selkies de la Corte de Bajo el Mar de la Reina Orlagh hablan juntos en su propio idioma, pieles colgadas de sus hombros como capas. Veo al señor de la Corte de Termitas, Roiben, quien se dice que mató a su propio amante para ganar un trono. Está parado cerca de una de las largas mesas de caballete, e incluso en el estrecho pasillo, hay espacio a su alrededor, como si nadie se atreviera a acercarse demasiado. Su cabello es del color de la sal, sus prendas completamente negras y una espada curva mortal se asienta en su cadera. Incongruamente, junto a él, una chica pixie de piel verde está vestida con lo que parece ser un vestido gris perla y pesadas botas con cordones, obviamente ropa mortal. Y a ambos lados de la pixie hay dos caballeros con su librea, una con el cabello escarlata trenzado en una corona sobre su cabeza. Dulcamara, quien nos regañó en la corona.

Hay otras, figuras de las que he oído hablar en las baladas: Rue Silver de New Avalon, que cortó su isla de la costa de California, está hablando con el hijo exiliado de Alderking, Severin, que podría tratar de aliarse con el nuevo Rey Supremo o podría unirse a la Corte de Lord Roiben. Está con un chico humano pelirrojo de mi edad, lo que me hace detenerme a estudiarlos. ¿El chico es su sirviente? ¿Está encantado? No puedo notarlo solo por la forma en que mira alrededor de la habitación, pero cuando me ve mirando, sonríe.

Me alejo rápidamente.



Mientras lo hago, los selkies se mueven y veo a alguien más con ellos. De piel gris y labios azules, el cabello colgando alrededor de su cara de ojos hundidos. Pero a pesar de todo eso, la reconozco. Sophie. Había escuchado historias sobre los mágicos del agua de Bajo el Mar que guardaban a los marineros ahogados, pero no las creía. Cuando su boca se mueve, veo que tiene dientes afilados. Un escalofrío recorre mis hombros.

Me tropiezo con Vivi y Taryn. Cuando miro hacia atrás, no veo a Sophie y no estoy del todo segura de no haberla imaginado.

Nos deslizamos más allá de un shagfoal y un barghest. Todo el mundo se ríe demasiado fuerte, bailando ferozmente. Cuando paso a un juerguista con una máscara de duende, la levanta y me guiña un ojo. Es Cucaracha.

—Oí hablar de la otra noche. Buen trabajo —dice—. Ahora mantén tus ojos abiertos para ver cualquier cosa que parezca incorrecta. Si Balekin va a moverse contra Dain, lo hará antes de que comience la ceremonia.

—Lo haré —le digo, liberándome de mis hermanas para quedarme con él un momento. En una multitud de este tamaño, es fácil perderse brevemente.

—Bueno. Vine a ver cómo el príncipe Dain gana la corona con mis propios ojos. —Mete la mano en su chaqueta marrón, saca un frasco plateado, quita la tapa y toma un trago—. Además de ver las cabriolas de la Aristocracia y verlos hacer el ridículo.

Me alcanza el frasco con una mano con garras verde grisácea. Incluso desde ahí, puedo oler lo que hay dentro, picante, fuerte y un poco pantanoso.

—Estoy bien —le digo, negando con la cabeza.

—Claro que sí —me dice, riéndose y luego baja la máscara otra vez.

Me quedo sonriendo detrás de él mientras se aleja hacia la multitud. Solo verlo me ha llenado de una sensación de finalmente pertenecer a este lugar. Él, Fantasma y Bomba no son precisamente mis amigos, pero en realidad parece que les agrado y no me inclino a buscar tres pies al gato. Tengo un lugar con ellos y un propósito.

—¿Dónde has estado? —pregunta Vivienne, agarrándome—. Necesitas una correa como la de Oak. Ven, vamos a bailar.



Giro con ellas. Hay música en todas partes, instando a pasos ligeros. Dicen que la atracción de la música de las hadas es imposible de resistir, lo cual no es del todo cierto. Lo que es imposible es dejar de bailar una vez que hayas empezado, mientras la música continúe. Y lo hace, toda la noche, una danza yendo tras el siguiente, una canción convirtiéndose en otra sin pausa para recuperar el aliento. Es emocionante estar atrapada en la música, ser barrido en la marea. Por supuesto, Vivi, siendo una de ellas, puede detenerse cuando quiera. Ella también puede sacarnos, así que bailar con ella es casi seguro. No es que Vivi siempre recuerde hacer lo seguro.

Pero en realidad, soy la última persona en juzgar a alguien por eso.

Nos tomamos de las manos y nos unimos a la danza circular, saltando y riendo. La canción se siente como si estuviera llamando mi sangre, moviéndola por mis venas al mismo ritmo desigual, con los mismos dulces acordes. El círculo se rompe, y de alguna manera estoy sosteniendo las manos de Locke. Él me arrastra en un zumbido vertiginoso.

—Eres muy hermosa —dice—. Como una noche de invierno.

Me sonrío con sus ojos de zorro. Su cabello rubio se enrosca alrededor de sus orejas puntiagudas. De un lóbulo cuelga un arete dorado que atrapa la luz de las velas como un espejo. Él es el hermoso, una especie de belleza sin aliento, inhumana.

—Me alegro de que te guste el vestido —consigo decir.

—Dime, ¿podrías amarme? —pregunta, como no quiere la cosa.

—Por supuesto. —Me río, no estoy segura de la respuesta que debo dar. Pero la pregunta está tan extrañamente formulada que casi no puedo negarme. Amo al asesino de mis padres; supongo que podría amar a cualquiera. Me *gustaría* amarlo.

—Me pregunto —dice—. ¿Qué harías por mí?

—No sé a qué te refieres. —Esta enigmática figura con ojos fijos no es la de Locke que estaba en el tejado de su propiedad y me habló tan amablemente o que me persiguió, riendo, por sus pasillos. No estoy segura de quién es este Locke, pero me ha desconcertado por completo.

—¿Renunciarías a una promesa por mí? —Me sonrío como si estuviera bromeando.



—¿Qué promesa? —Me arrastra a su alrededor, mis zapatillas de cuero haciendo piruetas sobre la tierra compacta. En la distancia, un gaitero comienza a tocar.

—Cualquier promesa —dice a la ligera, aunque no es nada ligero lo que está preguntando.

—Supongo que depende —digo, porque la respuesta real, es un no rotundo, no es lo que alguien quiere oír.

—¿Me amas lo suficiente como para renunciar a mí? —Estoy segura que mi expresión es afligida. Él se inclina más cerca—. ¿No es eso una prueba de amor?

—Yo... no sé —le digo. Todo esto debe conducir a alguna declaración de su parte, ya sea de afecto o de falta de ello.

—¿Me amas lo suficiente como para llorar por mí? —Las palabras son pronunciadas contra mi cuello. Puedo sentir su aliento, hacer que los pequeños vellos se pongan de punta, haciéndome estremecer con una extraña combinación de deseo e incomodidad.

—¿Quieres decir si estás herido?

—Quiero decir si te hago daño.

Mi piel pica. No me gusta esto Pero al menos sé qué decir.

—Si me lastimas, no lloraría. Te lastimaría de vuelta.

Su paso vacila al barrer el suelo.

—Estoy seguro que tú...

Y luego deja de hablar, mirando detrás de él. Apenas puedo pensar. Mi cara está caliente. Me da miedo lo que diga a continuación.

—Es hora de cambiar de pareja —dice una voz, miro y es la peor persona posible: Cardan—. Oh —le dice a Locke—. ¿Te robé tu línea?

Su tono es antipático, y mientras repaso sus palabras en mi mente, hacen poco por consolarme.

Locke me entrega al príncipe más joven, como se espera por deferencia. Veo por el rabillo del ojo que Taryn nos está mirando. Está paralizada en medio de la fiesta, pareciendo perdida, mientras las hadas se



arremolinan a su alrededor, balanceando a sus parejas en vertiginosas espirales. Me pregunto si Cardan la molestó antes de que me molestara.

Toma mi mano herida en la suya. Lleva guantes negros, el cuero está caliente incluso a través de la seda sobre mis dedos, y un traje negro de vestir. Plumas de cuervo cubren la mitad superior de su jubón, y sus botas tienen puntas de metal excesivamente puntiagudas que me hacen consciente de lo fácil que será patearme salvajemente una vez que hayamos comenzado a bailar. En su frente, él usa una corona de ramas de metal entrelazadas, ligeramente torcidas. La oscura pintura plateada se extiende sobre sus pómulos y líneas negras recorren sus pestañas. El izquierdo está manchado, como si lo hubiera olvidado y se hubiese lavado el ojo.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto, forzando las palabras. Todavía estoy pensando en Locke, todavía dando vueltas por lo que dijo y lo que no dijo—. Adelante. Insúltame.

Sus cejas se elevan.

—No recibo órdenes de los mortales —dice con su habitual sonrisa cruel.

—Así que, ¿vas a decir algo bueno? No lo creo. Las hadas no pueden mentir. —Quiero estar enojada, pero lo que siento ahora es gratitud. Mi cara ya no está ardiendo y mis ojos no son punzantes. Estoy lista para pelear, lo cual es mucho mejor. Aunque estoy segura que es lo último que quería provocar, me hizo un enorme favor cuando me apartó de Locke.

Su mano se desliza más abajo en mi cadera. Estrecho mis ojos hacia él.

—Realmente me odias, ¿verdad? —pregunta, su sonrisa agrandándose.

—Casi tanto como me odias —digo, pensando en la página con mi nombre rayado. Pensando en la forma en que me miró cuando estaba borracho en el laberinto de setos. La forma en que me está mirando ahora.

Suelta mi mano.

—Hasta que nos enfrentemos nuevamente —dice, haciendo una reverencia que no puedo evitar sentir que no es más que burla.



Lo miro mientras se tambalea inestablemente a través de la multitud, sin saber qué hacer con esa conversación.



Las campanas comienzan a sonar, lo que indica el comienzo de la ceremonia. Los músicos silencian sus violines y arpas. Por un largo momento, el cerro está en silencio, escuchando, y luego las personas se trasladan a sus lugares. Me abro paso hacia el frente, donde el resto de la Aristocracia de la Corte del Rey Supremo se está reuniendo. Donde estará mi familia. Oriana ya está allí, de pie junto a uno de los mejores caballeros de Madoc y con aspecto de desear estar en otro lado. Oak está sin su correa y en los hombros de Taryn. Ella está susurrando algo que hace reír a Locke.

Dejo de moverme. La multitud surge a mí alrededor, pero estoy atascada en el lugar cuando Taryn se inclina y mete un mechón de cabello detrás de la oreja de Locke.

Hay tanto en ese pequeño gesto. Intento hacerme creer que no significa nada, pero después de la extraña conversación que tuvimos, no puedo. Pero Taryn tiene un amante, uno que va a pedir su mano esta noche. Y sabe que Locke y yo somos... lo que sea que seamos.

¿Me amas lo suficiente como para renunciar a mí? ¿No es eso una prueba de amor?

Vivienne ha salido de la multitud, ojos de gato brillantes, cabello suelto alrededor de su cara. Ella toma a Oak en sus brazos y lo balancea por todos lados hasta que ambos caen volando sobre las faldas de Vivi. Debo ir, pero no lo hago.

No puedo enfrentar a Taryn todavía, no cuando no puedo sacarme de la cabeza un pensamiento tan desleal.

En cambio, me quedo atrás, viendo a la familia real reunirse en el estrado. El Rey Supremo está sentado en su trono de ramas entrelazadas, usando la gruesa diadema, mirando desde su cara profundamente surcada de arrugas con ojos color bronce, como los de un búho. El príncipe Dain se sienta en un humilde taburete de madera a su lado, vestido con túnica blanca, con los pies y las manos desnudos. Y detrás del trono se encuentra el resto de la familia real: Balekin, Elowyn, Rhyia y Caelia. Incluso Taniot,



la madre del príncipe Dain, está presente con una prenda de brillante oro. El único miembro de la familia que falta es Cardan.

El Rey Supremo Eldred se levanta y toda la colina queda en silencio.

—Largo ha sido mi reinado, pero hoy me despido de ustedes. —Su voz retumba en la colina. Rara vez ha hablado de esta manera, a un gran grupo de nosotros y me impresiona tanto el poder de su voz y la fragilidad de su persona—. Cuando sentí la llamada para buscar la Tierra Prometida por primera vez, creí que pasaría. Pero no puedo resistirlo más. Hoy, ya no seré rey sino un vagabundo.

Aunque todos aquí deben saber que para esto fue que nos hemos reunido, aun así hay gritos de todos a mi alrededor. Un duende comienza a llorar en el cabello de un phooka con cabeza de cabra.

El Poeta de la Corte y Senescal, Val Moren, baja de un lado del estrado. Está encorvado, larguirucho, con su largo cabello lleno de palos, con un cuervo escaldado posado en un hombro. Se apoya pesadamente en una vara de madera lisa que ha empezado a brotar hojas en la parte superior, como si aún estuviera viva. Se rumorea que fue traído de las tierras mortales a la cama de Eldred en su juventud. Me pregunto qué hará ahora, sin su rey.

—Estamos renuentes a dejarte ir, mi señor —dice, y las palabras parecen adquirir una resonancia especial y agridulce saliendo de su boca.

Eldred ahueca sus manos, y las ramas del trono se estremecen y comienzan a crecer, enviando nuevos brotes verdes en forma de espiral al aire, hojas que se despliegan y brotes de flores que estallan a lo largo de ellos. Las raíces del techo comienzan a crecer, alargándose como enredaderas y arrastrándose por la parte inferior de la colina. Hay un olor en el aire, como una brisa de verano, pesado con la promesa de las manzanas.

—Otro ocupará mi lugar. Te pido, libérame.

Los mágicos reunidos hablan como uno, sorprendiéndome.

—*Te liberamos* —dicen, las palabras hacen eco a mi alrededor.

El Rey Supremo deja caer su pesado manto de estado de sus hombros. Este se arruga en la piedra en una pila incrustada de joyas. Toma la corona de hoja de roble de su propia cabeza. Incluso, se irgue más. Hay un ansia desconcertante en él. Eldred ha sido Rey Supremo de Elfhame por más



tiempo que los recuerdos de muchos de los mágicos; siempre me ha parecido antiguo, pero los años parecen desprenderse de él junto con el manto del reino.

—¿A quién pondrás en tu lugar, para ser nuestro Rey Supremo? —pregunta Val Moren.

—Mi tercer hijo, mi hijo Dain —dice Eldred—. Acércate, chico.

El Príncipe Dain se levanta de su humilde lugar en el taburete. Su madre quita la tela blanca que lo cubre, dejándolo desnudo. Parpadeo una vez. Estoy acostumbrada a una cierta cantidad de desnudez en la Tierra de las Hadas, pero no entre la familia real. Parado al lado de los demás en su brocado pesado y magnificencia bordada, se ve exquisitamente vulnerable.

Me pregunto si tiene frío. Pienso en mi mano herida y espero que sí.

—¿Aceptarás? —pregunta Val Moren. El cuervo escaldado en su hombro levanta alas negras y golpea el aire. No estoy segura si se supone que sea parte de la ceremonia.

—Asumiré la carga y el honor de la corona —dice Dain con gravedad, y en ese momento, su desnudez se convierte en algo más, en una señal de poder—. Lo haré.

—Corte Oscura, anfitriona nocturna, ven y unge a tu príncipe —dice Val Moren.

Una boggan camina hacia el estrado elevado. Su cuerpo está cubierto de espeso cabello dorado, sus brazos lo suficientemente largos como para arrastrarlos por el suelo si no los dobla. Se ve lo suficientemente fuerte como para romper al Príncipe Dain por la mitad. Alrededor de su cintura lleva una falda de retazos hecha de pieles y en una enorme mano lleva lo que parece un tintero.

Pinta su brazo izquierdo con largas espirales de sangre coagulada, las pinta sobre el estómago y baja por la pierna izquierda. Él no se inmuta. Cuando termina, retrocede para admirar su macabra obra y luego le hace una reverencia superficial a Eldred.

—Corte Luminosa, gente del crepúsculo, ven y unge a tu príncipe —dice Val Moren.



Un chico diminuto en una envoltura de lo que parece corteza de abedul, su cabello salvaje levantado en ángulos extraños, camina hacia el estrado. Pequeñas alas de color verde pálido se asientan en su espalda. Cuando unge el otro lado de Dain, lo pinta en gruesas franjas de polen, amarillas como la mantequilla.

—Hadas salvajes, mágicos tímidos, ven y unge a tu príncipe —dice Val Moren.

Es un hob que se adelanta esta vez, en un pequeño traje pulcro, cuidadosamente cosido. Lleva consigo un puñado de barro, que frota sobre el centro del pecho del príncipe Dain, justo encima de su corazón.

Finalmente diviso a Cardan entre la multitud, inestable sobre sus pies y con un odre en una mano. Parece que se ha embriagado profusamente. Cuando pienso en la mancha de pintura plateada en su cara y la forma en que su mano se deslizó en mi cadera, creo que estaba entonado cuando lo vi. Siento una satisfacción inmensa y mezquina de que él no está con la familia real en el momento más importante para la Corte en siglos.

Va a estar en tantos problemas.

—¿Quién lo vestirá? —pregunta Val Moren, y a su vez, cada una de sus hermanas y luego su madre le traen una túnica blanca y pantalones hechos de cuero, un collar de oro y botas altas de kidskin. Parece un rey de los libros de cuentos, uno que tendrá un reinado sabio y justo. Me imagino a Fantasma en las vigas, y a Cucaracha en su máscara, mirando con orgullo. Siento algo de ese mismo orgullo, estar juramentado con él.

Pero no puedo olvidar sus palabras para mí: *Eres mi criatura, Jude Duarte.*

Toco mi mano herida hasta la empuñadura de mi espada de plata, la espada que mi padre forjó. Después de esta noche, seré espía del Rey Supremo y un verdadero miembro de su corte. Voy a mentirles a sus enemigos y, si eso no funciona, encontraré la manera de hacer algo peor. Y si se me cruza en el camino, bueno, entonces encontraré una forma de evitar eso también.

Val Moren apoya con fuerza el extremo de su vara contra el suelo y siento la reverberación de mis dientes.

—¿Y quién lo coronará?



Eldred luce una expresión de orgullo. La corona brilla en sus nudosas manos, brillando como si la luz del sol emanara del metal mismo.

—Yo.

Los guardias están cambiando la configuración sutilmente, tal vez preparándose para escoltar a Eldred fuera del palacio. Hay más caballeros en los bordes de la multitud que cuando comenzó la ceremonia de coronación.

El Rey Supremo habla.

—Ven, Dain. Arrodillate ante mí.

El Príncipe heredero se inclina frente a su padre y la asamblea.

Mi mirada se dirige a Taryn, quien todavía está parada con Locke. Oriana tiene un brazo protector alrededor de Oak, uno de los lugartenientes de Madoc se inclina para hablar con ella. Hace un gesto hacia una puerta, y ella le dice algo a Vivi y luego se dirige hacia allí. Taryn y Locke siguen. Aprieto los dientes y empiezo a abrirme paso entre la multitud hacia ellos. No quiero deshonrarme como Cardan, al no estar donde se supone que debo estar.

La voz de Val Moren corta mis pensamientos.

—¿Y ustedes, los mágicos de Elfhame, aceptarán al Príncipe Dain como su Rey Supremo?

El grito se elevó de la multitud, en voces chirriantes y bramidos:

—Lo haremos.

Mi mirada se dirige a los caballeros que rodean el estrado. En otra vida, habría sido uno de ellos. Pero cuando mis ojos descansan allí, noto caras familiares. Los mejores comandantes de Madoc. Guerreros que son ferozmente leales.

No están vestidos con sus uniformes. Sobre la armadura brillante, usan la librea de Zarza Verde. Tal vez Madoc solo esté siendo cuidadoso, poniendo solamente a sus mejores hombres en posición. Pero el espía que maté, el que tenía el mensaje insultante, también era de Madoc.



Y Oriana, Oak y mis hermanas se fueron. Escoltados fuera de la colina por uno de los tenientes de Madoc justo cuando el estrado se volvió más fuertemente custodiado.

Tengo un plan para asegurar nuestros futuros.

Necesito encontrar a la Cucaracha. Necesito encontrar al Fantasma. Necesito decirles que algo está mal.

Un estratega bien experimentado espera la oportunidad correcta.

Empujo más allá de un trío de duendes y un troll y a uno de los Mágicos Silenciosos. Un spriggan me gruñe, pero no le hago caso. El final de la coronación está a la vista. Veo que se vuelven a llenar los cálices y las jarras.

Arriba en el estrado, Balekin ha dejado su lugar con los otros príncipes y princesas. Por un momento, creo que es parte de la ceremonia, hasta que saca una cuchilla larga y delgada, una que reconozco de su horrible duelo con Cardan. Dejo de moverme.

—Hermano —amonesta el Príncipe Dain.

—No te aceptaré —dice Balekin—. He venido a desafiarte por la corona. —Alrededor del estrado, veo a los caballeros desenvainando las espadas. Pero ni Elowyn ni Eldred, ni ninguno de los demás, ni Val Moren ni Taniot ni Rhyia, están armados. Solo Caelia saca un cuchillo de su corpiño, la cuchilla demasiado pequeña para ser de mucha utilidad.

Quiero sacar mi propia espada, pero todos están apretando demasiado fuerte.

—Balekin —dice Eldred severamente—. Niño. La Alta Corte no puede ser como las Cortes inferiores. No tenemos herencia de sangre. Ningún duelo con tu hermano me inducirá a poner una corona en tu indigna cabeza. Conténtate con mi elección. No te humilles delante de toda la Tierra de Hadas.

—Esto debería ser solo entre nosotros —le dice Balekin a Dain, sin reconocer que su padre incluso ha hablado—. No hay un Gran Monarca ahora. No hay nadie más que nosotros y una corona.

—No necesito pelear contigo —dice Dain, gesticulando hacia los caballeros agrupados alrededor del estrado, esperando una orden. Madoc



está entre ellos, pero no estoy lo suficientemente cerca como para ver más que eso—. Y no eres digno de siquiera esa consideración.

—Entonces lleva esto en tu conciencia. —Balekin camina dos pasos e impulsa su brazo. Ni siquiera mira en la dirección en la que está empujando, pero su hoja atraviesa la garganta de Elowyn. Alguien grita, luego todos lo hacen. Por un momento, la herida es solo una mancha contra su piel, y luego sale sangre, un río rojo. Se tambalea hacia adelante, hundiéndose sobre sus manos y rodillas. La tela dorada y las brillantes gemas se están ahogando en escarlata.

Fue un simple movimiento de la espada de Balekin, un gesto casi indiferente.

La mano de Eldred aparece. Creo que quiere conjurar la misma magia que hizo crecer las raíces, hizo florecer las ramas del trono y entrelazarse. Pero ese poder se fue; lo dejó ir junto con su reino. En cambio, las flores recién florecidas del trono se ponen marrones y se marchitan.

El cuervo en el hombro de Val Moren se pone a volar, graznando mientras vuela hacia las raíces que cuelgan del techo hueco de la colina.

—*Guardias* —dice Dain, con una voz que espera sea obedecida. Sin embargo, ninguno de los caballeros avanza hacia el estrado. Como uno mismo, se giran y así sus espaldas están hacia la familia real y sus espadas hacia la reunión. Están permitiendo que esto suceda, permitiéndole a Balekin organizar su golpe.

Pero no puedo creer que este sea el plan de Madoc. Dain es su amigo. Dain luchó con él. Dain lo recompensará una vez que sea el Rey Supremo.

La multitud se agita, llevándome con ella. Todo el mundo se mueve, avanza o se aleja del truculento cuadro. Veo que el rey de cabello canoso de la Corte de las Termitas trata de caminar hacia la lucha, pero sus propios caballeros se ponen delante de él, reteniéndolo. Mi familia se ha ido. Miro alrededor en busca de Cardan, pero está perdido entre la multitud.

Todo está sucediendo muy rápido. Caelia ha corrido al lado del Rey Supremo. Tiene un cuchillo pequeño, apenas lo suficientemente largo como para ser un arma, pero lo sostiene valientemente. Taniot se agacha sobre el cuerpo de Elowyn, tratando de detener la marea de sangre con las faldas de su vestido.



—¿Qué dices ahora, padre? —demanda Balekin—. ¿Hermano?

Dos rayos vuelan desde las sombras, golpeando al costado de Balekin. Se tambalea hacia adelante. La tela de su jubón parece rasgada, un destello de metal debajo. Armadura. Escaneo las vigas por el Fantasma.

Soy una representante del príncipe tanto él. Es mi deber llegar a Dain. Empujo hacia adelante de nuevo. En mi cabeza puedo ver una visión del futuro, como una historia que me cuento a mí misma, una narración clara y brillante para contrastar con el caos que me rodea. De alguna manera, llegaré al príncipe y lo defenderé contra la traición de Balekin hasta que los leales miembros de su guardia nos alcancen. Seré la heroína, la que se pondrá entre los traidores y su rey.

Madoc llega antes que yo.

Por un breve momento, estoy aliviada. Se podría comprar la lealtad de sus comandantes, pero Madoc nunca...

Entonces Madoc empuja su espada a través del pecho de Dain con tanta fuerza que la hoja emerge del otro lado. La arrastra, a través de su caja torácica, hasta su corazón.

Dejo de moverme y dejo que la multitud fluya a mi alrededor. Todavía estoy de piedra.

Veo un destello de hueso blanco, de húmedo músculo rojo. El príncipe Dain, que era casi el Rey Supremo, cae sobre la capa roja de estado con gemas, su sangre derramada se pierde en el revoltijo de joyas.

—Traidores —susurra Eldred, pero su voz se amplifica por el espacio. La palabra se siente mientras resuena por el pasillo.

Madoc hace una pausa y luego endurece su mandíbula, como si estuviera haciendo un deber sombrío. Ahora usa su capucha roja, la que vi sobresalir de su bolsillo, la que he estudiado en su vitrina. Esta noche la refrescará. Habrá nuevas marcas. Pero no puedo creer que lo esté haciendo por las órdenes de nadie.

Debió haberse aliado con Balekin, mal dirigiendo a los espías de Dain. Colocó a sus propios comandantes en su lugar, para mantener a la familia real aislada de cualquiera que los ayudaría. Instó a Balekin a orquestar un ataque en el único momento que nadie se lo esperaría. Incluso descubrió que la única forma de no desencadenar la maldición de la muerte de la



corona era moverse cuando no descansaba en la cabeza de nadie. Conociéndolo como lo hago, estoy segura que planeó este golpe.

Madoc ha traicionado a Eldred, y Dain se ha ido, llevándose todas mis esperanzas y planes con él.

Las coronaciones son un momento donde muchas cosas son posibles.

Balekin parece insufriblemente satisfecho consigo mismo.

—Dame la corona.

Eldred suelta la diadema de su mano. Esta rueda un poco por el piso.

—Tómala tú mismo si es lo que deseas.

Caelia está haciendo un sonido terrible. Rhyia mira a la multitud con horror. Val Moren se encuentra al lado de Eldred, el rostro de su pequeño poeta pálido. Con los caballeros rodeándolo, el estrado es como un escenario terrible, donde todos los jugadores están condenados a pasar por sus roles hasta el mismo final sangriento.

Las manos de Madoc están empapadas en rojo. No puedo dejar de miraras.

Balekin levanta la Corona Suprema. Las hojas de roble dorado brillan con la luz de la llama de la vela.

—Esperaste demasiado tiempo para abandonar el trono, padre. Te has vuelto débil. Dejas que los traidores gobiernen pequeños feudos, el poder de las Cortes bajas no se controla y los salvajes hacen lo que quieren. Dain habría sido lo mismo, un cobarde que se escondió detrás de intrigas. Pero no le temo al derramamiento de sangre.

Eldred no habla. Él no hace ningún movimiento hacia la corona o hacia un arma. Simplemente espera.

Balekin le ordena a un caballero que le traiga a Taniot. Una guardia en armadura camina al escenario para agarrar a la consorte forcejeando. La cabeza de Taniot se sacude de un lado a otro, sus largos cuernos negros cortando el hombro del guardia. No importa. Nada de eso importa. Hay demasiados caballeros. Dos más se aproximan y no hay más forcejeo.

Balekin se pone ante su padre.



—Declárame el Rey Supremo, pon la corona en mi cabeza, y podrías salir de este lugar, libre e ileso. Mis hermanas serán protegidas. Tu consorte vivirá. De lo contrario, voy a matar a Taniot. La mataré aquí frente a todos y ellos sabrán que tú lo permitiste.

Mi mirada se dirige hacia Madoc, pero él está en las escaleras, hablando en voz baja con uno de sus comandantes, un troll que ha comido en nuestra mesa, ha bromeado con Oak y lo ha hecho reír. Me había reído, también, en ese entonces. Ahora mis manos estás temblando, mi cuerpo entero tiembla.

—Balekin, primogénito, no importa de quien sea la sangre que derrames, tú nunca reinarás Elfhame —dice Eldred—. No eres digno de la corona.

Cierro mis ojos y pienso en las palabras de Oriana: *No es fácil ser la amante del Rey Supremo. Es ser siempre un peón.*

Taniot se dirige hacia su muerte con gracia. Ella está quieta. Su postura es regia y sentenciada, como si ya estuviera en el reino de las baladas. Sus dedos están entrelazados. No hace ningún sonido cuando uno de los caballeros, el caballero con el hombro rajado, la decapita con un rápido y brutal golpe de su espada. La cabeza con cuernos de Taniot rueda un poco hasta que golpea el cuerpo de Dain.

Siento algo húmedo en mi rostro, como lluvia.

Hay muchas personas que se deleitan ante el asesinato y unas cuantas más que se deleitan por el espectáculo. Una especie de locura vertiginosa parece venir de la multitud, una especie de ansia por una matanza incluso más grande. Temo que podrían sentir un exceso de satisfacción. Dos de los caballeros sujetan a Eldred.

—No voy a pedirlo de nuevo —dice Balekin.

Pero Eldred simplemente ríe. Sigue riéndose cuando Balekin lo apuñala. Él no cae como los otros. En vez de sangre brotando de sus heridas, polillas rojas comienzan a brotar fuera, hacia el aire. Brotan fuera de él tan rápido que en un instante, el cuerpo del Rey Supremo desaparece y solo quedan esas polillas rojas, arremolinándose en el aire en una gran nube, un tornado de suaves alas.



Pero cualquiera sea la magia que las ha creado no dura. Comienzan a caer hasta que están desparramadas a través del escenario como hojas. El Rey Supremo Eldred está, imposiblemente, muerto.

El estrado está cubierto de cuerpos y sangre. Val Moren está de rodillas.

—Hermanas —dice Balekin, dirigiéndose hacia ellas. Parte de su arrogancia ha desaparecido de su voz, reemplazada por una horrible dulzura. Suena como un hombre en medio de un terrible sueño del que se rehúsa a despertar—. ¿Cuál de ustedes me coronará? Corónenme y vivirán.

Pienso en Madoc diciéndole a mi madre que no corriera.

Caelia camina hacia adelante, dejando caer su cuchillo. Ella está vestida con un peto dorado y una falda azul, una diadema de bayas en su cabello suelto.

—Yo lo haré —dice ella—. Es suficiente. Te declararé el Rey Supremo, aunque la mancha de lo que has hecho siempre empañará tu gobierno.

Nunca es como una eternidad, pienso, y luego estoy enfadada por recordar algo que Cardan ha dicho alguna vez, especialmente ahora. Hay una parte de mí que se alegra de que ella haya cedido, a pesar de la atrocidad de Balekin, el inevitable horror de su gobierno. Al menos esto ha terminado.

Un rayo viene de las sombras del techo, en una trayectoria completamente diferente que el último. La golpea en el pecho. Sus ojos se abren ampliamente, sus manos revolotean sobre su corazón, como si la herida fuera desvergonzada y necesitara cubrirla. Luego sus ojos giran hacia atrás y cae sin un suspiro. Es Balekin quien grita con frustración. Madoc da órdenes a sus hombres, señalando hacia el techo. Una tropa se separa de las otras y se apresura por las escaleras. Un par de guardias vuelan en el aire con pálidas alas verdes, espadas desenvainadas.

Él la mató. El Fantasma la mató.

Me abro paso ciegamente hacia el escenario, pasando a alguien clamando por más sangre. No sé lo que pienso hacer cuando llegue allí.

Rhya recoge el cuchillo de su hermana, lo sostiene con una mano temblorosa. Su vestido azul la hace lucir como un ave, atrapada antes de que pudiera tomar vuelo. Ella es la única amiga verdadera de Vivi en la Tierra de las Hadas.



—¿En verdad vas a luchar conmigo, hermana? —pregunta Balekin—. No tienes espada ni armadura. Vamos, es demasiado tarde para eso.

—Es demasiado tarde —dice ella, y lleva el cuchillo a su propia garganta, presionando justo debajo de su oreja.

—¡No! —grito, aunque mi voz es amortiguada por la multitud, amortiguada por Balekin gritando también. Y luego, porque no puedo soportar ver más muerte, cierro mis ojos. Los mantengo cerrados mientras soy empujada por algo pesado y peludo. Balekin empieza a llamar a alguien para que encuentre a Cardan, que le traigan a Cardan y mis ojos automáticamente se abren. Pero Cardan no está a la vista. Solo el cuerpo de Rhyia desplomado y más horror.

Arqueros con alas apuntan hacia el grupo de raíces donde el Fantasma estaba escondiéndose. Un momento después, él cae entre la multitud. Contengo mi respiración, asustada de que lo hayan herido. Pero él rueda, se pone de pie, y huye hacia las escaleras, con guardias pisándole los talones.

Él no tiene opción. Hay demasiados, y la torre está llena de gente, dejando ningún lugar donde huir. Quiero ayudarlo, quiero acercarme a él, pero estoy acorralada. No puedo hacer nada. No puedo salvar a nadie.

Balekin voltea hacia el Poeta de la Corte, señalándolo.

—Tú me coronarás. Di las palabras de la ceremonia.

—No puedo —dice Val Moren—. No estoy relacionado contigo, no tengo relación con la corona.

—Lo harás —dice Balekin.

—Sí, mi señor —responde el Poeta de la Corte con voz temblorosa. Él tartamudea una rápida versión de la coronación mientras todos hacen silencio. Pero cuando se le pregunta a la multitud si aceptan a Balekin como el nuevo Rey Supremo, nadie habla. La corona de roble dorada está en la mano de Balekin, pero todavía no en su cabeza.

La mirada de Balekin recorre la audiencia, y aunque sé que no se detendrá en mí, aun así me estremezco. Su voz retumba.

—Juren su lealtad ante mí.



No lo hacemos. Los monarcas no se arrodillan. Los aristócratas están en silencio. Las hadas salvajes observan y calculan. Veo a la Reina Annet de la más meridional Corte Oscura, la Corte de Polillas, indicando a sus cortesanos que se vayan. Ella se da vuelta con desprecio.

—Han jurado lealtad al Rey Supremo —grita Balekin—. Y soy rey ahora. —Balekin levanta la corona y la coloca sobre su cabeza. Pero un momento después, él aúlla, arrojándola al suelo. Hay una quemadura en su ceño, la sombra roja de una diadema.

—No juramos lealtad al rey, sino a la corona —grita alguien. Es Lord Roiben de la Corte de Termitas. Ha caminado hasta estar de pie frente a los caballeros. Y aunque hay más de una docena directamente entre él y Balekin, Roiben no parece preocupado—. Tienes tres días para que te quede en la cabeza, asesino de familiares. Tres días antes de que me vaya de aquí, sin juramento, sin restricciones, y nada impresionado. Y estoy seguro que no seré el único.

Hay unas cuantas risas y susurros mientras sus palabras se esparcen. Un grupo variado todavía llena el salón: brillantes hadas luminosas y aterradores hadas oscuras; las feroces hadas que rara vez dejan sus colinas, ríos, o tumbas etruscas; duendes y brujas; pixies y fukas. Ellos han visto a casi toda la familia real ser asesinada en una sola noche. Me pregunto cuánta más violencia habrá si no hay un nuevo monarca para prevenirlos. Me pregunto quién sentiría satisfacción.

Duendecillos brillan en el aire que huele a sangre fresca derramada. El festejo continuará, me doy cuenta. Todo continuará.

Pero no estoy segura que pueda.

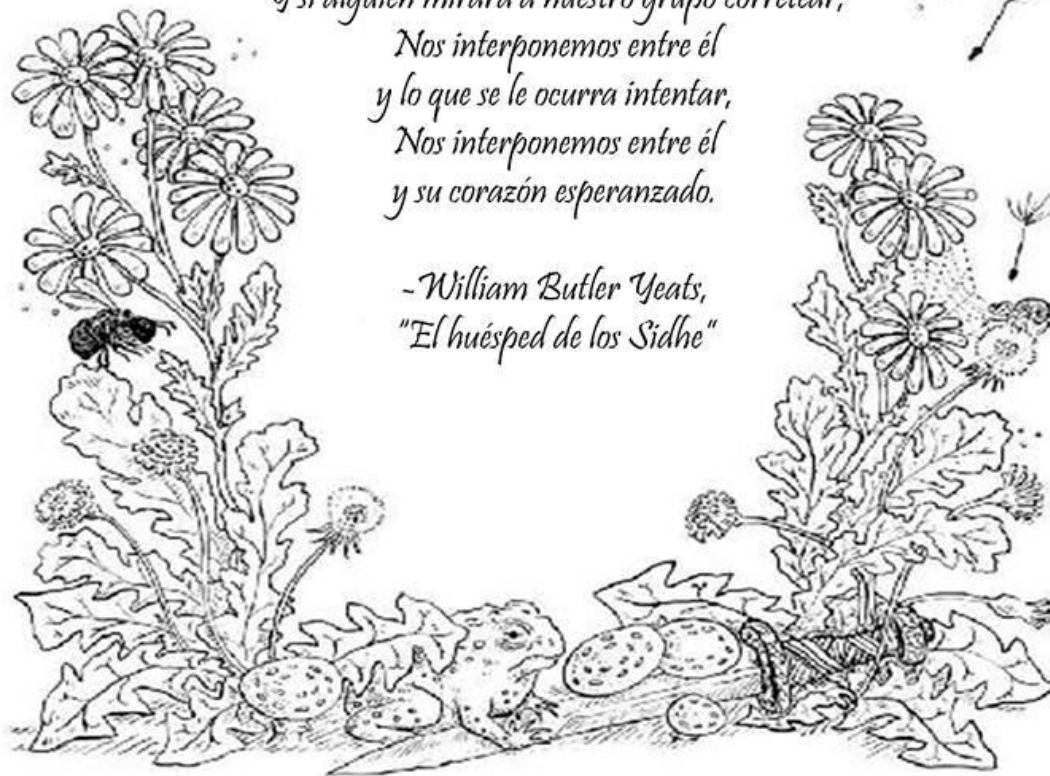


Libro Dos

*Libera a tu corazón de su sueño mortal.
Vientos despiertan, hojas empiezan a girar,
Pálidas las mejillas, cabello sin domar,
Nuestros pechos se agitan, y ojos con luz boreal,
Nuestros brazos ondeando, y labios separados;
Y si alguien mirara a nuestro grupo corretear,*

*Nos interponemos entre él
y lo que se le ocurra intentar,
Nos interponemos entre él
y su corazón esperanzado.*

*- William Butler Yeats,
"El huésped de los Sidhe"*



21

Traducido por Flochi y Genevieve
Corregido por Indiehope

Soy una niña otra vez, ocultándome debajo de la mesa, con el festejo desarrollándose encima de mí.

Presionando una mano en mi corazón, siento cómo se acelera el golpe del mismo. No puedo pensar. No puedo pensar. No puedo pensar.

Hay sangre en mi vestido, pequeños puntos hundiéndose en el cielo azul.

Pensé que la muerte no podía sorprenderme, pero... hubo *tanta* de esta. Un vergonzoso y ridículo exceso. Mi mente sigue regresando a las costillas blancas del Príncipe Dain, al rocío de sangre de la garganta de Elowyn y la negación del Rey Supremo una y otra vez a Balekin mientras moría. Las pobres Taniot, Caelia y Rhyia, que fueron obligadas a descubrir, una a la vez, cómo la corona de las Hadas importaba más que sus vidas.

Pienso en Madoc, que había sido la mano derecha de Dain todos esos años. Las hadas puede que no sean capaces de mentir directamente, pero Madoc había mentido con cada risa, cada manotazo en la espalda, cada copa de vino compartida. Madoc, que nos había dejado vestir de gala y me dio una hermosa espada para usar esta noche, como si realmente fuéramos a ir a una fiesta divertida.

Sabía lo que él era, intento decirme. Vi la sangre seca en su capucha roja. Si me permito olvidar, entonces más me engañaré.

Al menos los caballeros habían alejado a mi familia antes que el asesinato comenzara. Al menos ninguno de ellos tuvo que observar, sin embargo, a menos que estuvieran muy lejos, puede que no se hayan perdido de escuchar los gritos. Al menos Oak no crecería como yo, con la muerte como mi derecho de nacimiento.



Me siento allí hasta que mi corazón vuelve a ralentizarse. Tengo que marcharme. Esta fiesta se volverá más salvaje, y sin ningún Monarca Supremo en el trono, hay poco que detenga a los fiesteros de cualquier entretenimiento que puedan concebir. Probablemente no sea el mejor momento para ser un mortal aquí.

Intento recordar mirar la disposición de la sala del trono desde arriba con el Fantasma. Intento recordar las entradas de la parte principal del castillo.

Si pudiera encontrar a uno de los guardias y hacerlos creer que era parte de la familia de Madoc, podrían llevarme con el resto de mi familia. Pero no quiero ir. No quiero ver a Madoc, cubierto de sangre, sentado junto a Balekin. No quiero fingir que lo que sucedió no es otra cosa más que algo horrendo. No quiero disimular mi disgusto.

Hay otra salida. Puedo arrastrarme bajo las mesas hasta las escaleras y subirlas hasta la cornisa cerca de la sala de estrategia de Madoc. Creo que desde allí puedo subir directamente y estar en la parte del castillo que más probablemente esté desierta... y la que tiene acceso a los túneles secretos. Desde allí, puedo salir sin preocuparme por los caballeros o guardias o cualquier otro. La adrenalina hace que todo mi cuerpo cante con el deseo de moverme, pero aunque lo que tengo pareciera un plan, todavía no lo es. Puedo salir del palacio, pero no tengo otro lugar donde ir después de eso.

Piénsalo luego, me urge el instinto.

De acuerdo, la mitad de un plan es bastante bueno.

Sobre mis manos y rodillas, ignorando mi vestido, ignorando la manera en que la funda de mi espada se arrastra contra el suelo de tierra compactada, ignorando el dolor en mi mano, me arrastro. Por encima de mí, escucho música. También escucho otras cosas, el chasquido de lo que podrían ser huesos, un gemido, un aullido. Lo ignoro todo.

Entonces el mantel se levanta, y mientras mis ojos se ajustan a la brillantez de la luz de las velas, una figura enmascarada agarra mi brazo. No hay manera sencilla de sacar mi espada, agachada como estoy bajo la mesa, así que agarro el cuchillo dentro de mi corpiño. Estoy a punto de dar un golpe cuando reconozco esos ridículos zapatos puntiagudos.

Cardan. El único que puede coronar legítimamente a Balekin. El único descendiente restante de la línea Zarza Verde. Todos en la Tierra de las



Hadas deben estar buscándolo, y aquí está, vagando por ahí con una endeble media máscara de zorro, parpadeando en mi dirección con confusión borracha y meciéndose un poco en sus pies. Casi me río abiertamente. Imagina mi suerte al ser quien lo encontró.

—Eres mortal —me informa. En su otra mano, está sosteniendo una copa vacía, volcada ausentemente, como si se hubiese olvidado que todavía la lleva—. No es seguro para ti aquí. Especialmente si andas por ahí apuñalando a todo el mundo.

—¿No es seguro para *mí*? —Aparte de la ridiculez de su afirmación, no tengo idea de por qué está actuando como si alguna vez hubiese pensado en mi seguridad por un momento, excepto para ponerla en peligro. Intento recordarme que debe estar en shock y angustiado, y que eso podía hacerlo comportarse de manera extraña, pero es difícil pensar en él como una persona que podría importarle alguien lo suficiente como para llorarla. En este momento, ni siquiera parece preocuparse por sí mismo—. Baja antes de que te reconozcan.

—¿Jugando a las escondidillas bajo la mesa? ¿Agachado en la suciedad? Típico de tu especie, pero eso está muy por debajo de mi dignidad. —Se ríe de modo vacilante, como si esperara que fuera a reír también.

No lo hago. Cierro mi puño y lo golpeo en el estómago, en el lugar exacto donde sé que le dolerá. Se tambalea hasta quedar de rodillas. La copa cae a la tierra, haciendo un sonido de tintineo hueco.

—¡Aw! —grita y deja que tire de él bajo la mesa.

—Saldremos de aquí sin que nadie lo note —le digo—. Permaneceremos bajo las mesas y nos dirigiremos hasta las escaleras hacia los niveles superiores del palacio. Y no me digas que está por debajo de tu dignidad arrastrarte. Estás tan borracho que apenas puedes mantenerte de pie de todas maneras.

Lo escucho resoplar.

—Si insistes —dice. Está demasiado oscuro para ver su expresión y aunque no lo estuviera, tiene puesta una máscara.

Nos dirigimos a través de la parte inferior de las mesas, con baladas y canciones de bebidas cantadas sobre nosotros, gritos y susurros en el aire, y los suaves pasos de los bailarines resonando alrededor nuestro como si se



tratase de lluvia. Mi corazón está martilleando a causa del derramamiento de sangre, por Cardan estando tan cerca, por golpearlo sin consecuencias. Me concentro en él arrastrándose detrás de mí. Todo huele a tierra compacta, vino derramado y sangre. Puedo sentir mis pensamientos yendo a la deriva, puedo sentir que estoy comenzando a temblar. Me muerdo el interior del labio para darme un dolor nuevo en el que enfocarme.

Debo mantener la calma. No puedo perderla ahora, no donde Cardan lo verá.

Y no cuando un plan está comenzando a formarse en mi mente. Un plan que requiere a este último príncipe.

Miro hacia atrás y veo que ha dejado de moverse. Está sentado en el suelo, mirando su mano. Mirando a su anillo.

—Me despreciaba. —Su voz suena ligera. Como si se hubiera olvidado donde se encuentra.

—¿Balekin? —pregunto, pensando en lo que vi en Hollow Hall.

—Mi padre. —Cardan resopla—. No conocía mucho a los otros, mis hermanas y hermanos. ¿No es chistoso? El Príncipe Dain... no me quería en el palacio, así que me obligó a salir.

Espero, no estoy segura de qué decir. Es inquietante verlo así, comportándose como si tuviera emociones.

Después de un momento, parece volver en sí mismo. Sus ojos se centran en mí, brillando en la oscuridad.

—Y ahora están todos muertos. Gracias a Madoc. Nuestro honorable general. Nunca debieron confiar en él. Pero tu madre descubrió eso hace mucho tiempo, ¿no?

Estrecho mis ojos.

—Gatea.

La esquina de su boca se levanta.

—Tú primero.

Pasamos de una mesa a otra, hasta que finalmente estamos lo más cerca posible de las escaleras. Cardan empuja hacia atrás el mantel y



extiende su mano hacia mí, con la actitud galante de alguien que ayuda a la persona con la que tienen un acuerdo. Tal vez Cardan diría que lo estaba haciendo en beneficio de los espectadores, pero ambos sabemos que se está burlando de mí. Me paro sin tocarlo.

Lo único que importa es salir del pasillo antes de que la fiesta se vuelva más sangrienta, antes de que la criatura equivocada decida que soy un juguete divertido, antes de que Cardan sea destripado por alguien que no quiere ningún Monarca Supremo en el poder.

Me dirijo hacia la escalera, pero él me detiene.

—Así no. Los caballeros de tu padre te reconocerán.

—No soy a quien están buscando —le recuerdo.

Frunce el ceño, aunque su máscara oculta la mayor parte de su rostro. Aun así, puedo verlo en su boca.

—Si ven tu cara, pueden prestarle demasiada atención a con quién estás.

Desgraciadamente, tiene razón.

—Si me conocieran, sabrían que nunca estaría contigo. —Lo cual es ridículo, ya que actualmente estoy parada junto a él, aunque me hace sentir mejor decirlo. Con un suspiro, desarmo mis trenzas, frotándome el cabello con las manos hasta que me cae en la cara.

—Te ves... —dice, y luego se calla, parpadeando un par de veces, aparentemente sin poder terminar. Supongo que el cabello funcionó mejor de lo que esperaba.

—Dame un segundo —le digo y me hundo en la multitud. No me gusta arriesgar esto, pero cubrirme el rostro es más seguro que no hacerlo. Veo una nixie con una máscara de terciopelo negro que se come el corazón de un pequeño gorrión en un alfiler largo. Caminando detrás de ella, corto las cintas y atrapo la máscara antes de que golpee el piso. Se da vuelta, buscando dónde cayó, pero ya estoy lejos. Pronto dejará de buscar y comerá otra exquisitez, o al menos espero que lo haga. Es solo una máscara, después de todo.

Cuando regreso, Cardan está bebiendo más vino, su mirada arde sobre mí. No tengo idea de lo que ve, lo que está buscando. Un delgado



riachuelo de líquido verde se derrama sobre su mejilla. Él se acerca al pesado cántaro de plata como si fuera a servirse otra taza.

—Vamos —digo, agarrando su mano enguantada con la mía.

Estamos a unos pasos del pasillo cuando tres caballeros se mueven para bloquear nuestro camino.

—Busquen otro lugar para su placer —nos informa uno—. Este es el camino al palacio y está prohibido para los mágicos comunes.

Siento que Cardan se pone rígido a mi lado, porque es un idiota y le preocupa más ser llamado común que la seguridad de nadie, tristemente incluso la suya. Tiro de su brazo.

—Haremos lo que se nos pida —le aseguro al caballero, tratando de alejar a Cardan antes que haga algo que ambos lamentemos.

Cardan, sin embargo, no se mueve.

—Están muy equivocados con nosotros.

Cállate. Cállate. Cállate.

—El Rey Supremo Balekin es amigo de la Corte de mi señora —dice Cardan, elocuente en su máscara de zorro plateado. Luce una fácil media sonrisa. Está hablando el lenguaje del privilegio, hablándolo con su tono arrastrado, con la flojedad de sus miembros, como si creyera que posee todo lo que puede ver. Incluso borracho, es convincente—. Es posible que haya oído hablar de la Reina Gliten en el Noroeste. Balekin envió un mensaje sobre el príncipe desaparecido. Él está esperando una respuesta.

—¿Supongo que no tienes ninguna prueba de eso? —pregunta uno de los caballeros.

—Por supuesto. —Cardan extiende un puño y lo abre para revelar un anillo real que brilla en el centro de su palma. No tengo idea de cuando se lo quitó del dedo, un buen truco de mano que no tenía idea que podía hacer, no al menos mientras estaba ebrio—. Me dieron esto para que me reconocieran.

Al ver el anillo, dan un paso atrás.



Con una sonrisa detestable y demasiado encantadora, Cardan me toma del brazo y me arrastra. Aunque tengo que apretar los dientes, lo dejo. Estamos en la escalera y es gracias a él.

—¿Qué pasa con la mortal? —llama uno de los guardias. Cardan gira.

—Oh, bueno, no están *completamente* equivocados. Tenía la intención de guardar algunas de las delicias de la fiesta para mí —dice y todos sonríen.

Tengo que contenerme para no derribarlo, pero no hay dudas de que es inteligente con las palabras. De acuerdo con las reglas barrocas que gobiernan las lenguas extranjeras, todo lo que dijo era verdad, siempre y cuando te concentres únicamente en las palabras. Balekin es amigo de Madoc, y soy parte de la Corte de Madoc, si entrecierras un poco los ojos. Entonces soy la “señora”. Y los caballeros probablemente *han* oído hablar de la Reina Gliten; ella es lo suficientemente famosa. Estoy segura que Balekin *está* esperando una respuesta sobre el príncipe desaparecido. Probablemente esté desesperado por una. Y nadie puede afirmar que el anillo de Cardan no está destinado a ser una prenda con la que se lo reconozca.

En cuanto a lo que quiere reservar de la fiesta, podría ser cualquier cosa.

Cardan es inteligente, pero no es un tipo agradable de inteligencia. Y es demasiado propenso a mentir para mi comodidad. Aun así, somos libres. Detrás de nosotros, continúa lo que debería haber sido una celebración de un nuevo Rey Supremo: los gritos, los banquetes, las danzas interminables. Miro hacia atrás una vez mientras subimos, observando el mar de cuerpos y alas, ojos entintados y dientes afilados.

Me estremezco.

Subimos los escalones juntos. Dejo que él mantenga su posesivo agarre en mi brazo, guiándome. Lo dejo abrir las puertas con sus propias llaves. Lo dejo hacer lo que quiere. Y luego, una vez que estamos en la sala vacía en el nivel superior del palacio, giro y presiono la punta de mi cuchillo directamente debajo de su barbilla.

—¿Jude? —pregunta, contra la pared, pronunciando mi nombre con cuidado, como para evitar balbucear. No estoy segura de haberle escuchado usar mi nombre real antes.



—¿Sorprendido? —pregunto, una sonrisa feroz comienza a formarse en mi cara. El chico más importante en la Tierra de las Hadas y mi enemigo, finalmente en mi poder. Se siente incluso mejor de lo que pensé que sería—. No deberías estarlo.



22

*Traducido por Gigi D y Brisamar58
Corregido por Flochi*

Presiono el borde del cuchillo contra su piel para que pueda sentirlo. Sus ojos negros se enfocan en mí con nueva intensidad.

—¿Por qué? —Es lo único que pregunta.

Nunca antes había sentido un subidón tan victorioso. Tengo que concentrarme para que no se me suba a la cabeza.

—Porque tu suerte es pésima y la mía es genial. Haz lo que digo y me controlaré en mi deseo de herirte.

—¿Planeas derramar más sangre real hoy? —espeta, moviéndose como para alejar el cuchillo. Me muevo con él, manteniéndolo contra su garganta. Sigue hablando—. ¿Te sentías excluida de la masacre?

—Estás borracho —digo.

—Oh, eso es cierto. —Reclina su cabeza contra la piedra, cerrando los ojos. La luz de las antorchas cercanas hace que su cabello se vea bronce—. Pero, ¿realmente crees que permitiré que me exhibas frente al general, como si fuera un simple...?

Presiono más el cuchillo. Respira hondo y se ahorra el final de la frase.

—Por supuesto —dice un instante después, riéndose de forma burlona—. Estaba como una cuba mientras mi familia era asesinada; no se puede caer más bajo que eso.

—Deja de hablar —le digo, ignorando todo destello de compasión. Él nunca tuvo nada de eso hacia mí—. Muévete.



—¿O qué? —pregunta, con los ojos aún cerrados—. Realmente no me vas a apuñalar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu querido amigo Valerian? —susurro—. No fue hoy, a pesar del insulto implícito de su ausencia. ¿Acaso no te lo preguntaste?

Abre sus ojos. Pareciera que lo desperté de una bofetada.

—Es cierto, me lo pregunté. ¿Dónde está?

—Pudriéndose junto a los establos de Madoc. Lo maté y luego lo enterré. Así que mejor que me creas cuando te amenazo. Sin importar lo extraño que parezca, eres la persona más importante de todo el reino. Quien sea que te tenga, tendrá poder. Y quiero poder.

—Supongo que al final sí tenías razón. —Estudia mi rostro, el suyo inescrutable—. Supongo que nunca supe de cuánto eras capaz.

Intento no dejarle saber que su calma me pone los pelos de punta. Me hace sentir como si el cuchillo en mi mano, el cual debería darme la autoridad, no fuera suficiente. Me hace querer herirlo sólo para convencerme de que sí puede asustarse. Acaba de perder a toda su familia; no debería estar pensando así.

Pero no puedo evitar pensar que él explotará cualquier simpatía de mi parte; cualquier debilidad.

—Hora de movernos —digo abruptamente—. Abre la primera puerta. Cuando entremos, iremos al armario. Hay un pasaje allí.

—Bien, de acuerdo —dice, molesto, intentando alejar mi hoja.

La sostengo firme y el cuchillo le corta la piel. Él maldice y se lleva un dedo sangrante a la boca—. ¿Y eso por qué fue?

—Para divertirme —digo, y aflojo la hoja de su garganta, lenta y deliberadamente. Mi labio se frunce, pero mantengo mi expresión como una máscara como yo sé, tan cruel y fría como el rostro que aparece en mis pesadillas. Es sólo al hacerlo que comprendo a quién estoy canalizando, cuyo rostro me asustó tanto que quise tener una máscara de terror.

Él.

Mi corazón late tan fuerte que me siento enferma.

—¿Al menos me dirás adónde vamos? —pregunta mientras lo empuja frente a mí con mi mano libre.

—No. Ahora muévete. —El gruñido que me sale es completamente propio.

Increíblemente lo hace, tambaleándose pasillo abajo y después al estudio que le indiqué. Cuando entramos en el pasadizo secreto, él se mete con una única mirada inescrutable hacia mí. Tal vez está aún más borracho de lo que pensaba.

No importa. Se le pasará antes de lo que imagina.



Lo primero que hago al llegar al nicho de la Corte de Sombras es atar al Príncipe Cardan a una silla con retazos cortados de mi vestido sucio. Entonces nos quito las máscaras. Me deja hacerlo todo, con una expresión extraña en el rostro. No hay nadie más ahí y no tengo idea de cuándo pueda volver alguien, o si alguien lo hará.

No importa. Me puedo arreglar sin ellos.

Llegué hasta aquí, después de todo. Cuando Cardan me encontró, supe que controlarlo era la única forma de tener algo de control sobre el destino de mi mundo.

Aún pienso en todos los votos que le hice a Dain, incluyendo el que nunca expresé en voz alta: *En lugar de estar asustada, me volveré algo que temer*. Si Dain no me va a dar el poder, entonces lo tomaré por mí misma.

Como no he pasado mucho tiempo en la Corte de Sombras, no conozco sus secretos. Camino por los cuartos, abriendo puertas de madera pesada, abriendo gabinetes, haciendo inventario de mis pertenencias. Descubro una alacena llena tanto de venenos como de salchichas y quesos; un cuarto de entrenamiento con polvo en el suelo, armas en las paredes, y un muñeco de prácticas en el centro, su rostro pintado burdamente con una sonrisa aterradora. Voy al cuarto trasero con cuatro paletas en el suelo y algunas tazas y artículos de vestir tirados cerca. No toco nada, hasta que llego al cuarto de mapas con el escritorio. El escritorio de Dain, lleno de rollos, plumas y cera.



Por un momento, la enormidad de lo que ha ocurrido me envuelve. El Príncipe Dain se ha ido, ido para siempre. Y su padre y hermanas se fueron con él.

Vuelvo al cuarto principal y arrastro a Cardan con su silla a la oficina de Dain, apoyándolo junto a la puerta abierta para poder mantener un ojo sobre él. Bajo una ballesta de la pared del cuarto de entrenamiento, junto con varias flechas. Con las armas a mi lado, cargada y lista, me siento en la silla de Dain y apoyo mi cabeza en mis manos.

—¿Me vas a decir en dónde nos encontramos, ahora que estoy completamente a tu disposición? —Quiero golpear a Cardan una y otra vez hasta arrancarle la satisfacción del rostro. Pero si lo hiciera, él sabría cuánto me asusta.

—Este es el lugar de reunión de los espías del Príncipe Dain —le informo, intentando ignorar mi miedo. Necesito concentrarme. Cardan no es nada, solo un instrumento, una herramienta de negociación.

Me da una mirada rara, sorprendido.

—¿Cómo lo sabes? ¿Y qué te invadió para traerme aquí?

—Intento averiguar qué hacer ahora —digo con honestidad incómoda.

—¿Y si uno de los espías vuelve? —me pregunta, saliendo de su estupor lo suficiente para verse preocupado—. Van a descubrirete en su guarida y...

Se queda callado al ver la sonrisa en mi rostro, sorprendido. Puedo ver el momento en que comprende que soy uno de ellos. Que pertenezco aquí.

Cardan opta por mantenerse en silencio.

Finalmente. Finalmente lo he hecho reaccionar.

Hago algo que jamás me habría atrevido a hacer antes. Reviso el escritorio del Príncipe Dain. Hay montañas de correspondencia. Listas. Notas que no son ni para Dain ni de él, seguramente robadas. Más en su mano: movimientos, estrategias, propuestas de leyes. Invitaciones formales. Cartas informales e inocuas, incluyendo algunas de Madoc. No estoy segura de qué busco. Sólo escaneo todo tan rápido como puedo en busca de algo, lo que sea, que me pueda dar una idea de por qué lo traicionaron.



Toda mi vida, crecí pensando en el Rey Supremo y el Príncipe Dain como nuestros incuestionables gobernantes. Creí que Madoc era completamente leal a ellos; también fui leal. Sabía que Madoc tenía sed de sangre. Supongo que sabía que quería más conquistas, más guerra, más batalla. Pero pensé que consideraba que no quería que la guerra fuera parte de su papel como general, mientras que parte del papel del Rey Supremo era mantenerlo bajo control. Madoc hablaba sobre el honor, sobre la obligación, sobre el deber. Nos había criado a Taryn y a mí en nombre de esas cosas; parecía lógico que estuviera dispuesto a tolerar otras cosas desagradables.

No creía que a Madoc le *gustara* siquiera Balekin.

Recuerdo al mensajero muerto, disparado por mí, y la nota en el rollo: MATAR AL PORTADOR DE ESTE MENSAJE. Era una pista equivocada, todo para mantener ocupados a los espías de Dain persiguiendo nuestras colas, mientras Balekin y Madoc planeaban atacar en el lugar donde nadie miraba, justo al aire libre.

—¿Lo sabías? —le pregunto a Cardan—. ¿Sabías lo que Balekin iba a hacer? ¿Es por eso que no estabas con el resto de tu familia?

Suelta una carcajada.

—Si piensas eso, ¿por qué crees que no corrí directamente a los amorosos brazos de Balekin?

—Dime de todos modos —le digo.

—No lo sabía —dice—. ¿Tú? Madoc es tu padre, después de todo.

Saco una larga barra de cera del escritorio de Dain, con un extremo ennegrecido.

—¿Qué importa lo que diga? Podría mentir.

—Dime de todos modos —dice y bosteza.

Realmente quiero abofetearlo.

—Tampoco lo sabía —admito, sin mirarlo. En cambio, estoy mirando la pila de notas, las impresiones de cera suave, un intaglio al revés—. Y debería haberlo sabido.



Mi mirada se dirige hacia Cardan. Me acerco a él, me siento en cuclillas y empiezo a quitarle el anillo real. Trata de sacar su mano fuera de mi alcance, pero está atado de tal manera que no puede. Lo arranco de su dedo.

Odio cómo me siento a su alrededor, el pánico irracional cuando toco su piel.

—Solo estoy pidiendo prestado tu estúpido anillo —le digo. El sello encaja perfectamente en la impresión de la carta. Todos los anillos de todos los príncipes y princesas deben ser idénticos. Eso significa que un sello de uno se parece mucho al sello de otro. Saco una hoja de papel nueva y comienzo a escribir.

—Supongo que no tienes nada para beber por aquí —pregunta Cardan—. No creo que pase lo que pase sea particularmente cómodo para mí y me gustaría permanecer borracho para enfrentarlo.

—¿De verdad crees que me importa si estás cómodo? —exijo.

Escucho pasos y me levanto del escritorio. Desde la sala común viene el sonido del cristal estrellándose. Meto el anillo de Cardan en mi corpiño, donde descansa pesadamente contra mi piel y me dirijo al pasillo. Cucaracha ha tirado una hilera de jarrones de la estantería y ha roto la madera de un armario. Vasos rotos e infusiones derramadas cubren el suelo de piedra. Mandrágora. Raíz de serpiente. Espuela de caballero. Fantasma está agarrando el brazo de Cucaracha, arrastrándolo para que no aplaste más cosas. A pesar de la línea de sangre que le surcaba la pierna, la rigidez de sus movimientos. Fantasma ha estado en una pelea.

—Hola —digo.

Ambos parecen sorprendidos de verme. Se sorprenden aún más cuando se dan cuenta que el príncipe Cardan está atado a una silla en la entrada de la sala del mapa.

—¿No deberías estar con tu padre, celebrando? —escupe Fantasma. Doy un paso atrás. Antes, él siempre ha sido un modelo de calma perfecta y antinatural. Ninguno de ellos parece tranquilo ahora—. Bomba todavía está por ahí, y ambos casi dieron sus vidas para liberarme de la mazmorra de Balekin, solo para encontrarte aquí, regodeándote.



—¡No! —digo, manteniendo mi posición—. Piénsalo. Si supiera lo que iba a suceder, si estuviera del lado de Madoc, la única forma en que estaría aquí sería con un grupo de caballeros. Te habrían pegado un tiro al entrar por la puerta. Dificilmente habría venido sola, arrastrando a un prisionero que a mi padre le encantaría tener.

—Paz, ustedes dos. Todos estamos consternados —dice Cucaracha, mirando el daño que ha hecho. Niega con la cabeza, luego su atención se dirige a Cardan. Camina hacia él, estudiando la cara del príncipe. Los labios negros de Cucaracha se separan de sus dientes en una mueca pensativa. Cuando se vuelve hacia mí, obviamente está impresionado—. Aunque parece que uno de nosotros conservó la calma.

—Hola —dice Cardan, levantando las cejas y mirando a Cucaracha como si estuvieran sentados a tomar el té juntos.

Las ropas de Cardan están desarregladas, por arrastrarse debajo de las mesas o por ser capturado y atado, y su cola infame se muestra bajo el blanco prado de su camisa. Es delgada, casi sin pelo, con un penacho de pelo negro en la punta. Mientras miro, la cola forma una curva oscilante tras otra, serpentea hacia adelante y hacia atrás, traicionando su cara fría, contando su propia historia de incertidumbre y miedo.

Puedo ver por qué oculta esa cosa.

—Deberíamos matarlo —dice el Fantasma, encorvado en el pasillo, con el cabello castaño claro en la frente—. Es el único miembro de la familia real que puede coronar a Balekin. Sin Cardan, el trono se perderá para siempre y habremos vengado a Dain.

Cardan respira profundo y luego lo suelta lentamente.

—Prefiero vivir.

—Ya no trabajamos para Dain —le recuerda la Cucaracha a Fantasma, las fosas nasales de su largo cuchillo verde de nariz se abren—. Dain está muerto y más allá de preocuparse por tronos o coronas. Vendemos al príncipe a Balekin por todo lo que podemos conseguir y nos vamos. Vamos a las cortes bajas o donde los mágicos libres. Hay diversión que tener y oro. Podrías venir, Jude. Si quieres.

La oferta es tentadora. Quema todo. Huir. Comenzar de nuevo en un lugar donde nadie me conoce, excepto Fantasma y Cucaracha.



—No quiero el dinero de Balekin. —El Fantasma escupe en el suelo—. Y aparte de eso, el chico príncipe es inútil para nosotros. Demasiado joven, muy débil. Si no por Dain, entonces vamos a matarlo por toda la Tierra de las Hadas.

—Demasiado joven, demasiado débil, demasiado cruel —puse.

—Espera —dice Cardan. Lo he imaginado muchas veces temeroso, pero la realidad supera a esa imaginación. Ver la aceleración de su aliento, la forma en que tira de mis cuidadosos nudos, me deleita—. ¡Esperen! Podría decirles lo que sé, todo lo que sé, cualquier cosa sobre Balekin, cualquier cosa que quieran. Si quieren oro y riquezas, podría conseguir las para ustedes. Conozco el camino al tesoro de Balekin. Tengo las diez llaves de las diez cerraduras del palacio. Podría ser útil.

Solo en mis sueños Cardan ha estado así. Rogando. Miserable. Impotente.

—¿Qué sabías sobre el plan de tu hermano? —le pregunta Fantasma, despegándose de la pared. Cojea.

Cardan niega con la cabeza.

—Solo que Balekin despreciaba a Dain. Yo también lo despreciaba. Era despreciable. No sabía que había logrado convencer a Madoc de eso.

—¿Qué quieres decir, con despreciable? —pregunto, indignada, incluso con la herida que todavía estaba sanando en mi mano. La muerte de Dain eliminó el resentimiento que sentía por él.

Cardan me da una mirada indescifrable.

—Dain envenenó a su propio hijo, todavía en el útero. Trabajó en nuestro padre hasta que no confió en nadie más que en Dain. Pregúntales, seguramente los espías de Dain saben cómo hizo creer a Eldred que Elowyn estaba conspirando contra él, lo convencieron de que Balekin era un tonto. Dain orquestó que me arrojaran del palacio, de modo que mi hermano mayor me acogía o me quedaba sin hogar en la Corte. Incluso persuadió a Eldred de que renunciara después de envenenar su vino para que se cansara y enfermara; la maldición sobre la corona no impide eso.

—Eso no puede ser cierto. —Pienso en Liriope, de la carta, de cómo Balekin quería pruebas de quién recibió el veneno. Pero Eldred no pudo haber sido envenenado con hongos colorete.



—Pregúntales a tus amigos —dice Cardan, haciendo un movimiento de cabeza hacia Cucaracha and a Fantasma—. Fue uno de ellos quien administró el veneno que mató al niño y a su madre.

Niego con la cabeza, pero Fantasma no se encuentra con mi mirada.

—¿Por qué Dain haría eso?

—Porque engendró al niño con la consorte de Eldred y temía que este lo descubriera y eligiera a otro de nosotros como heredero. —Cardan parece satisfecho consigo mismo por haberme sorprendido, sorprendido a *todos* por la expresión de los rostros de Cucaracha y Fantasma. No me gusta cómo lo miran ahora, como si pudiera tener valor después de todo—. Incluso al Rey de las Hadas no le gusta pensar que su hijo ocupe su lugar en la cama de una amante.

No debería sorprenderme que la Corte de las Hadas sea corrupta y algo asquerosa. Lo sabía, así como sabía que Madoc podía hacer cosas horribles a las personas que le importaban. Del mismo modo que sabía que Dain nunca fue amable. Me hizo apuñalar mi propia mano, atravesarla limpiamente. Me tomó por mi utilidad, nada más.

La Tierra de las Hadas puede ser hermosa, pero su belleza es como el cadáver de un ciervo dorado, cubierto de gusanos debajo de su piel, listo para estallar.

Me siento enferma por el olor a sangre. Está en mi vestido, debajo de mis dedos, en mi nariz. ¿Cómo se supone que sea peor que los mágicos?

Vender al príncipe a Balekin. Doy vueltas a la idea en mi cabeza. Balekin estaría en deuda conmigo. Me haría un miembro de la Corte, tal como una vez quise. Me daría todo lo que pidiera, cualquier cosa que Dain me ofreciera y más: tierra, caballería, una marca de amor en mi frente para que todos los que me miraran enfermaran de deseo, una espada que tejiera hechizos con cada golpe.

Y, sin embargo, ninguna de esas cosas parece ser tan valiosa. Ninguno de esos es verdadero poder. El verdadero poder no se concede. El verdadero poder no puede ser quitado.

Pienso en lo que será tener a Balekin de Rey Supremo, que el Círculo de Estornino devore a todos los otros círculos de influencia. Pienso en sus sirvientes hambrientos, en su insistencia de que Cardan matara a uno de



ellos para entrenarlo, de la forma en que ordenó golpear a Cardan mientras profesaba su amor por su familia.

No, no me veo sirviendo a Balekin.

—El Príncipe Cardan es *mi* prisionero —les recuerdo, caminando de un lado a otro. No soy buena en muchas cosas y he sido buena siendo una espía solo por muy poco tiempo. No estoy lista para renunciar a eso—. Tengo que decidir qué le sucede a él.

Cucaracha y Fantasma intercambian miradas.

—A menos que peleemos —digo, porque no son mis amigos y necesito recordar eso—. Pero tengo acceso a Madoc. Tengo acceso a Balekin. Tengo la mejor oportunidad de llegar a un trato.

—Jude —advierte Cardan desde la silla, pero estoy más allá de la cautela, especialmente de él.

Hay un momento tenso, pero luego Cucaracha esboza una sonrisa.

—No, chica, no vamos a pelear. Si tienes un plan, entonces estoy contento con eso. No soy realmente un planificador, a menos que sea la forma de sacar una joya de una habitación. Robaste al niño príncipe. Este es tu juego, si crees que puedes lograrlo.

Fantasma frunce el ceño pero no lo contradice.

Lo que debo hacer es juntar las piezas del rompecabezas. Esto es lo que no tiene sentido: ¿por qué Madoc respalda a Balekin? Balekin es cruel y volátil, dos cualidades no preferibles en un monarca. Incluso si Madoc cree que Balekin le dará las guerras que desea, parece que podría haberlas obtenido de otra forma.

Pienso en la carta que encontré en el escritorio de Balekin, la de la madre de Nicasia: *sé la procedencia del hongo lepiota por el que preguntabas*. ¿Por qué, después de todo este tiempo, Balekin querría pruebas de que Dain orquestó el asesinato de Liriope? Y si lo tenía, ¿por qué no se lo había llevado a Eldred? A menos que lo *hubiera* hecho y Eldred no le haya creído. O importado. O... a menos que la prueba sea para otra persona.

—¿Cuándo fue envenenada Liriope? —pregunto.



—Hace siete años, en el mes de las tormentas —dice Fantasma con una mueca en la boca—. Dain me dijo que había tenido una visión sobre el niño. ¿Es esto importante o solo tienes curiosidad?

—¿Cuál fue la visión? —pregunto.

Niega con la cabeza, como si no quisiera el recuerdo, pero responde.

—Si el niño nace, el Príncipe Dain nunca será rey.

Qué típica profecía de hadas, una que te advierte sobre lo que perderás pero nunca te promete nada. El niño está muerto, pero el Príncipe Dain nunca será rey.

Espero no ser tan tonta, basar mis estrategias en acertijos.

—Así que es verdad —dice Cucaracha en voz baja—. Eres quien la mató. —el Fantasma frunce el ceño. Hasta entonces no se me había ocurrido que puede que no conozcan las tareas de los demás.

Ambos se ven incómodos. Me pregunto si Cucaracha lo hubiera hecho. Me pregunto qué significa que Fantasma lo hizo. Cuando lo miro ahora, no sé lo que veo.

—Me voy a ir a casa —digo—. Fingiré que me perdí en la celebración de la coronación. Debería ser capaz de descubrir cuánto vale Cardan para ellos. Regresaré mañana y repasaré los detalles con ustedes y Bomba, si está aquí. Denme un día para ver qué puedo hacer y su juramento de no tomar decisiones hasta entonces.

—Si Bomba tiene mejor sentido que nosotros, ya se ha ocultado. —La Cucaracha apunta a un armario. Sin palabras, Fantasma va y saca una botella, colocándola en la mesa de madera desgastada—. ¿Cómo sabemos que no nos traicionarás? Incluso si crees que estás de nuestro lado ahora, podrías regresar a esa fortaleza de Madoc y reconsiderarlo.

Miro a Cucaracha y a Fantasma especulativamente.

—Tendré que dejar a Cardan a su cuidado, lo que significa confiar en ustedes. Prometo no traicionarlos, y me prometen que el príncipe estará aquí cuando regrese.



Cardan parece aliviado ante la idea de que habrá una demora, pase lo que pase después. O tal vez solo se siente aliviado por la presencia de la botella.

—Podrías ser una hacedora de reyes —dice el Fantasma—. Eso es seductor. Podrías hacer que Balekin esté aún más en deuda con tu padre.

—Él no es mi padre —digo bruscamente—. Y si decido que quiero colaborar con Madoc, entonces, mientras te paguen, no importará, ¿verdad?

—Supongo que no —dice Fantasma a regañadientes—. Pero si vuelves aquí con Madoc o con cualquier otra persona, mataremos a Cardan. Y luego te mataremos. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza. Si no fuera por el geas del Príncipe Dain, podrían haberme obligado a hacerlo. Por supuesto, si el geas del Príncipe Dain dura más allá de su muerte, no lo sé y tengo miedo de averiguarlo.

—Y si tomas más del día que pediste para volver, lo mataremos y reduciremos nuestras pérdidas —continúa Fantasma—. Los prisioneros son como las ciruelas damascenas. Cuanto más tiempo los guardas, menos valiosos se vuelven. Eventualmente, se estropean. Un día y una noche. No llegues tarde.

Cardan se estremece e intenta llamar mi atención, pero lo ignoro.

—Aceptaré eso —digo, porque no soy tonta. Ninguno de nosotros se siente tan confiado en este momento—. Siempre y cuando juren que Cardan estará aquí y sano cuando regrese mañana, sola.

Y como tampoco son tontos, lo juran.



23

*Traducido por AnnaTheBrave, Cat J. B y Ximena
Corregido por Flochi*

No sé lo que espero encontrar cuando llegue a casa. Es un largo camino por el bosque, más largo porque evito los campamentos de los mágicos que asistieron para la coronación. Mi vestido está sucio y hecho jirones en el ruedo, mis pies doloridos y fríos. Cuando llego, la propiedad de Madoc se ve de la manera que siempre lo hace, familiar como mi propio paso.

Pienso en los otros vestidos que cuelgan en mi armario, esperando a ser usados, los zapatos esperando que se baile con ellos. Pienso en el futuro que pensé que iba a tener y el que se abriría frente a mí como un abismo.

En el pasillo, veo que hay más caballeros que de costumbre, entrando y saliendo de la sala de Madoc. Los sirvientes corren de un lado a otro, llevando jarras de cerveza, tinteros y mapas. Unos pocos me miran.

Hay un grito desde el otro lado del pasillo. Vivienne. Ella y Oriana están en el salón. Vivi corre hacia mí, me abraza.

—Iba a matarlo —dice ella—. Iba a matarlo si su estúpido plan te lastimaba.

Me doy cuenta que no me he movido. Levanto una mano para tocar su cabello, dejo que mis dedos se deslicen hasta su hombro.

—Estoy bien —digo—. Acabé siendo arrastrada por la multitud. Estoy bien. Todo está bien.

Todo está, por supuesto, nada bien. Pero nadie trata de contradecirme.

—¿Dónde están los demás?



—Oak está en la cama —dice Oriana—. Y Taryn está fuera del estudio de Madoc. Llegará en un momento.

La expresión de Vivi cambia, aunque no estoy segura de cómo leerla.

Subo las escaleras hasta mi habitación, donde me lavo la pintura de la cara y el lodo de mis pies. Vivi me sigue, se posa en un taburete. Sus ojos gatunos son de un dorado brillante a la luz del sol que entra desde mi balcón. No habla mientras paso el peine por mi cabello, rastrillando los enredos. Me visto en colores oscuros, una túnica azul oscuro con cuello alto y mangas ajustadas, botas negras brillantes, con guantes nuevos para cubrir mis manos. Ato a Nightfell a un cinturón más pesado y subrepticamente pongo el anillo con el sello real en mi bolsillo.

Se siente tan surrealista estar en mi habitación, con mis animales de peluche, mis libros y mi colección de venenos. Con la copia de Cardan de *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo* en mi mesita de noche. Una nueva ola de pánico pasa sobre mí. Se supone que debo descubrir cómo convertir la captura del príncipe desaparecido de la Tierra de las Hadas en mi beneficio. Aquí, en el hogar de mi infancia, quiero reírme de mi osadía. ¿Quién creo que soy?

—¿Qué pasó con tu garganta? —pregunta Vivi, frunciéndome el ceño—. ¿Y qué le pasa a tu mano izquierda?

Olvidé cuán cuidadosamente había ocultado esas heridas.

—No son importantes, no con todo lo que sucedió. ¿Por qué lo hizo?

—¿Quieres decir, por qué Madoc ayudó a Balekin? —dice, bajando la voz—. No lo sé. Política. A él no le importa el asesinato. No le importa que sea su culpa. La princesa Rhyia está muerta. A él no le importa, Jude. Nunca le ha importado. Eso es lo que lo convierte en un monstruo.

—Madoc realmente no puede querer que Balekin gobierne Elfhame —digo. Balekin influiría en cómo la Tierra de las Hadas interactúa con el mundo mortal durante siglos, cuánta sangre se derrama y de quién. Toda la Tierra de Hadas sería como Hollow Hall.

Es entonces cuando escucho la voz de Taryn flotando por la escalera.

—Locke ha estado con Madoc hace mucho. Él no sabe nada sobre dónde se esconde Cardan.



Vivi se queda quieta, mirándome.

—Jude... —dice. Su voz es principalmente un susurro.

—Madoc probablemente solo está tratando de asustarlo —dice Oriana—. Sabes que no está interesado en organizar un matrimonio en medio de toda esta confusión.

Antes de que Vivi pueda decir algo más, antes de que ella pueda detenerme, he subido a la parte superior de las escaleras.

Recuerdo las palabras que Locke me dijo después de haber peleado en el torneo y haber hecho enojar a Cardan: *Eres como una historia que no ha sucedido todavía. Quiero ver lo que harás. Quiero ser parte del desarrollo de la historia.* Cuando dijo que quería ver lo que haría, ¿se refería a averiguar qué pasaría si me rompía el corazón?

Si no puedo encontrar una historia lo suficientemente buena, hago una.

Las palabras de Cardan cuando le pregunté si pensaba que no merecía a Locke se repiten en mi cabeza. *Oh no*, había dicho con una sonrisa. *Son perfectos el uno para el otro. Y en la coronación: Es hora de cambiar de pareja. Oh, ¿te robé tu línea?*

Él sabía. Cómo debe haberse reído. Cómo deben haberse reído todos.

—Así que supongo que sé quién es tu amante ahora —digo a mi hermana gemela.

Taryn mira hacia arriba y palidece. Desciendo las escaleras lentamente, con cuidado.

Me pregunto si, cuando Locke y sus amigos se rieron, ella se rio con ellos.

Todas las miradas raras, la tensión en su voz cuando hablaba de Locke, su preocupación por lo que él y yo estábamos haciendo en los establos, lo que habíamos hecho en su casa, todo eso tiene un sentido repentino y horrible. Siento la puñalada de la traición.

Saco a Nightfell.

—Te desafío —le digo a Taryn—. A un duelo. Por mi honor, que fue gravemente traicionado.



Los ojos de Taryn se ensanchan.

—Quería decirte —dice ella—. Hubo tantas veces que empecé a decir algo, pero simplemente no pude. Locke dijo que si podía soportarlo, sería una prueba de amor.

Recuerdo sus palabras en la fiesta: *¿Me amas lo suficiente como para renunciar a mí? ¿No es eso una prueba de amor?*

Supongo que ella pasó la prueba y yo la fallé.

—Entonces te propuso matrimonio —le digo—. Mientras la familia real fue asesinada. Eso es muy romántico.

Oriana suelta un grito ahogado, probablemente con miedo de que Madoc me escuche, que se opondría a mi caracterización. Taryn también se ve un poco pálida. Supongo que como ninguno de ellos lo vio realmente, se les podría haber dicho casi cualquier cosa. Uno no tiene que mentir para engañar.

Mi mano se aprieta en la empuñadura de Nightfell.

—¿Qué dijo Cardan que te hizo llorar el día después de que volviéramos del mundo mortal? —Recuerdo mis manos enterradas en su jubón de terciopelo, su espalda golpeando el árbol cuando lo empujé. Y luego, cómo ella negó que tuviera algo que ver conmigo. Cómo ella no me diría con qué tenía que ver.

Por un largo momento, no responde. Por su expresión, sé que no quiere decirme la verdad.

—Era sobre esto, ¿no? Él sabía. Todos lo sabían. —Pienso en Nicasia sentada en la mesa del comedor de Locke, pareciendo por un momento darme su confianza. *Él arruina las cosas. Eso es lo que le gusta. Arruinar cosas.*

Pensé que ella había estado hablando de Cardan.

—Dijo que fue por mí que pateó tierra en tu comida —dice Taryn, con voz suave—. Locke los engañó y les hizo creer que fuiste tú quien lo robó de Nicasia. Entonces fue a ti a quien castigaban. Cardan dijo que estabas sufriendo en mi lugar y que si supieras por qué, te echarías atrás, pero no podría decírtelo.



Durante un largo momento, no hago más que asimilar sus palabras. Entonces tiro mi espada entre nosotras. Golpea en el piso.

—Recógela —le digo.

Taryn niega con la cabeza.

—No quiero pelear contigo.

—¿Estás segura de eso? —Me paro enfrente de ella, en su rostro, moleestamente cerca. Puedo sentir lo mucho que tiene ganas de tomar mis hombros y empujarme. Debe haberla irritado que besara a Locke, que durmiera en su cama—. Creo que quizás sí. Creo que te encantaría golpearme. Y sé que quiero golpearte.

Hay una espada colgada en lo alto de la pared sobre la chimenea, debajo de un estandarte de seda con el emblema de luna de Madoc. Me subo a una silla cercana, me paro sobre la repisa de la chimenea y la levanto de su gancho. Servirá.

Me bajo de un salto y camino hacia ella, apuntando el acero a su corazón.

—Estoy fuera de práctica —dice.

—Yo no. —Cierro la distancia entre nosotras—. Pero tendrás la mejor espada y puedes dar el primer golpe. Eso es justo y más que justo.

Taryn me mira durante un largo momento y luego levanta a Nightfell. Retrocede varios pasos y se posiciona.

Al otro lado de la habitación, Oriana se pone de pie con un grito ahogado. Sin embargo, no viene hacia nosotras. No nos detiene.

Hay tantas cosas rotas que no sé cómo arreglarlas. Pero sé cómo luchar.

—¡No sean idiotas! —grita Vivi desde el balcón. No puedo prestarle mucha atención. Estoy demasiado concentrada en Taryn mientras se mueve por el piso. Madoc nos enseñó a las dos y nos enseñó bien.

Ella lanza un golpe.

Lo bloqueo, nuestras espadas chocan. El metal suena, haciendo eco a través de la habitación como una campana.



—¿Fue divertido engañarme? ¿Te gustó la sensación de tener algo sobre mí? ¿Te gustó que él estuviera coqueteando conmigo y besándome mientras te prometía que serías su esposa?

—¡No! —Evita mi primera serie de golpes con cierto esfuerzo, pero sus músculos recuerdan la técnica. Ella muestra sus dientes—. Lo odiaba, pero no soy como tú. Quiero pertenecer aquí. Desafiarlos empeora las cosas. Nunca me preguntaste antes de ir contra el Príncipe Cardan, tal vez él lo comenzó por mí, pero tú lo continuaste. No te importaba lo que eso significara para el resto de nosotros. Tenía que mostrarle a Locke que era diferente.

Algunos de los sirvientes se han reunido para mirar.

Los ignoro, ignoro el dolor en mis brazos por haber cavado una tumba solo una noche antes, ignoro el escozor de la herida en mi palma. Mi espada corta la falda de Taryn, cortando casi hasta su piel. Sus ojos se abren y ella tropieza.

Intercambiamos una serie de golpes rápidos. Está respirando más fuerte, no acostumbrada a ser empujada así, pero tampoco retrocediendo.

Bato mi espada contra la de ella, sin darle tiempo para hacer más que defenderse.

—¿Así que esto es tu *venganza*? —Solíamos entrenar cuando éramos más jóvenes, con bastones de práctica. Y desde entonces solo hemos recurrido a tirarnos del cabello, gritarnos de todo e ignorarnos, pero nunca hemos peleado así, nunca con acero.

—¡Taryn! ¡Jude! —grita Vivi, dirigiéndose hacia la escalera de caracol—. Deténganse o las detendré.

—Tú odias a los mágicos. —Los ojos de Taryn brillan mientras gira su espada en un elegante golpe—. Nunca te importó Locke. Simplemente era otra cosa más que tomar de Cardan.

Eso me sorprende tanto que logra meterse bajo mi guardia. Su espada solo roza mi costado antes de que me aleje, fuera de su alcance.

Ella continúa.

—Crees que soy débil.



—Eres débil —le digo—. Eres débil y patética y yo...

—Soy un espejo —grita—. Soy el espejo que no quieres mirar.

Me vuelvo hacia Taryn de nuevo, poniendo todo mi peso en el golpe. Estoy tan enojada, enojada con tantas cosas. Odio haber sido estúpida. Odio haber sido engañada. La ira ruga en mi cabeza, lo suficientemente fuerte como para ahogar mi otro pensamiento.

Muevo mi espada hacia su costado en un arco brillante.

—Dije que se detengan —grita Vivi, el encantamiento brillando en su voz como una red—. ¡Deténganse, *ahora!*

Taryn parece desinflarse, relajando sus brazos, dejando que Nightfell cuelgue de los dedos repentinamente flojos. Ella tiene una vaga sonrisa en su rostro, como si estuviera escuchando música distante. Intento controlar mi amague, pero es demasiado tarde. En cambio, dejo ir la espada. El impulso la envía a través de la habitación y golpea contra una estantería, tirando el cráneo de un carnero al suelo. El impulso me lanza al suelo.

Me vuelvo hacia Vivi, horrorizada.

—No tenías derecho. —Las palabras salen de mi boca, encima de las más importantes; pude haber cortado a Taryn por la mitad.

Ella se ve tan asombrada como yo.

—¿Llevas un amuleto? Te vi cambiar tu ropa y no tenías uno.

El geas de Dain. Superó su muerte.

Mis rodillas se sienten crudas. Mi mano está palpitando. Mi lado arde donde Nightfell rozó mi piel. Estoy furiosa de que ella detuviera la pelea. Estoy furiosa de que haya intentado usar magia sobre nosotras. Me obligo a ponerme de pie. Mi respiración se vuelve pesada. Hay sudor en mi frente y mis extremidades tiemblan.

Manos me agarran por la espalda. Tres sirvientes más intervienen, interponiéndose entre nosotras y tomándome de los brazos. Dos tienen a Taryn, arrastrándola lejos de mí. Vivi sopla en la cara de Taryn y ella regresa a la conciencia.

Es entonces cuando veo a Madoc fuera de su salón, tenientes y caballeros apiñados a su alrededor. Y Locke.



Mi estómago se desploma.

—¿Qué les pasa a ustedes dos? —grita Madoc, tan enojado como nunca lo he visto—. ¿No hemos tenido suficientes muertes hoy?

Lo cual parece una cosa paradójica, ya que él fue la causa de ello.

—Las dos me esperarán en la sala de juegos. —Todo en lo que puedo pensar es él en el estrado, su espada atravesando el pecho del Príncipe Dain. No puedo encontrar su mirada. Estoy temblando. Quiero gritar. Quiero correr hacia él. Me siento como una niña otra vez, una niña indefensa en una casa de muerte.

Quiero hacer algo, pero no hago nada.

Se vuelve hacia Gnarbonne.

—Ve con ellas. Asegúrate de que se mantengan alejadas la una de la otra.

Me conducen a la sala de juegos y me siento en el suelo con la cabeza en las manos. Cuando las alejo, están húmedas de lágrimas. Limpio mis dedos rápidamente contra mis pantalones, antes de que Taryn me vea.



Esperamos al menos una hora. No le digo una sola cosa a Taryn y tampoco me dice nada. Ella sorbe un poco, luego se limpia la nariz y no llora.

Pienso en Cardan atado a una silla para animarme. Luego pienso en la forma en que me miró a través de su cortina de cabello negro, de los costados ondulados de su sonrisa de borracho y no me siento en absoluto consolada.

Me siento agotada y totalmente derrotada.

Odio a Taryn. Odio a Madoc. Odio a Locke. Odio a Cardan. Odio a todo el mundo. Simplemente no los odio lo suficiente.

—¿Qué te dio él? —le pregunto a Taryn, finalmente cansada del silencio—. Madoc me dio la espada que hizo papá. Esa es con la que estábamos peleando. Dijo que también tenía algo para ti.



Está en silencio el tiempo suficiente como para que piense que no va a responder.

—Un juego de cuchillos, para una mesa. Supuestamente, cortan a través del hueso. La espada es mejor. Tiene un nombre.

—Supongo que puedes ponerle nombre a tus cuchillos de carne. Carnoso el Viejo. Destruyecartilagos —digo y ella hace un pequeño ruido que suena como la sofocación de una risa.

Pero después de eso, volvemos a caer en el silencio.

Finalmente, Madoc entra a la habitación, su sombra precediéndolo, extendiéndose por el suelo como una alfombra. Lanza una Nightfell envainada al suelo frente a mí y luego se acomoda en un sofá con patas en forma de pies de pájaro. El sofá gime, no acostumbrado a tomar tanto peso. Gnarbonne asiente con la cabeza hacia Madoc y se retira.

—Taryn, hablaré contigo de Locke —dice Madoc.

—¿Lo lastimaste? —Hay un llanto apenas contenido en su voz. Poco amable, me pregunto si ella lo está haciendo para el beneficio de Madoc.

Él resopla, como si se estuviera preguntando lo mismo.

—Cuando pidió tu mano, me dijo que aunque, como yo sabía, los mágicos son gente voluble, todavía quería tomarte como esposa; lo que significa, supongo, que no lo encontrarás particularmente constante. No dijo nada acerca de un coqueteo con Jude, pero cuando pregunté hace un momento, me dijo, “los sentimientos mortales son tan volátiles que es imposible evitar a jugar un poco con ellos”. Me dijo que tú, Taryn, le habías demostrado que podrías ser como nosotros. No hay duda de que lo que hiciste para demostrárselo fue la fuente de conflicto entre tú y tu hermana.

El vestido de Taryn cae a su alrededor. Luce serena, aunque tiene un corte superficial en su costado y un tajo en la falda. Luce como una dama de la nobleza, si no miras muy fijamente la forma curvada de sus orejas. Cuando me permito pensarlo, no puedo culpar a Locke por elegirla a ella. Soy violenta. He estado envenenándome durante semanas. Soy una asesina, una mentirosa y una espía.

Entiendo por qué *él* la eligió a ella. Solo desearía que *ella* me hubiese elegido a mí.



—¿Qué le dijiste? —pregunta Taryn.

—Que nunca me he encontrado particularmente voluble —dice Madoc—. Y que él me parece poca cosa para cualquiera de ustedes dos.

Taryn aprieta las manos en puños, pero no hay otra señal de que esté enojada. Ha logrado dominar una compostura regia que no tengo. Aunque he estudiado con Madoc, su tutora ha sido Oriana.

—¿Me prohíbes que lo acepte?

—No terminará bien —dice Madoc—. Pero no me interpondré en tu felicidad. Ni siquiera me interpondré en la miseria que eliges para ti misma.

Taryn no dice nada, pero la forma en que deja salir el aliento muestra su alivio.

—Ve —le dice él—. Y no pelees más con tus parientes. Sin importar el placer que encuentres con Locke, tu lealtad está con tu familia.

Me pregunto a qué se refiere con eso, lealtad. Creía que él era leal a Dain. Creía que le había jurado.

—Pero ella... —comienza Taryn y Madoc alza una mano, con la amenaza de sus uñas negras curvadas.

—¿Te desafió? ¿Te puso una espada en las manos y te hizo empuñarla? ¿De verdad piensas que tu hermana no tiene honor, que te haría pedazos mientras tú te quedabas ahí parada, desarmada?

Taryn echa chispas por los ojos y alza la barbilla.

—No quería pelear.

—Entonces no debes hacerlo en el futuro —dice Madoc—. No tiene sentido pelear si no tienes intención de ganar. Puedes irte. Déjame hablar con tu hermana.

Taryn se pone de pie y camina hacia la puerta. Con la mano en el pesado cerrojo de latón, se da vuelta, como para decir algo más. Cualquier compañerismo que hubiéramos encontrado cuando él no estaba aquí ha desaparecido. Puedo ver en su rostro que quiere que él me castigue y es casi seguro que no lo hará.



—Deberías preguntarlo a Jude dónde está el Príncipe Cardan —dice ella, entrecerrando los ojos—. La última vez que lo vi, estaba bailando con ella.

Con eso, cruza la puerta, dejándome con el corazón latiendo a toda velocidad y el sello real ardiendo en mi bolsillo. Ella no lo sabe. Solo está siendo molesta, solo está tratando de meterme en problemas con una verdad a medias. No puedo creer que ella diría eso si lo supiera.

—Hablemos de tu comportamiento de esta noche —dice Madoc, inclinándose hacia delante.

—Hablemos de *tu* comportamiento de esta noche —contesto.

Él suspira y se frota el rostro con una mano.

—Estabas allí, ¿no es cierto? Traté de sacarlos a todos, así no tendrían que verlo.

—Creía que amabas al Príncipe Dain —digo—. Creía que eras su amigo.

—Sí, lo amaba —dice Madoc—. Más de lo que podría amar a Balekin en toda una vida. Pero hay otros que tienen mi lealtad.

Pienso otra vez en mis piezas del rompecabezas, en las respuestas por las que volví a casa. ¿Qué podría haberle dado o prometido Balekin a Madoc para persuadirlo de moverse en contra de Dain?

—¿Quién? —demando—. ¿Qué podría valer toda esta muerte?

—Suficiente —gruñe—. Todavía no estás en mi consejo de guerra. Sabrás lo que es necesario saber con el tiempo. Hasta entonces, déjame asegurarte que aunque las cosas están desordenadas, mis planes no han cambiado. Lo que necesito ahora es al príncipe más joven. Si sabes dónde está Cardan, podría conseguir que Balekin te ofrezca una buena recompensa. Una posición en su Corte. Y la mano de quien sea que quieras. O el corazón aún latiente de alguien que odies.

Lo miro sorprendida.

—¿Crees que le quitaría Locke a Taryn?

Se encoge de hombros.



—Parecías querer arrancarle la cabeza a Taryn. Ella te traicionó. No sé qué considerarías un castigo apropiado.

Por un momento, solo nos miramos. Él es un monstruo, así que si quiero hacer algo muy malo, no va a juzgarme por eso. No mucho.

—Si quieres mi consejo —dice lentamente—, el amor no crece bien alimentado en dolor. Concédeme que al menos eso lo sé. Te amo, y amo a Taryn, pero no creo que ella sea la indicada para Locke.

—¿Y yo lo soy? —No puedo evitar pensar que la idea de Madoc del amor no parece ser algo muy seguro. Él amaba a mi madre. Amaba al Príncipe Dain. Su amor por nosotras probablemente no nos gane más protección que la que tuvieron ellos.

—No creo que *Locke* sea el indicado para *ti*. —Sonríe, una sonrisa llena de dientes—. Y si tu hermana tiene razón y sabes dónde está el Príncipe Cardan, entrégamelo. Es un chico torpe, no es bueno con una espada. De cierto modo es encantador, e inteligente, pero nada que valga la pena proteger.

Demasiado joven, demasiado débil, demasiado cruel.

Pienso otra vez en el golpe militar que Madoc había planeado con Balekin, preguntándome cómo se suponía que sucedería. Matar a los dos hermanos mayores, los que tienen influencia. Luego seguramente el Rey Supremo cedería y colocaría la corona en la cabeza del príncipe más poderoso, el que tuviera a los militares de su lado. Quizás a regañadientes, pero una vez amenazado, Eldred coronaría a Balekin. Excepto que no lo hizo. Balekin intentó forzar su mano y luego todos murieron.

Todos menos Cardan. El tablero quedó casi sin jugadores.

No puede ser así cómo Madoc pensaba que se desarrollarían los hechos. Pero, de todos modos, recuerdo sus lecciones sobre estrategia. Cada resultado de un plan debe guiar a la victoria.

Aunque nadie puede planear cada variable. Eso es ridículo.

—Pensé que ibas a regañarme sobre no pelear con espadas en la casa —digo, tratando de alejar la conversación del paradero de Cardan. He conseguido lo que le prometí a la Corte de las Sombras: una oferta. Ahora solo tengo que decidir qué hacer con ella.



—¿Debo decirte que si tu espada hubiera encontrado su objetivo y hubieses lastimado a Taryn, te habrías arrepentido por el resto de tus días? De todas las lecciones que te di, hubiera pensado que esa era la que mejor te enseñé. —Su mirada está fija en la mía. Está hablando de mi madre. Está hablando de asesinar a mi madre.

No puedo decir nada ante eso.

—Es una pena que no descargues tu ira en alguien que lo merezca más. En tiempos como estos, los mágicos desaparecen. —Me da una mirada significativa.

¿Está diciéndome que está bien matar a Locke? Me pregunto qué diría si supiera que ya he matado a uno de la nobleza. Si le mostrara el cuerpo. Aparentemente, quizás, *felicitaciones*.

—¿Cómo duermes de noche? —le pregunto. Es una cosa patética que decir, y solo lo estoy diciendo, lo sé, porque él me ha mostrado lo cerca que estoy de ser todo lo que he odiado de él.

Frunce las cejas y me mira como si estuviera evaluando qué clase de respuesta dar. Me imagino como él debe verme, una chica taciturna juzgándolo.

—Algunos son buenos con la flauta o la pintura. Algunos tienen habilidades en el amor —dice finalmente—. Mi talento es la guerra. Lo único que me ha mantenido despierto alguna vez es negarlo.

Asiento lentamente.

Él se pone de pie.

—Piensa en lo que te dije y luego piensa cuáles son tus talentos.

Ambos sabemos lo que eso significa. Ambos sabemos en qué soy buena, qué soy: acabo de perseguir a mi hermana con una espada. Pero qué hacer con ese talento es la pregunta.



Mientras salgo de la sala de juegos, me doy cuenta que Balekin debe haber llegado con sus siervos. Caballeros con su símbolo, tres pájaros sonrientes adornados en sus tabardos, están parados en el pasillo. Me



escabullo entre ellos y subo las escaleras, arrastrando mi espada detrás de mí, demasiado exhausta para hacer otra cosa.

Tengo hambre, me doy cuenta, pero me siento demasiado enferma para comer. ¿Así se siente tener el corazón roto? No estoy segura que sea por Locke que esté enferma, tal como estaban las cosas fue antes de que comenzara la coronación. Pero si pudiera deshacer el paso de los días, ¿por qué no retroceder a antes de matar a Valerian, por qué no retroceder hasta que mis padres estén vivos, por qué no retroceder hasta el principio?

Tocan mi puerta y luego se abre sin que yo indique nada. Entra Vivi, llevando una bandeja de madera con un emparedado, junto con una botella de vidrio ámbar tapada.

—Soy una idiota. Soy una idiota —le digo—. Lo admito. No tienes que sermonearme.

—Pensé que me harías pasar un mal momento por el encantamiento —dice—. Ya sabes, el que resististe.

—No deberías hacer magia con tus hermanas. —Saco el corcho de la botella y tomo un largo trago de agua. No me di cuenta de lo sedienta que estaba. Trago más, casi vaciando todo el contenedor en un solo trago.

—Y no deberías tratar de cortar a la tuya a la mitad. —Ella se recuesta contra mis almohadas, contra mis animales de peluche gastados. Ociosamente, levanta la serpiente y mueve las horquillas de su lengua de fieltro—. Pensé en todo ello: esgrima, caballería, pensé que era un juego.

Recuerdo lo enojada que estaba cuando Taryn y yo cedimos a la Tierra de las Hadas y empezamos a divertirnos. Coronas de flores en nuestras cabezas, disparando arcos y flechas al cielo. Comiendo violetas confitadas y quedándonos dormidas con la cabeza apoyada en troncos. Éramos niñas. Los niños pueden reír todo el día y llorar para dormir por las noches. Pero para sostener una espada en mi mano, una espada como la que mató a nuestros padres, y pensar que era un juguete, ella tendría que creer que no tenía corazón.

—No lo es —digo finalmente.

—No —dice Vivi, envolviendo la serpiente de peluche alrededor del gato disecado.



—¿Te contó sobre él? —pregunto, trepándome a mi cama junto a ella. Se siente bien acostarse, tal vez demasiado bien. Estoy instantáneamente somnolienta.

—No sabía que Taryn estaba con Locke —dice Vivi, deliberadamente dándome la oración completa para que no tenga que preguntarme si está tratando de engañarme—. Pero no quiero hablar de Locke. Olvídate de él. Quiero que nos vayamos de la Tierra de las Hadas. Esta noche.

Eso me hace incorporarme.

—¿Qué?

Se ríe de mi reacción. Es un sonido tan normal, tan completamente fuera de sintonía con el gran drama de los últimos dos días.

—Pensé que eso te sorprendería. Mira, pase lo que pase aquí, no va a ser bueno. Balekin es un imbécil Y es realmente tonto. Deberías haber escuchado a papá maldecir de camino a casa. Solo vámonos.

—¿Qué hay de Taryn? —pregunto.

—Ya se lo pregunté y no voy a decirte si aceptó o no venir. Quiero que respondas por *tú*. Jude, escucha. Sé que guardas secretos. Algo te está enfermando. Estás más pálida y delgada, y tus ojos tienen un brillo extraño.

—Estoy bien —digo.

—Mentirosa —dice ella, pero la acusación no tiene peso—. Sé que estás atrapada aquí en la Tierra de las Hadas por mi culpa. Sé que las peores cosas que han sucedido en toda tu vida son por mi culpa. Nunca lo has dicho, es amable de tu parte, pero lo sé. Has tenido que convertirte en otra cosa y lo has hecho. A veces, cuando te miro, no estoy segura si siquiera sabrías cómo ser humana.

No sé qué hacer con eso, el cumplido y el insulto, todo a la vez. Pero detrás de eso hay un sentimiento de profecía.

—Te encuentras mejor aquí que yo —dice Vivi—. Pero apuesto a que te costó algo.

En general, no me gusta imaginar la vida que podría haber tenido, la que no tiene magia. En la que fui a una escuela normal y aprendí cosas regulares. En la que tuve un padre y una madre vivos. En el que mi hermana



mayor era el bicho raro. Donde no estaba tan enojada. Donde mis manos no estaban manchadas de sangre. Lo imagino ahora, y me siento extraña, tensa, mi estómago revuelto.

Lo que siento es pánico.

Cuando los lobos vengan por esa Jude, ella será devorada en un instante, y los lobos siempre vienen. Me asusta pensar que soy tan vulnerable. Pero como soy ahora, estoy en camino de convertirme en uno de los lobos. Cualquier cosa esencial que tenga la otra Jude, cualquier parte que esté intacta en ella y rota en mí, esa cosa podría ser irrecuperable. Vivi tiene razón; me costó algo ser como soy. Pero no sé qué. Y no sé si puedo recuperarlo. Ni siquiera sé si lo quiero.

Pero tal vez podría intentarlo.

—¿Qué haríamos en el mundo de los mortales? —le pregunto.

Vivi sonríe y empuja el plato con el emparedado hacia mí.

—Ir al cine. Visitar ciudades. Aprender a conducir un auto. Hay muchos mágicos que no viven en las Cortes, no participan en la política. Podríamos vivir de la manera que queramos. En un apartamento. En un árbol. Lo que quieras.

—¿Con Heather? —Recojo la comida y doy un gran mordisco. Rodajas de cordero y encurtido de hojas de diente de león. Mi estómago gruñe.

—Con suerte —dice ella—. Puedes ayudarme a explicarle las cosas.

Se me ocurre por primera vez que, lo sepa o no, ella no está sugiriendo huir para ser *humana*. Ella sugiere que vivamos como las hadas salvajes, entre los mortales, pero no como ellos. Robaríamos la crema de sus tasas y las monedas de sus bolsillos. Pero no nos conformaríamos y obtendríamos trabajos aburridos. O al menos ella no lo haría.

Me pregunto qué pensará Heather sobre eso.

Una vez que solucione lo del Príncipe Cardan de alguna manera, ¿entonces qué? Incluso si descubro el misterio de las cartas de Balekin, todavía no hay un buen lugar para mí. La Corte de las Sombras se disolverá. Taryn se casará. Vivi se habrá ido. Podría ir con ella. Podría tratar de descubrir qué está roto en mí, tratar de comenzar de nuevo.



Pienso en la oferta de la cucaracha, de ir con ellos a otra corte. Para empezar de nuevo en la Tierra de las Hadas. Ambos tienen ganas de darse por vencidos, pero ¿qué más hay que hacer? Pensé que una vez que estuviera en casa, tendría un plan, pero hasta ahora no lo tengo.

—No podría irme esta noche —le digo vacilante.

Ella jadea, con su mano en el corazón.

—Estás pensando seriamente en eso.

—Hay algunas cosas que necesito terminar. Dame un día. —Sigo regateando por lo mismo una y otra vez: tiempo. Pero en un día habré ajustado las cosas con la Corte de las Sombras. Se harán arreglos para Cardan. De una manera u otra, todo se resolverá. Exprimiré cualquier pago que pueda de esta Tierra. Y si todavía no tengo un plan, será demasiado tarde para hacer uno—. ¿Qué es un solo día en tu eterna, durable e interminable vida?

—¿Un día para decidir o un día para empacar tus maletas?

Tomo otro bocado de emparedado.

—Ambos.

Vivi pone sus ojos en blanco.

—Solo recuerda, en el mundo de los mortales, no será lo que es aquí. —Ella va hacia la puerta—. Tú no tendrías que ser como eres aquí.

Oigo los pasos de Vivi en el pasillo. Le doy otro bocado a mi emparedado. Lo mastico y lo trago, pero no pruebo nada.

¿Qué pasa si la forma en que soy es como soy? ¿Qué pasa si, cuando todo lo demás es diferente, yo no lo soy?

Saco el anillo real de Cardan de mi bolsillo y lo sostengo en el centro de mi palma. No debería tener esto. Las manos mortales no deberían sostenerlo. Incluso mirarlo de cerca parece estar mal, pero lo hago de todos modos. El oro está lleno de un rojo rico y profundo, y los bordes están suaves por un desgaste constante. Hay un poco de cera atascada en la impresión, y trato de eliminarla con el borde de mi uña. Me pregunto cuánto valdría el anillo en el mundo.

Antes de convencerme que no, lo coloco en mi indigno dedo.



24

*Traducido por Flochi y Gigi D
Corregido por Bella'*

Desperto a la tarde siguiente con el sabor de veneno en la boca. Me había ido a dormir con la ropa puesta, acurrucada alrededor de la funda de Nightfell.

Aunque realmente no quiero, me dirijo a la puerta de Taryn y llamo. Tengo que decirle algo antes de que el mundo se ponga patas arriba otra vez. Tengo que enderezar las cosas entre nosotras dos. Pero nadie responde, y cuando giro el picaporte y entro, encuentro que su recámara está vacía.

Bajo a las habitaciones de Oriana, esperando que pueda saber dónde encontrar a Taryn. Me asomo a través de la puerta abierta y la encuentro en su balcón, mirando al bosque y al lago más allá. El viento azota su cabello detrás de ella como si se tratara de una bandera pálida. Hinchaba su vestido transparente.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, entrando.

Se gira, sorprendida. Y bien podría estarlo. No estoy segura de haberla buscado alguna vez antes.

—Mi gente tuvo alas una vez —dice, el anhelo evidente en su voz—. Y aunque nunca he tenido un par propio, a veces siento la falta de ellas.

Me pregunto si, cuando se imagina teniendo alas, se imagina volando en el cielo y lejos de todo esto.

—¿Has visto a Taryn? —Las enredaderas se enroscan alrededor del poste de la cama de Oriana, sus tallos de un vívido verde. Flores azules cuelgan en puñados encima de donde ella duerme, formando una glorieta ricamente perfumada. No hay ningún lugar donde sentarse que no parezca rodeado de plantas. Es difícil para mí imaginarme a Madoc estando cómodo aquí.



—Se ha ido a la casa de su prometido, pero estará en la mansión del Rey Supremo Balekin mañana. Estarás allí también. Va a lanzar una fiesta para tu padre y algunos de los gobernantes Luminosos y Oscuros. Se esperará que sean menos hostiles entre sí.

No puedo siquiera imaginar el horror y la incomodidad, de estar vestida de gasa, el aroma a fruta de hadas espeso en el aire, mientras se supone que finja que Balekin no es otra cosa más que un monstruo asesino.

—¿Oak irá? —le pregunto y siento el primer ramalazo real de pena. Si me voy, no veré a Oak crecer.

Oriana junta sus manos y camina hasta su tocador. Sus joyas cuelgan allí: piezas de ágata en largas cadenas de cuentas de cristal, collares con piedras lunares, heliotropos de un intenso verde ensartados y un pendiente de ópalo, brillante como el fuego a la luz del sol. Y en una bandeja de plata, junto a un par de aretes de rubí con la forma de estrellas, hay una bellota dorada.

Una bellota dorada, gemela de la que encontré en el bolsillo del vestido que Locke me dio. El vestido que le había pertenecido a su madre. Liriope. La madre de Locke. Pienso en sus vestidos alocados y alegres, de su habitación cubierta de polvo. De cómo la bellota en su bolsillo se abría para mostrar un ave dentro.

—Intenté convencer a Madoc de que Oak era demasiado joven y que esta cena será muy aburrida, pero insistió que él venga. Tal vez puedas sentarte a su lado y mantenerlo entretenido.

Pienso en la historia de Liriope, de cómo Oriana me la contó cuando creyó que me estaba acercando demasiado al Príncipe Dain. De cómo Oriana había sido una consorte del Rey Supremo Eldred antes de ser la esposa de Madoc. Pienso en por qué pudo haber necesitado un casamiento rápido, lo que pudo haber tenido que esconder.

Pienso en la nota que encontré en el escritorio de Balekin, de la mano de Dain, un soneto a una dama con *cabello del amanecer y ojos iluminados por las estrellas*.

Pienso en lo que decía el ave: *Mi querida amiga, estas son las últimas palabras de Liriope. Tengo tres pájaros para repartir. Tres intentos para conseguir que uno llegue a tu mano. He pasado el punto para cualquier antídoto, así que si escuchas esto, te dejo con la carga de mis secretos y el*



último deseo de mi corazón. Protégelo. Llévalo lejos de los peligros de esta Corte. Mantenlo a salvo, y nunca, jamás, le digas la verdad de lo que me sucedió.

Pienso nuevamente en la estrategia, en Dain, Oriana y Madoc. Recuerdo la primera vez que Oriana vino con nosotros. Lo rápidamente que Oak nació y cómo no tuvimos permitido verlo por meses porque era muy enfermizo. Sobre cómo ella siempre ha sido protectora con él alrededor de nosotras, pero tal vez eso era por una razón, cuando había asumido otra.

Justo como había asumido que el niño que Liriope quiso que su amiga tomara era Locke. Pero, ¿y si el bebé que ella había estado llevando no murió con ella?

Siento como si me hubieran robado el aliento, como si lograr soltar las palabras fuese una lucha contra el mismo aire en mis pulmones. No puedo creer lo que voy a decir, a pesar de que es la conclusión que tiene sentido.

—Oak no es hijo de Madoc, ¿verdad? O, al menos, no más de lo que yo lo soy.

Si el niño nace, el Príncipe Dain nunca será rey.

Oriana se tapa la boca con la mano. Su piel huele como el aire tras una nevada.

—No digas eso. —Habla cerca de mi rostro, con voz temblorosa—. No vuelvas a decir eso jamás. Si alguna vez amaste a Oak, no digas esas palabras.

Aparto su mano.

—El Príncipe Dain era su padre y Liriope su madre. Oak es la razón por la que Madoc apoyó a Balekin, la razón por la que deseaba a Dain muerto. Y ahora tiene la llave hacia la corona.

Sus ojos se agrandan y toma mi mano helada en la de ella. Ella nunca me ha parecido otra cosa que extraña, como una criatura de un cuento de hadas, pálida como un fantasma.

—¿Cómo pudiste saberlo? ¿Cómo pudiste saber algo de todo esto, niña humana?



Había pensado que el Príncipe Cardan era el individuo más invaluable de toda la Tierra de las Hadas. No tenía idea.

Rápidamente, cierro la puerta y cierro su balcón. Me observa y no protesta.

—¿Dónde está ahora? —le pregunto.

—¿Oak? Con su niñera —susurra, llevándome hacia el pequeño diván en un rincón, estampado con brocado de serpiente y cubierto en una piel—. Habla rápido.

—Primero, dime qué sucedió hace siete años.

Oriana respira hondo.

—Puedes pensar que habría estado celosa de Liriope siendo otra de las consortes de Eldred, pero no lo estaba. La amaba. Siempre estaba riendo, era imposible no amarla, incluso aunque su hijo se ha metido entre tú y Taryn, no puedo evitar amarlo un poco, por el bien de ella.

Me pregunto lo que fue para Locke tener a su madre siendo la amante del Rey Supremo. Estoy dividida entre la simpatía y el deseo de que su vida haya sido tan miserable como sea posible.

—Éramos confidentes —dice Oriana—. Me contó cuando comenzó su amorío con el Príncipe Dain. No parecía tomarse nada en serio. Había amado mucho al padre de Locke, creo. Dain y Eldred eran entretenimientos, distracciones. Nuestra raza no se preocupa mucho por los hijos, como sabes. La sangre de hadas es débil. No creo que se le ocurriera que podría tener un segundo hijo, una simple década después de nacido Locke. Algunos de nosotros tienen siglos entre sus hijos. Algunos de nosotros nunca tienen uno.

Asiento. Es por eso que los hombres y mujeres humanos son la necesidad no reconocida que son. Sin su fortalecimiento en la línea de sangre, la Tierra de las Hadas moriría, a pesar del interminable alcance de sus vidas.

—Hongos lepiota es una forma horrible de morir —dice Oriana, con una mano en la garganta—. Comienzas a sentirte lento, tus extremidades tiemblan hasta que ya no puedes moverte más. Pero sigues estando consciente hasta que todo dentro de ti se detiene, como un reloj que se congela. Imagina el horror, imagina la esperanza de que puedas volver a



moverte, imagina luchar por moverte. Para cuando ella me trajo el mensaje, estaba muerta. Saqué... —Su voz se apaga. Sé cuál debe ser el resto de la frase. Debe haber sacado al bebé del estómago de Liriope. No puedo imaginar a la dulce Oriana haciendo algo tan brutal y valiente, presionando la punta de su daga en la piel, encontrando el punto adecuado para perforar. Arrancar un niño del útero, sostener su cuerpo húmedo contra ella. Pero, ¿quién más hubiera sido capaz?

—Lo salvaste —digo, porque si no quiere hablar de esa parte, no tiene por qué.

—Lo llamé como la bellota de Liriope —me dice, apenas un susurro—. Mi pequeño dorado Oak.

En realidad quería creer que ser parte del servicio de Dain era un honor, que él era alguien a quien valía la pena seguir. Eso es lo que pasa cuando ansías algo: Olvidas fijarte que no esté podrido antes de tragarlo todo.

—¿Sabías que fue Dain quien envenenó a Liriope?

Oriana sacude la cabeza.

—Por mucho tiempo no. Podría haber sido cualquiera de las amantes de Eldred. O Balekin, había rumores de que fue el responsable. Incluso me preguntaba si no había sido Eldred, si él la había envenenado por meterse con su hijo. Pero entonces Madoc descubrió que el hongo lo había obtenido Dain. Insistió que nunca permitiera que el niño estuviera cerca de Dain. Estaba furioso... enojado de una forma atemorizante que nunca había visto antes.

No es difícil ver el motivo de la furia de Madoc con Dain. Madoc, quien una vez creyó que su mujer e hijo estaban muertos. Madoc, quien amaba a Oak. Madoc, que nos recordaba una y otra vez que la familia venía antes que todo lo demás.

—¿Entonces te casaste con Madoc porque podía protegerte? —Solo tengo recuerdos borrosos de cuando cortejó a Oriana, y entonces estaban comprometidos, con un niño en camino. Tal vez me pareció algo inusual, pero cualquiera puede ser afortunado. Y me había parecido mala suerte a mí en el momento, ya que Taryn y yo nos preocupábamos de lo que el nuevo bebé implicaría para nosotras. Pensamos que Madoc se cansaría de nosotras



y nos dejaría abandonadas en algún lugar con una bolsa llena de oro y amuletos en nuestra ropa. Nadie cree que la mala suerte sea sospechosa.

Oriana mira hacia afuera, al viento azotando los árboles.

—Madoc y yo llegamos a un acuerdo. No fingimos el uno con el otro.

No tengo idea de lo que eso significa, pero suena como un matrimonio frío y cuidadoso.

—Entonces, ¿cuál es su movimiento? —le pregunto—. No imagino que tenga intención de que Balekin siga mucho en el trono. Creo que lo consideraría un crimen contra la estrategia dejar algo tan obvio sin explotar.

—¿A qué te refieres? —Parece honestamente sorprendida. No fingen entre ellos y un cuerno.

—Va a poner a Oak en el trono —le digo, como si fuera obvio. Porque lo es. No sé cómo piensa hacerlo, ni cuándo, pero estoy segura que es su plan. Por supuesto que sí.

—Oak —dice—. No, no, no. Jude, no. Es sólo un niño.

Llévalo lejos de los peligros de esta Corte. Eso decía la nota de Liriope. Tal vez Oriana debería haber escuchado.

Recuerdo lo que Madoc nos dijo en una cena hace ya años, sobre la vulnerabilidad del trono durante cambios en el poder. Lo que sea que él planee que suceda con Balekin (y ahora me pregunto si su plan no era que Dain muriera, que Balekin muriera también, para que se suspendiera la coronación, para que Madoc pudiera hacer su jugada), tenía que ver la oportunidad frente a él, con sólo tres reales con vida. Si Oak era el Rey Supremo, entonces Madoc sería el regente. Podría gobernar todo hasta que Oak fuera mayor de edad.

Y después, ¿quién sabe lo que sucedería? Si podía mantener bajo su mando a Oak, podría gobernar para siempre.

—Yo también fui sólo una niña una vez —le digo—. No creo que Madoc se preocupara mucho por lo que yo podía tolerar en ese momento y no creo que Oak le preocupe mucho ahora.



No es que no crea que ama a Oak. Claro que sí. A mí también me ama. Amaba a mi madre. Pero es lo que es. No puede ser algo distinto de su naturaleza.

Oriana me toma la mano, apretándola tanto que sus uñas marcan mi piel.

—Tú no entiendes. Los reyes niños nunca sobreviven mucho y Oak ya es un niño frágil. Fue traído a este mundo demasiado pequeño. Ningún rey ni reina de ninguna Corte se inclinará ante él. No fue criado para eso. Debes impedirlo.

¿Y qué podría hacer Madoc con tanto poder sin límite? ¿Qué podría hacer yo con un hermano en el trono? Y podría ponerlo ahí. Tengo la carta ganadora, porque Balekin podría negarse a coronar a Oak, pero seguro Cardan no. Podría hacer que mi hermano sea el Rey Supremo y yo una princesa. Todo ese poder, ahí mismo para que lo tome. Sólo debo estirar la mano.

Hay algo extraño con la ambición: Puedes tenerla como una fiebre, pero no es muy fácil de soltar. Antes, una posibilidad de ser caballero era suficiente, junto con el poder de que Cardan y sus amigos me dejaran en paz. Todo lo que quería era encontrar un lugar en este mundo en el que encajara.

Ahora me pregunto cómo se sentiría elegir al próximo rey.

Pienso en el charco de sangre corriendo por el piso de piedra hacia el suelo de la colina lleno de tierra. Corriendo por el borde inferior de la corona para que cuando Balekin la alzara, sus manos se vieran bañadas en rojo. Imagino esa corona en las sienes de Oak y siento asco.

También recuerdo, lo que se sintió ser encantada por Oak. Una y otra vez me abofeteé a mí misma hasta que mi mejilla se encontraba roja y caliente. Un moretón se veía el día siguiente, uno que no desapareció por una semana. Eso es lo que hacen los niños con poder.

—¿Y por qué crees que puedo detenerlo? —pregunto.

Oriana no me suelta.

—Una vez dijiste que me equivocaba sobre ti, que tú nunca herirías a Oak. Dime, ¿hay algo que *puedas* hacer? ¿Alguna posibilidad?



No soy un monstruo, le dije cuando le aseguré que nunca lastimaría a Oak. Pero tal vez ser un monstruo era lo mío.

—Tal vez —le digo, lo que no es una respuesta.

Cuando estoy saliendo, veo a mi hermano pequeño. Está en el jardín, recogiendo un ramo de flores silvestres. Se está riendo, el sol brilla sobre su cabello dorado. Cuando la niñera corre hacia él, se aleja con saltos.

Apuesto que no sabe que esas flores son veneno.



25

*Traducido por Knife y Naomi Mora
Corregido por Indiehope*

Risas me reciben cuando regreso a la Corte de las Sombras. Espero encontrar a Cardan como lo dejé, intimidado y tranquilo, tal vez incluso más miserable que antes. En cambio, sus manos han sido desatadas, y está en la mesa, jugando a las cartas con la Cucaracha, el Fantasma y la Bomba. En el centro hay un montón de joyas y una jarra de vino. Dos botellas vacías descansan debajo de la mesa, el vidrio verde atrapa la luz de las velas.

—Jude —llama La Bomba felizmente—. ¡Siéntate! Juega con nosotros.

Me siento aliviada de verla, aquí e ilesa. Pero nada sobre este cuadro es bueno.

Cardan me sonríe como si hubiéramos sido grandes amigos durante toda nuestra vida. Olvidé lo encantador que puede ser, y lo peligroso que es eso.

—¿Qué están haciendo? —estallé—. ¡Se supone que debe estar atado! Él es nuestro *prisionero*.

—No te preocupes. ¿A dónde va a ir? —pregunta la Cucaracha—. ¿De verdad crees que puede vencernos?

—No me importa tener atada un mano —interviene Cardan—. Pero si vas a restringir ambas manos, entonces tendrás que verter el vino directamente en mi boca.

—Nos dijo dónde el viejo rey guardaba las botellas realmente buenas —dice la Bomba, echando hacia atrás su cabello blanco—. Sin mencionar un alijo de joyas que pertenecía a Elowyn. Imaginó que, en la confusión, nadie se daría cuenta si se las llevaban, y hasta ahora, nadie lo ha hecho. El trabajo más fácil que la Cucaracha ha hecho alguna vez.



Quiero gritar. Se suponía que no debería agradarles, pero ¿por qué no? Es un príncipe que los trata con respeto. Es el hermano de Dain. Él es un mágico, como ellos.

—De todos modos, todo está yendo en espiral hacia el caos —dice Cardan—. Bien podría pasar un buen rato. ¿No crees, Jude?

Respiro profundamente. Si menoscaba mi posición aquí, si logra convertirme en una extraña, entonces nunca conseguiré que la Corte de las Sombras acepte el plan que todavía está revuelto en mi cabeza. Parece que no puedo encontrar la manera de ayudar a nadie. Lo último que necesito es que él empeore las cosas.

—¿Qué les ofreció? —pregunto, como si todos estuviéramos en la misma broma. Sí, es una apuesta. Tal vez Cardan no les ofreció nada en absoluto.

Intento no parecer que estoy conteniendo la respiración. Trato de no mostrar cuán pequeña Cardan me hace sentir.

El Fantasma me da una de sus raras sonrisas.

—Principalmente oro, pero también poder. Posición.

—Muchas cosas que no tiene —menciona la Bomba.

—Pensé que éramos amigos —dice Cardan sin entusiasmo.

—Voy a llevarlo atrás —digo, poniendo mi mano en la parte superior de la silla marcando mi propiedad. Necesito sacarlo de la habitación antes de que me venza delante de ellos. Necesito alejarlo ahora.

—¿Y hacer qué? —pregunta la Cucaracha.

—Es *mi* prisionero —les recuerdo, poniéndome en cuclillas y cortando las tiras de mi vestido, todavía atando sus piernas a la silla. Me doy cuenta que debe haber dormido de esta manera, sentado derecho, si es que acaso durmió en absoluto. Pero no parece cansado. Me sonríe, como si la razón por la que estoy de rodillas es porque estoy haciéndole una reverencia.

Quiero borrar esa sonrisa de su rostro, pero tal vez no pueda. Quizás él seguirá sonriendo de esa manera hasta su tumba.

—¿No podemos quedarnos aquí? —pregunta Cardan—. Hay vino aquí.



Eso hace que la Cucaracha se ría.

—¿Algo te molesta, principito? ¿Tú y Jude no se llevan bien después de todo?

La expresión de Cardan cambia a algo que parece preocupación. Bueno.

Lo llevo a la oficina de Dain, que supongo que acabo de confiscar para mí. Camina inseguro, con las piernas rígidas por estar atado. También posiblemente porque ha ayudado a mi equipo a bajar varias botellas de vino. Nadie me impide llevarlo, sin embargo. Cierro la puerta y giro la cerradura.

—Siéntate —digo, señalando una silla.

Lo hace.

Camino por allí, colocándome al otro lado del escritorio.

Se me ocurre que, si lo mato, finalmente puedo dejar de pensar en él. Si lo mato, ya no tendré que sentirme así.

Sin él, no hay un camino claro para poner a Oak en el trono. Tendría que confiar en que Madoc tiene alguna forma de obligar a Balekin a coronarlo. Sin él, no tengo cartas para jugar. Ningún plan. Nada de ayuda para mi hermano. Nada.

Tal vez valdría la pena.

La ballesta está donde la dejé, en el cajón del escritorio de Dain. La saco, la preparo y apunto a Cardan. Él toma una respiración entrecortada.

—¿Me dispararás? —Parpadea—. ¿Ahora mismo?

Mi dedo acaricia el gatillo. Me siento tranquila, gloriosamente tranquila. Esto es debilidad, poner el miedo por encima de la ambición, por encima de la familia, por encima del amor, pero se siente bien. Se siente como ser poderoso.

—Puedo ver por qué querías hacerlo —dice, como si leyera mi cara y tomara una decisión—. Pero realmente preferiría que no lo hicieras.

—Entonces no deberías haberme sonreído constantemente, ¿crees que voy a soportar que te burles, aquí, ahora? ¿Todavía estás tan seguro que eres mejor que yo? —Mi voz tiembla un poco y lo odio aún más por eso.



He entrenado todos los días para ser peligrosa, y él está completamente en mi poder, sin embargo, soy la que tiene miedo.

Temerle es un hábito, un hábito que podría romper con una flecha en su corazón.

Levanta sus manos en señal de protesta, sus dedos largos y desnudos extendidos. Soy la que tiene el anillo real.

—Estoy nervioso —dice—. Sonríe mucho cuando estoy nervioso. No puedo evitarlo.

Eso no es en absoluto lo que esperaba que dijera. Bajo la ballesta momentáneamente.

Sigue hablando, como si no quisiera darme demasiado tiempo para pensar.

—Eres *aterradora*. Casi toda mi familia está muerta, y aunque nunca me amaron demasiado, no quiero unirme a ellos. He pasado toda la noche preocupándome por lo que vas a hacer y sé exactamente lo que merezco. Tengo una razón para estar nervioso. —Me está hablando como si fuéramos amigos en lugar de enemigos. Funciona también: me relajo un poco. Cuando me doy cuenta de eso, casi me asusto lo suficiente como para pegarle un tiro directamente.

»Te diré lo que quieras —dice—. Cualquier cosa.

—¿Sin juegos de palabras? —La tentación es enorme. Todo lo que Taryn me contó todavía está repitiéndose en mi cabeza, recordándome lo poco que sé.

Pone una mano donde debería estar su corazón.

—Lo juro.

—¿Y si te disparo de todos modos?

—Podrías hacerlo —dice, irónico—. Pero quiero tu palabra de que no lo harás.

—Mi palabra no vale mucho —le recuerdo.

—Sigues diciendo eso. —Levanta las cejas—. No es reconfortante, tengo que decírtelo.



Suelto una risa sorprendida. La ballesta oscila en mi mano. La mirada de Cardan está fija en ella. Con lentitud deliberada, la dejo sobre la madera del escritorio.

—Dime todo lo que quiero saber, todo, y no te dispararé.

—¿Y qué puedo hacer para convencerte de que no me entregues a Balekin y Madoc? —Levanta una sola ceja. No estoy acostumbrada a que la fuerza de su atención esté sobre mí de esta manera. Mi corazón se acelera.

Todo lo que puedo hacer es fruncir el ceño a cambio.

—¿Qué tal si te concentras en mantenerte con vida?

Él se encoge de hombros.

—¿Qué quieres saber?

—Encontré un pedazo de papel con mi nombre —le digo—. Una y otra vez, solo mi nombre.

Se encoge un poco pero no dice nada.

—¿Bien? —pregunto.

—Esa no es una pregunta —gime, como si estuviera exasperado—. Hazme una pregunta adecuada y te daré una respuesta.

—Eres terrible en todo esto de “decirme lo que sea que quiera saber”. —Mi mano se dirige a la ballesta, pero no la levanto.

Suspira.

—Solo pregúntame algo. Pregunta por mi cola. ¿No quieres verla? —Levanta las cejas.

He visto su cola, pero no voy a darle la satisfacción de decirle eso.

—¿Quieres que te pregunte algo? Bien. ¿Cuándo comenzó Taryn lo que sea que tenga con Locke?

Ríe con deleite. Esta parece ser una discusión que no le interesa evitar. Típico.

—Oh, me preguntaba cuándo me interrogarías sobre eso. Fue hace algunos meses. Él nos contó todo al respecto, tirando piedras a su ventana,



dejándole notas para encontrarse con él en el bosque, cortejándola a la luz de la luna. Nos hizo jurar que guardáramos silencio, hizo que todo pareciera una broma. Creo que, al principio, lo hizo para poner celosa a Nicasia. Pero después...

—¿Cómo sabía que esa era su habitación? —pregunto, frunciendo el ceño.

Eso hace que su sonrisa crezca.

—Quizás no lo sabía. Tal vez cualquiera de ustedes habría terminado como su primera conquista mortal. Creo que su objetivo es tenerlas a las dos al final.

No me gusta nada de esto.

—¿Qué hay de ti?

Me da una rápida y extraña mirada.

—Locke no ha estado a punto de seducirme todavía, si eso es lo que estás preguntando. Supongo que debería sentirme insultado.

—Eso no es lo que quiero decir. Nicasia y tú estuvieron... —No sé cómo llamarlos. *Juntos* no es la palabra para designar a un malvado y hermoso equipo, arruinando a la gente y disfrutándolo.

—Sí, Locke me la robó —dice Cardan presionando su mandíbula. No sonrío, no hace una mueca. Claramente, le cuesta algo decirme esto—. Y no sé si Locke la quería para poner celosa a otra amante o que me enfadara o simplemente por la magnificencia de Nicasia. Tampoco sé qué falla tenía para que ella lo eligiera. ¿Ahora crees que te estoy dando las respuestas que te prometí?

La idea de Cardan estando con el corazón roto es casi imposible de imaginar. Asiento con la cabeza.

—¿La amabas?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —exige.

Me encojo de hombros.

—Quiero saber.



—Sí —dice, su mirada fija en el escritorio, en mi mano descansando allí. De repente soy consciente de mis uñas, mordidas hasta la cutícula—. La amé.

—¿Por qué me quieres muerta? —le pregunto, porque quiero recordarnos a ambos que contestar preguntas embarazosas es lo mínimo que se merece. Somos enemigos, no importa cuántos chistes cuente o cuán amistoso parezca. Las personas encantadoras son encantadoras, pero eso es todo lo que son.

Deja escapar un largo suspiro y pone su cabeza sobre sus manos, sin prestar suficiente atención a la ballesta.

—¿Te refieres con los nixies? Tú fuiste la que estaba revolcándose y arrojándoles cosas. Son criaturas extremadamente perezosas, pero pensé que en realidad podrías molestarlas y lograr que te mordieran. Puede que esté corrompido, pero mi única virtud es que no soy un asesino. Quería asustarte, pero nunca te quise *muerta*. Nunca quise a nadie muerto.

Pienso en el río y cómo, cuando un nixie se separó de los demás, Cardan esperó hasta que se detuvo y luego se fue para que pudiéramos salir del agua. Lo miro, a los rastros de plata en su rostro de la fiesta, a la tinta negra de sus ojos. De repente recuerdo cómo me quitó a Valerian cuando me estaba ahogando con la fruta de las hadas.

Nunca quise a nadie muerto.

En contra de mi voluntad, recuerdo la forma en que sostuvo esa espada en el estudio con Balekin y el descuido de su técnica. Pensé que había estado haciendo eso deliberadamente, para molestar a su hermano. Ahora, por primera vez, considero la posibilidad de que simplemente no le gusta pelear con espadas. Que nunca lo haya aprendido particularmente bien. Que, si alguna vez peleamos, yo ganaría. Considero todas las cosas que he hecho para convertirme en una digna adversaria de él, pero tal vez no he estado luchando contra Cardan en absoluto. Tal vez he estado luchando contra mi propia sombra.

—Valerian definitivamente intentó asesinarme. Dos veces. Primero en la torre, luego en mi habitación en mi casa.

Cardan levanta la cabeza y toda su postura se hace más rígida como si una verdad incómoda acabara de llegarle a su interior.



—Pensé que cuando dijiste que lo mataste quisiste decir que lo rastreaste y... —Su voz se apaga, y comienza de nuevo—. Solo un tonto irrumpiría en la casa del general.

Bajo el cuello de mi blusa para que pueda ver dónde Valerian trató de estrangularme.

—Tengo otro en mi hombro de cuando me tiró al piso. ¿Aún no me crees?

Se dirige hacia mí, como si fuera a pasar sus dedos sobre los moretones. Levanto la ballesta y lo piensa mejor.

—A Valerian le gustaba el dolor —dice—. El de cualquiera. El mío, incluso. Sabía que quería hacerte daño. —Hace una pausa, pareciendo haber escuchado sus propias palabras—. Y lo hizo. Pensé que estaría satisfecho con eso.

Nunca se me ocurrió preguntarme cómo era ser amigo de Valerian. Parece que no era tan diferente de ser su enemigo.

—Entonces, ¿no importa que Valerian quisiera lastimarme? —pregunto—. Mientras que no vaya a matarme.

—Tienes que admitir que estar viva es mejor —responde Cardan, con ese tono débilmente divertido de vuelta en su voz.

Pongo ambas manos en el escritorio.

—Sólo dime por qué me odias. De una vez por todas.

Sus largos dedos se deslizan sobre la madera del escritorio de Dain.

—¿De verdad quieres honestidad?

—Soy la que tiene la ballesta, no te disparo porque me prometiste respuestas. ¿Tú que crees?

—Muy bien. —Me barre con una mirada rencorosa—. Te odio porque tu padre te ama a pesar de que eres una mocosa humana nacida de su esposa infiel, mientras que el mío nunca se preocupó por mí, aunque soy un príncipe de las Hadas. Te odio porque no tienes un hermano que te golpee. Y te odio porque Locke te usó a ti y a tu hermana para hacer llorar a Nicasia después de que me la robara. Además de eso, después del torneo,



Balekin nunca dejó de lanzarte a mi cara como la mortal que pudo superarme.

No creía que Balekin siquiera supiera quién era yo.

Nos miramos a través del escritorio. Tumbado en la silla, Cardan se ve como el príncipe malvado. Me pregunto si espera que le dispare.

—¿Eso es todo? —exijo—. Porque es ridículo. No puedes estar celoso de mí. No tienes que vivir bajo el amparo de la misma persona que asesinó a tus padres. No tienes que permanecer enojado porque si no lo haces, hay un pozo de miedo sin fondo listo para abrirse debajo de ti. —Dejo de hablar bruscamente, sorprendida de mí misma.

Dije que no me iba a hechizar, pero dejé que me engañara para abrirme ante él.

Mientras pienso eso, la sonrisa de Cardan se convierte en una cara de desprecio más familiar.

—Oh, ¿en serio? ¿No sé sobre estar enojado? ¿No sé sobre tener miedo? Tú no eres la que está negociando por su vida.

—¿Esa es realmente la razón por la que me odias? —exijo—. ¿Sólo eso? ¿No hay una razón mejor?

Por un momento, creo que me está ignorando, pero luego me doy cuenta que no responde porque no puede mentir y no quiere decirme la verdad.

—¿Y bien? —digo, levantando la ballesta de nuevo, contenta de tener una razón para reafirmar mi posición como la persona a cargo—. ¡Dime!

Se inclina y cierra los ojos.

—Por encima de todo, te odio porque pienso en ti. A menudo. Es repugnante y no puedo parar.

Me conmociono en silencio.

—Tal vez deberías dispararme después de todo —dice, cubriéndose la cara con una mano de largos dedos.

—Estás jugando conmigo —digo. No le creo. No voy a caer en un truco tonto, porque él piensa que soy una tonta que pierde la cabeza por la belleza;



si lo fuera, no habría podido durar ni un solo día en la Tierra de las Hadas. Me paro, lista para detener su fanfarronada.

Las ballestas no son buenas a corta distancia, así que cambio la mía por una daga.

No levanta la vista mientras camino alrededor del escritorio hacia él. Coloco la punta de la daga contra la parte inferior de su barbilla, como hice el día anterior en el pasillo e inclino su cara hacia la mía. Mueve su mirada con evidente renuencia.

El horror y la vergüenza en su rostro parecen demasiado reales. De repente, no estoy segura de qué creer.

Me inclino hacia él, lo suficientemente cerca como para un beso. Sus ojos se abren. La expresión de su rostro es una mezcla de pánico y deseo. Es un sentimiento embriagador, tener poder sobre alguien. Sobre *Cardan*, quien nunca pensé que tuviera algún sentimiento en absoluto.

—Realmente me quieres —le digo, lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su aliento mientras se mueve—. Y lo *odias*. —Cambio el ángulo del cuchillo, girándolo para que esté contra su cuello. No parece tan alarmado por eso como podría esperar.

No tan alarmado como cuando llevo mi boca a la suya.



26

*Traducido por Flopy, Brisamar58 y Ximena
Corregido por Bella'*

No tengo mucha experiencia en besos. Estuvo Locke, y antes de él, nadie. Pero besar a Locke nunca se sintió de la manera en que se siente besar a Cardan, como atreverse a correr sobre cuchillos, como un golpe de rayos de adrenalina, como el momento en que has nadado demasiado lejos en el océano y no hay vuelta atrás, solo fría agua negra cerrándose sobre tu cabeza.

Los labios crueles de Cardan son sorprendentemente suaves, y por un largo momento luego de que nuestros labios se tocaran, está quieto como una estatua. Sus ojos se cierran, pestañas rozando mis mejillas. Me estremezco, como debes hacerlo cuando alguien camina sobre tu tumba. Entonces levanta sus manos, gentilmente las desliza sobre mis brazos. Si no lo supiera, diría que su toque era reverente, pero lo sé. Está moviendo sus manos lentamente porque está tratando de detenerse a sí mismo. No quiere esto. No quiere querer esto.

Sabe a vino agrio.

Puedo sentir el momento en que se rinde y cede, atrayéndome a pesar de la amenaza del cuchillo. Me besa fuerte, con una especie de desesperación devoradora, sus dedos enterrándose en mi cabello. Nuestras bocas encajan, dientes sobre labios sobre lenguas. El deseo me golpea como una patada en el estómago. Es como luchar, excepto que estamos luchando por meternos en la piel del otro.

Ese es el momento en que el terror se apodera de mí. ¿Qué tipo de venganza insana hay en gozar de su repulsión? Y peor, mucho peor, *me gusta esto*. Me gusta todo sobre besarlo: la familiar sensación de miedo, saber que estoy castigándolo y la evidencia de que él me desea.



El cuchillo en mi mano es inútil. Lo arrojo al escritorio, apenas registrando cuando la punta se hunde en la madera. Se aleja de mí ante el sonido, sobresaltado. Su boca está rosada, sus ojos oscuros. Ve el cuchillo y suelta una risa sorprendida.

Lo que es suficiente para hacerme tambalear hacia atrás. Quiero burlarme de él, mostrar su debilidad sin revelar la mía, pero no confío en mi rostro para no mostrar demasiado.

—¿Eso es lo que imaginabas? —pregunto, y estoy aliviada de que mi voz suena áspera.

—No —dice con monotonía.

—Dime —digo.

Niega con la cabeza, de algún modo desilusionado.

—A menos que realmente vayas a apuñalarme, creo que no lo haré. Y puede que no te lo diga incluso si fueras a apuñalarme.

Me levanto del escritorio de Dain para poner un poco de distancia entre nosotros. Mi piel se siente muy apretada y la habitación de repente parece demasiado pequeña. Casi me hace reír.

—Voy a hacer una propuesta —dice Cardan—. No quiero poner la corona en la cabeza de Balekin solo para perder la mía. Pide cualquier cosa que quieras para ti, para la Corte de Sombras, pero pide algo para mí. Haz que él me dé tierras lejos de aquí. Dile que seré magníficamente irresponsable, lejos de él. Nunca tendrá que pensar en mí nuevamente. Puede ser el padre de algún mocoso para que sea su heredero y pasarle la Corona Suprema. O quizás puede cortarle la garganta, una nueva tradición familiar. No me importa.

A regañadientes, estoy impresionada de que se las haya arreglado para proponer un trato bastante decente, a pesar de haber estado atado a una silla durante casi toda la noche y probablemente bastante borracho.

—Levántate —le digo.

—Entonces, ¿no te preocupa que vaya a huir? —pregunta, estirando sus piernas. Sus botas puntiagudas destellan en la habitación y me pregunto si debería confiscarlas ya que son armas potenciales. Luego recuerdo lo pésimo que es con una espada.



—Después de nuestro beso, estoy tan embobada por ti que apenas me puedo contener —le digo con todo el sarcasmo que puedo reunir—. Todo lo que quiero es hacer cosas agradables que te hagan feliz. Claro, haré cualquier trato que tú quieras, siempre y cuando me beses de nuevo. Ve y huye. Definitivamente no voy a dispararte en la espalda.

Pestañea un par de veces.

—Escucharte mentir descaradamente es un poco desconcertante.

—Entonces déjame decirte la verdad. No vas a huir porque no tienes ningún lugar a donde ir.

Me dirijo hacia la puerta, giro el cerrojo y miro. La Bomba está reposando en un catre en la habitación para dormir. La Cucaracha alza sus cejas ante mí. El Fantasma está desmayado en una silla, pero se despierta cuando entramos. Me siento sonrojada y espero no verme así.

—¿Terminaste de interrogar al principito? —pregunta la Cucaracha.

Asiento.

—Creo que sé lo que debo hacer.

El Fantasma le da un largo vistazo.

—Entonces, ¿estamos vendiendo? ¿Comprando? ¿Limpiando sus entrañas hasta el techo?

—Voy a dar un paseo —digo—. A tomar algo de aire.

La Cucaracha suspira.

—Solo necesito poner mis pensamientos en orden —digo—, y luego explicaré todo.

—¿Lo harás? —El Fantasma quiere saber, mirándome fijamente. Me pregunto si sabe qué fácil están saliendo las promesas de mis labios. Estoy derrochándolas como oro encantado, condenado a convertirse nuevamente en hojas secas por todo el pueblo.

—He hablado con Madoc y me ofreció cualquier cosa que quisiera a cambio de Cardan. Oro, magia, gloria, *lo que sea*. La primera parte de este acuerdo está hecha y ni siquiera he admitido que sé dónde podría estar el príncipe desaparecido.



El Fantasma sonríe ante la mención de Madoc, pero permanece en silencio.

—Entonces, ¿cuál es la demora? —pregunta la Cucaracha—. Me gustan todas esas cosas.

—Solo estoy trabajando en los detalles —digo—, y tú necesitas decirme todo lo que quieres. Exactamente lo que quieres: cuánto oro u otra cosa. Escríbelo.

La Cucaracha gruñe pero no parece inclinado a contradecirme. Señala con una mano con garras a Cardan para que regrese a la mesa. El príncipe se tambalea, empujándose de la pared para llegar allí. Me aseguro que todas las cosas afiladas están donde las dejé y luego me dirijo hacia la puerta. Cuando miro hacia atrás, veo que las manos de Cardan están barajando las cartas con destreza, pero sus brillantes ojos negros están fijos en mí.



Camino hacia el Lago de Máscaras y me siento en una de las rocas negras sobre el agua. La puesta de sol ha encendido el cielo en llamas, la cima de los árboles ardiendo.

Durante un largo tiempo, solo me quedo allí sentada, observando las olas golpear la orilla. Tomo respiraciones profundas esperando aclarar mi mente y que mi cabeza se despeje. Por lo alto, oigo el canto de las aves llamándose unas a las otras mientras se posan para la noche y ven luces brillantes encenderse en agujeros huecos mientras duendecillos despiertan.

Balekin no puede convertirse en el Rey Supremo, no si puedo hacer algo al respecto. Él ama la crueldad y odia a los mortales. Sería un horrible gobernante. Por ahora, hay reglas que dictan nuestras interacciones con el mundo de los humanos, esas reglas podrían cambiar. ¿Y si ya no fuera necesario hacer tratos para robar mortales? ¿Y si cualquiera pudiera ser tomado, en cualquier momento? Solía ser de esa manera; lo sigue siendo en algunos lugares. El Rey Supremo podría hacer ambos mundos mucho peor de lo que están, podría favorecer las Cortes Oscuras, podría sembrar discordia y terror por miles de años.

Entonces, en vez de ello, ¿qué pasa si entrego a Cardan con Madoc?

Pondría a Oak en el trono y luego gobernaría como un regente tiránico y brutal. Haría la guerra a las Cortes que se resistieran jurar al trono. Criaría



a Oak con suficiente derramamiento de sangre como para convertirlo en alguien como Madoc, o tal vez alguien más secretamente cruel, como Dain. Pero sería mejor que Balekin. Y haría un trato justo conmigo y con la Corte de las Sombras, aunque solo fuera por mi bien. Y yo... ¿qué haría?

Podría ir con Vivi, supongo.

O podría negociar para ser caballero. Podría quedarme y ayudar a proteger a Oak, ayudar a aislarlo de la influencia de Madoc. Por supuesto, tendría poco poder para hacer eso.

¿Qué pasaría si saco del juego a Madoc? Eso significaría que no habría oro para la Corte de las Sombras, no habría tratos con nadie. Significaría obtener la corona de alguna manera y ponerla en la cabeza de Oak. ¿Y entonces qué? Madoc todavía se convertiría en regente. No puedo detenerlo. Oak todavía lo escucharía. Oak aún se convertiría en su marioneta, aún estaría en peligro.

A menos... a menos que de alguna manera Oak pueda ser coronado y alejado de la Tierra de las Hadas. Ser el Rey Supremo en el exilio. Una vez que Oak creciera y estuviera listo, podría regresar, ayudado por el poder de la corona Zarza Verde. Madoc aún podría ejercer cierta autoridad sobre la Tierra de las Hadas hasta que Oak volviera, pero no sería capaz de hacer que Oak tuviera sed de sangre, tampoco que guste de la guerra. No tendría la autoridad absoluta que tendría como regente con el Rey Supremo a su lado. Y dado que Oak habría sido criado en el mundo de los humanos, cuando regresara a la Tierra de las Hadas, con suerte simpatizará con el lugar donde fue criado y con la gente que conoció allí.

Diez años. Si pudiéramos mantener a Oak fuera de la Tierra de las Hadas durante diez años, podría convertirse en la persona que será.

Por supuesto, para entonces, podría tener que luchar para recuperar su trono. Alguien, probablemente Madoc, posiblemente Balekin, tal vez incluso uno de los otros reyes menores o reinas, podría ponerse en cuclillas allí como una araña, consolidando el poder.

Entorno los ojos al agua negra. Si solo hubiera una manera de mantener el trono desocupado el tiempo suficiente para que Oak se convierta en su propia persona, sin que Madoc haga la guerra, sin ningún regente en absoluto.



Me levanto, con una decisión ya tomada. Para bien o para mal, sé lo que voy a hacer. Tengo mi plan. Madoc no aprobaría esta estrategia. No es del tipo que le gusta, donde hay múltiples formas de ganar. Es del tipo donde solo hay una forma y es una posibilidad remota.

Mientras estoy de pie, veo mi propio reflejo en el agua. Miro de nuevo y me doy cuenta que no puedo ser yo. El lago de las máscaras nunca te muestra tu propia cara. Me arrastro más cerca. La luna llena brilla en el cielo, lo suficientemente brillante como para mostrarme a mi madre mirándome. Es más joven de lo que la recuerdo. Y se está riendo, llamando a alguien que no puedo ver.

Con el tiempo, me señala. Cuando habla, puedo leer sus labios. *¡Mira! Una chica humana.* Parece encantada.

Entonces el reflejo de Madoc se une al de ella, su mano rodeando su cintura. No parece más joven entonces, pero hay una franqueza en su rostro que nunca he visto. Me saluda.

Soy una extraña para ellos.

¡Corre! Quiero gritar. Pero, por supuesto, esa es la única cosa que no necesito decirle que haga.



La Bomba levanta la mirada cuando entro. Está sentada en la mesa de madera, midiendo un polvo grisáceo. Junto a ella hay varias esferas de vidrio hilado, cerradas con corcho. Su magnífico cabello blanco está atado con lo que parece un trozo de cuerda sucia. Una mancha de suciedad se desliza sobre su nariz.

—El resto de ellos están atrás —dice—. Con el principito, durmiendo un poco.

Me siento a la mesa con un suspiro. Me había tensado para explicarme y ahora toda esa energía no tiene a dónde ir.

—¿Hay algo para comer?

Me da una sonrisa rápida mientras llena otro globo y lo coloca con cautela en una canasta junto a sus pies.



—El Fantasma recogió un poco de pan negro y mantequilla. Comimos las salchichas y el vino se acabó, pero podría haber algo de queso.

Hurgo en el armario, saco la comida y luego la como mecánicamente. Me sirvo una taza de té de hinojo amargo y vigorizante. Me hace sentir un poco más estable. La veo hacer explosivos por un tiempo. Mientras trabaja, silba un poco, fuera de tono. Es extraño escucharlo, la mayoría de los mágicos son musicalmente dotados, pero me gusta más su melodía por ser imperfecta. Parece más feliz, más fácil, menos inquietante.

—¿A dónde irás cuando todo esto termine? —le pregunto.

Me mira, desconcertada.

—¿Qué te hace pensar que voy a ir a algún lado?

Frunzo el ceño ante mi taza de té casi vacía.

—Porque Dain murió. Quiero decir, ¿no es eso lo que el Fantasma y la Cucaracha van a hacer? ¿No vas con ellos?

La Bomba se encoge de hombros y señala con el dedo desnudo la cesta de globos.

—¿Ves todo esto?

Asiento.

—No les sienta bien el viaje —dice—. Me voy a quedar aquí, contigo. Tienes un plan, ¿verdad?

Estoy demasiado desconcertada para saber qué decir. Abro la boca y empiezo a tartamudear. Ríe.

—Cardan dijo que lo tienes. Ya que, si solo estuvieras haciendo un intercambio, lo hubieras hecho ya. Y si fueras a traicionarnos, ya lo habrías hecho también.

—Pero, mmm —digo, y luego pierdo el hilo de mi pensamiento. Algo sobre cómo se suponía que él no debía prestar tanta atención—. ¿Qué piensan los otros?

Vuelve a llenar globos.

—No dijeron nada, pero a ninguno de nosotros le gusta Balekin. Si tienes un plan, bueno, bien para ti. Pero si nos quieres de tu lado, tal vez podrías ser un poco menos cautelosa al respecto.

Respiro profundamente y decido que si realmente voy a hacer esto, podría necesitar algo de ayuda.

—¿Qué piensas sobre robar una corona? ¿Justo frente a los reyes y reinas de la Tierra de las Hadas?

Su sonrisa se curva en las esquinas.

—Solo dime lo que tengo que hacer estallar.



Veinte minutos después, enciendo el cabo de una vela y me dirijo a la habitación con las camas. Como dijo la Bomba, Cardan está tendido en una, luciendo terriblemente guapo. Se ha lavado la cara y se ha quitado la chaqueta, la cual ha doblado debajo de su cabeza como una almohada. Lo golpeo en el brazo, y despierta al instante, levantando la mano como para alejarme.

—Shhhh —susurro—. No despiertes a los demás. Necesito hablar contigo.

—Vete. Me dijiste que no me matarías si respondía tus preguntas y lo hice. —No parece el chico que me besó, enfermo de deseo, hace solo unas horas. Suena somnoliento, arrogante y molesto.

—Voy a ofrecerte algo mejor que tu vida —le digo—. Ahora ven.

Se pone de pie, apoyando su chaqueta en el hombro y luego me sigue a la oficina de Dain. Una vez que estamos allí, se apoya contra la jamba de la puerta. Sus ojos tienen pesados párpados, su cabello desordenado por la cama. Solo mirarlo me hace sentirme caliente de vergüenza.

—¿Estás segura que me trajiste aquí solo para hablar?

Resulta que habiendo besado a alguien, la posibilidad de besarse cuelga sobre todo, sin importar cuán terrible idea fue la primera vez. El recuerdo de su boca en la mía brilla en el aire entre nosotros.

—Te traje aquí para hacer un trato contigo.



Su ceja se eleva.

—Intrigante.

—¿Qué pasa si no tienes que esconderte en algún lugar del campo? ¿Qué pasaría si hubiera una alternativa a que Balekin estuviera en el trono? —Eso claramente no era lo que esperaba que dijera. Por un momento, su arrogancia despreocupada le falla.

—La hay —dice lentamente—. Yo. Excepto que sería un rey terrible y lo odiaría. Además, es poco probable que Balekin me ponga la corona en la cabeza. Él y yo nunca nos hemos llevado particularmente bien.

—Pensé que vivías en su casa. —Cruzo los brazos sobre mi pecho de forma protectora, tratando de alejar la imagen de Balekin castigando a Cardan. No puedo tener ninguna simpatía ahora.

Inclina su cabeza hacia atrás, mirándome a través de pestañas oscuras.

—Quizás vivir juntos es la razón por la que no nos llevamos bien.

—Tampoco me caes bien —le recuerdo.

—Tú lo has dicho. —Me da una sonrisa perezosa—. Entonces si no soy yo y no es Balekin, ¿entonces quién?

—Mi hermano, Oak —digo—. No voy a detallar el cómo, pero es de la línea de sangre correcta. Tu línea de sangre. Puede usar la corona.

Cardan frunce el ceño.

—¿Estás segura?

Asiento. No me gusta contarle esto antes de pedirle que haga lo que necesito, pero hay poco que puede hacer con el conocimiento. Nunca lo entregaré a Balekin. No hay nadie a quien pueda contarle, excepto a Madoc, y él ya lo sabe.

—Entonces Madoc será regente —dice Cardan.

Niego con la cabeza.

—Es por eso que necesito tu ayuda. Quiero que corones a Oak como Rey Supremo y luego lo enviaré al mundo de los mortales. Dejarle tener la



oportunidad de ser un niño. Dejarle tener la oportunidad de ser un buen rey algún día.

—Oak podría tomar decisiones diferentes a las que tú quieres que tome —dice Cardan—. Podría, por ejemplo, preferir a Madoc antes que a ti.

—He sido una niña robada —le digo—. Crecí en una tierra extraña por una razón mucho más solitaria y peor que esta. Vivi se ocupará de él. Y si aceptas mi plan, te conseguiré todo lo que pediste y más. Pero necesito algo de ti: un juramento. Quiero que jures lealtad a mi servicio.

Lanza la misma risa de sorpresa que dio cuando arrojé mi cuchillo al escritorio.

—¿Quieres que *me* ponga bajo *tu* poder? ¿Voluntariamente?

—No piensas que lo digo en serio, pero lo hago. No podría decirlo más en serio. —Dentro de mis brazos cruzados, me pellizco la piel para evitar contracciones nerviosas, cualquier signo delator. Necesito parecer completamente compuesta, completamente segura. Mi corazón está acelerando. Me siento como cuando era una niña, jugando al ajedrez con Madoc, veía los movimientos ganadores delante de mí, olvidaba ser cautelosa y luego era sorprendida por un movimiento suyo que no había previsto. Me recuerdo respirar, concentrarme.

—Nuestros intereses son los mismos —dice él—. ¿Para qué necesitas mi juramento?

Respiro profundamente.

—Necesito estar segura que no me traicionarás. Eres demasiado peligroso con la corona en tus manos. ¿Qué pasa si la pones en la cabeza de tu hermano después de todo? ¿Qué pasa si la quieres para ti?

Parece pensar eso.

—Te diré exactamente lo que quiero: las propiedades donde vivo. Quiero que me las den con todo y con todos en ellos. Hollow Hall. Lo quiero.

Asiento.

—Hecho.

—Quiero hasta la última botella en las bodegas reales, sin importar qué tan vieja o rara.



—Serán tuyas — digo.

—Quiero que la Cucaracha me enseñe a robar —dice.

Sorprendida, no respondo por un momento. ¿Está bromeando? No parecer estarlo.

—¿Por qué? —pregunto finalmente.

—Podría ser útil —me responde—. Además, me agrada.

—Bien —le digo poco convencida—. Encontraré la forma de resolverlo.

—¿De verdad crees que puedes prometer todo eso? —Me da una mirada reflexiva.

—Puedo. Lo haré. Y prometo que frustraremos a Balekin. Conseguiremos la corona de la Tierra de las Hadas —le digo sin pensar. ¿Cuántas promesas puedo hacer antes de responsabilizarme por ellas? Algunas más, espero.

Cardan se deja caer en la silla de Dain. Desde detrás del escritorio, me mira fríamente desde esa posición de autoridad. Algo en mis entrañas se retuerce, pero lo ignoro. Puedo hacer esto. Puedo hacer esto. Contengo la respiración.

—Puedo quedar a tu servicio por un año y un día —dice.

—Eso no es suficiente —insisto—. No puedo...

Resopla.

—Estoy seguro que tu hermano será coronado y se habrá ido para entonces. O habremos perdido, a pesar de tus promesas, y no importará de todos modos. No recibirás una mejor oferta de mi parte, especialmente si vuelves a amenazarme.

Me compra tiempo, al menos. Dejo escapar el aliento.

—Bien. Tenemos un trato.

Cardan cruza la habitación hacia mí y no tengo idea de lo que va a hacer. Si él me besa, me temo que me consumirá la urgencia hambrienta y humillante que sentí la primera vez. Pero cuando se arrodilla frente a mí, estoy demasiado sorprendida como para formular ningún pensamiento.



Toma mi mano en la suya, dedos largos y fríos mientras se enroscan alrededor de la mía.

—Muy bien —dice con impaciencia, sin parecer en absoluto como un vasallo a punto de jurarle a su dama—. Jude Duarte, hija de arcilla, me juro a tu servicio. Actuaré como tu mano. Actuaré como tu escudo. Actuaré de acuerdo con tu voluntad. Que sea así por un año y un día... *y ni un minuto más.*

—Realmente has mejorado el voto —le digo, aunque mi voz sale tensa. Incluso mientras decía las palabras, sentí que de alguna manera él tenía la sartén por el mango. De alguna manera es quien tiene el control.

Se para en un movimiento fluido, soltándome.

—¿Ahora qué?

—Vuelve a la cama — le digo—. Te despertaré dentro de un rato y te explicaré qué tenemos que hacer.

—Como ordenes —dice Cardan, burlándose con su sonrisa tirando de su boca. Luego regresa a la habitación de las camas, presumiblemente para caer sobre una. Pienso en todo lo extraño que es para él estar aquí, durmiendo en sábanas hechas en casa, usando la misma ropa durante días, comiendo pan y queso y no quejándose de nada de eso. Casi parece que prefiere un nido de espías y asesinos al esplendor de su propia cama.



27

*Traducido por Naomi, Flopy y Brisamar58
Corregido por Flochi*

Los monarcas de las Cortes Luminosas y Oscuras, junto con las hadas salvajes sin aliarse que vinieron a la coronación, habían lacampado en la esquina más oriental de la isla. Habían levantado tiendas de campaña, algunas multicolores, algunas en sedas diáfanas. Cuando me acerco, puedo ver fogatas encendidas. Vino con miel y carne estropeada perfuman el aire.

Cardan está parado a mi lado, vestido de negro, con el cabello oscuro peinado lejos de un rostro limpio. Se ve pálido y cansado, aunque lo dejé dormir tanto como me atreví.

No desperté al Fantasma ni a la Cucaracha después de que Cardan prestara su juramento. En cambio, hablé de estrategia con la Bomba durante una buena parte de hora. Ella es la que me consiguió el cambio de ropa para Cardan, la que estuvo de acuerdo en que podría ser útil. Así es como llegué aquí, a punto de tratar de encontrar a un monarca dispuesto a respaldar a un gobernante que no sea Balekin. Si mi plan va a tener éxito, necesito a alguien en esa fiesta que esté del lado de un nuevo rey, preferiblemente alguien con el poder de evitar que una cena se convierta en otra masacre si las cosas salen mal.

Si no hay otra opción, necesitaré muchas perturbaciones para asegurarme de poder sacar a Oak de allí. Los globos de cristal de la Bomba no serán suficientes. Qué voy a tener que ofrecer a cambio, no estoy del todo segura. He gastado mis propias promesas; ahora comenzaré a gastar las de la corona.

Respiro profundamente. Una vez que me pare frente a los señores y señoras de la Tierra de las Has y declare mi intención de ir en contra de Balekin, no hay marcha atrás, nada de arrastrarme bajo las colchas de mi



302



cama, ni huir. Si hago esto, estoy ligada a la Tierra de las Hadas hasta que Oak se siente en el trono.

Tenemos esta noche y la mitad de mañana antes de la fiesta, antes de ir a Hollow Hall, antes de que mis planes converjan o se desarmen por completo.

Solo hay una forma de mantener a la Tierra de las Hadas lista para Oak: tengo que quedarme. Tengo que usar lo que he aprendido de Madoc y la Corte de las Sombras para manipular y asesinar a mi manera para mantener el trono preparado para él. Dije diez años, pero tal vez siete serán suficientes. Eso no es tanto. Siete años bebiendo veneno, de nunca dormir, de vivir en alerta máxima. Siete años más, y quizás la Tierra de las Hadas sea una tierra mejor y más segura. Y me habré ganado mi lugar en él.

El gran juego, Locke lo había llamado cuando me acusó de jugarlo. No lo estaba haciendo entonces, pero ahora sí. Y tal vez aprendí algo de Locke. Me convirtió en una historia y ahora voy a hacer una historia de otra persona.

—Así que debo sentarme aquí y darte información —dice Cardan, apoyado contra un árbol de nogal—. ¿Y vas a encantar a la realeza? Eso parece completamente al revés.

Lo sujeto con una mirada.

—Puedo ser encantadora. Te he encantado, ¿verdad?

Pone los ojos en blanco.

—No esperes que otros compartan mis gustos depravados.

—Voy a ordenarte —le digo—. ¿De acuerdo?

Un músculo salta en su mandíbula. Estoy segura que no es poca cosa para un príncipe de las hadas aceptar ser controlado, especialmente por mí, pero asiente.

Digo las palabras.

—Te ordeno que te quedes aquí y esperes hasta que esté lista para abandonar este bosque, haya un peligro inminente, o haya pasado un día completo. Mientras esperas, te ordeno que no hagas ningún sonido o señal para atraer a otros hacia ti. Si hay un peligro inminente o un día ha pasado



sin mi regreso, te ordeno que regreses a la Corte de las Sombras, ocultándote lo mejor que puedas hasta que estés allí.

—Eso no está pobremente hecho —me dice, logrando mantener de alguna manera su altivo aire majestuoso.

Es molesto.

—Está bien —digo—. Dime lo que puedas sobre la Reina Annet.

Lo que sé es esto: dejó la ceremonia de coronación antes que cualquiera de los otros señores o señoras. Eso significa que odia la idea de Balekin o la idea de cualquier Monarca Supremo. Solo tengo que descubrir cuál.

—La Corte de Polillas está en expansión y muy tradicionalmente Oscura. Es práctica y directa, y valora el poder absoluto sobre otras cosas. También escuché que se come a sus amantes cuando se cansa de ellos. — Levanta las cejas.

A mi pesar, sonrío. Es extraño estar en esto con Cardan, de todas las personas. Y aún más extraño es que hable conmigo de esta manera, como lo haría con Nicasia o Locke.

—Entonces, ¿por qué salió de la coronación? —pregunto—. Parece que Balekin y ella serían perfectos el uno para el otro.

—No tiene herederos —dice—. Y la desespera nunca haber tenido uno. Creo que no le hubiera gustado ver la excesiva matanza de una línea completa. Además, no creo que estuviera impresionada de que Balekin los haya matado a todos y todavía haya abandonado el estrado sin una corona.

—Está bien —digo, tomando aliento.

Agarra mi muñeca. Estoy sorprendida por la sensación de su piel cálida contra la mía.

—Cuidate —dice, y luego sonrío—. Sería muy aburrido tener que estar sentado aquí todo el día solo porque fuiste y te mataron.

—Mis últimos pensamientos serán para tu aburrimiento —le digo, y me dirijo hacia el campamento Oscuro de la reina Annet.

No hay fogatas encendidas y las tiendas son de una tela verdosa áspera del color del pantano. Los centinelas del frente son un duende y un



troll. El troll lleva una armadura pintada en un color oscuro que parece demasiado cercano a la sangre seca para mi comodidad.

—Um, hola —digo, y me doy cuenta que tengo que trabajar en ello—. Soy una mensajera. Necesito ver a la reina.

El troll me mira, obviamente sorprendido de encontrar un humano ante él.

—¿Y quién se atreve a enviar una mensajera tan deliciosa a nuestra corte? —Creo que en realidad podría estar halagándome, aunque es difícil de decir.

—El Rey Supremo Balekin —miento. Me imagino que usar su nombre es la forma más rápida de entrar.

Eso lo hace sonreír, aunque no de manera amistosa.

—¿Qué es un rey sin corona? Eso es un acertijo, pero todos sabemos la respuesta: no es un rey en absoluto.

El otro centinela se ríe.

No te dejaremos pasar, pequeño bocado. Vuelve con tu señor y dile que la Reina Annet no lo reconoce, aunque aprecia su sentido del espectáculo. No va a cenar con él sin importar cuántas veces pregunte o qué deliciosos sobornos envíe junto con sus mensajes.

—Esto no es lo que piensas —digo.

—Muy bien, quédate un momento con nosotros. Apuesto a que tus huesos crujirán dulcemente. —El troll es todo dientes afilados y leve amenaza. Sé que no lo dice en serio; si lo dijera en serio, habría dicho algo completamente diferente y simplemente me engulliría.

Aun así, retrocedo. Hay obligaciones para los invitados para todos los que vinieron a la coronación, pero las obligaciones de los invitados entre los mágicos son lo suficientemente barrocas como para que nunca esté segura si me protegen o no.

El Príncipe Cardan me está esperando en el claro, acostado de espaldas, como si estuviera contando estrellas.

Me mira y niego con la cabeza antes de desplomarme sobre la hierba.



—Ni siquiera pude hablar con ella —le digo.

Se vuelve hacia mí, la luz de la luna resalta los planos de su rostro, la nitidez de sus pómulos y las puntas de sus orejas.

—Entonces hiciste algo mal.

Quiero gritarle, pero tiene razón. Lo arruiné. Necesito ser más formal, más segura que tengo derecho a que me permitan estar frente a un monarca, como si estuviera acostumbrada. Practiqué todo lo que le *diría* pero no cómo *llegaría* a ella. Esa parte parecía fácil. Ahora puedo ver que no será así.

Me recuesto junto a él y miro las estrellas. Si tuviera tiempo, podría hacer una tabla y rastrear mi suerte en ellas.

—Bien. Si fueras yo, ¿a quién irías?

—Lord Roiben y el hijo de Alderking, Severin. —Su rostro está cerca del mío.

Frunzo el ceño.

—Pero ellos no son parte de la Alta Corte. No han jurado a la corona.

—Exacto —dice Cardan, extendiendo un dedo para trazar la forma de mi oreja. La curva, me doy cuenta. Me estremezco, mis ojos cerrándose contra el ardiente brote de vergüenza. Él sigue hablando, pero parece darse cuenta de lo que ha estado haciendo y aparta su mano. Ahora ambos estamos avergonzados—. Ellos tienen menos que perder y más que ganar colaborando con un plan que algunos podrían llamar traición. Severin supuestamente favorece a un caballero mortal y tiene una amante mortal, así que él hablará contigo. Y su padre estuvo exiliado, así que el simple reconocimiento de su Corte sería algo.

»En cuanto a Lord Roiben, las historias lo hacen parecer una especie de figura en una tragedia. Un caballero Luminoso, torturado por décadas como un sirviente en la Corte Oscura que fue a gobernar. No sé qué le ofreces a alguien así, pero tiene una Corte lo suficientemente grande que si consigues que respalde a Oak, incluso Balekin estaría nervioso. Aparte de eso, sé que tiene una consorte a la que favorece, aunque ella es de un rango bajo. Intenta no molestarla.

Recuerdo a Cardan convenciendo ebriamente a los guardias fuera de la coronación. Él conoce a estas personas, conoce sus costumbres. No



importa qué tan arrogante suene dándome consejos o lo mucho que me molesta, sería una tonta si no lo escuchara. Me pongo de pie, esperando que no haya agitadas manchas rojas coloreando mis mejillas. Cardan se endereza, también, viéndose como si fuera a decir algo.

—Lo sé —digo, yendo hacia el campamento—. No aburrirte con mi muerte.

Decido probar suerte con el hijo de Alderking, Severin, primero. Su campamento es pequeño, al igual que su propiedad: un tramo de bosques justo fuera de la Corte de Termitas de Roiben y no es de naturaleza Luminosa ni Oscura.

Su carpa está hecha de una tela gruesa, pintada de plateado y verde. Un par de caballeros están sentados cerca alrededor de un agradable fuego. Ninguno de ellos lleva armadura, solo pesadas túnicas de cuero y botas. Uno está quejándose con un artefacto para suspender una tetera sobre el fuego y hervir agua. El chico humano que había visto con Severin en la coronación, el pelirrojo que me había atrapado mirando, está hablando con uno de los caballeros en voz baja. Un instante después, ambos se ríen. Nadie me presta ninguna atención.

Me dirijo hacia el fuego.

—Con su permiso —digo, preguntándome si incluso eso es demasiado formal para un mensajero real. Aun así, no tengo opción más que seguir adelante—. Tengo un mensaje para el hijo de Alderking. El nuevo Rey Supremo desea llegar a un acuerdo con él.

—Oh, ¿en serio? —Me sorprende el humano hablando primero.

—Sí, mortal —digo, como la hipócrita que soy. Pero vamos, esa es exactamente la manera en que uno de los sirvientes de Balekin hablaría.

Pone sus ojos en blanco y dice algo a uno de los otros caballeros mientras se pone de pie. Me lleva un momento darme cuenta que estoy mirando a Lord Severin. Cabello de color de hojas de otoño y ojos verde musgo y cuernos curvándose desde detrás de su frente hasta arriba de sus orejas. Estoy sorprendida por la idea de él sentándose con el resto de su séquito ante el fuego, pero me recupero lo suficientemente rápido para recordar hacer una reverencia.

—Debo hablar con usted a solas —digo.



—¿Oh? —cuestiona él. No respondo, y alza sus cejas—. Por supuesto —dice—. Por aquí.

—Deberías arreglarla —dice el muchacho humano detrás de nosotros—. En serio, sirvientes humanos usando glamour son *espeluznantes*.

Severin no le responde.

Camino detrás de él hasta la carpa. Ninguno de los otros nos siguen, aunque, cuando entramos, hay algunas mujeres con vestidos sentadas en almohadones y un gaitero tocando una pequeña melodía. Una guardia se sienta junto a ellas, su espada en su regazo. La espada es lo suficientemente hermosa para atrapar mi mirada.

Severin me dirige hacia una mesa baja rodeada de otomanas y apilada con refrigerios: una jarra de plata con agua con una empuñadura lujosa, una fuente de uvas y albaricoques y un plato de pequeños pastelillos con miel. Él me hace señas para que me siente y cuando lo hago, él se sienta en otro taburete.

—Come lo que quieras —dice él, haciéndolo parecer como un ofrecimiento y no una orden.

—Quiero pedirle que asista a una ceremonia de coronación —digo, ignorando la comida—. Pero Balekin no es quien será coronado.

Él no parece inmensamente sorprendido, solo ligeramente más suspicaz.

—Entonces, ¿no eres su mensajera?

—Soy mensajera del próximo Rey Supremo —digo, tomando el anillo de Cardan de mi bolsillo como prueba de que tengo alguna conexión con la familia real y que no estoy inventando esto—. Balekin no será el siguiente Rey Supremo.

—Ya veo. —Su humor es impasible, pero su mirada está centrada en el anillo.

—Y puedo prometerle que su Corte será reconocida como soberana, si nos ayuda. Ninguna amenaza de conquista por parte del nuevo Rey Supremo. En cambio, le ofrecemos una alianza. —Miedo se arrastra por mi garganta y casi no puedo decir las últimas palabras. Si él no va a ayudarme,



hay posibilidad de que me traicione con Balekin. Si eso ocurre, las cosas se pondrán mucho más complicadas.

Puedo controlar muchas cosas, pero no puedo controlar esto.

El rostro de Severin es ilegible.

—No voy a insultarte preguntando a quién representas. Solo hay una posibilidad, el joven Príncipe Cardan, de quien he oído muchas cosas. Pero no soy el candidato ideal para ayudarte, por las mismas razones tu oferta es tan tentadora. Mi Corte no tiene suficiente importancia. Y más, soy el hijo de un traidor, así que es poco probable que mi honor se tenga en consideración.

—Usted va a estar en el banquete de Balekin de todos modos. Todo lo que necesito es su ayuda en el momento decisivo. —Él está tentado, lo ha admitido. Tal vez solo necesita un poco más de convencimiento—. Lo que sea que haya oído del Príncipe Cardan, él será un rey mejor que su hermano.

Al menos no estoy mintiendo en eso.

Severin mira hacia el borde de la carpa, como si se preguntara quién podría escucharme por casualidad.

—Te ayudaré siempre y cuando no sea el único. Lo digo tanto por tu bien como por el mío. —Luego, se pone de pie—. Les deseo éxito a ti y al príncipe. Si me necesitas, haré lo que pueda.

Me levanto del taburete y hago una reverencia nuevamente.

—Es usted muy generoso.

Cuando me voy de su campamento, mi mente da vueltas. Por un lado, lo logré. Me las arreglé para hablar con uno de los gobernantes de la Tierra de las Hadas sin hacer el ridículo. Incluso, de cierta forma lo persuadí de estar de acuerdo con mi plan. Pero todavía necesito que otro monarca, uno con más influencia, esté de acuerdo.

Hay un lugar que he estado evitando. El campamento más grande pertenece a Roiben de la Corte de Termitas. Notoriamente sanguinario, él ganó ambas de sus coronas en batalla, por lo tanto no tiene ninguna razón para oponerse al sangriento golpe de estado de Balekin. Aun así, Roiben parece sentir del mismo modo que Annet de la Corte de Polillas, que Balekin es poco importante sin una corona.



Tal vez él no quiera ver a uno de los mensajeros de Balekin, tampoco. Y dado el tamaño de su campamento, ni siquiera puedo imaginar la cantidad de guardias a los que tendré que evitar para poder hablar con él.

Pero posiblemente pueda colarme. Después de todo, con tantos mágicos alrededor, ¿qué es una persona más o menos?

Recojo un par de ramas caídas, lo suficientemente grandes para ser una respetable contribución a una fogata, y camino hacia el Campamento de las Termitas con mi cabeza baja. Hay caballeros alrededor del perímetro, pero, de hecho, ellos apenas me prestan atención mientras camino.

Me siento mareada con el éxito de mi plan. Cuando era una niña, a veces Madoc tenía que detenerse en medio de un juego de Molino. El tablero permanecería como estaba, esperando a que lo reanudemos. Durante todo el día y noche, imaginaba mis movimientos y sus contra-ataques, cuando nos sentábamos, ya no estábamos jugando el juego original. Casi siempre, lo que no podía hacer era anticipar con exactitud sus siguientes movimientos. Tenía una gran estrategia para mí, pero no para el juego en el que estaba.

Así es como me siento ahora, caminando en el campamento. Estoy jugando un juego contra Madoc, y aunque puedo hacer planes y estrategias, si no puedo adivinar con exactitud el suyo, estoy hundida.

Dejo caer la leña al lado de una fogata. Una mujer de piel azul con dientes negros me mira por un momento y luego vuelve a su conversación con un hombre de patas de cabra. Quitando la corteza de mi ropa, camino hacia la tienda más grande. Mantengo mi paso ligero y mi ritmo tranquilo y uniforme. Cuando encuentro un parche de sombra, lo uso para arrastrarme por debajo del borde de la tela. Por un momento, me quedo allí, medio escondida de ambos lados y completamente escondida en ninguno de los dos.

El interior de la carpa principal está iluminado con linternas que arden con fuego verde alquímico, tiñendo todo de un color enfermizo. De cualquier otra forma, sin embargo, el interior es exuberante. Las alfombras están superpuestas, una sobre otra. Hay pesadas mesas de madera, sillas y una cama llena de pieles y colchas de brocado cosidas con granadas.

Pero en la mesa, para mi sorpresa, hay cartones de comida. La duendecilla de piel verde que estaba con Roiben en la coronación usa palillos



para llevar fideos a su boca. Él se sienta a su lado, abriendo cuidadosamente una galleta de la fortuna.

—¿Qué dice? —pregunta la chica—. Qué tal “el viaje que le dijiste a tu novia sería divertido y terminó en derramamiento de sangre, como siempre”.

—Dice: “Hoy tus zapatos te harán feliz” —le dice, con la voz seca, y pasa el pequeño papel sobre la mesa para que lo verifique.

Ella mira sus botas de cuero. Él se encoge de hombros, una pequeña sonrisa toca sus labios.

Luego soy sacada bruscamente de mi escondite. Ruedo sobre mi espalda fuera de la tienda para encontrar a un caballero de pie sobre mí, con su espada desenvainada. No hay nadie a quien culpar sino a mí. Debería haber seguido moviéndome, debería haber encontrado una forma de esconderme dentro de la tienda. No debería haberme detenido a escuchar una conversación, no importa cuán sorprendente la encontrase.

—Levántate —dice el caballero. Dulcamara. Sin embargo, su rostro no muestra que me haya reconocido.

Me pongo de pie, y me hace entrar en la tienda, pateándome en las piernas una vez que llegamos allí, de tal manera que me caigo sobre las alfombras. Tengo motivos para estar agradecida por su esponjosidad. Por un momento, me permito quedar allí. Presiona su bota contra la parte baja de mi espalda como si fuera una presa derribada.

—Atrapé a un espía —anuncia—. ¿Debo romperle el cuello?

Podría darme vuelta y agarrar su tobillo. Eso la desequilibraría lo suficiente como para poder levantarme. Si tuerzo su pierna y corro, podría escapar. En el peor de los casos, estaría de pie, capaz de agarrar un arma y luchar contra ella.

Pero vine aquí para tener una audiencia con Lord Roiben y ahora tengo una. Me quedo quieta y dejo que Dulcamara me subestime.

Lord Roiben ha rodeado la mesa y se inclina sobre mí, cabello blanco cayendo alrededor de su rostro. Los ojos plateados me miran despiadadamente.

—¿Y de qué Corte formas parte?



—De la del Rey Supremo —digo—. El verdadero Rey Supremo, Eldred, que fue asesinado por su hijo.

—No estoy seguro de creerte. —Me sorprende tanto por la suavidad de la declaración y por la suposición de que estoy mintiendo—. Ven, siéntate con nosotros y come. Me gustaría oír más de tu historia. Dulcamara, puedes dejarnos.

—¿Vas a alimentarla? —pregunta con mal humor.

No le responde, y después de un momento de silencio pétreo, parece despedirse a sí misma. Con una reverencia, se va.

Voy a la mesa. La duendecilla me mira con sus ojos negros como la tinta, como los de Tatterfell. Noto la articulación extra en sus dedos cuando alcanza un rollo de huevo.

—Adelante —dice—. Hay mucho. Sin embargo, utilicé la mayoría de los paquetes de mostaza picante.

Roiben espera, mirándome.

—Comida mortal —digo, en lo que espero sea una forma neutral.

—Vivimos junto a los mortales, ¿no es así? —pregunta él.

—Creo que *ella* más bien vive al *lado* de ellos —objeta la duendecilla, mirándome.

—Perdón —dice él y espera. Me doy cuenta que realmente esperan que coma algo. Recojo una bola de masa con un solo palillo y me la meto en la boca—. Está bueno.

La duendecilla vuelve a comer fideos.

Roiben hace un gesto hacia ella.

—Esta es Kaye. Me imagino que sabes quién soy dado que te escabulliste en mi campamento. ¿Qué nombre puedes usar?

No estoy acostumbrada a que se me brinde una amabilidad tan escrupulosa: me está dando la cortesía de no preguntar por mi verdadero nombre.



—Jude —digo, porque los nombres no tienen poder sobre los mortales—. Y vine a verte porque puedo poner a alguien que no sea Balekin en el trono, pero necesito tu ayuda para hacerlo.

—¿Alguien mejor que Balekin o solo alguien? —pregunta.

Frunzo el ceño, no estoy segura de cómo responder a eso.

—Alguien que no asesinó a la mayoría de su familia en la tarima. ¿No es eso automáticamente mejor?

La duendecilla, *Kaye*, resopla.

Lord Roiben se mira la mano, la mesa de madera y luego a mí. No puedo leer su rostro sombrío.

—Balekin no es diplomático, pero tal vez pueda aprender. Obviamente es ambicioso y logró un golpe brutal. No todos tienen el estómago para eso.

—Casi no tuve estómago para mirarlo —dice Kaye.

—Él solo logró una parte —les recuerdo—. Y no imaginé que te agradara mucho, dado lo que dijiste en la coronación.

Una esquina de la boca de Roiben se levanta. Es un gesto en miniatura, apenas perceptible.

—No me agrada. Creo que es un cobarde por matar a sus hermanas y su padre en lo que parecía ser un ataque de resentimiento. Y se ocultó detrás de su ejército, dejando que su general acabara con el heredero elegido del Rey Supremo. Eso revela debilidad, del tipo que inevitablemente será explotada.

Un frío escalofrío de premonición me estremece la espalda.

—Lo que necesito es que alguien sea testigo de una coronación, alguien con poder suficiente como para que el testimonio importe. Tú. Sucederá en la fiesta de Balekin, mañana por la noche. Si solo permites que suceda y prestes juramento al nuevo Rey Supremo...

—Sin ánimo de ofender —dice Kaye—, ¿pero qué tienes que ver con esto? ¿Por qué te importa quién consigue el trono?

—Porque aquí es donde vivo —digo—. Aquí es donde crecí. Incluso si lo odio la mitad del tiempo, es mío.



Lord Roiben asiente lentamente.

—¿Y no me vas a decir quién es este candidato ni cómo vas a conseguir una corona en su cabeza?

—Prefiero no hacerlo —le digo.

—Podría hacer que Dulcamara te lastimara hasta que supliques que te permitiera contarme tus secretos. —Lo dice suavemente, solo es otro hecho, pero me recuerda cuán horrible es su reputación. Ninguna cantidad de comida china o cortesía debería hacerme olvidar exactamente con quién y con qué estoy tratando.

—¿Eso no te volvería tan cobarde como Balekin? —pregunto, tratando de proyectar la misma confianza que tuve en la Corte de las Sombras, la misma confianza que tuve con Cardan. No puedo dejar que vea que tengo miedo o, al menos, no cuán asustada estoy.

Nos estudiamos por un largo momento, la duendecilla nos mira a los dos. Finalmente, Lord Roiben deja escapar un largo suspiro.

—Probablemente más cobarde. Muy bien, Jude, hacedora de reyes. Apostaremos por ti. Pon la corona en una cabeza que no sea la de Balekin y te ayudaré a mantenerla allí. —Hace una pausa—. Pero harás algo por mí.

Espero, tensa.

Alza sus largos dedos.

—Algún día, le pediré un favor a tu rey.

—¿Quieres que acceda a algo sin siquiera saber qué es? —espeto.

Su cara estoica cede poco.

—Ahora nos entendemos con exactitud.

Asiento con la cabeza. ¿Qué opción tengo?

—Algo de igual valor —aclaro—. Y dentro de nuestro poder.

—Esta ha sido una reunión muy interesante —dice Lord Roiben con una sonrisa pequeña e inescrutable.

Mientras me pongo de pie, Kaye me guiña el ojo como una gota de tinta.



—Suerte, mortal.

Con sus palabras haciendo eco detrás de mí, dejó los campamentos y regreso con Cardan.



28

*Traducido por Ale Grigori y Gigi D
Corregido por Flochi*

Fantasma está despierto cuando volvemos. Había salido y había traído consigo un puñado de diminutas manzanas, venado seco, mantequilla fresca y varias docenas más de botellas de vino. También trajo algunos muebles que reconocí del palacio: un diván bordado en seda, cojines de satén, una brillante manta de seda de araña y un juego de té de calcedonia.

Levanta la vista del diván donde está sentado, pareciendo tenso y exhausto. Creo que está afligido, pero no de una manera humana.

—¿Bien? Creo que se prometió oro.

—¿Y si pudiera prometerte venganza? —pregunto, consciente, una vez más, del peso de las deudas que ya tengo en mis hombros.

Él intercambia una mirada con Bomba.

—Entonces realmente tiene un plan.

Bomba se acomoda en un cojín.

—Un secreto, lo cual es mucho mejor que un plan.

Agarro una manzana, voy a la mesa y luego me subo a ella.

—Iremos directamente al festín de Balekin y le robaremos su reino debajo de sus narices. ¿Qué tal suena eso como venganza?

Audaz, eso es lo que necesito ser. Como si fuera la dueña del lugar. Como si fuera la hija del general. Como si realmente pudiera lograr esto.

La comisura de la boca de Fantasma se eleva. Saca cuatro copas de plata del armario y las pone delante de mí.



—¿Bebes?

Niego con la cabeza, mirándolo servir. Regresa al diván pero se sienta en el borde como si tuviera que saltar en un momento. Toma un gran trago de vino.

—Hablaste del asesinato del niño no nacido de Dain —digo.

Fantasma asiente.

—Vi tu cara cuando Cardan habló de Liriope y cuando entendiste mi parte en eso.

—Me sorprendió —dije con sinceridad—. Quería pensar que Dain era diferente.

Cardan resopla y toma la copa de plata que era para mí como si fuera suya.

—El asesinato es un oficio cruel —dice Fantasma—. Creo que Dain habría sido un Rey Supremo tan bueno como cualquier príncipe de los mágicos, pero mi padre era mortal. Él no habría considerado a Dain como bueno. Él tampoco me habría considerado bueno. Harías bien en decidir cuánto te importa el bien antes de ir demasiado lejos en el trabajo de espía.

Probablemente tenga razón, pero hay poco tiempo para que lo considere ahora.

—No entiendes —le digo—. El hijo de Liriope vivió.

Se vuelve hacia la Bomba, claramente asombrado.

—¿Ese es el secreto?

Ella asiente, un poco presumida.

—Ese es el plan.

Fantasma la mira largamente y luego dirige su mirada hacia mí.

—No quiero encontrar un nuevo puesto. Quiero quedarme aquí y servir al próximo Rey Supremo. Entonces, sí, robemos el reino.

—No necesitamos ser buenos —le digo a Fantasma—. Pero intentemos ser justos. Tan justos como cualquier príncipe de la Tierra de las Hadas.



Fantasma sonríe.

—Y tal vez un poco más justos —digo con una mirada a Cardan.

Fantasma asiente.

—Me gustaría eso.

Luego va a despertar a la Cucaracha. Tengo que explicar todo de nuevo. Una vez que llego a la parte sobre el banquete y lo que creo que va a suceder, la cucaracha me interrumpe tantas veces que apenas puedo completar una oración. Cuando termino de hablar, saca un rollo de pergamino y un bolígrafo de uno de los gabinetes y anota quiénes deben estar y en qué punto para que el plan funcione.

—Estás replanificando mi plan —digo.

—Solo un poco —dice, lamiendo la punta y comenzando a escribir de nuevo—. ¿Estás preocupada por Madoc? A él no le gustará esto.

Por supuesto que estoy preocupada por Madoc. Si no fuera así, no estaría haciendo nada de esto. Solo le entregaría la clave viviente del reino.

—Lo sé —digo, mirando los restos de vino en el vaso de Fantasma. Al momento en que entre al festín con Cardan en mi brazo, Madoc sabrá que estoy jugando mi propio juego. Cuando descubra que voy a engañarlo para que no sea regente, se pondrá furioso.

Y es más sanguinario cuando está furioso.

—¿Tienes algo apropiado para ponerte? —pregunta Cucaracha. Ante mi mirada de sorpresa, levanta las manos—. Estás jugando a la política. Tú y Cardan deben estar esplendorosos para este banquete. Tu nuevo rey necesitará todo para verse bien.

Repasamos los planes otra vez y Cardan nos ayuda a mapear Hollow Hall. Intento no ser demasiado consciente de sus largos dedos sobre el papel, del escalofrío que siento cuando me mira.

Al amanecer, tomo tres tazas de té y me dirijo sola a la última persona con la que debo hablar antes del banquete, mi hermana Vivienne.



Vuelvo a mi casa, la de Madoc, me recuerdo a mí misma, nunca la mía, nunca mía otra vez después de esta noche, cuando el sol sale en una llamarada de oro. Me siento como una sombra mientras trepo las escaleras de caracol, cuando paso por todas las habitaciones en las que crecí. En mi habitación, empaco una bolsa. Veneno, cuchillos, un vestido y joyas que creo que Cucaracha encontrará apropiadamente extravagantes. Con renuencia, dejo atrás los animales de peluche de mi cama. Dejo zapatillas, libros y adornos favoritos. Salgo de mi segunda vida de la misma manera que salí de la primera, con muy pocas cosas y con gran incertidumbre sobre lo que sucederá a continuación.

Después voy a la puerta de Vivi. Golpeo suavemente. Después de unos momentos, me deja pasar, adormecida.

—Oh, bien —murmura, bostezando—. Ya has empacado. —Entonces ve mi rostro y sacude la cabeza—. Por favor, no me digas que no vienes.

—Algo sucedió —digo, apoyando mi bolso en el suelo. Mantengo la voz baja. No hay motivos para ocultar que estoy aquí, pero esconderme ya es hábito—. Sólo escúchame.

—Desapareciste —dice—. He estado esperando y esperando por ti, intentando actuar como si todo estuviera bien frente a papá. Me preocupaste.

—Lo sé —respondo.

Me mira como considerando golpearme.

—Tenía miedo de que hubieras *muerto*.

—Ni siquiera estoy un poquito muerta —digo, tomándole el brazo y acercándola a mí para poder susurrar—. Pero debo decirte algo que sé que no te gustará: he estado trabajando como espía del Príncipe Dain. Me puso un hechizo para que no pudiera decirlo hasta que él hubiera muerto.

Sus cejas delicadamente puntiagudas se alzan.

—¿Espía? ¿Y eso que implica?

—Husmear y hallar información. Matar gente. Y antes de que digas más, yo era muy buena.



—De acuerdo —dice. Ya sabía que pasaba algo conmigo, pero por su rostro, noto que ella no habría imaginado esto ni en un millón de años.

Prosigo.

—Y descubrí que Madoc va a hacer una movida política, que involucra a Oak. —Le explico todo lo de Liriope, Oriana y Dain. Para este momento, he contado la historia suficientes veces que me es fácil hacer hincapié en lo importante, en repetir la información rápida y convincentemente—. Madoc hará rey a Oak y será regente. No sé si siempre fue su plan, pero estoy segura que ahora lo es.

—¿Y es por eso que no irás al mundo humano conmigo?

—Quiero que te lleves a Oak —le digo—. Mantenlo lejos hasta que sea mayor, lo suficiente para que no necesite un regente. Me quedaré aquí para asegurarme de que tenga algo a lo que volver.

Vivi se pone las manos en las caderas, un gesto similar al de nuestra madre.

—¿Y exactamente cómo planeas hacer eso?

—Déjame a mí —digo, deseando que Vivi no me conociera tan bien. Para distraerla, le explico del banquete de Balekin, de cómo la Corte de Sombras me ayudará a obtener la corona. Voy a necesitar que ella prepare a Oak para la coronación—. Quien controle al rey, controla el reino —digo—. Si Madoc es regente, sabes que siempre habrá guerra.

—Déjame ver si entendí: ¿Quieres que me lleve a Oak lejos de la Tierra de las Hadas, lejos de todo lo que conoce y le enseñe a ser un buen rey? —Se ríe con incredulidad—. Nuestra madre una vez robó y escondió un bebé: a mí. Sabes cómo terminó. ¿Por qué sería esto diferente? ¿Cómo impedirás que Madoc y Balekin busquen a Oak hasta en los confines de la tierra?

—Alguien puede ser enviado a cuidarlo, a cuidarlos a todos ustedes. Pero en cuanto a lo demás, tengo un plan. Madoc no los seguirá —Con Vivi, me siento eternamente condenada a ser la hermana pequeña, tonta y torpe.

—Tal vez no quiero dedicarme a ser niñera —dice Vivi—. Tal vez lo pierda en un estacionamiento o lo olvide en el colegio. Tal vez le enseñe cosas horribles. Tal vez él me culpe a mí de todo esto.



—Dame otra solución. ¿Realmente crees que esto es lo que quiero? — Sé que sueno implorante, pero no puedo evitarlo.

Nos miramos por un momento tenso. Luego ella se sienta en una silla y deja caer su cabeza contra el almohadón.

—¿Cómo se lo voy a explicar a Heather?

—Creo que Oak es lo menos sorprendente de todo lo que tienes que decirle —digo—. Y es sólo por unos años. Eres inmortal. Lo cual, por cierto, es de lo más sorprendente que debes decirle.

Me lanza una mirada asesina.

—Prométeme que esto salvará la vida de Oak.

—Lo prometo.

—Y prométeme que esto no te costará la tuya.

Asiento.

—No lo hará.

—Mentirosa —dice—. Eres una maldita mentirosa y lo odio y odio esto.

—Sí, lo sé.

Al menos no dijo que me odiaba a mí también.



Estoy saliendo de la casa cuando Taryn abre la puerta de su cuarto. Lleva una falda color marfil, con un dibujo de hojas y flores bordadas.

Contengo la respiración. No pensaba verla.

Nos estudiamos por unos largos minutos. Ella ve el bolso en mi hombro y que llevo la misma ropa que usaba cuando peleamos.

Y entonces vuelve a cerrar su puerta, dejándome a mi suerte.



29

*Traducido por Flopy, Brisamar, Cat, Gigi D y Anna
Corregido por Flochi*

Nunca he caminado por la puerta principal de Hollow Hall. Antes siempre venía escondiéndome por las cocinas, vestida como sirvienta. Ahora estoy parada frente a las pulidas puertas de madera, iluminada por dos lámparas de haditas atrapadas que vuelan en círculo desesperados. Ellas iluminan una escultura de un enorme y siniestro rostro. La aldaba, un círculo perforando su nariz.

Cardan la agarra y porqué crecí en la Tierra de las Hadas, no estoy del todo sorprendida cuando la puerta abre los ojos.

—Mi príncipe —dice.

—Mi puerta —responde él, con una sonrisa que transmite afecto y familiaridad. Es extraño ver su desagradable encanto ser usado para algo que no sea malvado.

—Hola y bienvenido —dice la puerta, abriéndose para revelar a uno de los sirvientes hada de Balekin. Él mira boquiabierto a Cardan, príncipe perdido de la Tierra de las Hadas—. Los otros invitados están por allí —se las arregla para decir el sirviente.

Cardan enlaza mi brazo firmemente con el suyo antes de entrar y siento una oleada de calor mientras igualo su paso. No puedo permitirme ser menos que despiadadamente honesta conmigo misma. Contra mi sentido común, a pesar de que él es terrible, Cardan es divertido también.

Tal vez debería estar orgullosa de lo poco que importará.

Pero por ahora, es inmensamente inquietante. Cardan está vestido con un traje de las ropas de Dain, robado de los vestuarios del palacio y modificado por un duende de dedos habilidosos que tenía una deuda de juego con la Cucaracha. Él se ve regio en diferentes tonos crema: un saco



sobre un chaleco y una camisa suelta, pantalones y una bufanda, con las mismas botas de punta de plata que usó en la coronación, un zafiro brillando en su oreja izquierda. Se *supone* que debe lucir como de la realeza. Ayudé a elegir las ropas, ayudé a que se vea de esta manera, y aun así, el efecto me superaba.

Estoy usando un vestido verde botella con aretes de forma de fresas. En mi bolsillo la bellota de oro de Liriope y en mi cadera la espada de mi padre. Contra mi piel, tengo una colección de cuchillos. No parece suficiente.

Mientras caminamos, todos se dan vuelta para mirarnos. Las damas y lores de la Tierra de las Hadas. Reyes y reinas de otras Cortes. El representante de la Reina de Bajo el mar. Balekin. Mi familia. Oak, de pie con Oriana y Madoc. Miro a Lord Roiben, su cabello blanco haciendo fácil distinguirlo entre la multitud, pero él parece no reconocer que nos hemos conocido alguna vez. Su rostro permanece ilegible, una máscara.

Voy a tener que confiar en que cumplirá su parte del trato, pero no me gusta este tipo de cálculo. Crecí pensando que estrategia es encontrar debilidades y explotarlas. Eso lo entiendo. Pero agradecerle a la gente, hacer que la gente te acepte y quiera estar de tu lado, en eso soy mucho menos hábil.

Mi mirada se dirige desde una mesa de refrescos a los elaborados vestidos y a un rey duende royendo un hueso. Luego mis ojos se detienen en la Corona de Sangre del Rey Supremo. Está en una repisa por encima nuestro, un cojín debajo. Allí, brilla con una luz siniestra.

Al verla, imagino todos mis planes desmoronándose. La idea de robarla, en frente de todos, me abruma. Y aun así, tener que recorrer Hollow Hall para encontrarla hubiese sido intimidante también.

Veo a Balekin moverse hablando con una mujer que no reconozco. Ella está usando un vestido tejido de algas y un collar de perlas. Su cabello negro está recogido en una corona adornada con más perlas, pareciendo una telaraña sobre su cabeza. Me lleva un momento darme cuenta quién puede ser ella: la Reina Orlagh, madre de Nicasia. Balekin la deja y atraviesa la habitación hacia nosotros con determinación.

Cardan divisa a Balekin y nos lleva en dirección hacia el vino. Botellas y jarras llenas: verde claro, amarillo como oro, el púrpura rojizo de la propia sangre de mi corazón. Tienen el aroma de rosas, de dientes de león, de



hierbas aplastadas y grosellas. El simple aroma casi hace que mi cabeza dé vueltas.

—Hermanito —dice Balekin a Cardan. Él está vestido de negro y plateado de pies a cabeza, el terciopelo de su jubón bordado de un grueso diseño de coronas y pájaros que parece tan pesado como una armadura. Está usando una diadema de plata, que hace juego con sus ojos. No es la corona, pero es una corona—. Te he buscado por todas partes.

—Sin duda alguna. —Cardan sonríe como el villano que siempre he creído que es—. Resulté ser útil después de todo. Pero qué terrible sorpresa.

El príncipe Balekin sonríe también, como si sus sonrisas pudieran batirse a duelo sin que el resto de ellos se involucren. Estoy segura que él desearía poder maldecir a Cardan, poder darle una paliza para que haga lo que él quiere, pero dado que el resto de su familia ha muerto a punta de espada, Balekin debe haber aprendido su lección sobre necesitar a un participante dispuesto en una coronación.

Por el momento, la presencia de Cardan es suficiente para asegurar a la gente que Balekin pronto será el Rey Supremo. Si Balekin llama a los guardias o lo agarra, esa ilusión se va a disipar.

—Y tú —dice Balekin, dirigiendo su mirada hacia mí, malicia iluminando sus ojos—. ¿Qué tienes que ver con esto? Déjanos.

—Jude —dice Madoc, parándose junto al Príncipe Balekin, que inmediatamente parece darse cuenta que podría tener *algo* que ver con esto después de todo.

Madoc luce disgustado pero no alarmado. Estoy segura que piensa que soy una tonta que espera ser felicitada por haber encontrado al príncipe perdido y maldiciéndose a sí mismo por no haber dejado en claro que quería que Cardan sea llevado a él y no a Balekin. Le dedico mi mejor sonrisa alegre, como una chica que piensa que ha resuelto los problemas de todos.

Qué frustrante debe ser estar tan cerca de tu meta, tener a Oak y la corona en el mismo lugar, tener a las damas y lores de la Tierra de las Hadas reunidos. Y entonces la bastarda de tu primera esposa pone trabas entregando a la única persona que más probablemente ponga la corona de la cabeza de Oak a tu rival.



Noto la mirada evaluadora que le está dando a Cardan. Está replanificando.

Él apoya una mano pesada en mi hombro.

—Lo encontraste. —Se voltea hacia Balekin—. Espero que tengas la intención de recompensar a mi hija. Estoy seguro que requirió gran cantidad de persuasión traerlo aquí.

Cardan mira a Madoc de manera extraña. Recuerdo que dijo que le molestaba que Madoc me tratara tan bien cuando Eldred apenas lo reconocía. Pero por la manera en que está mirando, me pregunto si solo es extraño vernos juntos, general y chica humana.

—Voy a darle lo que sea que ella pida y más —promete Balekin extravagantemente. Veo a Madoc fruncir el ceño y le dedico una rápida sonrisa, sirviendo dos copas de vino, una clara y otra oscura. Soy cuidadosa con ellas, manos habilidosas. No derramo ni una gota.

En vez de darle una a Cardan, le ofrezco ambas a Madoc para que elija una de ellas. Sonriendo, toma la del color de la sangre del corazón. Tomo la otra.

—Por el futuro de la Tierra de las Hadas —digo, chocándolas, haciendo sonar las copas como campanas. Bebemos. Inmediatamente, siento los efectos: un tipo de ligereza, como si estuviera flotando en el aire. Ni siquiera quiero mirar a Cardan. Él no parará de reírse si piensa que no puedo tolerar unos sorbos de vino.

Cardan vierte su propio vaso y lo bebe completamente de un trago.

—Toma la botella —dice Balekin—. Estoy preparado para ser muy generoso. Permítenos hablar sobre lo que te gustaría, cualquier cosa que quieras.

—No hay prisa, ¿verdad? —pregunta Cardan perezosamente.

Balekin le lanza la mirada dura de alguien que apenas se abstiene de usar la violencia.

—Creo que a todos les gustaría ver el asunto resuelto.

—Sin embargo —dice Cardan, tomando la botella de vino y bebiendo directamente del pico—. Tenemos toda la noche.



—El poder está en tus manos —dice Balekin de un modo recortado que deja implícito el “por ahora”.

Veo un músculo tensarse en la mandíbula de Cardan. Estoy segura que Balekin está imaginando cómo castigará a Cardan por cualquier retraso. Pesa en cada una de sus palabras.

Madoc, por el contrario, está asimilando la situación, evaluando, sin duda, lo que puede ofrecer a Cardan. Cuando me sonríe y toma otro sorbo de vino, es una sonrisa real. Dientuda y aliviada. Puedo ver que está pensando que Cardan será más fácil de manipular de lo que Balekin hubiera sido alguna vez.

De repente, estoy segura que si entramos a la otra habitación, Balekin encontraría la espada de Madoc enterrada en su pecho.

—Después de la cena, te diré mis términos —dice Cardan—. Pero hasta entonces, voy a disfrutar de la fiesta.

—No tengo infinita paciencia —gruñe Balekin.

—Cultívala —dice Cardan, y con una pequeña reverencia, nos aleja de Balekin y Madoc.

Dejo mi copa de vino cerca de un plato de corazones de gorrión, atravesados con largos alfileres de plata y me muevo entre la multitud con él.

Nicasia nos detiene con una mano de dedos largos contra el pecho de Cardan, su cabello cerúleo brillante contra su vestido de bronce.

—¿Dónde has estado? —pregunta Nicasia con una mirada a nuestros brazos unidos. Arruga su delicada nariz, pero el pánico subraya sus palabras. Está fingiendo calma, como el resto de nosotros.

Estoy segura que pensó que Cardan tenía que estar muerto, o peor. Debe haber muchas cosas que quiere preguntarle, todo lo cual no puede hacer frente a mí.

—Jude aquí me hizo prisionero —dice y tengo que luchar contra el impulso de pisar fuertemente su pie—. Ata nudos muy apretados.

Nicasia claramente no sabe si reír. Casi simpatizo. Tampoco sé.



—Menos mal que finalmente lograste soltar sus ataduras —decide Nicasia.

Levanta ambas cejas.

—¿Sí? —pregunta con arrogante condescendencia, como si hubiera demostrado ser menos inteligente de lo que había esperado.

—¿Debes ser así, incluso ahora? —pregunta, claramente decidiendo soltar la precaución al viento. Su mano se dirige a su brazo.

Su rostro se suaviza de una manera que no estoy acostumbrada a ver.

—Nicasia —dice, liberándose—. Aléjate de mí esta noche. Por tu propio bien.

Duele un poco que tenga esa amabilidad en él. No quiero verlo

Me mira, sin duda tratando de decidir por qué su declaración no se aplica a mí. Pero luego Cardan se está alejando de ella y voy con él. Veo a Taryn al otro lado de la habitación, con Locke a su lado. Sus ojos se agrandan, asimilando con quién estoy parada. Algo pasa por su rostro y se parece mucho al resentimiento.

Tiene a Locke, pero estoy aquí con un *príncipe*.

No es justo. No puedo saber que está pensando eso solo con una mirada.

—Parte uno completa —digo, mirando hacia otro lado. Hablando a Cardan en voz baja—. Llegamos aquí, entramos y aún no estamos encadenados.

—Sí —dice—. Creo que la Cucaracha lo llamó “la parte fácil”.

El plan, como le expliqué, tiene cinco fases básicas: (1) entrar, (2) hacer que todos entren, (3) obtener la corona, (4) poner la corona en la cabeza de Oak y (5) salir.

Retiro mi brazo del suyo.

—No vayas solo a ninguna parte —le recuerdo a Cardan.

Me da la sonrisa tensa de alguien que está siendo abandonado y asiente una vez.



Me dirijo hacia Oriana y Oak. Al otro lado de la habitación, veo a Severin interrumpir una conversación y caminar hacia el Príncipe Balekin. Se forman manchas de sudor en mi labio, debajo de mis brazos. Mis músculos se tensan.

Si Severin da un paso en falso, voy a tener que abandonar todas las fases del plan excepto la de “salir de aquí”.

Oriana alza las cejas mientras me acerco, poniendo las manos en los pequeños hombros de Oak. Él levanta las manos, como pidiendo que lo alce. Quiero correr y tomarlo en mis brazos. Quiero preguntarle si Vivi le explicó lo que va a suceder. Quiero decirle que todo va a estar bien. Pero Oriana agarra sus dedos, apretándolos entre los suyos, instalando la pregunta de cuántas mentiras puedo soportar.

—¿Qué es esto? —me pregunta Oriana señalando a Cardan.

—Lo que pediste —le digo, siguiendo su mirada. De alguna manera, Balekin ha incluido a Cardan en su conversación con Severin. Cardan se ríe de algo que dijo Balekin, luciendo tan cómodo y arrogante como siempre lo he visto. Me sorprende dame cuenta de algo: si vives siempre con miedo, siempre con el peligro pisándote los talones, no es tan difícil fingir cuando hay más peligro. Eso lo sé, pero no pensé que precisamente Cardan también lo sabría. Balekin tiene una mano en el hombro de Cardan. Puedo imaginarme sus dedos enterrados en el cuello de Cardan—. No es fácil. Espero que entiendas que va a haber un precio...

—Lo pagaré —dice ella rápidamente.

—Ninguno de nosotros sabe el costo —espeto, y luego espero que nadie note la aspereza en mi tono—. Y todos vamos a tener que pagar nuestra parte.

Mi piel está un poco sonrojada por el vino y hay un sabor metálico en mi boca. Casi llega el momento de empezar con la siguiente parte del plan. Busco a Vivi con la mirada, pero ella está al otro lado de la habitación. No hay tiempo de decirle nada ahora, aunque supiera qué decir.

Le doy a Oak lo que espero que sea una sonrisa alentadora. Muchas veces me he preguntado si mi pasado es lo que me ha hecho como soy, si me ha hecho un monstruo. Si es así, ¿yo haré que él sea un monstruo?



Vivi no lo hará, me digo a mí misma. Su trabajo es ayudarlo a que se preocupe por otras cosas además del poder, y mi trabajo es preocuparme solamente por el poder así puedo forjar un lugar para su retorno. Respirando hondo, me dirijo hacia las puertas del corredor. Paso al lado de los guardias y giro en una esquina, fuera de su vista. Respiro dificultosamente un par de veces antes de abrir las ventanas.

Espero unos segundos, esperanzada. Si vienen la Cucaracha y el Fantasma, puedo explicar la localización de la corona. Pero, en cambio, las puertas de la sala de banquetes se abren y escucho que Madoc les ordena a los guardias que se vayan. Me muevo así él puede verme. Cuando lo hace, viene hacia mí decidido.

—Jude. Me pareció haberte visto venir hacia aquí.

—Necesitaba un poco de aire fresco —le digo, lo que indica lo nerviosa que estoy. He respondido la pregunta que él aún no ha preguntado.

Sin embargo, Madoc lo deja pasar.

—Deberías haber venido a mí primero cuando encontraste al Príncipe Cardan. Podríamos haber negociado por una posición de poder.

—Pensé que dirías algo así —le digo.

—Lo que importa ahora es que necesito hablar con él a solas. Me gustaría que fueras adentro y lo trajeras aquí, así podemos hablar. Así los tres podemos hablar.

Me alejo de la ventana, hacia el espacio abierto del pasillo. El Fantasma y la Cucaracha estarán aquí en un momento y no quiero que Madoc los vea.

—¿Acerca de Oak?

Como esperaba, Madoc me sigue, alejándose de la ventana y frunciendo el ceño.

—¿Lo sabías?

—¿Que tenías un plan para reinar Elfhame tú solo? —le pregunto—. Lo suponía.

Me mira como si fuera una extraña, pero nunca me he sentido menos como una. Por primera vez, ambos estamos sin máscaras.



—Y aun así trajiste al Príncipe Cardan aquí, a manos de Balekin —dice—. ¿O a las mías? ¿Es eso? ¿Ahora vamos a tener que negociar?

—Tiene que ser uno o el otro, ¿cierto? —digo.

Él se está enojando.

—¿Preferirías que no hubiera un Rey Supremo? Si la corona es destruida, habrá guerra, y si hay guerra, la ganaré. De una forma u otra, tendré esa corona, Jude. Y tú puedes beneficiarte cuando la obtenga. No hay motivo para oponerse a mí. Puedes tener tu caballería. Puedes tener todas las cosas con las que has soñado. —Da otro paso hacia mí. Estamos sorpresivamente cerca uno del otro.

—Dijiste “tendré esa corona”. *Tú* —le recuerdo, moviendo mi mano a la empuñadora de mi espada—. Apenas has dicho el nombre de Oak. Él es solo un medio para un fin y ese fin es el poder. Poder para ti.

—Jude... —empieza, pero lo interrumpo.

—Habrá una negociación. Júrame que nunca alzarás una mano contra Oak y te ayudaré. Prométeme que cuando él tenga la edad suficiente, inmediatamente dejarás tu puesto como regente. Le darás todo el poder que hayas amasado y lo harás por voluntad propia.

Madoc tuerce la boca. Sus manos se forman en puños. Sé que ama a Oak. Me ama a mí. Estoy segura que también amaba a mi madre, a su manera. Pero él es quien es, es lo que es. Sé que no puede prometerme nada.

Desenfundo mi espada, y él hace lo mismo, con un sonido metálico que retumba en el cuarto. Oigo risas a lo lejos, pero aquí en el salón, estamos solos.

Mis manos sudan, pero todo esto se siente tan inevitable, como si fuera el destino hacia el que me dirigí toda mi vida.

—No puedes vencerme —dice Madoc, moviéndose a una posición de lucha.

—Ya lo he hecho —respondo.

—No tienes forma de vencer. —Madoc mueve su arma, incitándome a acercarme a él, como si fuera sólo una práctica más—. ¿Qué esperas lograr con un príncipe desaparecido, aquí en los dominios de Balekin? Te derrotaré



y entonces lo recuperaré de tus garras. Podrías haber tenido todo lo que quisieras, pero ahora te quedarás sin nada.

—Oh, sí, deja que te diga todo mi plan. Tú me has convencido de todo.
—Hago una mueca—. Ya no lo retrasemos. Esta es la parte donde peleamos.

—Al menos no eres una cobarde. —Se apresura hacia mí con tanta fuerza que, aunque bloqueo el golpe, caigo al suelo. Ruedo para volver a pararme, pero estoy desbalanceada. Él nunca peleó conmigo así, usando toda su fuerza. Este no será un intercambio de golpes amistoso.

Es el general del Rey Supremo. Sabía que era mejor que yo, pero no cuánto hasta ahora.

Dirijo mi mirada a la ventana. No puedo ser más fuerte, pero no lo necesito. Sólo debo aguantar de pie un poco más. Hago mi movida, esperando tomarlo por sorpresa. Rechaza mi golpe y me hace retroceder de nuevo. Esquivo y me giro, pero espera mi movida y tengo que retroceder de forma poco elegante, bloqueando otro ataque de su pesada espada. Me duelen los brazos por la fuerza que traen los ataques.

Todo está sucediendo demasiado rápido.

Aplico algunas de las técnicas que me enseñó y después uso unas maniobras evasivas que aprendí del Fantasma. Finjo ir a la izquierda y después lanzo un golpe inteligente a su costado. Es un roce superficial, pero nos sorprende a ambos cuando una línea roja humedece su ropa. Avanza hacia mí. Salto a un lado, y me da un codazo en el rostro, haciéndome caer. La sangre cae de mi nariz hacia mi boca.

Mareada, vuelvo a ponerme de pie.

Estoy asustada, no importa cuánto intente ocultarlo. Fui arrogante. Estoy intentando comprar tiempo, pero un soplo suyo podría partirme por la mitad.

—Ríndete —me dice él, con su espada apuntando a mi garganta—. Fue un buen intento. Te perdonaré, Jude, y volveremos al banquete. Persuadirás a Cardan de hacer lo que necesito que haga. Todo va a ser como debe ser.

Escupo sangre en los azulejos de piedra.

El brazo de su espada tiembla un poco.



—Tú ríndete —digo.

Ríe como si hubiese contado una broma particularmente graciosa. Luego se detiene, haciendo una mueca.

—Imagino que no estás sintiéndote demasiado bien —le digo.

Su espada cae un poco y me mira comprendiéndolo de repente.

—¿Qué has hecho?

—Te envenené. No te preocupes. Fue una dosis lo suficientemente pequeña. Vivirás.

—Las copas de vino —dice—. Pero, ¿cómo supiste cual elegiría?

—No sabía —respondo, pensando que al menos estaría complacido con mi respuesta. Es la clase de estrategia que más le gusta—. Envenené ambas.

—Vas a lamentarlo —declara. El temblor está en sus piernas ahora. Lo sé. Siento el eco de ello en las mías. Pero a esta altura, ya estoy acostumbrada a beber veneno.

Miro sus ojos profundamente mientras enfundo mi espada.

—Padre, soy lo que tú me has hecho. Me he convertido en tu hija después de todo.

Madoc levanta su arma de nuevo, como si fuese a amagar hacia mí por última vez. Pero ésta cae de su mano, y él cae también, desparramándose en el suelo de piedra.

Cuando el Fantasma y la Cucaracha entran, unos tensos minutos más tarde, me encuentran sentada junto a él, demasiado cansada para incluso pensar en mover su cuerpo.

Sin decir una palabra, la Cucaracha me entrega un pañuelo y comienzo a limpiar la sangre que cae de mi nariz.

—A la fase tres —dice el Fantasma.



30

Traducido por Knife y Naomi Mora
Corregido por Flochi

Cuando vuelvo a unirme a la fiesta, todo el mundo está tomando su lugar en la mesa larga. Camino directamente a Balekin y hago una reverencia.

—Mi señor —le digo, en voz baja—. Madoc me pidió que le dijera que llegará tarde y que debe comenzar sin él. Desea que no se preocupe, pero algunos de los espías de Dain están aquí. Le enviará un mensaje cuando los atrape o los mate.

Balekin me mira con los labios ligeramente fruncidos y los ojos entrecerrados. Revisa el rastro de sangre que no pude lavar de mis fosas nasales y mis dientes, cualquier sudor que no pude borrar. Madoc duerme en la vieja habitación de Cardan, y según mis cálculos, tenemos al menos una hora antes de que despierte. Siento que si Balekin me mira con cuidado, podía ver eso también en mi rostro.

—Has sido más útil de lo que hubiera imaginado —dice Balekin, apoyando una mano ligeramente en mi hombro. Parece haber olvidado lo furioso que estaba cuando llegué por primera vez con Cardan y espera que también lo olvide—. Continúa así y serás recompensada. ¿Te gustaría vivir como una de nosotros? ¿Te gustaría ser una de nosotros?

¿Podría el Rey Supremo de las Hadas realmente darme eso? ¿Podría hacerme algo que no sea humano, algo más que mortal?

Pienso en las palabras de Valerian cuando trató de engatusarme para que saltara de la torre. *Nacer mortal es como nacer muerto.*

Él ve la expresión en mi rostro y sonrío, seguro de haber descubierto el secreto deseo de mi corazón.



Y, de hecho, mientras camino hacia mi asiento, estoy preocupada. Debería sentirme triunfante, pero, en cambio, me siento enferma. Manipular a Madoc no fue tan satisfactorio como quería que fuera, especialmente porque pude hacerlo porque nunca pensó en mí como alguien que lo traicionaría. Tal vez dentro de unos años, mi fe en este plan resultará justificada, pero hasta entonces tendré que vivir con este ácido en la boca del estómago.

El futuro de la Tierra de las Hadas depende de que juegue un juego largo y lo haga perfectamente.

Veo a Vivi, sentada entre Nicasia y Lord Severin y le sonrío rápidamente. Ella me da una sombría a cambio.

Lord Roiben me mira con recelo. A su lado, el duendecillo verde le susurra algo al oído y él niega con la cabeza. En el otro extremo de la mesa, Locke besa la mano de Taryn. La Reina Orlagh me mira con curiosidad. Aquí solo hay tres mortales, Taryn, el pelirrojo con Severin y yo, y por la forma en que nos mira, Orlagh está imaginando ratones presidiendo una convocatoria de gatos.

Encima cuelga una araña de láminas delgadas de mica. Diminutas haditas brillantes están atrapadas adentro con el propósito de agregar un brillo cálido a la habitación. De vez en cuando, vuelan, haciendo bailar las sombras.

—Jude —dice Locke, tocándome el brazo, sobresaltándome. Sus ojos de zorro se arrugan con diversión—. Lo admito, estoy un poco celoso de ver a Cardan desfilando de tu brazo.

Doy un paso atrás.

—No tengo tiempo para esto.

—Me gustaste, sabes —dice—. Me gustas todavía.

Por un momento, me pregunto qué pasaría si lo tirara y lo golpeará.

—Vete, Locke —digo.

Su sonrisa regresa.

—Lo que más me gusta es cómo nunca haces lo que imagino que harás. Por ejemplo, no pensé que te enfrentarás por mí.



—No lo hice. —Me alejo de él y me dirijo a la mesa, un poco inestable en mis pies.

—Ahí estás —dice Cardan mientras tomo mi lugar a su lado—. ¿Cómo ha ido tu noche? La mía ha estado llena de conversaciones aburridas acerca de cómo mi cabeza se va a encontrar en una pica.

Mis manos tiemblan cuando tomo mi lugar. Me digo a mí misma que es solo el veneno. Mi boca está seca. Me encuentro sin ingenio para el combate verbal. Los sirvientes ponen los platos: ganso asado que brilla con glaseado de grosella, ostras y puerros guisados, pasteles de bellota y pescado entero relleno de escaramujos. El vino se vierte, verde oscuro con trozos de oro flotando en él. Los veo hundirse en el fondo del cristal, sedimentos brillando.

—¿Te he dicho lo horrible que te ves esta noche? —pregunta Cardan, reclinándose en la silla elaboradamente tallada, el calor de sus palabras convierte la pregunta en algo así como un cumplido.

—No —digo, contenta de volver al presente—. Dime.

—No puedo —dice, luego frunce el ceño—. ¿Jude? —Quizás nunca me acostumbre al sonido de mi nombre en sus labios. Sus cejas se unen—. Hay un hematoma en tu mandíbula.

Tomo un trago profundo de agua.

—Estoy bien —digo.

No falta mucho ahora.

Balekin se levanta y levanta su vaso.

Echo la silla hacia atrás, de modo que estoy de pie cuando ocurre la explosión. Por un momento, todo es tan fuerte que parece que la habitación se inclina hacia los lados. Los mágicos gritan. Las copas de cristal caen y se rompen.

La Bomba ha hecho su jugada.

En la confusión, un solo rayo negro sale volando de una alcoba sombreada y se hunde en la mesa de madera justo en frente de Cardan.

Balekin se pone en pie de un salto.



—Ahí —grita—. ¡El asesino! —Caballeros corren hacia la Cucaracha, que salta de la oscuridad y dispara de nuevo.

Otro rayo vuela hacia Cardan, que simula estar demasiado aturdido para moverse, tal como lo practicamos. La Cucaracha le explicó a Cardan con gran detalle cómo sería mucho más seguro estar quieto, mucho más fácil no darle de esa manera.

Con lo que no contamos es con Balekin. Él tira a Cardan de la silla, lo arroja al suelo y cubre el cuerpo de Cardan con el suyo. Mientras los miro, me doy cuenta de lo poco que he entendido su relación. Porque, sí, Balekin no se dio cuenta que el Fantasma había subido a la cornisa con la Corona de Sangre. Sí, envió a sus caballeros detrás la Cucaracha, permitiendo que la Bomba bloqueara las puertas de esta habitación.

Pero también le recordó a Cardan por qué no seguir adelante con este plan.

He estado pensando en Balekin como el hermano que Cardan odiaba, como el hermano que había asesinado a toda su familia. Había olvidado que Balekin es la familia de Cardan. Balekin es la persona que lo crio cuando Dain conspiró contra él, cuando su padre lo sacó del palacio. Balekin es todo lo que le queda.

Y, aunque estoy segura que Balekin sería un rey terrible, alguien que lastimaría a Cardan junto con muchos otros, estoy igualmente segura que le daría poder a Cardan. Cardan podría ser cruel, siempre y cuando estuviera claro que Balekin era más cruel.

Poner la corona en la cabeza de Balekin era una apuesta segura. Mucho más segura que confiar en mí, que creer en un futuro Oak. Él se comprometió a mí. Solo necesito tener cuidado de que no encuentre una forma de sortear mis órdenes.

Estoy un segundo atrás, y es más difícil avanzar entre la multitud de lo que pensaba, así que no estoy donde le dije al Fantasma que estaría. Cuando miro hacia la repisa, él está allí, saliendo de la sombra. Él arroja la corona, pero no a mí. El Fantasma arroja la corona a mi gemela idéntica. Cae a los pies de Taryn.

Vivi toma la mano de Oak. Lord Roiben está empujándose a través de la multitud.



Taryn toma la corona.

—Dásela a Vivi —le digo. El Fantasma, dándose cuenta de su error, saca su ballesta y la apunta a mi hermana, pero no hay forma de disparar. Ella me da una mirada terrible y traicionada.

Cardan lucha por ponerse de pie. Balekin también está levantado, cruzando la habitación a zancadas.

—Niña, si no me das eso, te cortaré por la mitad —le dice Balekin a Taryn—. Seré el Rey Supremo, y cuando lo sea, castigaré a cualquiera que me haya molestado.

Ella la extiende, mirando entre Balekin y Vivi y yo. Luego mira a todos los lores y damas que la miran.

—Dame mi corona —dice Balekin, caminando hacia ella.

Lord Roiben se interpone en el camino de Balekin. Él presiona su mano contra el pecho de Balekin—. Espera. —No ha sacado una espada, pero veo el brillo de los cuchillos bajo su abrigo.

Balekin intenta apartar la mano de Roiben, pero él no se mueve. El Fantasma tiene su ballesta dirigida a Balekin y cada ojo en la sala lo está mirando. La reina Orlagh está a varios pasos de distancia.

La violencia pende pesadamente en el aire.

Me muevo hacia Taryn para ponerme delante de ella.

Si Balekin saca un arma, si olvida la diplomacia y simplemente arremete, la habitación parece lista para explotar ante el derramamiento de sangre. Algunos pelearán de su lado, otros en contra. No hay ningún compromiso con la corona ahora, y verlo asesinar a su propia familia no ha hecho a nadie sentirse seguro. Él ha traído a los lores y damas de la Tierra de las Hadas aquí para ganárselos; incluso él parece ver que es poco probable que más asesinatos hagan eso.

Además, el Fantasma puede dispararle antes de que llegue a Taryn y no usa armadura debajo de su ropa. No importa cuán pesado sea el bordado, no lo salvará de un golpe en el corazón.

—Ella es solo una chica mortal —dice.



—Este es un banquete encantador, Balekin, hijo de Eldred —dice la Reina Orlagh—. Pero tristemente carente de diversiones antes de ahora. Deja que esto sea nuestro entretenimiento. Después de todo, la corona está segura en esta habitación, ¿no es así? Y tú o tu hermano menor son los únicos que pueden usarla. Deja que la niña elija a quién se la dará. ¿Qué importa si ninguno de ustedes coronará al otro?

Estoy sorprendida. Pensé que la reina Orlagh era su aliada, pero supongo que la amistad de Nicasia con Cardan podría haber hecho que lo favoreciera. O tal vez no favorezca a ninguno de ellos y solo quiere que el mar tenga mayor poder, disminuyendo el poder de la tierra.

—Esto es ridículo —dice—. ¿Qué hay de la explosión? ¿Eso no te entretuvo lo suficiente?

—Ciertamente despertó *mi* interés —dice Lord Roiben—. Parece que también has perdido a tu general en alguna parte. Tu mandato ni siquiera ha comenzado formalmente, pero ciertamente parece caótico.

Me vuelvo hacia Taryn y cierro los dedos sobre el frío metal de la corona. De cerca, es exquisita. Las hojas parecen crecer del oro oscuro, hasta ser seres vivos, sus tallos cruzando uno sobre el otro en un delicado nudo.

—Por favor —digo. Siguen habiendo tantas cosas malas entre nosotras. Tanta ira, traición y celos.

—¿Qué estás haciendo? —me sisea Taryn. Detrás de ella, Locke me está mirando con un extraño brillo en los ojos. Mi historia se ha vuelto más interesante y sé cuánto ama las historias por encima de todo.

—Lo mejor que puedo —digo.

Tironeo, y por un largo momento, Taryn se aferra firmemente. Luego abre su mano y me tambaleo hacia atrás con la corona.

Vivi ha traído a Oak tan cerca como se atreve. Oriana se para con la multitud, apretando y aflojando sus manos. Debe notar la ausencia de Madoc, debe estar preguntándose a qué me refería cuando hablé de un precio.

—Príncipe Cardan —le digo—. Esto es para ti.



La multitud se separa para dejarlo pasar, el otro jugador clave en este drama. Camina para pararse a un lado de mí y Oak.

—¡Alto! —grita Balekin—. Deténganlos de inmediato. —Saca una espada, claramente no más interesado en jugar a la política. De todos lados de la habitación, más espadas se desenvainan en un eco terrible de la de él. Puedo escuchar el zumbido del acero encantado en el aire.

Busco a Nightfell en el momento en que el Fantasma deja volar su flecha.

Balekin se tambalea hacia atrás. Escucho el sonido de inhalaciones en toda la habitación. Disparar al rey, incluso si no lleva una corona, no es poca cosa. Luego, cuando la espada de Balekin cae sobre la antigua alfombra, veo dónde le dispararon.

Su mano está sujeta a la mesa del comedor por una flecha de ballesta. Una que parece ser de hierro.

—Cardan —dice Balekin—. Te conozco. Sé que preferirías que yo hiciera el difícil trabajo de gobernar mientras disfrutabas del poder. Sé que desprecias a los mortales, a los rufianes y a los tontos. Vamos, no siempre bailé con tu flauta, pero no tienes estómago para realmente atravesarme. Tráeme la corona.

Coloco a Oak cerca de mí y le pongo la corona en las manos para que pueda verla. Para que pueda acostumbrarse a sostenerla. Vivi lo acaricia alentadoramente en su espalda.

—Tráeme la corona, Cardan —dice Balekin.

El Príncipe Cardan le dirige a su hermano mayor la misma fría y calculada mirada con la que ha mirado a tantas otras criaturas antes de arrancarles las alas de la espalda, antes de arrojarlas a los ríos o echarlas de la Corte por completo.

—No, hermano. No creo que lo haga. Creo que si no tuviera otra razón para atravesarte, lo haría por despecho.

Oak me mira, buscando la confirmación de que lo está haciendo bien frente a todos estos gritos. Asiento con una sonrisa alentadora.

—Muéstrale a Oak —le susurro a Cardan—. Muéstrale lo que se supone que debe hacer. Arrodíllate.



—Van a pensar... —comienza, pero lo interrumpo.

—Solo hazlo.

Cardan se arrodilla y el silencio se extiende entre la multitud. Las espadas son devueltas a las fundas. Los movimientos van más despacio.

—Oh, esto es divertido —dice Lord Roiben en voz baja—. ¿Quién podría ser ese niño? ¿O de quién? —La reina Annet y él comparten una sonrisa muy típica de la Corte Oscura.

—¿Ves? —le dice Cardan a Oak y luego hace un gesto de impaciencia—. Ahora la corona.

Miro a los lores y damas de la Tierra de las Hadas. Ninguna de sus caras es amigable. Todos parecen cautelosos, a la expectativa. La expresión de Balekin es salvaje de furia, y tira de la flecha, como si pudiera romper su mano por la mitad antes de permitir que esto suceda. Oak da un paso vacilante hacia Cardan, luego otro.

—Fase cuatro —me susurra Cardan, aun creyendo que estamos del mismo lado.

Pienso en Madoc, que dormita arriba, en todos sus sueños de muerte. Pienso en Oriana y Oak siendo forzados a separarse por años. Pienso en Cardan y en cómo me odiará. Pienso en lo que significa convertirme en el villano de la obra.

—Durante el siguiente minuto entero, te ordeno que no te muevas —le susurro.

Cardan se queda completamente quieto.

—Adelante —le dice Vivi a Oak—. Tal y como practicamos.

Y con eso, Oak pone la corona sobre la cabeza de Cardan, descansando sobre su frente.

—Yo te coronó. —La voz de niño pequeño de Oak es insegura—. Rey. Rey Supremo de las Hadas. —Sus ojos se dirigen a Vivi, a Oriana. Está esperando que una de ellas le diga que lo hizo bien, que ya terminó.

La gente jadea. Balekin lanza un aullido de furia. Hay risas, indignación y deleite. A todo el mundo le gustan las sorpresas, y a los Mágicos les gustan más que cualquier otra cosa.



Cardan me mira con rabia impotente. Luego, pasa el minuto completo de mi orden, se levanta lentamente. La furia en sus ojos es familiar, el brillo en ellos como fuego amontonado, como brasas ardiendo más calientes de lo que podrían las llamas. Esta vez me lo merezco. Prometí que iba a poder alejarse de la Corte y todas sus manipulaciones. Prometí que estaría libre de todo esto. Mentí.

No es que no quiera que Oak sea el Rey Supremo. Lo hago. Lo será. Pero solo hay una forma de asegurarse de que el trono permanezca listo para él mientras aprende todo lo que necesita saber, y eso es si alguien más lo ocupa. Siete años y Cardan puede renunciar, abdicar a favor de Oak y hacer lo que quiera. Pero hasta entonces, tendrá que mantener cálido el trono de mi hermano.

Lord Roiben se hinca sobre una rodilla, como prometió.

—Mi rey —dice. Me pregunto lo que costará esa promesa. Me pregunto qué nos pedirá, ahora que ayudó a darle una corona a Cardan.

Y luego, la exclamación sube por la sala, desde la Reina Annet hasta la Reina Orlagh y Lord Severin. Desde el otro lado, Taryn me mira, claramente sorprendida. Para ella, debo parecer demente, por poner a alguien a quien desprecio en el trono, pero no hay forma de que me explique. Me hundo de rodillas junto con todos los demás y ella también.

Todas mis promesas han terminado convenientemente.

Durante un largo momento, Cardan solo mira alrededor de la habitación, pero no tiene otra opción y tiene que saberlo.

—Levántense —dice y lo hacemos.

Retrocedo, desvaneciéndome en la multitud.

Cardan ha sido un príncipe de las hadas toda su vida. No importa lo que él quiera, sabe lo que se espera de él. Sabe cómo seducir a una multitud, cómo entretener. Ordena que se limpie el vidrio roto. Ha traído nuevas copas, nuevo vino sale a borbotones. El brindis que ofrece, las sorpresas y los beneficios de estar demasiado borracho para presentarse a la primera coronación, hace que todos los señores y señoras rían. Y si noto que su mano agarra su copa de vino lo suficientemente fuerte como para poner blancos sus nudillos, entonces me imagino que soy la única que lo nota.



Sin embargo, me sorprende cuando se vuelve hacia mí, con los ojos llameantes. Se siente como si la habitación estuviera vacía, a excepción de nosotros. Levanta su vaso de nuevo, su boca se curva en la parodia de una sonrisa.

—Y a Jude, quien me dio un regalo esta noche. Uno que planeo recompensar generosamente.

Intento no estremecerme visiblemente mientras las copas se levantan a mi alrededor. El cristal suena. Más vino fluye. Más risas suenan.

La Bomba me da un codazo en un costado.

—Se nos ocurrió tu nombre clave —dice. Ni siquiera la había visto pasar por las puertas cerradas.

—¿Qué? —Me siento tan cansada como nunca me he sentido, y sin embargo, durante siete años, no podré descansar realmente.

Espero que diga *La Mentirosa*. Me da una sonrisa juguetona, llena de secretos.

—¿Qué más? La reina.

Resulta que todavía no sé cómo reír.



EPÍLOGO

*Traducido por Flopy Durmiente y Aria
Corregido por Flochi*

Estoy en medio de Target, empujando el carrito mientras Oak y Vivi eligen sábanas y loncheras, vaqueros ajustados y sandalias. Oak mira alrededor un poco confuso y encantado. Él continúa agarrando cosas, desconcertándose por ellas y luego dejándolas donde estaban. En el pasillo de dulces, añade barras de chocolate al carrito, junto con caramelos de goma, chupetines y trozos de jengibre acaramelado. Vivi no lo detiene, así que tampoco lo hago.

Es extraño ver a Oak con sus cuernos ocultos por un encantamiento, sus orejas luciendo tan redondas como las mías. Es extraño verlo en el área de juguetes, probando un monopatín con una mochila con forma de lechuza sobre un brazo.

Esperaba que fuera difícil persuadir a Oriana de dejarlo ir con Vivi, pero luego de la coronación de Cardan, ella estuvo de acuerdo en que Oak estando lejos de la Corte por un par de años era lo mejor. Balekin está preso en una torre. Madoc despertó enfurecido, solo para descubrir que su momento para apoderarse de la corona había pasado.

—Entonces realmente es tu hermano, ¿cierto? —pregunta Heather a Vivi mientras Oak empieza a andar en el monopatín, pasando por el pasillo de tarjetas de felicitaciones—. Podías decirme si él era tu hijo.

Vivi ríe entusiasmadamente.

—Tengo secretos, pero ese no es uno de ellos.

Heather no estaba entusiasmada acerca de Vivienne apareciendo con un niño y una explicación a medias sobre por qué él tenía que vivir con ella, pero no los echó. El sofá de Heather fue transformado en una cama, y acordaron que él podría dormir ahí hasta que Vivi encuentre un trabajo y pudieran pagar un departamento más grande.



Sé que Vivi no tendrá un trabajo convencional, pero va a estar bien. Ella estará mejor que bien. En otro mundo, teniendo en cuenta nuestros padres y nuestro pasado, hubiera continuado alentando a Vivi para que confiara en Heather diciéndole la verdad. Pero por ahora, si ella siente que tiene que continuar con la farsa, difícilmente estoy en posición de contradecirla.

Mientras estamos en la fila y Vivi paga sus cosas con hojas encantadas para que parezcan billetes, pienso nuevamente en las consecuencias del banquete-convertido-en-coronación. En el borrón de los Mágicos comiendo y bromeando. En todos maravillándose de Oak, quien parecía contento y aterrado. En Oriana, claramente no estaba segura si felicitarme o golpearme. En Taryn, callada, considerando, sosteniendo fuertemente la mano de Locke. En Nicasia dándole a Cardan un prolongado beso en su mejilla real.

Lo hice y ahora debo vivir con lo que he hecho.

He mentido, he traicionado y he triunfado. Si solo hubiese alguien para felicitarme.

Heather suspira y sonríe ensoñadoramente a Vivi mientras guardamos nuestras compras en el baúl del Prius de Heather. De vuelta en el departamento, Heather toma un poco de masa de pizza de su refrigerador y explica cómo hacer tartas personales.

—Mamá va a visitarme, ¿verdad? —pregunta Oak mientras coloca trozos de chocolate y malvaviscos sobre su masa.

Aprieto su brazo mientras Heather mete la comida en el horno.

—Por supuesto que lo hará. Piensa en estar aquí con Vivi como un aprendizaje. Aprende lo que necesitas saber y luego vienes a casa.

—¿Cómo voy a saber cuándo lo he aprendido, si no lo sé ahora? —pregunta él.

La pregunta suena como un acertijo.

—Regresa cuando volver se sienta como una decisión difícil y no una fácil —respondo finalmente. Vivi se da vuelta, como si hubiera escuchado. Su expresión es pensativa.



Como una porción de la pizza de Oak y lamo el chocolate de mis dedos. Es lo suficientemente dulce para que me dé arcadas, pero no me importa. Solo quiero sentarme con ellos unos minutos más antes de tener que volar de regreso a la Tierra de las Hadas sola.



Cuando me bajo de mi corcel de hierba cana, me dirijo al palacio. Tengo habitaciones allí ahora: un enorme salón para sentarse, una habitación detrás de puertas dobles cerradas y un vestidor con closets vacíos. Todo lo que tengo para colgar en ellos es lo que tomé de las propiedades de Madoc y un par de cosas que conseguí en Target.

Aquí es donde viviré, para mantenerme cerca de Cardan, para usar mi poder sobre él para asegurar que las cosas vayan bien. La Corte de las Sombras crecerá bajo el castillo, siendo a la vez los espías del Rey Supremo y sus cuidadores.

Tendrán su oro, directamente de la mano del rey.

Lo que no he hecho, no realmente, es hablar con Cardan. Le dejé con solo unas pocas órdenes, el odio familiar en su rostro suficiente para hacerme ser una cobarde. Pero tendré que hablar con él al final. No hay ningún beneficio en que lo posponga más.

Aun así, con el corazón pesado y pasos de plomo me dirijo a los aposentos reales. Toco la puerta, solo para que un sirviente estirado con flores entrelazadas en su cabello rubio me diga que el Rey Supremo ha ido al gran salón.

Lo encuentro ahí, holgazaneando en el trono de la Tierra de las Hadas, mirando desde la tarima. La habitación está vacía sin contar con nosotros. Mis pasos hacen eco mientras me muevo.

Cardan está vestido con pantalones, un chaleco y otro abrigo sobre eso, ajustado en sus hombros, apretado en la cintura y cayendo hasta la mitad del muslo. La tela es terciopelo sin cortar de borgoña profundo, con terciopelo marfil en las solapas, los hombros y el chaleco. Las costuras de hilo dorado cubren el conjunto, conjuntado con botones dorados y hebillas doradas en sus botas altas. En su garganta hay un collar de plumas de búho pálido.



Su cabello negro cae en rizos opulentos alrededor de sus mejillas. Las sombras destacan la dureza de sus huesos, la largura de sus pestañas, la cruel belleza de su rostro.

Me horroriza cuánto parece ser el Rey de la Tierra de las Hadas.

Me horroriza mi propio impulso de arrodillarme ante él, mi propio deseo de dejar que toque mi cabeza con un dedo con anillo.

¿Qué he hecho? Durante tanto tiempo, no ha habido nadie en quien haya confiado menos. Y ahora tengo que lidiar con él, tengo que igualar mi voluntad a la suya. Su juramento no parece antídoto suficiente contra su inteligencia.

¿Qué demonios he hecho?

Sigo caminando. Mantengo mi expresión tan fría como puedo. Él es el que sonríe, pero su sonrisa es más fría de lo que puede ser un rostro severo.

—Un año y un día —me dice—. Parpadea y habrá terminado. ¿Y qué harás entonces?

Me acerco más a él.

—Espero poder persuadirte para que sigas siendo rey hasta que Oak esté listo para volver.

—Tal vez adquiera el gusto por reinar —dice fríamente—. Tal vez nunca quiera renunciar a ello.

—No lo creo —digo, aunque siempre he sabido que esa era una posibilidad. Siempre he sabido que quitarlo del trono puede ser más difícil que ponerlo.

Tengo un trato con él por un año y un día. Tengo un año y un día para conseguir un trato por más tiempo que eso. *Y ni un minuto más.*

Su sonrisa se amplía, enseña los dientes.

—No creo que vaya a ser un buen rey. Nunca he querido serlo, ciertamente no uno bueno. Me has convertido en tu marioneta. Muy bien, Jude, hija de Madoc, *seré* tu marioneta. Tú reinas. Tú lidias con Balekin, con Roiben, con Orlagh del reino Bajo el Mar. Tú serás mi senescal, harás el trabajo y yo beberé vino y haré reír a mis súbditos. Puede que sea el



escudo inútil que has puesto delante de tu hermano, pero no esperes que empiece a ser útil.

Esperaba otra cosa, una amenaza directa, tal vez. De alguna forma, esto es peor.

Se levanta del trono.

—Ven, toma asiento. —Su voz está repleta de peligro, exuberante con amenaza. De las ramas florecientes han brotado espinas tan gruesas que los pétalos apenas se ven—. Esto era lo que querías, ¿no es así? —me pregunta—. Por lo que lo has sacrificado todo. Vamos. Es todo tuyo.

FIN



SOBRE LA AUTORA

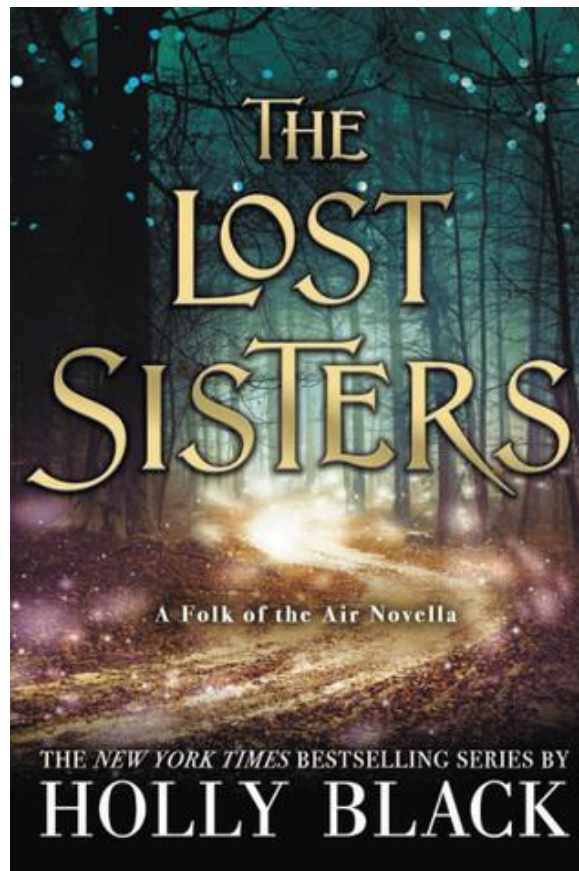


Holly Black es una autora éxito en ventas de libros contemporáneos de fantasía para niños y adolescentes. Algunos de sus títulos incluyen Las Crónicas de Spiderwick, La Saga de la Corte Oscura, Curse Workers, Doll Bones, The Coldest Girl in Coldtown, la serie Magisterium, The Darkest Part of the Forest y su nueva serie, que comienza con The Cruel Prince.

Actualmente vive en Nueva Inglaterra con su esposo e hijo en una casa con una puerta secreta.



SIGUIENTE LIBRO



A veces la diferencia entre una historia de amor y una de terror es cuando llega el final...

Mientras Jude luchaba por el poder de la Corte de Elfhame contra el príncipe cruel, Cardan, su hermana Taryn comenzó a enamorarse del embaucador, Locke.

Mitad disculpa y mitad explicación, resulta que Taryn tiene algunos secretos propios que explicar.

The Folk of the Air #1.5



THE
CRUEL

CRÉDITOS

MODERADORES

Flochi
Knife

TRADUCTORES

Ale Grigori
AnnaTheBrave
Aria
Brisamar58
Cat J. B
Catleo
Clau-Clau
Flochi
Flopy Durmiente

Genevieve
Gigi D
Knife
Lyla
Magnie
Mari NC
Naomi Mora
Ximena Vergara



CORRECTORAS

Bella'
Flochi
Indiehope

RECOPILACIÓN y REVISIÓN

Flochi

EDICIÓN de POEMAS

Mari NC

DISEÑO

Aria



HOLLY BLACK

PRINCE
THE FOLD OF THE AIR #1

Bookzinga

351



THE
CRUEL